JUAN RAMÓN LUCAS

La playa de las acacias



CONTRALUZ

JUAN RAMÓN LUCAS

La playa de las acacias

CONTRALUZ

A todos aquellos que aman la Naturaleza
y la habitan en la certeza de que todos en
ella somos seres sensibles.

«Ella ha descubierto que hay un
gran poder en el silencio».

MAGGIE O'FARRELL,
Hammet

«Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. (…) Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera».

MIGUEL DE CERVANTES,
Monólogo de Marcela en *Don Quijote de La Mancha*

I
El regreso

Uno

En Sierraplana ya nadie se dedica a la pesca. Dicen que es por aquel temporal que dejó sin hombres ni barcos el pueblo, cuando tenía puerto a la salida de la ría. Los supervivientes y las mujeres ascendieron a los altos prados que se asoman a los acantilados y protegidos por el bosque de Santumedé, donde se esconde el cuélebre y se escuchan en invierno los cantos apagados de los monjes que un día habitaron el monasterio, aprendieron un oficio y se inventaron una lengua secreta.

Había que construir en tierra firme y se aplicaron a ello.

Tejas. Se convirtieron en tejeros. Y para ocultar a los demás sus causas y consejos, levantaron ese hablar que parecía antiguo y era misterioso. La abuela lo usaba. O al menos farfullaba palabras que siempre me parecieron oscuras, misterio de mujeres que se llevaban los hombres que andaban por ahí vendiendo la mercancía, mientras ellas mantenían la familia y esperaban. También tenían su propia jerigonza los zapateros o los caldereros. Yo entonces no lo sabía.

Cuando las tejas dejaron de ser negocio llegaron las vacas, pero trabajarlas era duro y, si se podía escapar, se escapaba. No recuerdo niños pastores, salvo Pascualín, que se reía siempre y olía a *cuchu,* a estiércol. A mí me daba un poco de miedo, pero Paqui le tomaba el pelo y le llamaba «gocho*».*

Luego echó raíces el turismo, pero yo ya no estaba.

Papá me sacó de aquí como si quisiera extirpar un mal incontestable.

Él había salido mucho tiempo atrás, cuando lo del Paso de la Mula. Iba y venía. Poco antes de morir la abuela, prolongó su

estancia más de lo habitual, como si intuyera que el final estaba próximo. Enterrada su madre, organizó mi marcha, pero no pudo o no quiso verla. «Tienes que irte del pueblo, aquí ya nadie puede cuidarte». Eso me dijo. «Está Paqui», argumenté. «No puede quedarse contigo».

Yo tenía dieciséis años.

No lo entendí. Ahora sí, claro. Una vida entera después. Un destino que yo no tracé. Como el de mi madre, que tampoco pudo hacerlo. La dejó aquí sola, en este mismo lugar del que luego me sacó a mí. Se llamaba Aurora, era india y se murió de pena poco después de que yo naciera.

Eso me dijo Paqui.

Treinta y cuatro años desde que no pisaba Sierraplana. Treinta y cuatro años desde que no jugaba con la prima Paqui a que la cabaña junto al faro era el castillo entre cuyos muros escondíamos y protegíamos nuestros sueños de infancia. Lejos las dos de sospechar que algún día estos podrían ser de verdad muros de salvación, cobijo de soledades protectoras, esperanza de vida. Que en ellos se ocultaría la historia que me iba a revelar los secretos de mi vida.

Menos mal que la memoria de la tierra es la del corazón que tú le pones, porque de lo contrario me habría rechazado por ingrata. Lo que sí ha hecho es devolverme a mi padre, Eduardo. En Madrid le veía más que aquí, pero este era su sitio, y aquí persisten los rincones de su recuerdo y el olor que traía al volver de cada viaje; un perfume dulce que saciaba el hambre que de él tenía. Y aquí están los caballos que él me enseñó a amar desde muy cría. Y una naturaleza salvaje en la que decía que estaba nuestro sitio siempre, por mucho que nos escondiéramos entre los muros y las calles de las ciudades o viajáramos a países lejanos, como él hacía. De vez en cuando, hablaba de sus amigos y de que se tuvo que ir por amor y por amor había vuelto. Con Aurorita, mi madre.

—La traje de allá…

Y yo imaginaba un «allá» lejano, donde había rescatado a una princesa para traerla al lugar al que todos pertenecíamos. También

ella. Ahora lo sé.

La abuela me recordaba a veces que yo era medio india, como Aurorita. Y a mí me gustaba ser distinta porque hacía que, ante los demás niños, la falta de papá y mamá se embelleciese con el privilegio de ser como de otro mundo. El atractivo de lo enigmático, el peso de lo desconocido. Todos teníamos algún tío en América, pero ninguno una madre de allá.

—Háblame de mamá, Paqui.

Debía yo tener cinco o seis años. Casi mujer ella ya. Amorosa cuidadora.

—La quería mucho.

Paqui extraviaba la mirada, absorta en el recuerdo, como hace el corazón cuando sale al rostro a dejarse ver nostálgico, encendido. Las miradas perdidas son órdenes del corazón que añora.

—Era mayor que yo. Nos sacábamos diez años.

—¿Como tú y yo?

Asiente.

—Y muy guapa. Con una alegría natural tan grande que era capaz de guardar sus males y tristezas y hacernos felices a todos.

—¿Y por qué no está? ¿Se fue cuando yo nací?

Me miraba sin decir nada. Lo vivo, como hago siempre con los recuerdos que se me aparecen.

—¿Se fue? —insisto—. ¿Y dónde?

—Se la llevó Dios al cielo, mi cría. Con él, como hace con los que son buenos.

—Entonces, ¿no voy a volver a verla?

—Tú no. Pero ella —mentía con una sonrisa tan franca y luminosa que parecía cargada de verdad— te ve a ti todo el rato, y es feliz por verte tan alegre.

Aurora, la madre. La que nunca estuvo. Pero no hiere la memoria de su ausencia: es dulce y leve.

Vuelvo a sentir un suave pálpito de melancolía. Me hubiera gustado llamar «mamá» a aquella muchacha de cara redonda y

mirada tibia, viva en sus fotos de niña alegre. ¿Cómo puedes añorar lo que nunca tuviste?

—Tu padre miraba por ella. Cuando estaba, claro. Que aquí la dejó sola. Hasta el final.

—¿No la quería?

—A su manera. De ese modo en que quieren los hombres que hubieran preferido no enamorarse.

Sonrío. No puedo evitarlo. Los hombres que hubieran preferido no enamorarse, decía. Qué sabia es Paqui. A veces creo que todos los hombres preferirían categorizarse así, como seres que necesitan el amor, pero ni lo buscan ni saben gestionarlo.

—Tú eres igualita que ella.

En lo exótico, supongo. En lo que aún hay de atractivo en un rostro redondeado de enormes ojos negros y una armonía entre clásica y oriental. Con muchas más arrugas ahora, también.

—Cuando te veía en la tele era como si Aurorita volviera a hablarme.

Dos

Dieciséis años tenía cuando me tuve que ir.

Dolió tanto que me prometí no regresar jamás.

Y cumplí. Ni siquiera volví para escribir *El refugio,* que cuajé de memorias de aquí, tan vivísimas que creí indoloras. El pasado ya no duele si siempre ha estado presente. O quizá me equivoque.

Hoy vuelvo para curarme. Lo que construí para cerrar aquel dolor me devuelve al lugar donde brotó. Puede que la certeza de aquella felicidad de infancia sea ya más poderosa que la herida del abandono. Y me reclame. O que haya cicatrizado y ya no duela. Tampoco creo que importe demasiado.

Siento miedo mientras asciendo por la sinuosa carretera que atraviesa el bosque de Santumedé, tan poderoso y legendario. Pero no temo a los duendes o a las brujas que aquí mantienen vivos misterios y leyendas. No. Temo a mi pasado. A la despedida, al adiós. A las ausencias que aún viven aquí.

Me espera Paqui. Mi Paqui.

¡Cómo nos abrazamos aquel día del adiós! Hace treinta y cuatro años. Toda una vida. Lloré con ella como quien entierra a un muerto. Destierro, entierro, cómo se parecen.

—Te quiero. Tengo miedo. Ven conmigo. No me dejes sola.

Las palabras se abrían paso entre los sollozos. Salían a borbotones, como la sangre del corazón abierto. Carne desgarrada. Miedo insoportable. Lo sentí como un adiós para siempre. Desconsuelo.

Pero aquel intenso dolor tejió el hilo que no nos separaría nunca. Porque nunca dejamos que el amor fuera un recuerdo: permaneció,

como si no pasara el tiempo, como una vela prendida en la memoria que no se apaga, y quema y alumbra como cuando se encendió.

Dosio, que entonces acababa de casarse con Paqui, rompió aquel día de mi marcha la parquedad de su rostro austero. Aún veo las muecas forzadas con las que intentaba que no notáramos que también él estaba llorando.

Me subieron a un coche desconocido hacia un lugar remoto con alguien distinto. Madrid. Ofelia. Prima lejana. Una meta, un nombre. Nada más.

—Si algún día no estamos juntas, nos hablaremos con la luna cuando esté llena.

—¿Cómo, Paqui, si no nos oímos? —pregunté asustada.

—Con el corazón, como tu padre decía que hablan los caballos.

Tampoco volvería a verlos.

En Madrid los caballos están escondidos.

Aquel viaje a lo incierto, a aquella ciudad desconocida, sin el sustento alegre de Paquita y el pozo inmenso de la falta de la abuela recién enterrada, fue la inmersión en un túnel de angustia y miedo del que sentía que no saldría jamás. Procuré dormir todo lo que pude durante el trayecto, para no pensar ni temer.

Luego aquella casa y Ofelia, que olía a sudor y a ajo. Prefiero no recordarlo. Sola, asustada, en manos desconocidas que daban frío, supe que tendría que aceptarlo. No resignarme, que no es lo mismo. Aceptar, vivir con ello. A los pocos días apareció allí mi padre; quiso mostrarse amable, me agasajó y me regaló tiempo. Pero la herida supuraba y le odié durante muchos meses. Años. Quizá hasta que murió. Ahora ya no tengo motivos.

Todas las lunas llenas de aquel Madrid de las primeras soledades, que viví como una cárcel hasta que aprendí a encontrar mi camino de salida, levanté la vista a la memoria viva y permanente de Paquita.

Llené mi vida de sus cartas. Y aprendí a contarla respondiéndole. Las dos cumplimos. Estaban las suyas llenas de palabras de amor, de lágrimas escritas. Las mías hablaban de añoranza y soledad. Ella me contaba historias del pueblo y de su gente y nos decíamos que cada luna llena le prometíamos al cielo que algún día volveríamos a encontrarnos. Creo que fueron aquel compromiso, aquella necesidad que venía del pavor a la soledad, aquel desnudarme casi a diario sobre un papel la escuela de mi amor por explicar. Abrirme a Paqui me enseñó cómo contar. Y así comencé a reconstruirme.

Sola, despacio, firme, como se levantan las torres que desafían el tiempo y lo vencen. Agarrada al destino que creía estar dirigiendo y que descubrí entonces: contar historias.

Estudié para hacerlo, me apliqué noche y día, llené cuadernos que aspiraban a ser libros que estaba segura de que alguien leería alguna vez. Escribir para que se olvide es como pretender dialogar en la tormenta.

Yo levanté la voz y terminé contando historias verdaderas para guardar las inventadas en cajones viejos que pensé que no abriría jamás.

Con ellas he conseguido lo que muchos creen triunfo. Es así como llaman a la suerte de vivir de lo que más me gusta. Y vivir bien.

Hasta que osé recuperar el pasado. Creía estar inventando una historia, pero conté sin proponérmelo la verdadera.

Y el pasado se revolvió.

Hoy he vuelto a enfrentarme a él. O eso creía. No lo había pensado mucho. Como casi todo en mi vida.

Ahora lo estoy contando.

Tres

Si cierro los ojos, voy donde quiera.

Un día, no recuerdo cuándo, aprendí que se puede soñar despierta, que convocar la imaginación es vivir lo que imaginas. Con la intensidad de lo que se puede tocar.

La historia que sueñas, como la que lees o la que te atrapa en una película, es también la tuya. Eres parte de ella.

A veces recuerdo y regreso a mi infancia. A la forma en que aprendí a vivir y a querer a mi madre. Imaginaba su sonrisa saliendo de la mágica quietud de las fotografías para mostrarse ante mí, carnal, caliente, olorosa, como las caricias de las madres a sus hijos, de las yeguas a sus potros recién nacidos, que se yerguen con insólita firmeza apenas pisan tierra, como anticipando el vigor sereno de su ánimo, su carácter de presa eterna que los obliga a vivir siempre escapando. Como papá, que acaso hubiera heredado de ellos ese instinto de huir eternamente.

Aún puedo traerlos a mí. A papá y a Aurorita.

Mamá estuvo siempre presente en mi recuerdo vivo. La veía andar, agacharse, sonreír. Escuchaba su voz, sentía el calor de su piel, la luz de su sonrisa siempre abierta. Olía a miel y trigo y era fuerte y sus brazos me apretaban con más energía aún que la abuela, que decía que no dejaría que esta niña se le escapase nunca.

La imaginaba diciéndome «te quiero», con una voz de campanilla suave y armoniosa. Como decía Paqui que hablaba Aurorita. Los «te quiero» de mamá eran las costuras que sujetaban el ánimo de mis

soledades, incluso en los primeros años de Madrid. Los de papá también, pero me llenaban menos.

De niña me preguntaba por qué la dejó sola y si habría muerto si él estuviera aquí. Paqui se encogía de hombros y la abuela decía que lo que ha sido no se puede cambiar por mucho que lo pensemos de otra manera. Pero yo sabía que no, porque si la imaginaba, estaba conmigo, como los olores y los animales; las vacas, los gatos, hasta los lobos que nunca vi eran capaces de acompañarme si cerraba los ojos y los llamaba a mi interior.

En las cartas que enviaba a Paqui descubrí que si, además de pensarlo, lo escribes, lo imaginado y la memoria quedan atrapados para siempre en el presente.

Escribir es llamarlos a resucitar cuando alguien lo lea.

Imaginar fue el alivio a la falta de una madre y las prolongadas ausencias de mi padre.

Si cierro los ojos, voy donde quiera.

Sierraplana. La niña morena y saltarina, igualita que su madre. Estoy allí. Los mismos olores, los mismos sonidos.

Hierba húmeda, un lejano aroma a eucalipto, brisa marina. Olas que baten bajo los acantilados, viento suave, cencerros sin compás. Esas sensaciones alimentan mis sentidos exactamente igual que hace treinta y cuatro años. Como si el tiempo que ha pasado desde que mi padre me obligó a marcharme del pueblo fuera un suspiro.

—Sofía, vamos, que *güelita* dijo que de noche no anduviéramos por ahí.

—Solo un ratín más, Paqui, que se está metiendo el sol allá en el mar y me presta ver cómo se esconde.

Ella asentía y se apretaba contra mí y las dos contemplábamos el milagro. Me hechizaba el espectáculo del enorme disco anaranjado cuando tiñe el cielo y oscurece los montes, llenando el aire de su marcha inminente. Lo busqué alguna vez en otro paisaje, pero no era lo mismo.

Regresábamos corriendo a casa, y la abuela fingía contrariedad y hacía como que nos regañaba. Yo, su niña huérfana. Paqui, la nieta

mayor, a cargo de casi todo.

Ahora hemos vuelto a contemplarlo

Tampoco es muy distinto. El mismo embrujo. Quizá más serena la emoción.

—Porque nos hicimos mayores, Paqui.

—Yo más que tú.

Las acacias de la playa sí han cambiado. Están decididas a hacer bosque. Han crecido, entrelazan sus raíces bajo una densa alfombra de helechos. Se saben excepcionales. Como la playa misma. Como el angosto sendero que conduce a ella o los limoneros que unos metros más allá se atreven a crecer junto al mar.

Como la novela que levanté y me ha derribado.

Fue Paqui la primera que la leyó. Antes que Marcos. Antes que nadie.

Su juicio me anticipó la tempestad. «Es como si me hubiera pasado a mí», me dijo: «Siento y sufro como si yo fuera la protagonista. Y eso que es tu historia, Sofía».

Ha sido idea suya recuperar la vieja cabaña del abuelo junto al faro en la que soñábamos y jugábamos a princesas. Se empeñó en que me quedara en la casa de la abuela donde vivían ella y Dosio, pero tanto insistí en estar sola que me ofreció ella misma adecentar la cabaña que ahora usaban de almacén.

—Solo hay que arreglar un poco el tejado y aislar mejor la ventana y se puede usar perfectamente. Luz tiene, y agua hay, y pozo negro también. La finca es grande, está cerca el faro y la carretera pasa por allí. En el pueblo van a estar encantados de que vuelvas.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor, Paqui. Necesito silencio y tranquilidad. Querré estar sola. Este es un viaje inesperado y no sé lo que va a pasar.

—La vida es un viaje constante que no sabemos dónde nos va a llevar, mi cría. Lo que hay que intentar es conducir nosotros.

La corrosión del tiempo y la distancia nunca hicieron mella en los lazos que nos atan. Paqui jamás dejó que la distancia la separara de mí, *la su nena.* Su prima exótica, su india. Jamás nos olvidamos.

Está gastada. Aquí la vida no es fácil y deja surcos en todas partes.

Anda con dificultad y tiene las manos y el rostro algo más secos, como la abuela, aunque sin aquella queratosis que tanto me intrigaba.

—¿Y por qué te salen esas manchas? —le preguntaba fascinada.

—De vieja —decía ella.

—¿Y las tendré yo también?

—Tú nunca serás vieja.

Paqui se hizo mayor un día, obligada por la vida. Cuando papá empezó a prolongar sus ausencias, mi prima mayor fue pasando de los juegos al cuidado, de las risas al consejo, sin perder nada, sin que dejáramos de ser cómplices, pero ejerciendo la amorosa autoridad que imponía su creciente condición de mujer frente a la niña que yo seguía siendo. Caliente el corazón, atenta siempre.

—¿Seguimos siendo amigas aunque ahora me cuides?

A saber cómo leí aquello, pero supe que algo se movía entre nosotras y una suerte de compromiso adulto empezaba a cambiar las reglas de juego. Hoy lo recordamos —siempre en plural, siempre al compás— desde la distancia amable que nos otorgan el reencuentro y esa edad en la que la mayoría de los recuerdos son felices porque ya sabes que, por mucho que te golpee, la vida es una travesía que merece la pena.

—Siempre te cuidé porque era la mayor.

—¿Te acuerdas cuando me hiciste subir a la silla?

Reímos.

Debía de andar yo por los ocho o nueve años. Me quejaba de que ella estaba más seria.

—Ya lo estarás tú cuando crezcas —me respondió.

—Si no es divertido, no quiero crecer.

—Claro que es divertido, pero como eres mayor, ves las cosas desde más arriba. Mira, súbete a la silla.

Y me subí, y vi las cosas más pequeñas y a mí más grande, y sospeché que hacerse mayor sería ver mejor, pero también tener miedo a caerse desde más alto.

Cuatro

«No se puede empezar una novela por una frase ajena. Por mucho valor y divina autoría que tenga».

No recuerdo quién, pero alguien me lo dijo.

Me da igual. Hecho está.

Imagino que me encogí de hombros, que es mi respuesta a quienes me afean algo que no quiero corregir. La jugadora de farol echó el resto sobre la mesa con los arrestos del campeón de póker.

La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes, o, en el original, *life is what happens to you while you are busy making other plans.* Verso de una canción de John Lennon que dedica a su hijo Sean. Así comienza *El refugio.*

He de confesar que la duda no me abandonó hasta que algunos críticos y el empuje de los lectores me dieron a entender que lo que creí y sigo viendo como una simpática ocurrencia se tomó como una originalísima extravagancia que anticipaba el personal estilo de la nueva Almudena Grandes.

A Marcos le había parecido una barbaridad. A mí en el fondo también. Pero me lo podía permitir. Nada que perder. Abrir un camino en una selva espesa y desconocida te deja mucha vía libre. Y cuanto más ejerzas esa libertad, mejor.

Tengo callo escribiendo. Lo hago todos los días, es mi trabajo. Presento un programa informativo de televisión en horario de máxima audiencia y siempre me preparo yo las entradillas. Realidad, noticias, impresiones sobre las historias que voy a compartir. Verdades. O lo que honestamente más se parece a ellas.

Me gusta hacerlo. Tiene un coste: luz cenital permanente sobre ti. A la mayoría de los colegas les encanta. A mí me incomoda y a veces me aturde. Amo el discreto silencio y no me gusta la fama. Transijo con ella como un peaje, el precio por desenvolverme suelta y feliz por una profesión que adoro.

De lunes a viernes, a las nueve de la noche, doy entrada a los relatos informativos breves y precisos de mis compañeros con la misma atenta expectación que intento provocar en quienes me ven. Tienen que entender que me afectan igual, solo que me entero un poco antes. Lo justo para ponérselo delante con un poquito de explicación. Cercanía, dicen que consigo.

Iba muy bien de audiencias, que son la cifra que mide el interés y, por tanto, tu supervivencia. Hasta que todo estalló con la mecha que yo misma prendí.

No sé por qué decidí meterme en el lío de una novela. Supongo que la idea era cumplir el viejo sueño. Me sentí fuerte y capaz y tiré millas. No sabía que era tan duro. «El escritor es alguien a quien escribir le cuesta mucho más que a los demás», escribió Thomas Mann. Sabiduría.

Regresé a la ficción como un gato que se asoma al charco que ha de atravesar sabiendo que, sí o sí, va a tener que mojarse. Me atreví a meterme en él de lleno. Siempre fue mi ambición, por mucho que la hubiera estado enterrando. Terminó por resucitar, reclamó su espacio cuando el peso de eso que llamamos «actualidad» empezó a agobiarme. Casi nunca hay épica en el relato de la verdad, o al menos de lo que de ella descubrimos. La ficción, en cambio, es un espacio para la aventura sin límite.

Escribía pronto, de noche aún. El amanecer me sorprendía gozando de la dulce libertad de la fabulación. En realidad, estaba reconstruyendo recuerdos, pero jugaba con la memoria, la modelaba a mi manera, dibujaba y borraba conversaciones y personas. Escribía libre.

A la hora en que el mundo empieza a despertarse, yo desmontaba el escenario, guardaba en un cajón actores y decorados

y salía a la otra pelea. Esas historias no me abandonaban por completo, pero el bullicio de las noticias, el estrépito del relato de la realidad aparente borraban todo rastro de la ficción. La madrugada siguiente volvía a abrir los cajones y me disponía a descubrir qué habían hecho o qué querrían hacer mis personajes. Porque los personajes tienen vida propia, y esto no es el recurso retórico de una aprendiz de escritora, no. Es absolutamente cierto. Cuando me ponía a escribir, tenía una idea, un propósito sobre el camino a seguir, pero luego eran ellos quienes me guiaban para transitarlo. Crecen, se desarrollan y ya no puedes más que seguir por donde ellos deciden. Reclaman su espacio y lo toman.

Es lo único que echo de menos de entonces, la infantil fascinación por descubrir qué harían hoy, adónde me llevarían ese amanecer. Aunque ahora lo vea como la imprudente tolerancia de una insolvente directora de orquesta, extrajeron de los más sombríos y polvorientos rincones de mi memoria imágenes y emociones enterradas, resucitaron esos recuerdos como si fueran invenciones y construyeron una sinfonía que solo tuve que organizar y escribir.

Creí que creaba cuando lo cierto es que eran mis recuerdos que, enmascarados, resucitaban en mi imaginación.

Paqui tenía razón. El amor que inventaba era en realidad un recuerdo muerto y esa verdad que yo misma escondí durante años fue lo que atrapó y sigue atrapando a miles de personas.

Me he sentido y aún estoy desnuda, y aunque lo niegue y trate de engañarme a mí misma, el amor de la novela es el que quise y no tuve. Vaya ironía: mi viaje a la libertad quedó en manos de un recuerdo sepultado que se cobró espacio y venganza hasta hacerse con todo.

He llegado a reprocharme el haberlo escrito. Supongo que muchos escritores no pueden con el fracaso. Yo no he sido capaz de digerir el éxito.

No es que vengan juntos, es que son la misma cosa.

Éxito y fracaso, risas y lágrimas, puñetazos y besos: la vida misma, la vida entera. Amor, desamor, heridas abiertas de par en par

para que brote la sangre y se te meta en el alma la pena que duele más que los nervios desnudos. La misma cosa.

El estrépito empezó pronto a abrumarme. Los primeros miles de libros, en tres semanas. Y a partir de ahí un no parar.

Todo el mundo habla de ti. Todos quieren hablar contigo. Llamadas. Citas. Te acosan, te importunan, te exigen. Te paran, te llaman, te encierran. Todo se mueve a tu alrededor y no se detiene aunque pidas auxilio. Famosa de la tele y además escritora victoriosa.

Aplausos, propuestas. Inesperado fragor de triunfo. Más allá de lo calculado. La angustia llegó a dejarme sin respiración. Iba y venía, como el miedo y la euforia, la soledad y el bullicio. Me desconcentra el bullicio, me angustia el ruido ambiente. Trabajo peor. Bajo tono. Cayó la audiencia del programa.

Se quebró mi mundo. Se rompió el techo y la lluvia de cristales me hirió por todos lados. Piel atravesada, infección silenciosa que mata despacio. Agobio.

Y decepción. La astilla más dolorosa, esa que no eres capaz de sacarte y que, cuanto más lo intentas, más entra y más duele, en el lugar más inesperado, en el castillo inexpugnable, donde estaba mi refugio. Allí se desató el incendio.

Sucedió así.

Llego a casa, apoyo la espalda contra la puerta cerrada y siento el abrazo cálido de mi lugar seguro. Toda la opresión queda atrás. Fuera. Como cuando eres niña y te encierras en tu habitación y nada puede hacerte daño. Los fantasmas, los miedos, las voces y las llamadas ya no te alcanzan.

Silencio.

Respiro hondo, siento el fogonazo dulce de la seguridad recobrada.

E inesperadamente, la lengua de fuego se cuela y me envuelve. En algún momento lo temí, pero me lo negaba a mí misma. Y sucedió. Sucede.

Él. Mi hombre. Mi compañero. De repente, mi rival.

«No te creas lo que no eres. Tu éxito es también fruto de tu popularidad previa. Y de mi trabajo. Te falta mucho aún para ser escritora».

Quizá debí agradecer su crudeza de hombre sabio, pero entonces esa frase dolió. Duele.

Resultó que la espuma de mi triunfo no podía superar la insalvable muralla del suyo. Él, primero. El gran Marcos Lorenzo, columnista ácido, escritor exitoso y prolífico. Yo, a su vera. Nunca al revés.

—No te entiendo, Marcos. Es como si te jodiera que la novela sea un éxito.

—No te equivoques, cariño: yo juego en otra liga.

Convirtió el desdén en lejanía. Y sentí que era él quien me soltaba de la mano, pero no para dejarme libre renunciando a ser lastre, sino como el niño que libera un globo para lanzarle luego una pedrada. Que se presentó repentina, brutal, reveladora, cuando menos lo esperaba, un día cualquiera en que llegaba tarde a casa, de vuelta del trabajo tras una jornada crítica por la debilidad de las audiencias.

Me recibió el silencio.

—Buenas noches, ¿qué tal?

Más silencio. De nuevo me pincha la angustia y una leve pero perceptible sensación de miedo. Está trabajando en su despacho con la puerta abierta. Como siempre, dándole la espalda. Dándome la espalda.

—He dicho buenas noches —repito. Ni un movimiento. Me parece que ni respira—. ¿Por qué me tratas así? ¿Tengo yo la culpa de algo? ¿He hecho algo que merezca tu castigo?

—Déjame, estoy trabajando.

—Solo quiero escuchar una razón para que hayas decidido despreciarme de esta manera.

—Que me dejes, coño. ¡Estoy trabajando!

—Por favor, dime qué pasa, por qué te ha jodido tanto que me haya ido bien.

Se levanta. Rostro tenso, fijos sus ojos en los míos, una brizna de espuma blanca en la boca, puños cerrados. Y, de repente, el envés de la mano izquierda hacia atrás, como preparando una descarga.

—Es que te… es que te… ¡Vete a tomar por el culo y déjame en paz!

Nunca le había visto así. Jamás. Tiene carácter, se irrita con facilidad, pero en ninguna discusión había llegado a hacerme sentir tan amenazada y vulnerable.

Ante ese sujeto descompuesto y agresivo, ese desorden inimaginable en quien admiraba tanto y tanto quería, tomo en un instante conciencia de mi soledad y de lo urgente de dar un paso. ¿Hacia dónde?

La memoria vuelve a mostrarme el camino. Sin ser consciente de ello, igual que al escribir. De todos los lugares del mundo a los que acudir a buscar una paz sanadora, algo en mí elige este. Supongo que era inevitable, una vez abierta la ventana desde lo más profundo. O no. Pero ha sucedido. El mundo feliz que se desenterró cuando creí estar inventándome una historia me vuelve a llamar con la fuerza de los amores irresistibles. Esa misma fuerza que te acerca al ser amado cuando lo encuentras de nuevo y eres consciente, solo en ese momento, de lo mucho que lo amas. Y no quieres perderlo nunca más.

No sabía que los lugares también curaban. Ahora intuyo que sí.

Solo lo intuyo.

Cinco

Notas. Estoy escribiendo notas. Desordenadas, sí. Ahora que releo, me doy cuenta de que bastante. Pero me quiero obligar a hacerlo. Aunque no sepa muy bien por qué.

Lo voy a registrar todo. Hacer útil lo inútil y escribir para mí y sobre mí. Así me veré mejor, que de eso también se trata. Y seguro que me ayuda a irme organizando.

Todavía duele lo de Marcos. Menos, desde luego. Pero ahí sigue.

En realidad, debería agradecerle que me haya arrojado aquí. Alguna vez pensé en enseñarle este lugar, presentarle las acacias, recorrer mi infancia, la luz que recordaba tras la pegajosa oscuridad del adiós. Pero pesaba demasiado lo vivido; lo sufrido, por ser más precisa.

Lo pienso cuando esta mañana recorro con el pulso desatado la senda del bosque que desemboca en la playa. El lugar al que Miguel me llevó un día, como prenda de un compromiso que siempre estaría ahí para mí y que se diluyó antes de que acabara el verano. Quizá él sepa hoy que aquella frustración inspiró la historia que ha desencadenado todo esto, que lleva un nombre imaginado para ese lugar, la playa del Refugio, mucho más hermoso y literario que el verdadero de la playa de la Cueva. Quizá esté aquí por él. O quizá no. Nunca más supe de su vida.

Nuestro rincón sigue vivo, hermoso. Casi exactamente igual que el fabulado, el que tantas veces me acogió cuando la imaginación y la memoria me volvían a traer a este lugar.

Camino nerviosa, como se dirige una al encuentro del amante. Así y todo, consigo disfrutar de la generosa explosión de helechos y

musgo, de sauces, avellanos y laurel, de robles fuera de sitio. A mi alrededor, ajeno a la conmoción del reencuentro, mi perro, Cayo, disfruta del paseo en lo que para él es un parque inmenso y luminoso de olores desconocidos y excitantes.

Por fin llegamos al claro de la playa, frente a la pared de rocas contra la que se amansa el agua. Ante ellas, justo a mis pies, el anfiteatro poblado de acacias repartidas por la pendiente como si alguien las hubiera distribuido calculando las exactas proporciones de la belleza. Cada una en su sitio, público inmóvil de un espectáculo de siglos, el del agua que se abre paso a través de las rocas por conductos imposibles hasta descansar en una hoya teatral y misteriosa, una playa cuyo horizonte no es la serena línea del mar, sino un muro gris inapelable. Erguidas frente a él, permanecen, como entonces, como siempre, atentas al ir y venir del mar aquí en calma, inmunes al viento agotador que dobla los troncos de los árboles. Protegidas, pero también protectoras de este rincón de cuya insólita belleza forman parte y son testigo, elevadas sobre los cantos y la arena que el mar que se filtra entre las rocas mueve y coloca una y otra vez, haciendo que lo que parece no cambiar constantemente mude. Hay una grieta en todo, decía Leonard Cohen, así es como entra la luz. Por estas se cuela el agua para descansar y volver con la marea a la bravura y al miedo del mar abierto.

Una playa escondida solo para amantes.

Me abrazan la atmósfera salobre y la memoria de los olores dulzones de las flores como uvas pálidas y delicadas del mayo de las acacias. Recuerdos. Aquel amor adolescente, casi infantil, que fue poco más que un romance de verano, sin despedidas ni palabras. Sin horizonte. Como la playa. Estamos aquí, Miguel y yo. Los árboles vuelven a hablarme como hacen con los caminantes cuando prestan atención. Las acacias y las piedras son la única certeza que nos queda de tiempos pasados. Dos adolescentes que jugábamos a ser adultos como si conociéramos los secretos que prenden y alimentan los fuegos interiores. Reíamos, y las risas volaban en el eco

espumoso de este espacio de amor, agua y roca quebrada. Ella, yo, sentía miedo, tanto como deseo. Pero las ganas de descubrir y el sentimiento que creía amor rebasaban cualquier parapeto. Sus caricias. Su empuje de animal masculino. Primerizo, torpe. Liturgia clandestina que formulaba entre las acacias, ante las rocas, sobre el agua domesticada de esta playa interior, la atmósfera de una dulcísima conquista. Antigua, como la edad del hombre. Amorosa, como la ambición de cualquier destino. Huele a él, percibo la ansiedad de la adolescente entregada. Deseaba con toda mi fuerza que me poseyera para siempre. No sé cómo, pero reclamo que lo haga.

Súbitamente, algo atraviesa la pared de mi ensueño. Alguien viene y enmudecen los recuerdos. Se recolocan, disimulan.

En la novela eso sucedió y era el pastor del rebaño de vacas que se alimentaba en los prados cercanos. En la escena que reconstruye mi memoria hay una niebla que no consigo disipar. En el presente, siento la vaga impresión de una presencia no convocada.

No escucho sonido alguno más allá del murmullo de mis propios fantasmas, pero es evidente que también aquí y ahora hay algo o alguien cerca. Al fondo, las rocas que envuelven la playa se elevan hasta el prado que trepa a los acantilados. Es noviembre, no huelen las acacias. Hay un leve rumor de olas que baten a lo lejos.

Sigo la trayectoria de la concentrada mirada de mi perro. Y me topo con la aparición.

En mi playa, en el agua fría de este norte inclemente, un hombre. Y qué hombre. Inesperada y sobrecogedora fantasía natural a mis pies, en el mar que reposa prisionero allá abajo, tras las acacias. Mi imaginación construye al instante un dios marino con ambición de conquista. O más cerca: Daniel Craig saliendo del agua en *Casino Royale.* Este Bond, en cambio, es menos chuleta y más *hippy,* con pelo largo y barba de dos días. Se me antoja poderoso. Y rubio. Desnudo.

Ni Cayo se atreve a ladrar; supongo que está impresionado como yo ante la escultura carnal.

Su desnudez no es desafiante, es obvio que no espera a nadie, pero sí segura y orgullosa. Su cuerpo es perfecto y lo sabe. El mío sufre una silenciosa y nada discreta conmoción. Un canal de sangre caliente se activa entre mis caderas y el esternón. Creo que aún mantengo la boca abierta cuando me descubre. Su sorpresa es similar a la mía. Se ruboriza, lo noto. Mira a una roca que hay a su derecha, a un par de metros, donde ha dejado la toalla. Se lanza a ella como el atacado al arma.

—Perdón, perdón…, no esperaba a nadie.

Se excusa mientras se la enrolla alrededor de la cintura y las caderas.

Yo siento que soy quien invade, quien tiene que presentar excusas, pese a que se ha colado en mi memoria y en mi rincón secreto. Aun así, me culpo. Soy el personaje que rompe su intimidad.

—No. Discúlpeme a mí… no… no.

—Dejémoslo así —parece querer cerrar él con una sonrisa que completa la armonía de formas, el espectáculo al que asisto—. Yo ya me iba. Es que me gusta bañarme desnudo, ¿sabe?

No. No sé. No nos conocemos. Pero es evidente que mal no le parece. Me relajo. Sonrío.

—Y pasar frío, ¿no?

Sonríe más él. Parece querer decir algo, pero no le dejo. Yo estoy a punto de confesarle que es de los míos, que yo también disfruto de bañarme en agua helada y que he fantaseado con hacerlo aquí, donde él está ahora mismo, en la playa de mi novela. Mejor no; cállate, Sofía. Y sal de aquí.

—Que disfrute. Muy buen día.

Se resigna.

—Igualmente.

Acaricio a Cayo, una forma como cualquier otra de poner distancia con la situación. He de reconocer que sigo conmocionada. Pero no vuelvo a mirar hacia la playa. Rebaso su perímetro prado

arriba y escucho cómo el agua se cuela desde fuera hacia el interior con el estruendo de aire a la fuga de los bufones.

Desde lo alto, pasados unos minutos, vuelvo a mirar a la grada rocosa que esconde la playa. El dios ha terminado de vestirse. Caqui, como de militar. Pantalones y chaleco llenos de bolsillos. El sol de otoño refleja el brillo metálico de algo que se cuelga al hombro. Me mira. Sonríe. Le devuelvo la sonrisa. Más calmada, estoy por preguntar. No lo hago. No sé por qué. Cayo me mira. Decídete, parece querer decirme. «Vamos», le digo para que salte entre las rocas altas que esconden el camino. Me sigue mirando y yo me encojo de hombros. «Vamos», le repito.

Los humanos no nos olemos la identidad como vosotros los perros. Pero a veces no hace falta para saber que alguien te ha tocado por ahí dentro.

Y ya. Fin de la cita.

Seis

Regreso a la cabaña por la ruta del viejo molino de mar abandonado.

Fue Paqui quien de niña me enseñó este lugar. Aún molían maíz y a veces trigo. Lo conocía por Dosio, que la traía aquí cuando aún cortejaban. Hoy es una charca enorme rodeada de juncos con la ruina al fondo de la aceña ya muerta.

Me gustaba ver moler, que no era solo triturar cereales. Para abuela, moler era fastidiar, enredar, insistir demasiado: «No muelas tanto, mi cría». Pensaba en el trigo hecho harina, en las ruedas aplastándolo, y no encontraba sentido a su lamento: «No te muelo, *güela*». Y se reía y me abrazaba con su olor a humo y a lejía, y me llamaba «mi indiecita». La abuela Flora siempre tenía para mí una sonrisa y para los demás una insolencia. Era dura y de una aspereza trabajada desde joven para defenderse de los depredadores y de las lenguas.

Conmigo no.

Me tomaba de la mano cuando hacía arroz con leche y girábamos las dos una y otra vez la misma cuchara en la sustancia olorosa y blanca que se cocía sobre la placa ardiente, con la amorosa constancia que requiere transmitir los saberes antiguos, mientras me explicaba que había que evitar que se pegase y por eso le dábamos vueltas y vueltas sin parar. Olía el aire a caramelo y a leche espesa.

No quería lavadora en casa. Prefería ir a lavar al Cabra y yo iba con ella y admiraba la fuerza con que golpeaba contra la piedra y frotaba sin compasión unas sábanas y unas enaguas que nunca se rompían. Me decía que estudiara, que las mujeres con estudios

podían aspirar a algo más que aguantar al marido y hacerle la cena y lo que él quisiera, mientras me miraba con una ternura completamente desprovista de matices; hoy me pregunto si no habría en ella algo de lástima por una niña sin padres ni un futuro que solo empezó a perfilarse el día de su muerte.

Vuelve Cayo a bajarme al presente. Me sobresalta su ladrido alegre. Está en un paraíso de emociones, olores y rastros. De repente se me pierde entre unos juncos y me angustio. Alarma. Debilidad emocional. Me desasosiega un tipo que surge de las aguas y me asusta perder de vista a Cayo.

¿Por qué me atenaza el miedo con tanta facilidad?

No estoy bien, no. Toda esta mierda del tiempo nuevo, del éxito que es fracaso o el fracaso que es éxito, qué más da, me está aflojando. Todo me asusta. ¿Qué será lo próximo? ¿Una llamada de Marcos?

Como si me hubiera leído la mente, en este instante llama. Sí. Vibra el teléfono y es él. El destino responde con crueldad a las preguntas estúpidas.

La siguiente vuelve a ser él.

Naturalmente, no lo cojo. No conectas con quien quieres desconectar. Con quien debía ser refugio y lo incendió todo. Con quien ha llegado a darme miedo. Solo escribir esto me produce escalofríos.

¿Qué querrá? ¿Pedirme perdón? Descartado. ¿Darme alguna noticia? No me interesa. ¿Se habrá muerto su madre? Bien muerta esté. A ver, Sofía, calma, que no eres como ella. No se desea la muerte ni de los enemigos. Lo que habrá trabajado esa bruja de Carlota para sacar a su Marquitos de mi vida y, al final, mira, objetivo conseguido. Estaba ingresada cuando me fui. Si ha pasado algo, ya me enteraré.

O quizá me llame porque no tiene cojones para estar solo. El gran Marcos Lorenzo tiene también miedos y es vulnerable. Como todos.

Que le den.

Aúlla Cayo. Salta como loco alrededor de un cañaveral. Reconozco esa excitación: hay algún bicho que quiere cazar. Es hora de irse.

Le llamo desde el camino, en lo alto de la loma sobre el cauce. Sigue en su acoso.

Vuelve a llamar Marcos. Silencio el teléfono.

Que le den más todavía.

Rencor. Demasiado. También quiero quitármelo de encima. Tal vez me cueste más de lo que esperaba.

Cayo corre hacia mí embarrado y alegre. Me planta las patazas en el suéter azul cielo. Me cabrea muchísimo. Exageradamente. Otra señal de flojera, otro trazo en el mapa que me da idea de lo que aún me falta de viaje. La enormidad de lo que queda por recorrer en esta extraña aventura camino de la serenidad, puede que en la ingenua creencia de que los escritores, si es que lo soy, podemos encontrarla alguna vez.

Miro el reloj. En hora y media he quedado con el albañil de La Vega, que va a terminar de rearmar el tejado y colocar la ventana del baño. Demasiado viejo el retrete de la cabaña; ha habido que cambiarlo todo.

Aprieto el paso ladera arriba hasta alcanzar el camino. Admiro la descuidada predisposición de Cayo a encontrar la felicidad en cada rincón que olfatea, en las matas, en las rocas, en los recovecos que ocultan las zarzas, los rastros de animales nocturnos. Salta y corre alegre y atento. Depende y confía. Como yo. Dependo y confío. Hasta ahora.

Lo saqué destrizado de un refugio adonde llegó después de que un samaritano lo encontrara perdido y medio muerto de hambre en un arcén de la autopista, a punto de acabar sus días desnutrido o atropellado. Me eligió él a mí. Yo buscaba uno pequeñito para que nos acompañara en casa, pero la forma en que me miró y me asaltó nada más verme hizo imposible que pensara en otra opción. Depende y confía. No tiene ni la menor idea de lo que es hoy para mí. O quizá sí. Cuando lloro y me mira y me acaricia con su cabezota sé que sabe que estoy sufriendo y quiere consolarme. Creo que este

viaje no podría hacerlo sin él. Aunque me deje su huella de barro en el pecho. Aunque me llene de angustia cuando se vuelve loco al descubrir un rastro o la estampa de un gato apetecible.

A estas alturas, tal vez no seamos nada el uno sin el otro. En cierta forma también dependo de él y en él confío. Lo he hecho siempre con las personas. Pero ya no puedo, ni debo.

Todo esto me está costando la vida. Un decir, claro. Pero se me come la salud. He adelgazado y entristecido, me he avinagrado y se me ha caído la sonrisa. Hasta me costaba últimamente hacerlo al presentar.

—Estás muy seria. Como apagada —me animaba Rodolfo por el pinganillo, segundos antes de que el *tally* sobre la cámara me avisase de que estábamos ya en el aire.

Cuesta mucho centrar la vista en el fondo del círculo oscuro tras el cual está el público. Miras a la cámara y tomas conciencia abstracta de que ese ojo brillante y profundo es el puente entre los espectadores y tú. Los millones de personas atentas a lo que dices, pero también a cómo lo dices. «Eres dios cuando la luz roja sobre la cámara te indica que estás hablándole al mundo, pero cuando se apaga, vuelves a ser mortal». Qué bueno aquello que me dijo Tacho. A algunos esta segunda parte se les olvida. Creo que en algún momento a mí también. Ahora no. Ahora tengo los pies en la tierra y quiero verme atrapada en ella como los hombres plantados en el bancal de Cuerda en *Amanece, que no es poco.*

He venido aquí con Cayo a trasplantarme.

En hora y cuarto viene el albañil de La Vega a terminar el tejado y colocar la ventana del baño.

Aprieto el paso.

¿Por qué habré decidido venir andando hoy en vez de en coche como siempre?

No puede ser, Marcos vuelve a llamar.

Que le vuelvan a dar.

Siete

Me está esperando el albañil cuando llego a la cabaña.

Fuma apoyado en el guardabarros delantero de su todoterreno. No deja de observarme desde que me ve bajar por el camino del mirador. Me incomoda un poco.

—Buenos días, señora.

El modo amable en que lo dice, la sonrisa inocente y franca que adorna su saludo cuando estoy frente a él, me vuelven a desconcertar. Ya no veo al sujeto rijoso que me escudriñaba bajando la cuesta, sino al tipo maduro, tostado y recio que saluda amable a alguien que conoce como de toda la vida.

Alarma. Debilidad emocional. Veo lo que no es. Prejuicio. Qué estúpida vanidosa. Hay que reorganizar todo esto. Qué desastre.

Vuelvo a él.

—Me llamo Félix, encantado de saludarla. La veo a usted cada tarde. Es como una costumbre diaria en casa. Mi mujer y yo cenábamos con su telediario.

Pues se han quedado sin espectáculo.

Le devuelvo el saludo y una excusa.

—Buenos días. Disculpe el retraso, vengo andando desde… la playa de la Cueva.

—Ya me imagino. —Sonrisa cómplice; conoce la novela, es evidente—. Bonita playa. Y desconocida. Por lo menos de momento no la han tomado al asalto los turistas. Hace usted muy bien en cambiarle el nombre. Supongo que para despistar. Bien hecho, cuanta menos gente venga, mejor. «La playa del Refugio» suena bien también… Claro, tanto como para titular así el libro. Es que el

lugar es muy importante, ¿verdad? —No deja de sonreír ni de hablar mientras me observa. Busca mi mirada con la intención de conectar—. Tengo una idea para la ventana del baño. Si a usted no le parece mal, podríamos hacerla más grande de lo previsto, poner un cristal de esos que se ve desde dentro y no de fuera, que sería un poco más caro, pero merece la pena, y así entra más luz y usted puede hacer sus cosas mirando al mar, que es mejor. Yo suelo leer revistas y mi mujer me dice que paso demasiado tiempo ahí dentro. Pero es que se está muy bien cuando uno es capaz de encontrar la forma de ir sacándolo todo poco a poco, y eso alivia muchísimo…

Finjo atender, pero he dejado de hacerlo.

Lo escatológico me espanta y su poquísima delicadeza a la hora de ponerse sobre la taza del váter de los demás me aleja de su discurso.

Porque estoy así de sensible y de gilipollas, esa es la verdad. El tipo está tratando de ser amable, y yo paso de él.

—… Y luego podemos intentar fijar las placas solares sobre el tejado y de esa forma usted se ahorrará un dineral en…

Mientras me habla, vuelvo a observar la cabaña y su entorno. Juego a que es la primera vez que lo hago. Desde pequeña me gusta contemplar los lugares conocidos con la mirada del recién llegado, como si nunca hubiera estado en ellos.

Ante mí, con el fondo sonoro del parloteo de Félix, una imagen de postal turística. La vieja cabaña que fue nuestro castillo está hoy remozada y viva. Se asienta en la suave ladera de un prado que cae hasta el bosque que rodea el faro de Punta Norte y la carretera que conduce a él. Los árboles emborronan la visión del mar, pero se escucha perfectamente el batir de las olas contra los acantilados. Al sur, más allá de la colina y del llano, del extraño y misterioso bosque de Santumedé, se extienden la llanura de La Vega y el valle de Lina, que se eleva apacible hasta los montes de Cañadiello. Un camino desciende desde el mirador de Sierraplana hacia la cabaña, protegida de la vista de curiosos y turistas por un enorme nogal que

apoya su tronco en el muro trasero y extiende sus ramas como si la abrazara.

El lugar es realmente hermoso; cualquiera se enamoraría de él.

La vieja cabaña de pastor, el refugio de las primas que jugaban a ser princesas, es hoy mi casa. Quién lo diría. Le estoy cogiendo gusto a la idea de estar aquí. Sola. Alejada. Libre.

—Entonces, ¿ponemos el marco de madera clara o la oscura? Yo, francamente, pondría la oscura; le va más a la zona…

—Pues sí —concedo, regresando a la atención—, me gusta más oscura. —De repente pienso en algo que hasta ahora no me había preocupado—. Oiga… Esto sigue siendo el lugar tranquilo de siempre, ¿no?

Él vuelve a mirarme despacio. Da una calada. Echa el humo a un lado. Aplasta la colilla contra la grava del camino.

—Doña Sofía, aquí va a estar usted de maravilla. Nunca pasa nada en el alto ni en el valle. Bueno, una vez pasó, pero hace mucho tiempo y ya nadie se acuerda… Y además tiene usted los ojos de todo el pueblo pendientes y atentos.

Vieja del visillo. Siempre hay alguien que ha visto lo que haces. O lo suficiente como para imaginarlo. Es común a la comarca. Imagino que todos los lugares pequeños y aislados adolecen de la misma particularidad. Más en mi caso, claro. La hija de Eduardo, que vivió aquí de cría y luego se fue a Madrid y se hizo famosa y lleva el nombre de La Vega por toda España. La prima Paqui me dijo una vez que hasta los que no eran muy de la cuerda de la familia exhibían con orgullo su cercanía a los Fernández del barrio del Cantu. ¿Cómo iban a dejar que le pasara algo a uno de ellos?

—Usted para nosotros es muy especial —continúa Félix—, no hace falta que se lo explique. Y aquí intentamos *atendela* lo mejor posible. Y *cuidala* como hija de esta tierra que es. Y si necesita algo, lo tendrá, y si quiere que miremos por usted, miraremos, que nada nos hace más ilusión que volver a *tenela* aquí, y ahora más, que es una persona importante y a todos nos presta mucho que esté de

nuevo en su casa, que imagino que es para escribir otra novela como la de los chicos de la montaña que se enamoran…

Y me empieza a hablar de *El refugio* y su trama, y los personajes. Se la sabe. Me lleva otra vez a la playa y se me aparece el Poseidón rubio. Sonrío por dentro, como se hace cuando una evocación grata regresa a tu memoria. Félix me sigue hablando. De la novela, creo.

—… Pues a ella, más. Mucho más. De hecho, tengo en el coche una novela que, si me la firma, va a hacer a mi mujer la más feliz del mundo.

Sí, de la novela. Encantada de firmarla.

Voy a hacerlo cuando me detiene una visión inesperada. Una furgoneta blanca desciende lentamente por la carretera del faro. Demasiado lento hasta para ver el paisaje. Como si quisiera desafiarme, se detiene frente al muro de la finca cuando fijo mi atención en ella. Un brillo metálico me revela que alguien desde dentro me está haciendo fotos.

—Félix. —Busco inquieta el único auxilio que tengo a mano—. Aquella furgoneta…

Se gira a mirar.

—… ¿es de alguien de aquí?

Niega con la cabeza mientras arruga la frente y concentra la mirada.

—Puede que… Pero no, del pueblo seguro que no es.

Alguien me está vigilando. Me sacude una descarga de temor. Soy objetivo, lo que me convierte en vulnerable.

Tengo que averiguar quién es y qué quiere.

Ocho

La prima Paqui organizó la reforma de la cabaña cuando se resignó a que no me quedaría con ella y Dosio. Esto aquí, esto allá, la tele al fondo, no quiero tele, Paqui; pues no la habrá. La casa como tú quieras, que sea tu palacio, como cuando éramos niñas, pero limpio y oliendo a nuevo.

Cuando éramos niñas.

Creo que dejé de serlo para siempre el día que me fui. Cuando papá me sacó de allí sin que yo entendiera nada. A veces, cuando miraba la luna llena a la que hablábamos las dos, me encontraba preguntándole por qué. Aquel disco de luz de plata nunca me respondió, jamás me mandó señal alguna.

En varias cartas se lo pregunté a Paqui, pero las suyas de vuelta tampoco traían respuestas.

Luego las cartas se fueron espaciando, más por mí que por ella, y el interés por sobrevivir al presente y anclarme a una idea de futuro fue haciéndose más fuerte, y casi llegaron a desaparecer por completo. Nunca dejamos de escribirnos, y hasta alguna vez hablamos por teléfono, y su voz, que sonaba como siempre y lo llenaba todo de ánimo alegre, era la energía que me alimentaba para afrontar las aristas de aquel Madrid que viví como algo frío y abiertamente hostil. Pero cuando empecé a crecer se fueron haciendo más largos los silencios entre Paqui y yo.

Hasta que a la muerte de mi padre ella vino a rescatarme. O lo intentó.

Ofelia nunca se esforzó por ocupar más espacio que el indispensable para no matarme de hambre. No se abrió jamás.

Ejercía el cuidado con la medida asepsia de una asalariada. Tosca y malhumorada, fumaba constantemente y se pasaba las tardes en el bingo. Yo lo prefería, porque así me quedaba tiempo y espacio para mí en aquella casa sombría que habitábamos junto a un hombre mayor, inquilino de una silla de ruedas que ella colocaba a la hora de comer frente a la tele. De telediario a telediario lo tenía allí inmóvil, silencioso, vegetal que languidecía con la mirada perdida y la expresión triste. Jamás le oí hablar. Me daba pena, y al principio intentaba darle conversación. Esfuerzo inútil. Según Ofelia, era el padre de su marido, que ella siguió cuidando cuando él desapareció. Alguien le pagaba por ello. Como mi padre, supongo, por mi estancia. Yo creo que a él también le gustaba verla salir por la puerta. Descansábamos de su aspereza y de su olor rancio a tabaco. A ella le debo no haber fumado nunca.

El anciano murió a los pocos meses de mi llegada. No recuerdo que oficiaran funeral ni que hubiera despedidas.

Papá venía de vez en cuando. Pero la adolescente que yo era no festejaba los encuentros con el entusiasmo infantil con que lo hacía en Sierraplana. No era lo mismo regresar a casa que venir a visitarme al exilio que él mismo me había impuesto. Un día le pregunté por qué me había dejado en manos de aquella mujer, que ni siquiera era familia.

—Es una buena persona, aunque está un poco agobiada y ha sufrido mucho; por eso tiene ese carácter. Créeme que tú le alegras la vida, y que, aunque no lo parezca, es muy generosa. Ramiro es el padre de su ex, y aquí le tienes. Ofelia es la única persona que podría cuidarte hasta que te hagas mayor.

—Puedo irme contigo.

—Yo tengo una vida lejos que no sería buena para ti. Estás aquí mejor.

—Si no puedo irme contigo, podría estar con Paqui.

—Créeme, mi vida, no es posible. Ofelia es amiga de toda la vida, y te acoge en su casa.

—Como si fuera una pensión.

—De la que pronto volarás sola.

—Dime la verdad, papá. Dímela.

Paseábamos por el Retiro, bordeando el estanque grande, el de las barcas.

—Ven, vamos a sentarnos aquí.

Nos acomodamos en el pretil de piedra que recorre el oeste y el sur del lago artificial. Yo en silencio. Él contemplándome con una expresión que no sé aún si era de ternura o de lástima.

—Coincidió con la muerte de la abuela el tiempo en el que tú debías salir de allí —comenzó—. Estudiar, abrirte camino fuera del pueblo, crecer más allá de las montañas y el mar. Acabar tu infancia y mirar al futuro.

—No me pediste opinión. Y por lo que sé, tampoco a Paqui. Ella y Dosio podían haberme ayudado en esa vida que tú dices que me tenía que sacar de casa.

Toma aire. No está cómodo.

—Mira, Sofía, te seré sincero. Ya tienes edad para entender las cosas, pero hay algunas que no puedo decirte. Hicimos…

—Hiciste —le corrijo mientras me levanto y me coloco de pie frente a él.

—No siempre somos dueños de nuestro destino. ¿Te acuerdas de aquel día en el puente del río Cabra, cuando vimos cómo el agua se llevaba la colilla que yo acababa de tirar?

Claro que lo recuerdo, quedó a merced del agua y sus impredecibles remolinos. Pero no responde a mi pregunta. Insisto:

—Podía haberme quedado con Paqui, y ella y Dosio me habrían ayudado también.

—No de la forma adecuada. Yo quería, y sigo queriendo, un futuro para ti lejos de aquello, pensando en grande. Y eso exigía venir a Madrid.

—Sin pedirme opinión, papá; sin contar conmigo.

Hay un extraño silencio a nuestro alrededor. Pasa gente. Veo parejas con carritos que arrastran bebés, chicos con auriculares conectados a sus cajitas de música; a lo lejos, un coche patrulla de

la policía municipal. Pero son solo paisaje, como adornos, decorado de una escena en cuyo centro únicamente estamos nosotros dos, mi padre con sus excusas y yo presa de una creciente angustia que me coloniza y araña hasta doler. La añoranza me hace sangrar por dentro. Evocar Sierraplana junto a papá es descoser violentamente la cicatriz.

—Aquí estás más cerca de los que te queremos.

—Y más lejos de los que quiero yo.

Parece reflexionar unos instantes. Se levanta, me mira. Eleva el mentón como hacen los caballos cuando quieren alejar a alguien o evadir un problema. Niega después con un movimiento leve, casi imperceptible, que se diría es más para sí mismo que dirigido a mí. Intuyo que está conteniéndose, evitando decir algo.

—A la muerte de tu abuela discutí con Paqui por un problema de la herencia. Nos alejamos por completo. Tú no podías seguir allí.

—O sea, que dejas de hablarte con Paqui y soy yo la que paga la movida… Joder, papá, qué injusto. Si esa es la razón…

—No lo es, Sofía. No solo. Aquí saldrás adelante mucho mejor que en Sierraplana.

—Y mucho más sola.

Se adelantó dos pasos, se giró y me dijo con lo que se me antojó un innecesario dramatismo:

—Las cosas nunca son del todo lo que parecen.

Jamás volvimos a hablar de ello. Ofelia fue quien me dio la noticia de su muerte.

Fría, lejana, como si el adiós fuera de alguien ajeno y sin importancia. Un trámite para pasar a la página siguiente. Ni cómo murió me contó, ni dónde, ni por qué. Nada. Desde Perú le había llegado noticia de su muerte y nada más podía decirme. ¿Nada más que eso, tan poco te importaba? «No está en mi mano saberlo todo, es lo que me dijeron, y no hay más. Solo —añadió— puedo decirte que hay una herencia, pero ya más no sé». Ni entierro, ni cartas ni documentos.

No lloré en ese momento. No quise, o no pude. Y eso que vi entreabierta la puerta de mis soledades y mis miedos con la idea de que esta vez su marcha era definitiva. Nunca estaba, pero siempre volvía, y entre visita y visita alimentaba mi esperanza de que cualquier día se presentaría sin avisar. Y del mismo modo que los malos augurios disponen ya el ánimo para la llegada del dolor, esperar su regreso me iluminaba y esa luz me hacía feliz cuando se presentaba. El reproche por haberme sacado del paraíso nunca pesó más que la constante añoranza en que aprendí a amar a mi padre. Pero entonces no lloré; lo dejé para las noches de soledad en mi cuarto y para alguna luna llena en que sé que compartí con Paqui el inesperado vacío de su adiós.

Ahora lo tengo mucho más presente. Tanto como para darme cuenta de que entonces decidí que si no iba a volver a verle, debía esforzarme en olvidarle.

Muy poco después fue cuando se me apareció Paqui.

El día que vino a buscarme a Madrid me encontró en la tienda. Trabajaba allí gracias a una desconocida amiga de Ofelia. «Para que puedas pagarte bien los estudios», me dijo.

Turno de tarde; por la mañana estudiaba Periodismo y aprendía inglés. Después atendía a madres y aguantaba con paciencia a sus criaturas en una pequeña tienda de ropa para niños. No sé si era o no buen negocio, pero pasaba muchas horas sola, con tiempo para estudiar, pensar y a veces hasta escribir.

En las tardes limpias de primavera, el sol del atardecer embadurnaba de una intensa luz rojiza todo el escaparate, como si quisiera que todo el mundo se fijara en él. Los transeúntes eran sombras fugaces en el cristal teñido de ocaso. Vuelvo allí como si ese pasado fuera presente.

Una de esas sombras se detiene en la puerta. Inmóvil, como las luces nocturnas o el aire en verano, disputándose el espacio con la luz del ocaso a punto de desaparecer. Levanto la vista. Contorno difuminado de mujer. Respiración intensa, o eso me parece.

—¿Desea algo?

Se toma su tiempo para responder. Saborea el momento. No entiendo. Juega.

—No —responde la sombra.

Entrecierro los ojos, forzando la vista para tratar de ver quién me toma el pelo.

—¿Disculpe?

—No —repite.

Algo me resulta familiar. Quizá el perfume, quizá el timbre de voz, quizá la sonrisa que intuyo en el inesperado contraluz. El corazón se desata antes de que la razón ordene. No hay más tiempo. Una súbita alegría me ahoga en el preciso instante en que la sombra se abalanza sobre mí y me abraza riéndose feliz, desinhibida, haciéndose conmigo por completo. En el instante en que su olor me inunda, grito su nombre.

—¡¡¡Paqui!!!

Y me brota de la entraña con la furia de los reencuentros inesperados, con las ganas de los abrazos que no nos dimos, con la energía de la felicidad recuperada.

—Mi indiecita —me susurra—, mi indiecita, cómo te he echado de menos. Cuánto te añoro.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Para qué has venido? ¿Por qué no me has escrito? —Se amontonan las preguntas en el reencuentro como lo hicieron las súplicas en la despedida.

—He venido a por ti, mi cría. He venido a por ti.

Nos abrazamos. La escucho decir, casi susurrar, no quiero perderte más.

Hubiera vuelto con ella a ciegas.

Me lo impidió un horizonte recién abierto: un compañero de clase, hijo de un afamado periodista que años más tarde sería mi jefe, me había ofrecido entrar con él en el equipo de un programa de tele de la productora de su padre. Yo le gustaba mucho, muchísimo, y no necesitaba más argumentos para colarme de auxiliar. De no ser por eso, probablemente hubiera vuelto con ella. Y todo sería distinto. O no. Qué estupidez elucubrar sobre lo que pudo haber sido nuestra

vida cuando depende tan solo de un instante, de un suceso inesperado, de un paso, de un latido.

El intento fracasado de rescate volvió a juntarnos como al principio. Y las lágrimas de la despedida fueron de alegría, porque los adioses son alegres si la distancia tiene fecha de caducidad o dejan abiertos puentes de encuentro en la lejanía.

Empezó a venir a Madrid de vez en cuando.

Tiraba de mí.

—Tienes que venir a Sierraplana, a tu casa.

—Demasiado dolor, Paqui. Aquello ya no es mío. Solo me quedas tú y te compro con las visitas a la tele y presentándote famosos.

—Que me presta…

Y se ríe, nos reímos como hacen los cómplices cuando se tocan el nervio de los secretos.

Años después, aquí estoy. En la casa que fue nuestro castillo. Volviendo a escribir recuerdos.

Miro el reloj. Debo llamarla. Quiero que me diga qué fue de Miguel y qué hay de cierto en que vendrá aquí a reclamar recompensa.

Y, si puedo, averiguar quién demonios viene ahora a hacerme fotos. Si no son del pueblo y Félix tampoco los ubica, van a ser fotógrafos, ya verás. Pensé que ya no había *paparazzi.*

Nueve

Hay carteles en La Librería en la xíriga, que es el idioma de los tejeros.

La Librería. Caigo cautiva desde el primer día que la piso. Con ese nombre, es un bar, un restaurante, una biblioteca, un ágora, un tribunal. Reina en él Julia, que igual alimenta cuerpo que alma con la fineza de una artesana paciente.

Un día me enseñó un cartel en aquel lenguaje que alumbraron cuando el pueblo le dio la espalda al mar y descubrí que el habla de la abuela no era inventada. No jugaba a las palabras. Me decía cosas en el habla de esconder secretos. Como si solo se dirigiera al corazón que no sabe de lenguas.

—Te juro que estaba convencida de que era cosa suya, que igual que el abuelo se inventaba historias, ella jugaba conmigo a imaginar palabras.

Julia me escucha atenta detrás de la barra, como hacen las personas sabias que no pierden la atención ni miran a otro lado.

La conocí mi primer día aquí. Buscaba dónde tomar un café después de dejar las maletas en casa de Paqui, primera etapa.

—Te va a encantar —me dijo—, es un bar lleno de libros y de gente que se parece más a la tuya que a la mía.

—Pero si mi gente eres tú —protesté.

—Vete allí, junto a la *iglesuca* de Santa María, y verás por qué te lo digo.

Llueve. A unos cuantos pasos de la iglesia, un par de mesitas de café asoman a la esquina de cantería de un callejón. Al fondo, una ordenada disposición de piedra gris, cristal y madera compone una

fachada de equilibrado atractivo tras cuyas ventanas, despejadas, amplias, se puede ver en lo alto la planta donde se atesoran los libros y, supe poco después, se oficia la liturgia de la música y la palabra.

Media docena de mesas aguantan en el callejón, vacías y solas, con la firmeza de la rutina, los picotazos del agua que cae del tejado interpretando una melodía metálica en perfecto y grato desorden. Las dejo a mi derecha y, al final del pasadizo, empujo la puerta de doble hoja del local.

Una calidez tierna de aire limpio, voces quedas e instantes detenidos me abraza nada más entrar. Hay un sutil aroma a papel vivo. La planta baja es pequeña, con media docena de mesas y una barra al fondo. A la izquierda, una escalera hacia el piso superior y en todas las paredes cuadros dispuestos para una exposición. Sorpresa. Refugio. Tras el del papel, me envuelve un aroma a madera y a canela con alguna especia más de fondo, quizá orégano. Sobre una mesa se amontonan libros en columnas sin orden aparente. De inmediato, el espacio me abduce. Camino hasta la barra. Silencio repentino alrededor. Las miradas de siempre. Entre curiosas y admiradas. Te acostumbras a apartarlas de ti. Con el tiempo terminas desarrollando una campana invisible que te aísla del peso plomizo de la atención permanente que recibes en la calle o de los estruendosos silencios que se extienden entre el público cuando haces tu entrada en un local. Sigo sin entender a la gente que disfruta con la popularidad. Para mí es un tributo, el precio a pagar por conseguir el reconocimiento público. No puedes disfrutar de la lluvia sin mojarte. Si quieres que te quieran, debes aceptar las consecuencias de tu exposición, pero no gozo siendo objeto de curiosidad o morbo. Menos ahora, que busco silencio.

Llego a la barra. Una mujer delgada y rubia, atractiva, de porte urbanita y sonrisa afable sale de la cocina, a la izquierda del mostrador.

—Buenos días.

Intercambiamos sonrisas. Me reconoce. Aprendes a notar cuando alguien se sorprende y quiere ser discreto.

—Hola, buen día.

Golpeo con los nudillos en la barra de madera. Suavemente. Una de mis muletas para conjurar el nerviosismo cuando falla la campana de cristal. Me siento vulnerable ante las miradas. Inseguridad. Ya estamos. Tiro de topicazo.

—Hermoso lugar.

La mujer amplía la sonrisa.

—Gracias. ¿Quiere tomar algo?

—Pues si tiene café, encantada.

—Muy bien.

Poco a poco se vuelve a espesar el ambiente con las conversaciones resucitadas. Supongo que algunos hablarán de mí. Prefiero no girarme y dejar atrás los murmullos.

—Sofía Fernández en carne mortal.

A mi derecha, un tipo de mirada risueña y ojos zorrunos levanta un vaso de cerveza en un brindis que nadie le ha pedido. Está sentado en una banqueta apoyado en la pared del fondo.

—Bienvenida. —Ablanda la voz en tono amable.

Afirmo en gesto de gratitud y regreso al refugio de la cafetera, donde la mujer ya ha girado y encastrado el cacillo. Me concentro en el café que cae a borbotones suaves en la taza. Vuelve la campana. Pero el tipo la rompe.

—Me gustó mucho *El refugio.* —Bien tirado. Ha tocado piel sensible. Lo miro. No me había fijado en sus gafas de pasta brillante. Tiene estilo. Sigue—. Sí, me gustó mucho, esa es la verdad. Si me lo permite, está muy por encima de las novelas que suelen escribir sus colegas periodistas. Las cosas esas para vender, ya sabe, ¿no? Lo suyo es folletinesco, pero delicado y consistente. Ya me dijeron que era usted de aquí y que esa era su historia.

Otro con el cuento autobiográfico. Sonrío un poco forzada ante su autosuficiente seguridad. Pero no me resulta del todo desagradable. Un listillo, quizá.

—Mateo Alonso, encantado. —Recojo la mano que me tiende y él se dirige a la mujer que me ha atendido—: Julia, no le cobres a nuestra ilustre visitante.

—A la orden, don Mateo—bromea ella mientras sirve el café y luego me explica con un guiño—: No todos aquí somos tan impertinentes, no crea. ¿Quiere una corbata, un *sobaín?*

Pues sí, francamente. Me apetece un sobao. El sabor espeso a mantequilla y leche siempre me atrapa.

Otra vez la abuela en mi memoria. Bato con ella la mantequilla y el azúcar, echamos los huevos de uno en uno, añadimos después, por turnos, la levadura…

—Y la sal, mi cría.

—¿La sal, abuela?, ¿le pones sal?

—Claro.

Y lo celebrábamos. Colocábamos en los moldes la masa que luego crecía y crecía hasta alumbrar una miga dulce y suave. Mis primeros placeres gastronómicos tienen el color gris del invierno y los sabores dulces de los postres de abuela. Como ese arroz con leche que hacíamos juntas. Cocinar con ella era jugar a ser mejor, sentirse importante entre olores esponjosos que anticipaban sensaciones placenteras.

La mujer, Julia, me larga un sobao industrial envuelto en plástico. Nota mi fastidio. Responde Mateo por mí.

—Coño, Julia, dale uno bueno, no eso…

El café está rico. La atmósfera es grata. Un sobao de plástico no me va a liberar del extraño encantamiento del que estoy siendo presa en este lugar.

—No, de verdad. No hay problema. Me sigue recordando igual a mi infancia.

—Mañana te traigo yo uno —dice él—. Mío. Yo los hago, ¿sabes?

—Y buenos —tercia Julia—. Es un magnífico cocinero. Aquí solo tengo estos porque me los piden poco. Pero no están mal.

No se equivoca. El bocado es agradable. El sabor y la textura son también evocadores. Sí, es mi magdalena de Proust. Infancia. Calor.

Ganas de no crecer, de volver a entonces. Niñez recuperada en el primer día de estancia en el lugar al que has llegado para encontrarte. Será que los aromas y sabores de la infancia no te abandonan nunca.

Julia y Mateo. Mateo y Julia. Tiene razón Paqui: se parecen más a mi gente que a la idea que tengo de la suya. Están como sacados de un café urbano de tertulia y traspuestos aquí fuera de sitio. Seres singulares que pueblan este lugar que parece decidido a volver a ser mío y aquí dentro exhibe otro carácter. Está en mi pueblo, ubicado en mi pasado, pero es un insólito retazo de mi vida presente. De lo mejor de ella. Una vez descubierta, La Librería se convierte en algo más que un local.

Vengo desde entonces casi todos los días a hablar y respirar.

Hoy confirmo aquí que las palabras raras de la abuela eran parte de un idioma clandestino o, al menos, con vocación de ocultar.

Julia, que es de fuera, me pregunta si no lo hablábamos de niños cuando jugábamos.

—Creo que no. Yo al menos no lo recuerdo. Tampoco es que estuviera todo el día en la calle. La abuela no me soltaba casi nunca y yo no era muy de salir y enredar por ahí.

Corono la frase con una sonrisa que Julia me devuelve. Hablamos mucho, aunque parece reservada. Es viuda y creo que sale con alguien de aquí. No sé más. Vamos anudando lazos poco a poco.

A mis espaldas, el chasquido plástico de un paraguas sacudido precede inmediatamente a la voz sonora y segura de Mateo. Esta tarde no aguarda en la barra, pero toma posesión al instante en cuanto se sacude la lluvia de encima.

—Vaya, una morena y una rubia en confesión… ¿Puedo incorporarme o peligro?

Julia sonríe sin dejar de mirarme. Aún no sabe si Mateo me incomoda o no. Sonrío también. Me giro y le contemplo sin hablar. Anda por los sesenta, más o menos como Marcos, y viste con cuidada armonía. La cojera que le dejó un accidente de moto hace años no le impide mostrarse seguro y elegante. Lleva una gorra

inglesa a lo *Peaky Blinders,* pero con la cuchilla más abajo, en la lengua.

—¿No decís nada? Pues me apunto.

—Buenos días —saluda Julia.

—Tocado, sí. Disculpad, que entré sin saludar. Es que llueve tanto que solo pensaba en refugiarme.

Rebasa la barra y entra a darle dos besos a Julia.

—Y a ti, estrella de la tele, no te digo nada porque te has sentado en mi sitio.

Mateo siempre ocupa la banqueta que está al final de la barra, justo en la pared.

—Como no te he visto —respondo sin intención alguna de moverme.

—Haces bien… Seguro que se te pega algo. No hace falta que te muevas —me larga sin que yo haga gesto alguno—, será soportable sentarme en otro lugar, así cambio de perspectiva. ¿Y qué tal? ¿Te vas acostumbrando a tu retiro? ¿Te gusta?

—Te recuerdo —aclara Julia— que Sofía es de aquí, su familia nació y vivió aquí y lo conoce perfectamente.

—Lo sé. Soy de los miles de millones que se han leído *El refugio* y además me ha gustado. Pero lo digo por eso precisamente. La niña que se fue de aquí da la sensación de tener una memoria un poco abotargada del lugar. Como si lo viviera a través de los ojos de Jesús, que es un zote y la quería para lo que la quería.

Hoy se sirve de los personajes para volver a recordarme que la novela cuenta mi historia.

—Estás presuponiendo que Jesús, el protagonista masculino, existe; y que la protagonista femenina, Mercedes, soy yo. Y no es exactamente así.

—Exactamente no sé, pero así, probablemente. Primero, porque los escritores solemos hablar de lo que conocemos o tenemos dentro…

Ah, pero ¿también escribe?

—… Y luego, porque el marmolillo de Miguel, o sea, tu Jesús de la novela, ya va diciendo por ahí que se basa en vuestra historia.

Va a tener razón Paqui cuando me dejó caer hace unos días que le había parecido verle hace algunas semanas.

Ha estado presente en mi memoria al ir a la playa, al subir por el camino del Redondal, al bajar a la ermita, en el faro. He evocado sus labios y sus promesas en algún momento en el lugar en que me los entregó. Pero como personaje literario. Enfrentarme a que es real y además pisa aún esta tierra me acaba de dejar sin respiración, como si me atizaran un gancho bajo el esternón.

Mateo sigue mirándome desde que lo ha soltado. No sé si se da cuenta del golpe.

—¿No lo sabías?

Sí, se da cuenta.

—Pues no.

—Vive en Burgos, pero viene de vez en cuando.

—La última vez —añade Julia— con un par de ejemplares de tu novela, por si no la teníamos aquí. «La muy cabrona», dijo, «ha contado nuestra historia».

—No debería sorprenderte. A ver. —Mateo hace una pausa teatral, que pide atención—. A ver… si la novela hubiera pasado desapercibida, si hubieras vendido dos o tres en tu pueblo en lugar de millones por todo el mundo, no sabrías nada de él o te lo encontrarías por ahí dando un paseo. Pero, amiga, si todo dios habla de la historia de amor de adolescencia de Sofía Fernández…

—Pero si es ficción, si la mitad está inventada —protesto.

—Y un mojón, Sofía. Te repito que escribir es abrirse uno mismo. Y tú sabes que mucho de lo que cuentas te pasó con él. Todo, vamos, ¿a que sí?

Nunca pensé que mi primera novela fuera a provocar tanto estruendo. En menos de un año récord de ventas, con traducción ya al inglés, al alemán y al francés, y a punto estábamos de llegar a un acuerdo para la italiana. Aquella historia pequeña de dos adolescentes en un pueblo levantado frente al mar había llegado al

alma de cientos de miles de personas. Millones, dice Mateo. Quizá exagera, o no. Sigo sin saber cómo, por qué. Sí sé que mientras creía estar inventando una historia, regresaba a beber de la ilusión y el dolor de aquellos años primeros de juventud, y por lo visto me salió demasiado real, demasiada verdad.

—… Y claro, el pirata quiere su parte de botín —sigue Mateo—. Ya ha levantado la mano para hacerse ver. En cuanto sepa que estás aquí, si es que no lo sabe ya, te la pondrá delante para hacerse pagar.

Me cae bien este Mateo. Decididamente, sí.

Diez

El baño. Hay que reformar el baño. No, mejor cambiarlo de arriba abajo. Dosio lo tenía más o menos aprovechable para cuando venía a guardar o recoger; hasta ducha había puesto. Cutre, eso sí. De esas africanas colocada casi sobre la taza para que innoves en tus posibilidades. Como las de los barcos o las autocaravanas. Pero después de estos primeros días he aprendido que me cuesta más adaptarme a esta extraña rutina de aseo que hacer una obrita y poner esto en condiciones. Yo me hago cargo.

—Ni en broma, moza. Niii en broma. —Y estira la i Paqui para acentuar aún más su determinación—. Eso es cosa de Dosio. Y mía, claro. Ya me dice Félix…

¿Le habrá contado que me quiere poner cagando cara al bosque y el faro? Sin duda.

Me he enamorado de esta cabaña; algún día se la compraré. Quizá cuando el corazón me diga que mi historia de amor con estos muros no tenga ya marcha atrás. Llegará ese día; no recuerdo haberme agarrado jamás así a una casa o a un objeto. Nos entendemos a la perfección: ella me acoge muda y poderosa, yo la cuido, la caliento y procuro llenarla de silencio; ella guarda el calor de una chimenea pequeña y muy bien ubicada que entona todos los rincones en este frío noviembre. Y guarda también el silencio. Apenas escucho más sonido que el ronco estruendo de las tormentas cuando aparecen, no muy a menudo. Las ventanas al sur abren paso a la luz precisa, ni más ni menos. Cuando hay sol es una fiesta, pero hasta en los días sombríos de agua y cielos ásperos entra más que suficiente como para gozar de ella. Hay espacio para

una cama grande, una mesa de comedor y dos más de trabajo, y me han puesto un sofá frente a la chimenea. También había una tele, pero le pedí a Paqui que se la llevara. No tengo el coño para ruidos. El tamaño de la cabaña es perfecto, un solo espacio que me abraza y me llena. En un rincón de la esquina norte, el baño que vamos a cambiar. Yo lo tiraría y lo levantaría de nuevo.

—Pues sí. Me parece bien —y añade Paqui—: Estoy pensando aprovechar todo esto de las mejoras para alquilarla en su día a los turistas. Me pagarían un dineral.

Alarma. No. Me sale de repente, como de broma:

—Antes te la compro.

—A ti te la regalo —contesta al instante; supongo que también como respuesta al juego que interpreta en mis palabras—. Es de la familia, tuya en realidad.

Mía, dice. Asiento. Sí, claro. Y asiente ella seria, no es broma. La observo mientras recorre con la mirada con discreta atención el paisaje de este lugar que estoy haciendo mío. Los libros apilados sobre la mesa a la espera de su destino en las estanterías que compré en Torrelavega. El ordenador apagado, la silla de jugador que me traje de casa, la cama hecha con pulcritud, como nos enseñó la abuela, la chimenea encendida, la puerta desconchada del baño que vamos a cambiar.

—Aquí estás como Dios, ¿verdad? —Concedo con elocuente sonrisa—. Cuánto me alegro, cariño. Me presta mucho que hayas vuelto. Es como si todo volviera a ordenarse. No sé, a lo mejor es una tontería, pero… siempre me faltaste tú aquí, y ahora, después de tantos años, aquí te tengo de nuevo. Todo vuelve a estar bien. ¡Bah!, no hagas caso. Cosas de vieja.

La abrazo. Intento aprehender la verdad de su emoción, que me parece un poco exagerada. Está realmente conmovida. Diría que suspira.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. Ya te digo que sí porque estás tú. Y siempre fuiste mi niña, la mi cría.

La amiga hermana que tuvo y se alejó.

Escucho a su corazón decir en silencio que no quiere volver a perderme.

Ha bajado andando desde el pueblo. Me ofrezco a devolverla a casa en coche.

—No hace falta, Sofía. De verdad.

—Sí, sí. Que se va a hacer de noche. Y así de paso cotilleamos.

Sabe de Miguel que se fue a vivir a Castilla porque le salió un trabajo de lo suyo, de ordenadores y esas cosas. Que se ganaba la vida bien y que tiene dos crías que alguna vez trajo por Sierraplana. Pero no venía mucho. Seguía, eso sí, siendo tan simpático como siempre.

—Y dicen que alguna vez preguntó por ti. Pero antes de que fueras famosa.

—Ahora también. Ha venido a traer libros…

—¿Y te sorprende? —me corta—. No sabía que hubiera vuelto hace poco. Pero raro es que no te haya buscado, con lo que cuentas que hacíais y cómo queda él de mal en la novela.

—Es ficción, Paqui. Claro que cuenta cosas que me pasaron a mí, y claro que el protagonista de la novela se parece a él y hace cosas como él. Pero no es él.

—Ya. Eso es lo que dices tú. Pero cualquiera que te conozca y lo conozca a él, lo ve así, como que es Miguel. —Se encoge de hombros—. Ya te lo dirá él. Dale tiempo.

Anochece cuando llegamos a su casa, cerca del arco de piedra que saluda la entrada al pueblo.

Y, de repente, ahí está otra vez.

En el momento en que la estoy despidiendo, vuelvo a ver, en la esquina del fondo, un poco más allá de la iglesia de Santa María, al salvaje de la playa. Resucita la aparición en la penumbra. Iluminado por una solitaria farola, su perfil borroso vuelve a adquirir formas de majestuosa divinidad. Esta vez distante, como elevada. Cómo me gustan sus andares. Viene hacia nosotras. Distraído, está mirando algo en su teléfono móvil. Camina despacio, recto, firme.

—Anda —dice Paqui cuando sigue mi mirada—, el de los lobos. Tiene a la gente loca por aquí. Entre lo pesado y lo guapo que es, siempre altera a alguien.

—¿Los lobos? —Ahora la miro a ella, sorprendida por la revelación.

—Sí, bueno. Eso dice. Que ha venido a fotografiar al lobo y, si puede, al oso. Imagínate aquí con eso. Los ganaderos están entre la chufla y el cabreo. Que de qué va, y que mejor si le dan un rifle en vez de la cámara. Un loco, dicen que es.

—Un loco —repito volviendo de nuevo los ojos hacia él.

Está a nuestra altura. Con un hola educado nos rebasa sin dejar de mirar el móvil. La sombra esconde mi rostro y no me reconoce. Me vuelvo para contemplarle tranquilamente mientras se aleja. Estilo. También atractivo por detrás. La sonrisa que veo en Paqui no deja lugar a duda alguna sobre lo que piensa de la escena. Por si no la he entendido, se pasa suavemente la mano por el mentón.

Once

¿Cómo puedo estar pensando ya en que me gusta un tipo? No me gusta, me pone. No es lo mismo. ¿O sí?

Sin haber encontrado aún el camino para centrarme, va y me arrebata un sujeto, como si lo que quedó en Madrid fuera pasado calcinado, irrecuperable.

Insiste Marcos.

Que le den.

Pero no. No puedo enviarle a la papelera siempre. Habrá que enfrentarlo en algún momento. Y, siendo práctica, puede que hasta me convenga, no sea que se presente aquí con la coartada de que está preocupado y eso.

No le he dicho dónde estoy, pero lo sabe.

—¿Crees de verdad que no hay nada que hablar? —suelta en cuanto descuelgo. Categórico. Imperativo. Nada kantiano, nada. Ética ausente. Exigencia. Como siempre—. ¿Que puedes irte así, sin decir adónde ni hasta cuándo?

—No me puedo creer lo que estoy escuchando. Después de amenazarme, de casi ponerme la mano encima, ¿andas con exigencias? Qué cuajo tienes, Marcos.

Silencio. No tiene respuesta.

—Sabes que fue un pronto, un arrebato. Tampoco me has dado opción a disculparme —dice al fin.

—Sería la primera vez.

—Lo siento.

—¿Cómo? ¿Te pasa algo? —ironizo—. El gran Marcos Lorenzo pidiendo perdón. Lo apunto en mi diario.

—No estamos para sarcasmos, Sofía.

—Mira quién lo dice.

Vuelve a empastar la conversación un silencio pesado, asfixiante. Lo rompo:

—Me tomo el tiempo que necesito, como necesito y de la forma en que lo creo conveniente. Somos personas adultas.

—Pues no lo pareces, tirando por la borda tu profesión, tu relación, tu nombre…

—Para, para; lecciones nada, cariño. —Más ironía, tengo que hacerme fuerte, o al menos dárselo a entender—. Es mi vida, mi profesión, mi nombre… y mi relación.

Puede morder o brindarme una flor.

—Te echo de menos.—Yo no. Nada. Me lo callo. Como si quisiera mediar, no sé en qué dirección, Cayo ladra en ese momento—. Y a él —añade—. No tienes derecho a quitármelo.

—¿Quieres que te recuerde lo que dijiste cuando lo traje de la perrera? No lo he olvidado. Y él tampoco si te hubiera entendido.

—Sabías de mi alergia. Pero le tomé cariño. —Prefiere evitar la confrontación. No te relajes, Sofía, en cualquier momento te enreda. Especialidad de la casa—. ¿Cuándo vas a volver?

Imposta aflicción. El niño implora ternura.

—No insistas. Necesito tiempo. Y tú también. Quizá debas revisar algo esos prontos.

Más silencio. Lo está amasando, haciéndose con él, para atravesarlo en el momento justo con la frase conveniente. Su táctica es siempre la del judoca: hacerte caer utilizando tu propia energía.

Cinco, diez, quince segundos. Muevo.

—¿Algo más? Porque tengo cosas que hacer…

Intenta cobrarse el peón.

—¿Qué cosas? ¿Qué hay más importante que no dejar caer lo que tenemos?

—Yo no estoy dejando caer nada, Marcos. Únicamente quiero contemplarlo y saber lo que vale. —¿Por qué siempre es una batalla intercambiar con él cualquier cosa, desde la más insignificante frase,

palabra u opinión? Pero me mantengo en mi sitio. Lo necesito—. Lo siento. Ya hablaremos. Solo quiero tiempo.

—Y yo solo te quiero a ti.

Te quiero, dice. ¿Y las tormentas de despecho? ¿Y los huracanes de desafecto que empezaron a cuartear lo que teníamos? ¿Y esa mano dispuesta al golpe? Me vuelvo a estremecer solo recordándolo.

No he olvidado su sutil pero nada contenida irritación mucho antes, cuando la novela empezó a ser de todos, a venderse, a superar las previsiones más optimistas de una editorial que tampoco había confiado demasiado en el texto.

Recuerdo que al «te falta mucho para ser escritora» había añadido un «has publicado gracias a mí, nunca lo olvides».

Y me lo dijo así, como si el éxito fuera obra suya, como si *El refugio* solo hubiera nacido porque él me abrió la puerta de una editorial que no iba a decirle que no a su escritor estrella.

Marcos es de esas personas que exhiben generosidad sin límites, pero exigen después contrapartidas. Si hago algo por ti, tendrás que darme algo más que las gracias.

—Negociamos a la baja mi próxima novela para que tú publicaras la tuya… —me remarcó.

—… Que les va a dar mucho más beneficio que las de la mayoría de sus autores juntos —respondí yo.

—¿Lo dices por mí?

—Todos es todos, Marcos.

Siempre acepté como un mal soportable esa vanidad intelectual que exhibe sin pudor. Nadie es perfecto. Y su elocuencia, su avasalladora capacidad de colocarse en el centro, su escritura poderosa y sin adornos, su voz atronadora de columnista crítico feroz y de insólita habilidad con el lenguaje lo convierten en alguien con tanto atractivo como para no tenerle en cuenta su carencia de empatía o su altísima idea de sí mismo. A Dios se lo perdonamos todo.

Me prendé del hombre culto y seductor, de rápido ingenio y palabra siempre en su sitio. Cargué con el niño caprichoso y

enamorado de sí mismo porque me convenció de que lo estaba también de mí. Y, claro, era Marcos Lorenzo, y yo una presentadora de televisión que estaba empezando a darse a conocer. Con tirón y algo ya de nombre, pero lejos de su prestigio y a años luz de una marca como la suya, sinónimo de rigor, independencia y calidad intelectual. A decir verdad, su capacidad crítica no se detenía en conveniencias gubernamentales o fronteras ideológicas. Si hay que zurrar, zurra. Y si le toca aplaudir —las menos de las veces; eso, afirma, es improcedente para un periodista que se respete—, lo hace con quien lo merezca, ubique donde ubique su ideología.

Pero es un niño. Y, por lo que se ve, capaz de estallar en iras sin control. Si hubo una, podrán venir más; me obligo a recordarme. Hay pasos que no admiten disculpas ni tienen marcha atrás. Si no embridas o domas ese instinto, nunca respetará tu voluntad. Y siempre andará presto a salir.

Le vendrá de familia, de la bruja Carlota, su madre. Una dama de alta cuna y de baja cama que, en su descenso, se aferraba al hijo educado y singular como si en esa tabla se hallaran aún las esencias de su pasada aristocracia intelectual y financiera. Venían de una banca que terminaron vendiendo y de una universidad que no pagó a traidores, aunque los mantuviera en las placas que recordaban la historia. Los Lorenzo del Banco de Crédito Andaluz y los Vallín de la dramaturgia y la cultura. Marcos Lorenzo Vallín, la esencia de la España más poderosa y culta, se fijó en la jovencita morena, bien parecida, con exóticos rasgos orientales, que empezaba a triunfar en la televisión. Y le parecía a la señora poca cosa, como una especie de corista leída y moderna.

A mí él se me asemejaba a un dios que de pronto había reparado en una aspirante como yo. Aquel brillo cegador me impidió ver su mochila cargada de inseguridades, recelos o miedos por confesar. Las más grandes exhibiciones de cualquier poder se levantan sobre cimientos plagados de rincones oscuros y basura acumulada.

Pero era Dios.

Cuanto más grande es la magia, mayor el engaño al público entregado.

—¿Por qué no me has llamado? —reclamaba si cuando estaba lejos, en un viaje, no conectaba o se me olvidaba mensajear—. Estaba preocupado.

Incómoda, trataba de justificarme.

—Mucho lío… y al final se hizo tarde.

—Pero ¿ni un minuto para pensar en mí y decir que estás bien?

Presión. Marcaje. Disfrazado, como siempre, de atención y amorosa inquietud. Inseguridad escondida. O yo, que alejaba mi horizonte.

Debí verlo antes. Era el comienzo. La primera violencia. Comenzó a ejercerla con los primeros indicios de que la novela iría bien.

—Tres semanas y vamos por la cuarta edición.

No atendió a su recorrido hasta entonces.

Leía. Calvino, creo… sus mágicas ciudades invisibles. Levantó la vista. Sus ojos me atravesaron sobre las gafas.

—¿De verdad? —No había sonrisa en la pregunta. No había amoroso reconocimiento, solo fría sorpresa—. ¿Lo ha confirmado la editorial?

—Jesús me acaba de llamar. Están como locos.

Me acerqué a abrazarle.

Intuí en ese momento, sin que mi cerebro o mi corazón se atrevieran a procesarlo, que algo iba a empezar a romperse.

Mentiras que se desvisten. Miedo que no resiste al escudo protector.

Esperaba el cálido reconocimiento del compañero de viaje que anda el mismo camino y celebra como suyo el éxito del otro. Me encontré la frialdad casi obscena de un cuerpo endurecido por una noticia inesperada e incómoda.

—¡Qué bien! —musitó con escasa convicción—. Tienes que estar contenta.

—¿Tú no?

—Claro que sí, Sofía. Me alegro muchísimo.

Sonrisa forzada, gesto en absoluto desencuentro con la palabra. Dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesa de despacho y se fue al baño.

Acaso debiera haberme asomado en ese momento a la última y famosísima frase de ese prodigio de fantasía que son esas páginas: «… buscar y saber reconocer quién y que, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio».

Vuelvo a recordarlo ahora, cuando al otro lado del teléfono intenta manipularme con otro de sus silencios.

Ya no.

La memoria acude en mi auxilio y me devuelve sus ojos de sangre de aquella noche. Su mano vuelta, cargada para el golpe.

Fuerte, Sofía. Sé fuerte.

—Adiós, Marcos. Déjame tiempo y espacio.

Doce

Cayo lleva peor que yo la obra del baño. Responde con ladridos de malas pulgas a los golpes en la pared o al movimiento de piedras del muro para colocar vigas nuevas. Todo ese ajetreo le molesta y lo declara. Quién sabe si se habrá enamorado también de la cabaña y le incomoda ver sus heridas.

Esta mañana han abierto un hueco en la esquina.

—Aquí le voy a dejar una ventana que le va a dar la vida. Lo va a ver todo sin que la vean. Y eso da un gustito. Para usted y para Dosio o su prima o quien sea en el futuro, porque no se sabe quién va a vivir aquí. A no ser que usted esté pensando en quedarse para siempre, que tampoco estaría mal porque aquí se vive bien siempre que no se tengan vacas, que eso obliga muchísimo. Hoy mismo se lo dejamos puesto ya y podrá ver el efecto que hace. Y nada, doña Sofía, esto va a ir rápido, en menos de una semana todo listo.

Poco tiempo me parece, pero no le confieso a Félix mi incredulidad. El chico que ha traído para ayudarle se encoge de hombros y me mira con expresión extraña, como cómplice. No sé si es que tampoco le cree o me está pidiendo ayuda para que le rescate, torturado por la verborrea incansable del jefe.

Lo siento, chaval, no puedo hacer nada. Huyo al exterior a respirar el silencio.

Silencio.

Me lleno de él, me lo guardo dentro. Levanto el rostro al cielo para hacerme también con el sol, con la tibia humedad que desprende la hierba. A mi alrededor, Cayo salta porque intuye fiesta. Vamos de paseo. Le sonrío. Tomo un palo y se lo lanzo hacia el

bosque. Transforma en energía su corazón caliente y alegre y vuela sobre la hierba, sobre las rocas, sobre las piedras que delimitan la finca, se adentra entre los castaños y al poco vuelve con el trofeo. Creo que nos sentimos igual, que conectamos, que hay una armonía de emociones sin palabras con las que ejecutamos una sinfonía similar. ¿Se puede estar alegre como un perro? Se puede. Qué manía de connotar en negativo las emociones de este animal: «perra», «perro» siempre evocan indolencia o sufrimiento, instinto o torpeza. Nada que ver con ellos.

Caminamos hacia el faro con ese vínculo intuitivo que nos apega a la naturaleza. Me siento aquí y ahora, perfecta en mi equilibrio. Lo disfruto porque no se quedará mucho. La armonía me durará lo que tarde en entrar una nota disonante. Más ahora, que estoy como estoy: insegura, hipersensible, al borde siempre de la descomposición. Menopáusica. Basta. Déjalo, Sofía, porque vas a empezar a flagelarte otra vez. Aplázalo. Lo más que puedas. Ahora te centras y te concentras en lo que tienes: la luz, la energía de Cayo, el mar batiendo próximo y apacible, el olor fresco y matizado del aire limpio, una tibia atmósfera que te hace feliz. Estar aquí de nuevo.

No recuerdo haberme sentido así desde que era niña.

El paisaje, esta insultante belleza a nuestro alcance, era el decorado de un tiempo despreocupado y feliz. La vida, las emociones estaban en casa, sobre la piedra fría de las calles, en la cocina, en los paseos con los chicos hacia el faro. Era bonito, sí; el calor de los dulces y la abuela, los juegos en la plaza frente a la iglesia, los abrazos de Paqui, sus consejos.

Miguel.

En el faro jugó a quitarme lo que yo le estaba ofreciendo. Cerca de mí la piedra milenaria en la que me ató a él. Me posé en su mano para comer todo lo que en ella me ofreciera. Iba a hacer de mi existencia una sombra de la suya.

Miguel.

Descendimos hacia el faro cogidos de la mano. Una niña. Un mozo guapo. Algo me dijo al oído que no escuché, pero no importa. Le señalé la cabaña que sería también nuestro castillo. Él sonrió sin mirar hacia ella, absorto en mi propio rostro. El aire del mar jugaba con su flequillo y ejecutaba un baile arrebatador.

—¿Sabes que en el bosque todavía viven los espíritus del monasterio? Y por las noches salen a lamentarse.

—¿Los has visto alguna vez?

—No se puede. Si los ves, te conviertes en estatua. —Señaló los dólmenes en círculo cerca del faro—. Son hombres que rodearon a uno y se quedaron así para siempre.

—Quiero ir allí.

Como tantas veces con Paqui. Aquella plaza de piedras levantadas fue también territorio de magia y de sueños. Inventábamos encuentros, les hablábamos a las almas en pena, les pedíamos que vinieran de día para poder consolarlas.

Le oculté que conocía la leyenda porque quería que él creyera descubrírmela.

Miguel se detuvo frente a la mayor de las figuras. A sus pies, una piedra pulida, como una silla milenaria que invitara a sentarse. Lo hizo, me puso en sus rodillas. Sin decir palabra, me besó abriendo mis labios con una lengua cálida y ansiosa. No hay tiempo ni distancia; todo era aquí y ahora. Resucita mi conmoción, el paso violento del primer rechazo a la ávida búsqueda. Adolescentes. Me estaba atando a él sin que me lo hubiera pedido. Asomándome al primer abismo de mi vida.

Lo recordé en la novela. Lo escribí atravesada por una nostalgia cargada del dolor de la frustración, del filo cierto del engaño.

Frente a la piedra, hoy, no siento nada parecido. Ni el recuerdo duele. El dolor debe haber quedado atrapado en las palabras de papel.

Cuando me fui, quise enterrar la memoria. Solo dejé la puerta abierta a Paqui hablándole de ella a la luna. Pero la añoranza me

engañó. Por algún resquicio, por alguna grieta se coló como el agua en la playa de la Cueva y salió la novela.

Ahora creo que una suerte de expiación del pecado de nostalgia desatendida fue precisamente lo que me trajo aquí. Qué puto caprichoso destino. No regresé nunca a Sierraplana y, cuando le escribí a mi tierra un mensaje de amor cargado de culpa de la que no era consciente, me atropella un mercancías y tengo que volver con el rabo entre las patas. Porque solo aquí, donde nací y empezó a escribirse mi historia, puedo encontrar lo que necesito para salir del éxito, del fracaso, del desamor, de la decepción, de la rabia, de la culpa. Y aquí estoy. Y aquí está. La tengo en la mano, la llevo en el corazón. La estoy escribiendo. No, escribiendo no, que de momento tengo bastante. Solo anoto.

Vivo, eso es.

Ya estamos llegando al faro. Queda atrás la piedra del sacrificio. Miguel. No puedo dejar de pensar en él. En aquel chico guapete y seductor que me atrapó y me soltó y volvió a atraparme cuando escribí *El refugio.* Porque es él, claro que es él y somos nosotros. Puede que tanto que aún no me haya soltado del todo.

No había bajado hasta aquí desde que regresé a Sierraplana. Sigue casi igual. Han pintado de azul las bandas del faro y brilla más el blanco que lo envuelve. Unos metros más allá, el inmenso acantilado que identifica Punta Norte. El murmullo vivo del mar en calma no rompe el silencio. Bordeo la valla metálica que rodea y protege el faro y me siento en zona segura a pocos metros del precipicio sobre el mar.

Siento que pertenezco a este lugar. Me vuelan alfileres en el pecho.

Pasa el tiempo, pero no sé cuánto. Empiezo a notar frío. Respiro hondo. Quiero retener el aire y el tiempo. Un graznido solitario, luego otro, una sinfonía monocorde de agudos sonidos de gaviota me sobrevuela y levanto la cabeza para atrapar el momento con todos los sentidos. Veo las aves del mar, escucho su voz y cómo a mis pies embiste el agua del acantilado, huelo el salitre y la

humedad serena de los helechos, trago saliva y en ella está el sabor mineral de esta tierra antigua. A mi espalda, un trueno leve anuncia tormenta sobre el cordal de la sierra del Abrigo.

—Es hora de volver, Cayo.

Al levantarme yo, él vuelve a correr con el gozo animal de recuperar el movimiento. Sube y baja por la carretera como animándome a hacer lo mismo. Estoy yo para carreras…

—Cayo, que no tengo tu energía, hombre.

Otro palo. Otra alegría. Otra carrera a la velocidad del viento. Qué hermoso verlo así.

Cuando llego a la cabaña, Félix estira los brazos como si buscara algo en lo alto de uno de los muros, justo sobre la piedra entera que imagino será el cabezal de la ventana del baño. El muchacho sujeta la escalera y permanece atento.

—Ya está —dice Félix sin percatarse aún de mi presencia—, es una lata antigua…

Al volver la cabeza hacia el joven, se topa con mi mirada. Sujeta con las dos manos una caja metálica de color azul con ilustraciones de mujeres afanándose en algo que no se ve demasiado bien. Está gastada, los bordes de la tapa oxidados. Me da la sensación de que la aprieta con sus manos al darse cuenta de que estoy delante.

—¿Qué es eso? —pregunto sin dejar de mirar la lata azul.

—No sé. Lo acabo de encontrar ahora mismo. —Sigue apretando y la acerca aún más a su cuerpo.

—Pásemela, por favor. —Tarda un instante, como si tuviera que pensárselo. Insisto—. Por favor.

Cruza con el chico una mirada que no alcanzo a descifrar. Baja los ojos a la lata. Antes de dármela, la agita. Hay algo dentro sólido y consistente, pero no suena pesado. El borde de la tapa está oxidado. No consigo abrirlo a la primera. Mientras lo intento por segunda vez, siento la atención de los dos hombres absolutamente concentrada en mis manos. Un rápido vistazo lo confirma. Son como Cayo esperando que le lance la pelota, la representación carnal del interés supremo.

Junto a la escalera en la que sigue aupado Félix hay una caja de herramientas. Cojo un cúter, saco la cuchilla y hago palanca. La tapa cede.

Cartas. En su interior hay sobres. Dos grupos. Uno de ellos en un montón perfectamente ordenado. El otro, desperdigados por la caja. Hay un nombre escrito en la primera de las cartas agrupadas.

—Aquí pone Elena.

Me arrepiento inmediatamente de haberlo dicho en voz alta.

El papel no es reciente, pero tampoco parece antiguo. No ha sido atacado por el tiempo, como si este se hubiera detenido en la barrera insalvable del metal oxidado de la caja.

II
El pasado

Trece

Quieren que las abra y las lea delante de ellos. Ya.

Y sí, a mí también me muerde la curiosidad como un roedor hambriento, pero decido no hurgar en su contenido hasta que pueda quedarme sola en la cabaña. Félix no oculta sus ganas de cotillear. Tampoco el chico.

—Es el nombre de la condesa de La Vega —dice el primero mientras baja de la escalera—, Elena.

Lo deja en el aire y guarda acto seguido un silencio inopinado en alguien tan escandalosamente locuaz. Cojo el guante.

—¿Qué más? —pregunto.

Mira Félix al ayudante, que le devuelve la mirada y baja los ojos mientras comienza a hablar. Despacio, como el alumno ante la pregunta incómoda del profesor.

—Se fueron de aquí.

—¿Puede mirar si hay otro nombre por ahí? —pregunta Félix.

—Y decírtelo, claro —pretendo ser irónica.

Asiente. Cierro la caja y entro en casa con ella.

—Dígamelo usted, que seguro que lo sabe —le sugiero desde dentro.

Dejo la lata sobre la mesa alargada junto a la ventana. Levanto la tapa. Al posar la mirada en una de las cartas que están desordenadas, leo un nombre: Quintín.

—Quintín —oigo decir a Félix desde fuera, y un latigazo helado me atraviesa la columna vertebral—, el nombre será Quintín, doña Sofía.

Vuelvo a salir. Siguen plantados donde los dejé. Probablemente mi cara refleja mi agitación, porque Félix esboza una levísima sonrisa de triunfo.

—Es una historia muy fea muy fea que en su día marcó a este pueblo —asevera.

—Jamás he oído esos nombres.

—Porque pasó mucho antes de que usted naciera.

—Ni oí contar nada de ellos.

Inesperadamente, el chico se arranca.

—Dicen los viejos que ese Quintín era un pescador que robó y mató a un hombre, y nunca más se supo de él. Dicen que huyó, que marchó a América, o a la China…

—Todo el pueblo recuerda aquello —le interrumpe Félix—, pero nadie quiere hablar. Y claro, imagínese: de repente unas cartas que llevan sus nombres. Y que a saber qué dicen, seguro que algo de aquello. Fue un trauma para Sierraplana, créame… Y, y —vacila, parece que duda—… a usted…

Ahora soy yo quien le corta.

—A ver, Félix, en primer lugar, nadie tiene que saber que se han encontrado en la cabaña unas cartas. De quien sean. Nadie tiene por qué saber que han aparecido unos papeles que, obviamente, son míos porque estaban aquí. ¿Verdad?

Mira al chico.

—Lo intentaré, señora. Pero es muy difícil. El chaval es familia del único que queda de aquella época en el pueblo, la única persona de ahora que vivió aquello. Y claro, dígale usted que no diga nada.

—No digas nada.

Lo repito clavando los ojos en el chico y perfectamente consciente de la inutilidad de mi esfuerzo. Él vuelve a bajar la mirada y trata de salir del apuro afirmando levemente con la cabeza.

—¿Os queda mucho trabajo?

—Un poquito —responde Félix.

—Pues casi lo dejamos para mañana, ¿te parece?

Asiente con fastidio. Le leo el rostro. Tiene más ganas que yo de saber qué dicen las cartas.

—Si hay algo interesante en ellas, que no están cerradas y estaban en mi casa y, por tanto, puedo leerlas perfectamente, ya lo sabrás. Seguro que lo sabrás. Que lo sabréis —matizo, para incluir al chico.

Su marcha es el adiós arrastrado de una cuerda de presos.

Al fin sola en la cabaña, contemplo un largo rato la caja. Cartas, ¿qué tipo de cartas? ¿De amor? ¿Podría ser que Quintín y Elena hubieran sido amantes?¿Tiene sentido? ¿La condesa de La Vega, de la que jamás he oído hablar, liada con un pescador que comete un crimen y luego escapa? Un enjambre se me despierta dentro, me desboca el pulso. No sé si es olfato de reportera o imaginación de fabuladora o, simplemente, la evidencia de que con ese punto de partida la historia solo puede ser épica. Intuyo que esconde un secreto y se aviva la certeza de que al conocerlo algo va a cambiar. En mí, aquí, no lo sé. ¿Y si revelan el misterio del crimen? Cierro los ojos y creo escuchar latidos apagados de corazones que amaron y sufrieron en tiempos que aquí no tuvieron que ser fáciles.

Amantes imposibles, un asesinato, la huida de un hombre, el secreto que oprime a esta comarca.

Ladra Cayo y me mira fijamente. Sí, vale, entendido. Abramos la lata de una vez. Yo también quiero, amigo. Solo trataba de calmar mi ansiedad. Si hasta estoy temblando.

Meto la mano y acaricio las cartas. Tomo perfecta conciencia de que voy a resucitar algo que estaba muerto y enterrado. Solo para mí. Eso es. Aquí y ahora.

Catorce

Deshago con facilidad el lazo de la delgada cinta rosa que agrupa los primeros sobres. Están abiertos todos de la misma forma: la parte superior rasgada con cuidado. El remite está en blanco. Escrito en letra tosca y desigual, un nombre, Elena, y una indicación, Palacio de La Vega. No hay más señas.

Palacio de La Vega. Esto sí es mío. Pero siempre estuvo muerto. Me intrigaba aquel lugar orgulloso pese al olvido y al abandono, evocador de una grandeza pasada que mi imaginación de niña rescataba admirada. Cómo habría sido la vida allí, en tiempos antiguos, en estos montes frente al mar. Alguna vez mi padre, ante mis preguntas, me habló de aquel lugar, que la gente llamaba «Casa Grande», porque durante un tiempo trabajó en las caballerizas. Me contaba de los caballos, de las habitaciones, de los jardines… Jamás me habló de las gentes que lo moraban. Luego dejó el trabajo y, como tantos otros en esta tierra, se fue a América. No parecía gustarle demasiado recordarlo.

Yo me inventaba fiestas, salones luminosos llenos de velas titilantes y músicas grandiosas, recepciones, carrozas tiradas por brillantes caballos negros detenidos a la puerta que traían y llevaban a personas importantes recibidas por los señores de la casa con la atención y el protocolo requeridos para la gente principal. Aroma de perfumes dulces, de madera y limón y ropa limpia. Allí estarían, ante esas escalinatas que yo veía al asomar la cabeza entre los barrotes oxidados. Escuchaba sus murmullos y las notas de una melodía que lo envolvía todo y animaba cantos y voces alegres.

Una herrumbrosa cadena con candado mantuvo siempre cerradas aquellas enormes puertas de madera oscura. Algunos chicos se aventuraban a entrar por las noches y decían que había fantasmas y que se podían escuchar las voces de los señores muertos, que sonaban como los cánticos que en el bosque de Santumedé entonaban los monjes en las estantiguas de las densas noches de tormenta. Las piedras que fueron hogar se marchitan tristes cuando ya nadie se cobija en ellas. Quizá la soledad de aquel viejo caserón era lo que me atraía. O puede que buscara a mi padre, ausente entre las sombras que se escondían tras las estatuas abandonadas del jardín y los setos devorados por las zarzas. Él había estado allí. Con los caballos.

Paqui me contó que algunos años después de mi marcha alguien puso el dinero para volver a adecentar el lugar y recuperar su porte señorial y su carácter. Asentaron su estructura, limpiaron la fachada, redescubrieron los viejos escudos familiares, la piedra volvió a exhibir su apagado fulgor terroso y hasta los cipreses que escoltaban el camino empedrado consiguieron reverdecer. Hoy es un exquisito y exclusivo hotel rural con restaurante de dos estrellas Michelin. No me extrañó que lo llamaran «Palacio» de La Vega en vez de «Casa Grande» de La Vega, pura estrategia comercial. De hecho, ese fue el primer sitio en el que pensé cuando decidí volver. Me disuadió el saber que, de haberme alojado allí, la prima Paqui lo hubiera considerado una afrenta. Ya no hay verjas herrumbrosas ni silencios que invitan a soñar, ni, por supuesto, abandono. Pero no sé si su nueva vida es tan digna de admiración como la memoria imaginada. Por eso me niego a conocerlo. Solo he pasado cerca una vez y había demasiados coches y gente arrastrando maletas. Mucho habitante indeseado para el contenido de mis sueños de niña.

Vuelvo a las cartas.

Palacio de La Vega. Elena. Aquí y ahora, estoy a punto de conocer a uno de aquellos habitantes que nunca fueron misterio porque siempre los imaginé.

Bajo este primer grupo de sobres se amontona otra media docena. Están sueltos, abiertos también, pero sin tanto cuidado, y en ellos la letra es uniforme, de caligrafía precisa y diría que hasta delicada. En el remite se puede leer su nombre, Elena. Y todas las cartas se dirigen a la misma persona, Quintín. El pescador, claro. El que, según el chico, se llevó a alguien por delante.

Abro la primera de las cartas. Saco despacio el papel. Es delgado y fino. Delicado como la letra, la misma del sobre. Perfecta. Modélica, diría. Líneas de un antiguo cuaderno de caligrafía.

Me siento y empiezo a leer agitada, esperando confirmar mi intuición de que son cartas de amor que desvelan un secreto, una historia fascinante sobre la que se asienta un crimen, y luego el adiós, y quién sabe si un reencuentro. ¿Y qué final?

Esperanzada, temerosa, emocionada, me adentro en el misterio de dos vidas ajenas con el anhelo de hacer mía una historia que no me pertenece a mí ni a este tiempo.

Querido Quintín:

Hoy soplaba una brisa del sur, cálida, extraña, de esas que presagian algo y no es bueno. Me ha vuelto a angustiar la falta de noticias tuyas. Sentada junto a la ventana de mi cuarto, no podía dejar de mirar la calle desierta, imaginando que en cualquier momento vería tu rostro sonriente iluminándolo todo.

Pero un día más no ha sido así. La tristeza desciende suave pero firme hasta cubrirlo todo. Es como la niebla que baja de la sierra y se queda hasta que el sol de mediodía la va disipando. Ahí fuera. En mi corazón no hay calor que deshaga la niebla y empiezo a temer que tampoco esperanza de que pueda volver a brillar el sol frente a mí.

Esas palabras me sacuden con una conmoción que me bloquea la sangre. A lo lejos, petirrojos y jilgueros ofician la desordenada liturgia del ocaso, el armonioso desorden de una naturaleza que saluda la noche inminente. Pero yo no estoy allí. Braceo en medio de una tormenta que se me ha desatado dentro. Qué dolor en esas líneas perfectas, qué tristísima melancolía de esa Elena, tan sensible, por una ausencia que no entiende, por un amor que de repente

quedó en silencio. ¿Puede haber algo peor? ¿O soy yo que respiro por la herida?

Ni siquiera me llegan noticias de las mujeres o los hombres que trabajan en casa. Pregunto y no saben. Nadie me dice nada. Mi padre ha enmudecido como una estatua. Él también cree que tú hiciste aquello, como lo cree mi madre. No he podido quitárselo de la cabeza. No he vuelto a escuchar tu voz desde aquel día. Y he hecho todo lo que he podido. Más de lo que me pediste. Necesito saber de ti, por eso esta carta es una llamada desesperada. Tu ausencia hiere mucho más que las dudas y las habladurías de la gente, que la mancha sobre tu nombre.

En una semana va a llegar la Navidad más triste de mi vida.

Esta carta es una búsqueda desesperada de luz. Eduardo es lo único que me queda. Ya se ha cansado de proclamar tu inocencia sin que le crean. Me dice que no sabe de ti, pero le daré esta carta por si él te estuviera ocultando o llegara a tener noticias tuyas antes que yo.

Eduardo. Ese nombre. Aquella casa. No puede ser. O sí. ¿Cuántos Eduardos había en el pueblo entonces? ¿Qué fecha lleva la carta? ¿Puede ser él? ¿Cuántos Eduardos pudieron haber trabajado allí, en las caballerizas? Me repito que no, pero dentro de mí una voz dice que sí, que es lo único que puede ser. Una mano metálica y caliente aprieta mi corazón hasta el dolor. El Eduardo del Palacio de La Vega solo puede ser mi padre. El mozo de mulas, el encargado de los caballos.

De repente, ya no estoy fuera, ya formo parte de la historia. Ahora no es lejana. Es mía si está él aquí.

El corazón se está disparando, bum-bum, bum-bum, bum-bum… pulso acelerado, lava ardiente que busca la salida. Escucho los latidos, como decía él que hacen los caballos cuando nos acercamos a ellos. Así reconocen los animales el ánimo del prójimo; escuchan el corazón: bum-bum, bum-bum, bum-bum.

«Te necesito más que nunca». Así se despide ella.

Ansiosa, a la espera de una pista de calma, busco las cartas de Quintín. Están amorosamente agrupadas, no se han movido pese a haber deshecho el lazo rosa que parecía querer apretarlas para que

nada de lo que contienen pudiera escapar. Hay un orden cabal y no escrito en ese bloque de papel ahora a mi merced.

Abro la primera carta del otro montón, la que está arriba. Letra más tosca, redondeada, pero no fea del todo. Deja marca en el papel, como si el autor de la carta apretara mucho al escribir.

Mi Elena del alma:

Supongo que si lees esto será mucho tiempo después de que lo haya escrito, si es que alguna vez lo lees.

No voy a dejar de quererte nunca nunca jamás. No sé lo que sabes ni lo que no, lo que te han dicho o las mentiras que te han contado, pero no podía seguir allí ante aquellas acusaciones terribles y el injusto destino que me esperaba. Nada hice, no robé nada en la que ya era mi casa y mucho menos maté a alguien en el Paso de la Mula. Además, allí, en nuestro lugar sagrado. Tuve que poner mar de por medio.

Se confiesa inocente. Mar de por medio. América o la China, como dijo el chico. El Paso de la Mula. También conozco ese lugar. El río, los caballos, mi infancia. Jamás padre me habló de muerte alguna en aquel lugar que tantas veces recorrimos, donde tanto nos detuvimos.

Sigo leyendo despacio, contenida. Inspiro como si ventilar fuera a calmarme la ansiedad, como si el aire fuera sólido y me diera consistencia. Me tiemblan las manos. Palpita el papel.

Estoy lejos, muy lejos, pero no puedo decirte dónde por mucho que me pese, por mucho que quisiera que vinieras aquí conmigo y que todo lo que ha ocurrido fuera una pesadilla.

Me duele muchísimo no tenerte. Y la distancia me mata la esperanza. Más aún cuando sé que al leer esta carta te vas a llenar de dolor y ese dolor es también mío. Como nuestra es esta historia de amor que durará siempre porque es la verdad más grande que hemos vivido nunca. Ni el mar con sus inapelables sentencias de muerte ni el sol que siempre brilla allá arriba, aunque las nubes lo oculten, son más verdad que lo que tú y yo sentimos. Habremos de resistir, amor mío, y algún día volver a estar juntos sin que nadie nos diga lo que tenemos y no tenemos que hacer, vivir felices como empezábamos a serlo hasta que algún demonio en la tierra decidió matarlo de la manera más cruel posible.

Tantas veces nos hemos preguntado qué haríamos por amor y tantas nos respondíamos que cualquier cosa. Hasta distancia llegamos a poner en aquellos días atroces. Pero hoy no. Ahora es el momento de hacer lo más difícil, que es amar y esperar. Vivir sin dejar de pensar que algún día volveremos a encontrarnos y levantar todo lo que habíamos empezado a construir.

Pero necesito demostrar mi inocencia. Mi único pecado ha sido amarte.

Siempre tuyo,

Quintín

Vuelvo a inspirar. Miro a Cayo. El animal ladea la cabeza como hacen todos los de su especie cuando expresan atención y sorpresa a la vez. Me levanto de la silla. Recibe el gesto como anticipo de paseo inminente y salta feliz a mi alrededor.

Abro la puerta. Salimos; ya ha anochecido.

He venido a serenarme y acabo de encontrar el hilo de un secreto que me conmueve porque me atañe. ¿Por qué la memoria ha decidido perseguirme?

Un viento suave mece las copas de los árboles que rodean el faro. Son sombras que danzan en desorden como si quisieran decirme algo. ¿Qué pasó aquí? ¿Qué tiene que ver conmigo, con mi vida, quizá con lo que la ha marcado esa inexplicable marcha mía de hace más de treinta años?

Quince

Alguien muere, alguien es asesinado en el Paso de la Mula y acusan a Quintín, que se ve obligado a huir. La sangre y la violencia asfixian la extrañísima historia de amor entre una condesa y un pescador con el mozo de mulas de por medio. El mozo es mi padre. ¿Por qué nunca me habló de ello? ¿Por qué jamás escuché en casa el nombre de Quintín ni el de Elena? ¿Lo sabía Paqui? ¿Qué clase de secreto se esconde en estas cartas?

Miro el móvil. Voy a llamarla. Después de leerlas todas.

—Volvemos, Cayo. Se acabó el paseo.

En los sobres no hay indicación ni pista alguna. Extraigo cuidadosamente todas las cartas para ordenarlas sobre la mesa. Miro una a una buscando fechas. En la tercera, encuentro un encabezamiento que dice «otoño de 1947». Primera pista. Plena posguerra. Tiempos duros, sí. Para todos.

Me quedo con esta carta que me atrae con el vigor de los secretos. Me sumerjo en la hoja amarillenta conteniendo la respiración.

Mi amado Quintín:

Esta es la carta más triste que voy a escribir en mi vida. Es posible hasta que las lágrimas la emborronen.

No pensé que fuera tan dulce el beso de un hombre. Ni que la huella que me dejara fuera tan amarga. No sé si deberíamos habernos visto en el Paso de la Mula, porque me atormenta la idea de que no volverá a haber nada igual, pero sí pienso que algún día todo este dolor pasará; estoy segura de que el recuerdo que quede será el de uno de los momentos más dichosos de mi existencia.

Y me voy a quedar con eso, mi querido Quintín. Con la memoria dulce de esos sabores, esos olores o esa forma tan gentil y cuidadosa con que me

abrazabas y acariciabas, como si tus manos fueran pañuelos delicados de algodón con los que limpiar las heridas. Puede que en realidad lo fueran, y estuvieran curando las del adiós, aunque vayan a durar mucho tiempo.

Tenías razón cuando me dijiste que los de mi clase social no sabemos de la verdad del sufrimiento en el mundo, pero te equivocabas al decir que nosotros no padecemos también.

Yo lo estoy haciendo ahora, ante la pena de perderte. Mi madre dice que la peor añoranza es la de lo que se deseó y no se tuvo. Por eso es un error pararse en sueños y tener ideales. Según ella, hay que mirar alrededor y tener claro por dónde puedes caminar y lo que quieres conseguir. No se debe empezar una batalla que no estés seguro de ganar. Eso dice. Y así vive. Pero yo creo también que es apariencia, porque a veces su ironía es amarga.

Aquí hay una frase tachada. Leo en voz alta:

—Su ironía es amarga…

Y después una línea entera cubierta por dos gruesas rayas de tinta. Escudriño con atención de cazador. Se puede leer, sí: «sobre todo cuando bebe, porque en secreto lo hace».

O sea, madre alcoholizada o camino a serlo. Una revelación de la que ella se arrepiente de inmediato. O no del todo, porque no la ha suprimido por completo.

Y parece triste, como ausente. Estoy segura de que también hay algo que la hace sufrir. Igual que creo que la elegancia o la caballerosidad no están solo en quienes tienen dinero o propiedades, el sufrimiento es común a todos. Y nos iguala. Como el amor.

Y ahora vuelve a sangrar mi corazón por esta herida abierta de nuestra despedida.

Muchas veces me he preguntado qué hacen las personas por amor. En los libros renuncian, ganan y son felices. Pero la vida no es tan sencilla ni tan previsible como las historias de amor de las novelas.

Mi amado Quintín, el sentimiento que me une a ti, que los dos compartimos, nos obliga a parar esto que nos hace sentir vivos, pero que al mismo tiempo nos atormenta, que nos llena de vida y a la vez nos la arrebata cuando todavía no nos hemos entregado totalmente en alma ni en cuerpo.

¿Qué se puede hacer por amor? Creo que, en nuestro caso, olvidar.

Y también tenemos toda una vida por delante para ello.

Elena Fernández-Jovellanos
La Vega, otoño de 1947

Esta debe ser la distancia de aquellos días atroces de la que habla Quintín. Por amor se tienen que separar.

¿Cómo puede un adiós ser tan hermoso? Cierro los ojos, soy Elena, espero a Quintín. Estoy dándole forma, imaginándole. Y a ella. Jóvenes. Lejanos. Se buscan. Ella escribe junto a una ventana orientada al este. Sol de amanecer. El pelo recogido en una cola que deja libres mechones que retuerce con los dedos. Llora por dentro, en silencio, entre la nostalgia de lo que no fue y el arrepentimiento por lo poco que hubo. Está desconcertada. Triste. Suelta la pluma y respira hondo para darse ánimos. Relee lo escrito y regresa al instante.

> *No pensé que fuera tan dulce el beso de un hombre. Ni que la huella que me dejó fuera tan amarga. No sé si deberíamos habernos visto en el Paso de la Mula.*

Su sitio especial. Donde se besaron por primera vez. ¿Cómo iba él a cometer un crimen allí, en su lugar sagrado? ¿O quizá lo hizo por eso?

De modo que hay un adiós definitivo, pero antes otro temporal. El definitivo, forzado por una acusación de asesinato. ¿Y el primero y temporal? ¿Por la familia de Elena? Más preguntas. Más dudas.

Y ni rastro de Eduardo. ¿Me dirán algo las demás cartas?

Las contemplo, extendidas sobre la mesa. Se aprecia la distinta caligrafía, la calidad de los papeles, la forma en que unos y otros han aguantado el tiempo. Me hablan. Hay un latido imperceptible a la vista que el corazón descubre, como si estuvieran vivas; una certeza de secreto a punto de desvelarse, unas vidas que repercutirán en otras, intuyo que entre ellas la mía. Son papeles y trazos de tinta, pero hablan de mí, me conciernen.

Tomo despacio la silla, me coloco en mitad de la mesa, las cartas a mano. Aparto las ya leídas. Me sumerjo en el resto. Ya no hay pájaros ni viento. No hay otro sonido que mi respiración.

Inspiro mientras cierro un instante los ojos, preparada para comenzar un viaje apasionante.

De repente, Cayo abandona su letargo y comienza a ladrar furiosamente.

Hay alguien ahí fuera.

Dieciséis

Esta mañana me regalo agua fría. Necesito espabilar porque he dormido poco, creo que he soñado mucho y estoy abotargada. Espesa como masa de mortero.

Bajo la lluvia cálida del agua caliente me gusta pensar relajada. Marcos se queja de que gasto en cada ducha el agua con la que sobreviviría una ciudad entera. Quizá tenga razón. Bajo el agua fría paso menos tiempo y no pienso. Me activo. Ahora que tengo el mar cerca no la necesitaría, pero hoy quiero despejarme antes.

Ha vuelto a llamarme. Dos veces. No lo he cogido. No hay nada más que decirse después de la última conversación. No tiene ni idea de lo lejos que lo siento. De lo que estoy, en realidad, de todo ese mundo al que se supone que pertenezco y que me alimenta. Dicho en presente por ese prurito mío del rigor periodístico: perfectamente puedo hoy, y más esta mañana, hablar de él en pasado. De ese mundo y también de Marcos. Este es el lugar al que pertenezco. Lo sé porque aquí es donde puedo tocar, oler, sentir, escuchar lo que hasta que regresé no eran sino recuerdos. Poderosos, claro; tanto como para armar una novela cuyo alcance me ha sobrepasado. Pero recuerdos. Nostalgia, en realidad, que no es lo mismo. Lo descubro ahora, en esta casa que me abraza, en la playa de la Cueva, en La Vega, en los picos de la sierra del Abrigo, en este mar de brillos intensos y fuerza desmedida. Son míos. Como el secreto que empieza a revelarse en las cartas que tengo sobre la mesa.

Como la incómoda inquietud que me dejó la inesperada visita de anoche, que busco apaciguar con el agua de noviembre abriéndome en la piel surcos helados. Aún no ha amanecido. Grito. Duele al caer

sobre el cuerpo tibio, y percibo perfectamente cómo el corazón se rebela; arrítmico, se acelera para enviar la mayor cantidad de sangre a la superficie corporal atacada por el gélido agresor. Me estremezco y vuelvo a gritar. Es la reacción consciente a la acometida. Aguanto. El cuerpo en tensión empieza a sentir algo parecido a una cierta euforia, dicen que por la dopamina. Al tercer grito, Cayo asoma su cabezota alarmado. Cierro el grifo y envuelvo en la toalla mi cuerpo enrojecido. El espejo me devuelve la imagen de una mujer morena que, pese a los años, sigue resultando atractiva. No me veo mal. Rostro redondeado, de proporciones ajustadas, ojos oscuros, algo exóticos, como los de mamá, dice Paqui; esas malditas patas de gallo, los párpados caídos; tengo que hacerme la blefaroplastia, es sencilla, Candi se la ha hecho y le brilla más la mirada; eso que ganaré, aunque de momento no me veo mal, no me disgusto, vamos. El cuerpo es proporcionado, vistoso, como dice Marcos. Marcos. Ya estamos. Otra vez se me aparece; no hay manera de sacudírmelo. «¿Te encuentras bien?». No he borrado su último mensaje, que más revela ansiedad por lo propio que preocupación por lo ajeno. Que me deje en paz. No sé si el silencio será mejor que la respuesta, pero no quiero responder. Abro la toalla y me miro los pechos. Tampoco voy mal. De pequeña quería tenerlos grandes porque a los chicos les gustaban las mujeres tetonas. Madrid me lo quitó de la cabeza. Mejor así. Me los palpo a menudo, como dicen que hay que hacer para detectar algo raro, no vayas a tener un tumor y no te enteres. La piel sigue enrojecida por el frío. Vuelvo a taparme.

Son las seis y media de la mañana. Queda más de una hora para que amanezca y salga con Cayo a descubrir luces y olores. Hay rescoldos en la chimenea y la cabaña está caldeada. Sobre la mesa, las cartas desplegadas en el orden en que las dejé anoche. Entre todas ellas no arman la historia que necesito descubrir. La sugieren, pero en pálpitos desordenados, incoherentes, que dejan más misterios que luces, puertas entreabiertas por las que es imposible no desear con todas las fuerzas entrar y descubrir. Aunque esté

oscuro y haya fantasmas. O por eso, quizá. Fantasmas propios, secretos en el aire de un tiempo en el que es probable que empezara a escribirse, no ya lo que ahora necesito descubrir, sino el misterio de mi propia existencia. Hay rincones, astillas, incómodos resabios de algo que es más mío de lo que dicen las cartas. Como cuando sabes que algo aparentemente lejano terminará afectándote, como esa intuición de que sucesos inconexos son en realidad un mismo episodio que se revelará cuando el tiempo trace líneas entre puntos dispersos. Hay en el universo que revelan las cartas una historia oculta que me va a llevar a este presente.

Y a la luz del inesperado encuentro de ayer, la amenaza de cambiar la vida de este pueblo.

—Buenas noches, doña Sofía, soy Félix.

La visita de anoche.

Cayo dejó de ladrar al escuchar su voz. Le cayó bien desde el principio. Movía el rabo afectuoso cuando abrí la puerta apenas unos centímetros.

—Hola, Félix. ¿Pasa algo?, ¿algún problema?

—Sí, creo que me dejé una herramienta esta tarde, cuando nos fuimos.

Asoma la cabeza como si buscara algo.

—¿Aquí en el salón? —pregunto sin disimular mi sorpresa, porque es evidente que no se dejó nada.

Viene por las cartas, me lo dicen sus gestos. Es lo que busca.

Empiezo a incomodarme.

Confirma su intención en cuanto abarca con su campo de visión el interior de la cabaña.

—¿Eso que hay en la mesa son las cartas?

Le hago ver mi irritación.

—Perdone, pero ya le he dicho esta tarde que no es asunto suyo.

Me mira, toma aire, tarda en responder.

—Sí lo es.

La incomodidad se vuelve asombro. Pero no voy a discutir con él. No tengo tiempo. Las cartas me están llamando.

—Félix, el ser del pueblo no le da derecho a considerar que es asunto suyo y a venir a pedirme explicaciones en mitad de la noche. Dejemos esto aquí. Mañana hablamos. Estoy muy cansada.

Tampoco él quiere disputa. Percibe mi fastidio y se da cuenta de que se va a volver de vacío. Así y todo, se obstina en dejar su mensaje. Retrocede, se encoge de hombros.

—De acuerdo. Vale. Siempre he pensado que es usted una persona cabal, con juicio y cultura. Pero lo que pasó aquí todavía arrastra consecuencias. Y airearlo puede hacer daño a mucha gente.

Más intriga. Otro aleteo de ansiedad.

—¿Airear las cartas? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque ya contó su vida en la novela.

Su inesperada impertinencia ahonda en mi curiosidad. Quiero cerrar ya la puerta y sumergirme en las cartas, pero antes:

—¿A quiénes puede hacer daño, Félix?

—A mucha gente —repite.

Silencio. No se mueve. Baja los ojos; después de un instante de duda, se retira.

—Incluida a usted.

Diecisiete

Me visto mientras hierve el agua para el café. Cayo, que cada mañana celebra mi despertar como si fuera el encuentro con el hijo pródigo, me sigue con la pertinaz insistencia de mi propia sombra. Su concepto de intimidad es inexistente. La ajena y la propia.

Instintivamente enciendo la radio. Casi contra mi voluntad, gesto automático de años de oficio. La voz de la reportera desgrana con firmeza los titulares de esa mañana: el enésimo desencuentro en el Gobierno de coalición, Trump desafiando de nuevo a Europa, la protesta sindical en una multinacional o la última operación del *holding* de la viuda Van der Bruck, una especie de Amancio Ortega holandesa y misteriosa que consigue ser ejemplo y referencia de gestión empresarial desde que se afincó en España al morir su marido. Tan poderosa como discreta. No puedo evitar sonreír: voy a dejar el oficio sin haber conseguido entrevistarla. Apago la radio. Ya basta. La cabaña huele a nuevo día cuando se hace el silencio. Cesa el borboteo de la cafetera y vuelvo a Elena y Quintín

Otoño 1947. Alrededor de esa fecha estamos. Antes y después.

Mensaje a Paqui: «¿Desayunamos juntas?». Por ella voy a empezar a preguntar.

De pie, con la taza en la mano, paseo frente a la mesa observando las cartas extendidas. Cada una de ellas tiene al lado un pósit con un número. Es el orden que les atribuyo en principio según el tono y el contenido. Clarísimas las primeras, también las dos últimas. El resto, entre la intuición y la sospecha.

Misterio. La lectura y relectura de cada una de ellas me ofrece una impresión de lo que pudo haber pasado entre ellos. Mucho e

intenso. Pero no cómo, cuándo y por qué razones. Las preguntas me martillean hasta la obsesión.

Convencida de que de alguna forma me concierne, me desasosiega no vislumbrarlo con precisión. Tampoco veo cómo lo sucedido hace ochenta años puede alterar la vida de Sierraplana hoy, como aseguró Félix.

Se empieza a colar por la ventana este de la cabaña la primera luz del día, un azul templado que anticipa mañana de sol. Los árboles se recortan contra el cielo limpio; los mirlos, que llevaban tiempo haciéndose notar, son ya ruidosos heraldos. Cayo empieza a agitarse como parte también del coro. Que el día te encuentre siempre en pie.

Sorbo el café despacio, saboreándolo. Como el amanecer. El tiempo es vida, decía el profesor Sampedro. Yo ahora lo tengo para sentir. Sabores, olores, colores, la luz que se va haciendo con la cabaña. Todo el tiempo que hay detenido en esas cartas me espera. A mi merced si encuentro la forma de ordenarlo. O yo a la suya, obsesionada como estoy por el amor de Elena y Quintín y la luz sobre mi propia existencia.

Vuelvo a la lectura, con el corazón aleteando en mi pecho, expectante:

Señorita Elena,

Disculpe mi atrevimiento, pero no se me ocurría otra forma mejor que una carta para expresarle mi más rendida admiración. Quería hacerlo después de nuestro agradable encuentro del otro día en San Lorenzo, y hasta pensé ir a su casa a decírselo personalmente, pero estoy seguro de que no me abrirían.

Así empieza, sin fecha, esta historia. Que parece terminar con el adiós comprometido de una Elena que espera amor eterno y descubrir la verdad nada menos que de un crimen.

Tendremos que resistir, amor mío, y algún día volver a estar juntos y pensar en todo lo que habíamos pensado y hacerlo sin mentiras ni impedimentos, sin que nadie nos diga lo que tenemos y no tenemos que hacer.

Son once cartas. Seis de Elena y cinco de Quintín. Ella escribe con la firme solidez que dan la educación y la costumbre; también quizá el carácter. Buena letra, comprensible, elegante. No hay borrones en sus textos, exceptuando aquellas frases, como la de su madre, en las que confiesa aquello que el pudor le obliga luego a tachar, ni las líneas se desvían de una horizontalidad cartesiana. A Quintín se le van los renglones según le vaya el ánimo. Euforia y ganas, hacia arriba; decepción y tristeza apuntan al suelo. Salvo la última: ahí se diría que hay un hombre entero y resistente de voluntad firme. La letra de Quintín es menos elegante que la de Elena. Tiende a redondear. Me acerco para observar algunos puntos que parecen de humedad en una carta de ella. ¿Lágrimas tal vez?

Espera, Sofía. Espera. Aquí hay algo. ¿Cómo no lo vi anoche? Aquí está, sí. En el reverso de una de las que había puesto en uno de los últimos lugares, la que ella le escribe desde Londres, hay una fecha. La di por concluida sin girar el papel. Por eso no la vi.

Septiembre de 1948.

Vuelvo a leerla.

Mi querido Quintín:

Cuando leas esta carta, faltarán pocos días para que papá y yo regresemos de Londres. Y volvamos a encontrarnos.

Como te dije el otro día por teléfono, me apena mucho que no hayas podido acompañarnos. Estamos acordando una venta muy importante y me hubiera gustado que participaras con nosotros en la negociación. Te habrías divertido. Lo piensa papá también; ya sabes que admira tu capacidad de embaucar y convencer. Los ingleses son educados hasta para el insulto. No es que lo hayan hecho en esta ocasión, pero sí ha sido duro negociar con ellos para un acuerdo que al final es muy bueno para nosotros porque nos abre mercados nuevos.

Pero no te voy a aburrir con esto, que ya te contará papá cuando volvamos.

Escribo solo para volver a recordarte y ponerlo en la tinta, que nunca se borra, cómo crece mi sentimiento hacia ti, como mi admiración y mi amor por ti, porque te amo más que a mi propia vida. No puedo ni quiero imaginar cómo sería la vida sin ti, qué distintas serían toda la energía y las ganas que le pongo a todo porque sé que estamos juntos. No las tendría, claro que no.

Te he vuelto a echar de menos, pero es una añoranza feliz, de esas que se endulzan con la certeza de que, aunque no estemos juntos, siempre nos tenemos, y que pronto volveré a estar en tus brazos.

Espero que mi madre no se esté enredando en ninguna discusión contigo o con la gente de la casa. Estamos muy preocupados por su estado de ánimo. Parece más triste de lo habitual y me temo que eso la acerca al peligro de la bebida, que en su familia siempre ha sido un recurso para todo. No me gustó lo que te dijo el día de la despedida, aquello de los despachos limpios con gente de confianza. Tampoco a mi padre. A veces se le va la mano con sus ironías y sus obsesiones de clase. Bien está poner distancia y saber qué sitio ocupa cada cual, pero no es necesario humillar a las personas, como hace ella a veces también con la pobre Emilia, tan joven y dispuesta. Es terrible cómo la trata y hasta parece que se ríe a veces de su cojera.

Es mi madre, aunque qué difícil pone lo de quererla y hasta respetarla.

Pero qué le vamos a hacer, mi amor, hay que aceptar las cosas así. Nunca es perfecta la vida y, en nuestro caso, el dolor llega por su incomprensión. También por la de esos amigos tuyos que te dicen que tu padre no se sentiría hoy orgulloso de ti, y estoy pensando, de entre todos ellos, en el padre de nuestro Eduardo. Qué injusto me parece. Pero es lo que tenemos y lo importante es que ni nos cambia ni nos cambiará, ni impedirá tampoco que disfrutemos de lo mucho que tenemos y de toda la vida que nos queda por delante.

Estoy deseando verte y abrazarte.

Te amo, Quintín.

Y en el otro lado de la página, como si quisiera dejarlo anotado aunque sea fuera de sitio:

Londres, septiembre de 1948

El padre de «nuestro Eduardo».

Es la más desconcertante de todas las cartas, la que revela que Quintín llegó a entrar en la familia a pesar de Regina, la madre de Elena.

Me lo repito una y otra vez. El padre de «nuestro Eduardo». Mi abuelo, mi abuelito, que leía en la biblioteca y alimentó mi curiosidad por hallar los secretos que escondían los libros, afeó a Quintín acercarse al palacio por un prejuicio de clase. Y, por lo que se ve, no consiguió separar a su hijo de él.

Dieciocho

—Unas cartas.

—Sí.

—En una lata.

—Sí, una grande, de esas en las que la abuela metía las cosas de costura.

Me extraña la parca curiosidad de Paqui, tan desprovista de pasión.

Me interroga como si estuviera examinándome del carnet de conducir: esta sí, esta no, el siguiente.

—Y las encontró Félix.

—Sí, haciendo la obra del baño.

—En la cabaña.

—Que sí, Paqui.

Dosio, que sigue la escena desde la prudente distancia de la cocina, se encoge de hombros y niega con la cabeza cuando Paqui le pregunta si sabe algo de esa lata.

—Exactamente, ¿dónde estaba? —vuelve Paqui su atención a mí.

—Joder, Paqui —ya me voy cansando—, que te lo acabo de decir. Según Félix, estaba entre dos piedras en la pared interior del baño. Bien escondida.

—Bien escondida tenía que estar. Muy bien, digo yo. Para que no la haya visto Dosio en todo este tiempo…

—Estaban desmontando el muro. Supongo que alguna piedra la taparía… De no haber sido por la obra, nunca habrían aparecido.

Silencio. Lo guardo yo también. Espero preguntas o alguna conclusión. No sé, algo más que ese cuestionario como de rutina.

—Y eran de Quintín y doña Elena…

—Lo de doña lo pones tú.

—Sí, aquí era doña Elena, la condesa de La Vega.

Dosio sigue atento a la conversación. Lo miro. Inexpresivo. Como si no tuviera nada que decir. Pero ahí está. Es evidente que le interesa lo que hablamos. Ejerce el talento silencioso de los que aprendieron a esconder sus emociones.

—¿Tenemos nosotros algo que ver con ellos? ¿O con la historia del crimen aquel del que acusaron a Quintín?

Tarda en responder. Imposta sorpresa, se lo noto.

—¿Nosotros? Pero qué dices, mujer, ¿cómo vamos a tener que ver con los condes de La Vega?

—¿Y con Quintín? —Se encoge de hombros. Disparo—: Sí, Quintín, el amigo de mi padre, Paqui. El amigo de mi padre.

Aspira fuerte, como sonándose los mocos. Dosio se mueve al fondo. Se recoloca en un gesto palmario de máxima atención. Paqui no se lo esperaba. Le he mentado al diablo.

Me mira y me parece que está metiéndoseme en la entraña para no tener que preguntarme, para alcanzar por sí misma la respuesta a lo que me lanza sin tener que evidenciar su interés.

—¿Eso dicen las cartas? ¿Que eran amigos? —pregunta finalmente ante mi silencio.

—Entre otras muchas cosas, Paqui. Y mi padre está ahí, presente en todas, y seguro que tú sabes algo más. Nunca me dijisteis nada.

Otro silencio, más espera. Mi prima se maneja con la maestría teatral que ejercen siempre los guardianes de secretos. O los mentirosos.

—Porque no hay nada que decir.

—Pues a mí se me acumulan las preguntas.

Mira a Dosio. Él no responde. Paqui parece contrariarse porque no le siga el juego.

—Yo no tengo respuestas. No sé lo que dicen ni por qué. Y tampoco me parece que sea algo que ahora importe, tantos años después. ¿Para qué sufrir por aquello?

—Para saber la verdad, Paqui. Para saber la verdad.

—¿Qué verdad?

—La nuestra. La que nunca me contasteis —insisto obstinada—. De dónde vino mi madre, por qué se iba y volvía mi padre o hasta por qué me tuve que ir de aquí sin que nadie hiciera nada por evitarlo.

Encontrar a mi padre en una historia de amor pasada ha resucitado todos mis fantasmas.

Paqui mueve la cabeza. Viaja de un lado a otro de la habitación aunque parezca estar en otro sitio. Dosio y yo la seguimos con la mirada. Hay en su caminar ademanes de animal enjaulado y el temblor leve de una inquietud sobrevenida. La prima Paqui siempre ha dicho las cosas a la cara porque no sabe ocultarse ni ha cultivado la impostura. En eso es como era abuela, de mirada directa y dura. Ahora no levanta los ojos del suelo, como si midiera la distancia de sus pasos. Me parece ver que aprieta los puños, pero no estoy segura. Tarda demasiado en responder, como si se pensara una respuesta, como si rebuscara en el almacén de medias verdades la parte escondida de lo que alguna vez debió decir.

Creo que no la encuentra. Porque se detiene y me mira de frente.

—¿Para qué? ¿Qué ganabas tú sabiendo que tu padre desapareció un día con un criminal?

Me asalta en ese instante la sensación de que se arrepiente de lo que acaba de decir. Tanto como incapaz me siento yo de digerirlo.

—¿Me estás diciendo que mi padre se escapó con Quintín cuando este cometió el crimen del Paso de la Mula?

Me mira sorprendida. Ahora parece intrigarle lo que yo sé de la historia. Abrazamos nuestras miradas con la metálica intensidad de espadas que hieren. En ese instante no reconozco a mi prima Paqui ni dejo de preguntarme por qué me habrá soltado esa pedrada. Quintin, un criminal; mi padre, un cómplice.

—¿Hablan del crimen en las cartas? —pregunta.

Sí, pero no aclaran nada. Tampoco está escrito que la amistad de estos dos hombres pueda tener que ver conmigo, pero lo sobrevuela

hasta haber conseguido estimular mi intuición. Las palabras de Paqui me lo confirman. Lo pensé, lo sentí, me asaltó como los miedos de niña o los amores inesperados, sin poder tampoco resistirme a ellos.

Ahora acabo de verlo.

—Respóndeme, ¿mi padre huyó con Quintín?

De repente, entra Dosio en escena, como el actor que lleva a las tablas el giro de guion en el momento de tensión máxima.

—Sí, Sofía. Pero Quintín no mató a nadie.

Paqui hubiera querido ser Medusa para petrificarle allí mismo con sus ojos. No dice nada más. Me hace recordar aquella vieja admiración que sentía por este hombre silencioso, cómo su elocuencia estaba más en los silencios y en las miradas que en sus palabras. En nuestra infancia era el muchacho solitario que hablaba con la mirada y sus sonrisas. Como los caballos, decía mi padre.

Mi padre. Que se fue con Quintín. No hay nada de eso en las cartas, pese a que su presencia es constante. Está en casi todas, siempre como fiel amigo: él los presentó y en él confiaron cuando tuvieron que separarse. Hasta las cartas, jamás pensé que su marcha tuviera que ver con otra cosa que no fuera la necesidad de emigrar, algo tan de aquí como la niebla y el aullido invernal de Santumedé.

—Sí —ahora es Paqui quien recupera el escenario, respondiendo casi con fiereza—, se fue con él. Dejó a su madre y escapó sin decir nada, sin despedirse, sin explicar nada. Como si de verdad hubiera hecho él algo también.

Detiene el relato, parece aguardar mi respuesta.

Todo mi ser está concentrado en la revelación. Espero más. Se resiste Paqui a seguir. Cuando observa cómo Dosio parece dispuesto a volver a hablar, se adelanta.

—Luego volvió de ese viaje trayendo a Aurorita con él, y naciste tú, y al poco murió ella. Y desde entonces él volvió a irse una y otra vez. ¿Para qué le íbamos a contar a esa niña sin madre, a ti, dónde había empezado todo, de dónde venía el dolor? Te mentimos.

Simplemente enterramos ese dolor. Y no hay razón para desenterrarlo.

Seguimos unidas por el mudo abrazo de las miradas.

—¿Qué dolor, Paqui, qué dolor? ¿El de su marcha? ¿El de su complicidad?… ¿De qué dolor me hablas? ¿Del mío también? —De nuevo silencio—. ¿Y no tienes curiosidad por saber qué dicen las cartas, cómo cuentan Elena y Quintín lo que pasó?

—Hurgar en heridas del pasado las hace sangrar. Los dolores del alma nunca cicatrizan, mi cría. El olvido no cura, solo amortigua el dolor que queda dentro y que sale a la mínima. Y no quiero volver a mirarlo a la cara. —Parece serenarse. Pero es una falsa impresión. Súbitamente, tras un silencio que interpreto de calma, lanza un segundo disparo—. Igual que tú no quisiste hacerlo todos estos años regresando aquí.

No quiero seguir, no así. La ansiedad está colonizando mi ánimo y mi sangre. Inspiro profundamente. Observo a Dosio y siento su complicidad, como el cansancio de Paqui que, como yo, tampoco está dispuesta a mantener el pulso.

—Pero estoy ahora, ¿no? —Me repongo.

Asiente, dibujando algo parecido a una sonrisa. Tuerce los labios sin dejarse terminar el gesto.

—¿Y si al hurgar descubres —no ha bajado la mirada, yo tampoco cuando le lanzo esta pregunta— que lo que te hacía daño era falso, que no debería estar ahí?

—Los esfuerzos inútiles llevan a la melancolía —responde—. Haz lo que te dé la gana, yo no quiero saber nada de esas cartas. Ni creo que te haga ningún favor a ti, aunque te parezca que puedes escribir con ellas otra novela.

—¿Y si tiene razón Dosio y Quintín no mató a nadie?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y a quién le importa ya eso?

—A mí, a la memoria de mi padre, a mi madre… a ti… No veo qué tiene de malo saber la verdad.

—¿Y qué ganas con eso? ¿Serás más feliz? —Se contesta a sí misma moviendo la cabeza, negándose—. Además, no creo que

vayas a encontrarla nunca. Mucho menos en las cartas de unos chiquillos que se dieron de golpe y sin esperarlo con lo dura que es la vida de verdad.

Nos soltamos. Ella se sienta, yo miro a Dosio, que ha vuelto a su silencio, que ahora mismo percibo cómplice.

Pero quiero a Paqui, la necesito, es lo que queda de mi familia y no puedo recorrer este camino sin ella. Tiene que venir conmigo

Despacio, tirando suave, como se sacan las astillas. Sin dolor. No es imposible.

Paso uno. La abrazo, estrecho su cuerpo aún tembloroso, agitado. Aprieto. Se deja, vencida, como el viajero cansado que recibe asiento.

Entonces añade despacio, como una súplica:

—Y yo quiero tenerte ahora y para siempre, no andar removiendo historias que dolieron y todavía se meten dentro como clavos oxidados.

Diecinueve

Clavos oxidados. Tétanos. Espasmos. Dolor de cuello. Miedo.

Una vez, de niña, me clavé el de una herradura en el pie y aquello fue como una invocación a la muerte. Con enfermedad y todo, sí. Me cuidó la abuela y me alegró los días, mientras las noches me las limpiaba de miedos Paqui. Fiebre. Desamparo. Visiones. Entre sueños febriles de calores que me aplastan el cuello y encienden las mejillas, imagino rostros sombríos en el bosque de Santumedé cantando en la oscuridad perlada de las noches de tormenta; cantos ásperos, como quejas que se deslizan entre las gotas y se elevan hojas arriba hasta las copas de los árboles para hundirse después en el mar agitado, violento, peligroso. Rostros ocultos bajo las gruesas capuchas de sus hábitos. Los monjes rezan sus cánticos caminando despacio entre las encinas, en fila, ajenos a la lluvia y al dolor.

Una de las noches escuché un aullido que electrizó el bosque como un intenso rayo luminoso.

Una niña corre sendero abajo hacia la ermita del santo. Soy yo. Y mi madre. Soy las dos.

Cierra los ojos, niña, no me sufras más.

Alguien me agarra con la firmeza de una mano salvadora. Me giro. Es ella, es Aurorita. Mamá. No puedo gritar, no me sale la voz. Un hombre me llama desde la frondosa oscuridad del bosque. Nos llama a las dos. Sofía, Aurora, repite. Su eco se pierde en el bosque, entre los cánticos, en las sombras lejanas de los árboles, y desaparece como si nadie hubiera pronunciado nuestros nombres nunca. Papá vuelve a alejarse.

Súbitamente, Aurora me llama. A mi lado y tal y como la había imaginado siempre cuando soñaba que me arrullaba, que me cantaba por la noche para que pudiera dormirme segura, serena, feliz.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí.

Mi corazón estalla en una alegría luminosa y febril.

—Mamá, mamá —grito para atarla a mí, para no perderla, para encontrarme por fin con ella, para que no se la lleve la oscuridad ni las voces que cantan su desgracia.

Aprieta mi mano aún más fuerte.

—Soy yo, cariño.

Y entonces desperté, y no era Aurora. Y se me clavó la verdad como el hierro oxidado que se había metido en mi carne.

—Soy Paqui, amor. Estoy a tu lado.

Tras ella, el médico, don Anselmo, recogía sus cosas.

Quise volver a soñar, volver al bosque, pero Paqui no me dejó. Me abrazó con fuerza, me embriagó su olor a tela limpia y harina, me acarició su pelo suave, su voz de arrullo. Me estrechó eternamente y no pude ni quise salir de ese refugio.

Dos días más estuve en cama. Me fue bajando la fiebre y no volví a soñar con los ecos del bosque. Aún permanece en el pie derecho la cicatriz.

La ausencia de mi madre siempre estuvo presente, pero nunca volví a encontrarla como aquella noche.

En las fotos parece una muchacha dulce y perdida.

—Era simpática, aunque no con todo el mundo. Siempre tenía frío.

Eso decía la abuela. A veces me miraba fijamente y se veía frente a ella. Como Paqui.

—Es como si la viera, mi cría. Tienes su cara dulce. Y la mueca dura de tu padre, eso también. Era muy guapa y siempre sonreía. Tú eres como ella de guapa, pero la expresión de tu rostro es de tu padre.

Él también la recordaba. Y nunca dudé de que esa evocación estaba cargada de la tristeza profunda de los adioses que ni se quisieron ni se esperaban. Yo sé que él la amó, aunque la sacara de su tierra, aunque la dejara aquí sola con la abuela, cuidando de Paqui y del ganado. La amó siempre. La recordaba todos los días, miraba esas fotos de niña tierna y se le escapaban suspiros, y acariciaba los marcos, y sentía su intimidad arañada cuando me sorprendía tras él, mirando y admirando lo que siempre creí amor con todas sus letras. Sonreía entonces, como queriendo expulsar la pena, o al menos que su niña no lo viera quebrado. Y me abrazaba, y sé que yo era lo que le quedaba de ella, y éramos los tres. Luego aquello desaparecía, y volvía él a irse, y yo a no saber cuándo podría sentir de nuevo su olor y sus brazos, a calmar la sed de él que no se me apagaba nunca. Estoy tan segura de lo mucho que la amó como de todo lo que de él me faltó a mí.

La conversación con Paqui aviva esa nostalgia equívoca de lo que solo fue en sueños o deseos. Mientras camino hacia el coche dejando atrás su casa y las revelaciones, me bailan dentro las ausencias. Aurora, mi padre, la abuela, Sierraplana mismo. He venido aquí a serenarme y a olvidar, y me encuentro con este temporal que convierte los recuerdos en firme presente y desenterrar la verdad de mi vida en un objetivo inaplazable.

Las cartas hablan de una historia que no cuentan porque se escribe detrás de ellas. Pero es mi historia. He pasado la noche en vela tratando de descifrarlas y encontrarme, y esta mañana acabo de confirmar mis intuiciones. Falta aún mucho por contar, y lo contado es tan insólito e inesperado como los secretos que se guardan para siempre, como los sonidos del bosque en los sueños de la niña, como la incertidumbre en que me sumerge la negativa de Paqui.

Las cartas esconden algo mío. Hay que unir muchos puntos dispersos y atar cabos. Aunque puedan ser también mechas explosivas.

Veinte

Abro internet y escribo en el buscador «conde de La Vega». Se despliega una lista de referencias a un aristócrata mexicano. Siguiente página. En la tercera llamada leo: «Pelayo Fernández-Jovellanos de la Lastra, conde de La Vega. Empresario metalúrgico asturiano, primer propietario de Mineras del Norte». Entro en el enlace. Creada en el año 1944 por la sociedad Minas de Alevia, presidida por el conde de La Vega, Pelayo Fernández-Jovellanos. Fue vendida en el año 1980 a la holandesa Holland Steell, HS. ¿No es ese el consorcio de los Van der Bruck? Busco, confirmo. O sea, que hasta aquí llegan los tentáculos de la poderosa viuda.

Vuelvo a Pelayo. Nacido en 1907 en Colueña, muerto en Madrid en 1984. Poco más se dice. Busco hijos, matrimonio, sociedades. Acuerdo con una empresa minera escocesa, Abernathy and Sons. Vaya… ¿La borracha madre de Elena? Veamos. En inglés, propietarios de empresas metalúrgicas y explotaciones mineras, con intereses en Polonia, Francia y España. Jonas Abernathy y sus hijos Paul y Regina. ¿Regina Abernathy? Bingo, «condesa de La Vega». Ahí está.

Espera, Sofía. Condesa de La Vega, Elena Fernández-Jovellanos. Nacida en 1929. No hay nota de su muerte. Dirigió las empresas de su padre en los años cincuenta, hasta que se casó con un diplomático francés, Eugene de Lamartine. Año 1960. No hay más anotaciones. Nada en Wikipedia.

Súbitamente, me atenaza una pregunta: ¿seguirá viva? Busco «Elena de Lamartine». Nada. Elena, mi Elena, se pierde en el año 1960. Al menos de momento.

Crimen de Sierraplana. *La Nueva España,* año 1948. Un hombre mata a otro durante una batida en la que le buscaban por robo. Fechado en el Oriente asturiano.

COLUEÑA, 15 DE OCTUBRE.

El pasado día 13 se produjo un crimen en la pequeña localidad costera de Sierraplana, en el lugar llamado el Paso de la Mula. Según la información facilitada por la Guardia Civil, un hombre llamado Quintín Canales agredió y mató a José Luis Peña Ardiles, apodado «el Pinturas», que participaba en la búsqueda del tal Canales. Según esta información, el autor del crimen estaba siendo buscado por un robo cometido en la casa de los condes de La Vega, en la que, al parecer, trabajaba como contable desde hacía algún tiempo. Algunas personas del pueblo han contado a este periodista que el sospechoso, llamado Quintín Canales, era el prometido de Elena Fernández-Jovellanos, la joven y hermosa hija del conde de La Vega. Los condes habrían pasado de ser sus protectores a convertirse en sus víctimas. Según la Guardia Civil, el presunto autor del crimen se encuentra aún en paradero desconocido.

Las cartas; escribe él en una de las últimas: «Nada hice, no robé nada en la que ya era mi casa y mucho menos maté a alguien en el Paso de la Mula. Además, allí, en nuestro lugar sagrado. Tuve que poner mar de por medio».

Su único pecado, amarla. Y le creo.

Me quemo los labios al sorber distraída el café. Todavía huele la cabaña a desayuno, a mermelada de arándanos y pan tostado. Y al té del puerto que en ramilletes me trae Paqui.

Marco su número.

—Dime, cariño.

Tengo que insistir, debo hacerlo.

—¿Tú crees de verdad que papá podría ser cómplice de un asesinato?

—Mi niña. —Aún me llama así en ocasiones, cuando quiere mostrar ternura o recibir afecto—. Eduardo nunca le fallaría a un amigo, aunque fuera un criminal. Nunca. A la familia sí. A su madre,

a Aurorita, a ti. Pero nunca a un amigo. No hablaba nunca de Quintín porque el secreto y el silencio eran la salvaguarda de su seguridad. Tampoco le preguntábamos. Hablaba con la gente, buscaba información y documentos. Creo que durante toda su vida intentó demostrar que era inocente o que lo creyéramos.

Ahora soy yo quien no tiene respuesta. ¿Está conmigo? Quizá sí. Sigue habiendo mucho entre nosotros. Proceso la nueva información, trato de conectar los puntos. Me sube desde el diafragma una angustia sin identidad ni filos. Me llena como el ácido de una mala digestión sin que la razón encuentre un porqué.

—¿De verdad que no sabes hasta qué punto tiene todo esto algo que ver con nosotras? —Y lanzo el dardo sin pensar, sin cálculo previo ni intención precisa—. ¿O con mi marcha de aquí?

—No busques razones donde no hay.

No busques. Más nada. Otro sorbo al café. Ni razones. La intuición no es sino observación atenta de los signos. Aún no he hallado cuáles son los que me llevan a creer que la historia de amor que vive en las cartas es también la mía. Pero sé que es así. Todo me conduce allí. El silencio de piedra de los míos quema porque en él late el secreto que responde a las preguntas que llevo haciéndome toda la vida.

—Sigue habiendo algo que no me decís, Paqui.

—¿Decís? ¿Quiénes… decís? —repite.

—Sí, decís. Tú, la gente de aquí. Hay algo en estas cartas más poderoso que el amor que muestran, que el miedo, que el dolor de la separación…

La imagino encogiéndose de hombros, negando con la cabeza, tratando de aguantar como cuando de niñas nos mirábamos fijamente, a ver quién se reía antes. Y siempre perdía yo. La oigo respirar. Al otro lado, una banqueta cambia de sitio y me llega el pellizco de la goma contra el suelo de piedra, el mismo que en invierno no nos dejaban pisar descalzas, que os vais a resfriar, y luego hay que cuidaros, y tú, Sofía, con los oídos como los tienes, ponte ya las zapatillas.

—Sofía —dice serena al otro lado—, de verdad, dedícate a descansar, a disfrutar de lo que te está dando haber vuelto y olvídate de las cartas. O, como mucho, cógelas para inventarte otra historia, que se te dará bien. Pero que no hable de ti. Porque yo sé que esas cartas, aunque no tenga ni idea de lo que dicen, nunca podrán hablar de tu vida. Ni te alcanzarán secretos que puedan cambiarte lo que eres o lo que fuiste. Créeme, mi cría.

No voy a hacerte caso, Paqui. Esta vez no. Pero no se lo digo. Apenas me despido de ella con un tímido «vale, que tengas un buen día».

La soledad que se me mete en los pulmones como si contaminara el aire de la cabaña no me infunde miedo ni me provoca angustia. Me sacude con la energía desconocida de quien se ha fijado un destino que acaso pueda alcanzarse mejor en el solitario camino de los descubridores. Sin épicas, eso sí. Pero decidida.

Veintiuno

Camino de la playa de la Cueva, paso frente al Palacio de La Vega.

Cayo asoma la cabeza por la ventanilla y se queda mirándolo como el perro de caza que apunta a la pieza.

Ahí está la casa de Elena; allí escribió las cartas. ¿Cuál sería su habitación? El edificio se erige solemne, orgulloso, como si nunca hubiera sido una ruina abandonada.

Hotel La Vega, cinco estrellas, lujo. Joya del paraíso natural. Un pórtico de piedra terrosa, siena, con el escudo de la familia sobre el arco, se abre a un pasillo de cipreses, naranjos y arbustos de laurel que asciende hasta el edificio principal, de estilo rústico, tradicional en esta zona del norte. Del tejado a cuatro aguas sobresale al frente, mirando al sur, a la sierra del Abrigo, una torre con corredor donde debió estar la habitación principal. Ahí dormirían los condes, Pelayo Fernández-Jovellanos (más denominación de origen imposible) y la señora condesa, oriunda de Escocia, oscura y clasista. ¿O sería la habitación de Elena? No creo, ¿verdad, Cayo? ¿Dónde dormiría Quintín cuando fue aceptado por la familia? ¿Qué pasó allí para que todo estallara?

Pegada a los muros del palacio, la pequeña iglesia de La Vega, que en un tiempo fue capilla privada de los condes, se levanta justo detrás de donde estaban las caballerizas, hoy zona de servicio del complejo hotelero.

Las caballerizas. ¿Cómo se movería por ahí mi padre?

Sus caballos. No de su propiedad, claro, pero los adoraba. El animal más sensible y generoso que existe, decía. Tenía razón.

Nunca hubo uno en casa, pero trataba a todos los que veía como si fueran suyos. Les hablaba, los acariciaba, se acercaba a sus ojos y decía que dentro se veían su dolor y su miedo, pero también su calma y su alegría. Aprendí a amarlos con él. Su mejor herencia, prácticamente la única. Nunca supe de dónde le venían la afición ni la habilidad en su trato. Aunque de esto sí hablan las cartas.

Quintín escribe en las primeras:

> *Yo, como usted, también soy aficionado a los caballos, y aunque no tengo tanta pericia como Eduardo, sí creo que podríamos disfrutar todos de un paseín cualquier tarde. La llevaría a la ermita, y a las cuevas, y bajaría hasta la boca de la ría para mostrarle también el puerto, que es donde vivo.*

Mi padre. De nuevo él y los caballos. Mi infancia. El recuerdo de un pasado de mi familia que nadie quiso nunca revelar, o al menos permitirme que lo hiciera mío. Saben dulces esas frases, con esa textura blanda y translúcida de las evocaciones felices; me traen las sensaciones revividas de aquellos paseos con él por la sierra, por el monte, al borde de los acantilados, por los prados donde pacían los caballos seguros y libres. Me señalaba quién mandaba, o quién vigilaba a los que estaban en grupo. En manada, como él decía. Levantaban las orejas atentos al percibirnos y regresaban a su quehacer, comer casi todo el tiempo, una vez comprobado que no éramos peligrosos. Aprendió a quererlos pasando muchas horas junto a ellos, limpiándolos, observando. Entendió que su atención permanente y su extraordinaria sensibilidad eran sus herramientas para conservar la vida, la munición de su arma principal, que es la huida. En las cuadras no la necesitaban, pero cuando los sacaba a pasear o los montaba, tenía que negociar con ellos sus miedos y leer qué y a qué temían en el mundo exterior. Estudiar a los animales que tenemos cerca es entender mejor nuestra propia naturaleza. Es de las pocas enseñanzas que me quedan de él, su herencia. El único universo en el que estaba presente hasta su resurrección en estas cartas.

Ahora casi me parece verle entre los caballos, apartando a uno a un lado, acariciando al otro, rascándoles la barriga en la cuadra como hacía en el campo hasta que el animal estiraba el cuello y abría la boca de puro placer; está allí, junto a la pared, cepillándolos con decisión y cuidado, depositando la avena en sus comederos, cambiando el agua; sonríe mientras le habla a uno tordo, inquieto, que patea el suelo reclamando su ración, que teme que no le llegue nunca. Su voz la recuerdo. Su hablar pausado, su timbre grave, cómo sabía acariciar con ella. Les murmuraba quedo y ellos atendían porque la suavidad es el adorno del lenguaje de los caballos. También a mí me hablaba suave, y me emocionaba y hacía reír con sus historias que hilaba con aquel vozarrón que modulaba como un delicado instrumento de cuerda. Vuelven su voz y su olor en las evocaciones de aquellos encuentros que siempre acababan demasiado pronto. Mi padre llegaba por sorpresa y se iba casi de puntillas. En silencio y despacio, como hablan los caballos.

Me devuelve al presente la imagen real, abrupta, de un turista que irrumpe arrastrando su maleta en el cuadro donde mi mente pintaba a mi padre con sus animales. Me molesta que se cuele en el escenario de mi recuerdo con la violencia de la piedra que rasga la piel del agua.

Llegan más turistas en un coche negro por el camino de grava que conduce a la puerta principal.

No tienen ni idea de lo que se ha vivido allí. Me irrito con ellos, con todos ellos. Por intrusos, por el pecado de irrumpir en mi memoria y en mi ansiedad con la banalidad de su presencia ignorante. Por colarse en la representación de mi vida sin haber sido invitados.

Vuelvo a recorrer la fachada del palacio buscando inútilmente la habitación de Elena. ¿Desde dónde pensaría en Quintín?

Lo escribo mil veces, tantas como me dejas decírtelo, hasta que me sellas los labios con la delicada firmeza de tus dedos y mil veces siento que el corazón juega y quiere salir de mi interior e ir en tu busca allá donde estés. Que siempre te imagino lejos, en esas aguas bravas y profundas, o en el monte

acompañando a Eduardo, o en La Vega, o leyendo en tu rincón del puerto, en esa soledad en que se cultiva y brota el tesoro de la poesía y el saber. Qué hermoso debe de ser poder decir las cosas como los poetas.

Luego, cuando te veo, cuando nos miramos aunque sea fuera de los ojos de los demás, en ese secreto que me ha pedido mi padre, es como si dentro de mí estallaran los cohetes de San Mateo, o los voladores del prado en San Lorenzo. Una fiesta, una romería de emociones que me cautivan y a la vez me alimentan.

A mi padre no le gusta que andemos viéndonos y sé que el cura le ha hecho saber que lo sabe y no le agrada, aunque habla bien de tu forma de ser y respeta a tu padre, pese a que se fue a luchar con los comunistas en la guerra europea. Pero papá hace la vista gorda y, mientras no se note mucho y no sea un escándalo, no me cerrará la puerta. Otra cosa será mi madre, cuando regrese de Escocia. Ojalá vuelva más tarde de lo previsto porque así me dará tiempo a convencerle a él y que seamos nosotros dos contra una. Ella, tan altiva y esnob (que es como llaman en su país a los pretenciosos que se creen más de lo que son), no quiere que nos relacionemos con gente de aquí. En realidad, con nadie que no sea rico y poderoso.

Nunca te hablo de mis padres cuando estamos juntos para no estropear nuestros momentos, pero pienso que ya no se aman, si es que alguna vez lo hicieron. Como nosotros, desde luego, no. No imagino a alguien tan frío y altanero como doña Regina (o lady Abernathy, como le encantaría que la llamaran) apasionadamente entregada a cualquier hombre. Y mucho menos a mi padre, que es conde y tiene dinero, pero a veces es más esbardu que uno de sus mineros.

—Vamos a la playa, Cayo.

Acoge con el alegre alborozo de lo inesperado la misma propuesta que le hice hace diez minutos. Qué alegría de vivir. Qué envidia.

Arranco el coche, tratando de contagiarme de su ánimo.

Veintidós

Elena también se enamoró de la playa de las acacias. Como yo. Igual que Mercedes en la novela. Caímos hechizadas, rendidas a la magia de este rincón que se ofrece como los grandes monumentos universales y eternos. Permanentes. Las acacias, los sauces o los laureles que envuelven el camino llevan un ritmo vital propio, como los helechos que alfombran las paredes de la playa, como la hierba que corona los acantilados. Permanecen eternos, como ajenos a la constante sucesión de la vida y la muerte; no se desgasta su alma perdurable, no mata su verdad intangible, que es lo que nos asombra sin que sepamos muy bien por qué. Del mismo modo que la conmoción del arte es impermeable a la razón, esta no tiene sitio en las emociones que despiertan lugares como esta playa. Un psicólogo que me trató hace años sostenía que lo que nos conecta con la naturaleza es nuestro ser esencial, porque seguimos siendo animales dependientes de la caza y la tierra.

Ha cambiado la playa en más de treinta años, pero es la misma. Y volver a ella me conmueve hoy, y me transporta a aquel presente, y me lleva a ser Elena y a vivir con ella la fascinación de este lugar deslumbrante:

> *Nunca descubrirían un lugar como la Cueva. ¿Cuánta gente lo conoce? Tan escondido, tan encerrado entre las rocas y el bosque, rodeado de prados. Tan cerca del molino, pero tan lejos de todo. Me impresionó, como ya te dije cuando me lo descubriste. Y me he quedado con esa idea tan bonita del mar vigoroso y feroz que llega allí y se apacigua, se calma, se serena sin perder su fuerza. Es la poesía de la naturaleza, como esas sinfonías que nacen intensas y luego se disfrutan suaves, melodiosas, emocionantes.*

Se lo cuenta a Quintín en una de las tres cartas escritas durante el tiempo en que la pareja pasó de la clandestinidad a que las puertas del palacio se abrieran para él. Hay en ellas una suerte de perfume singular e intenso, el que envuelve los momentos en que los amantes son felices y hacen planes. Se hablan de cerca aunque se escriban de lejos. Él forma parte de la casa y ella se muestra ilusionada y profundamente enamorada. Por encima de las reservas y quién sabe si de los enredos de la madre, de la escocesa Regina Abernathy.

Esta vez no, amor mío. Esta vez ni todos los demonios que desate mi madre, que lo hará, van a derribar esto tan bonito que tú y yo estamos construyendo. Aunque el mundo no lo entienda, nada me importa. Solo tú me calmas.

Te amo. Con todo mi corazón.

No sé si fue ella, la borracha, quien empezó todo, pero no tardarían mucho en desatarse demonios en todas direcciones.

Me siguen pinchando el corazón su historia y su final desgraciado. Obsesivamente, sin medida. Me está arrebatando la calma que había venido a buscar. Aunque ya casi ni me acuerdo de a qué y por qué vine. Solo quiero saber qué pasó aquí y hasta qué punto tiene que ver conmigo. Solo eso va a calmarme.

El silencio me abraza en el bosque que conduce a la playa. Antiguo, poblado de sauces y de avellanos, alfombrado de helechos con un camino que las zarzas intentan colonizar. Cayo, a lo lejos, olfatea excitado y alegre. A veces escucho su respiración. He convertido la visita a la playa en una rutina que para él es de exploración y para mí serenidad y calma.

También hoy estamos solos, como cada mañana. Amanece, cielo claro. Con la marea baja, como hoy, la playa se convierte en una poza serena al final de la cual se abre la cueva por donde entra el agua desde el exterior. Cayo me aguarda en la orilla. Me desvisto rápido. Hace frío y el agua está helada. Nado unos metros y me adentro en ella. Es oscura y angosta, iluminada en un fascinante efecto óptico por la refracción del agua. Apenas a tres o cuatro

metros de la entrada, comienza a elevarse la piedra hasta un punto invisible desde el que llega el sonido del mar, poderoso, ronco, amenazante. Por allí penetra el agua, y a veces una intensa y repentina corriente de aire, fugaz, como su sonido. Me gusta este refugio maternal. El agua fría de este noviembre agitado me reactiva.

Me muevo cuando Cayo empieza a ladrar. Hoy con cierta alarma, demasiado agitado.

Salgo de la cueva y entiendo.

Ahí está, plantado, firme, sonriente, el caballero de las aguas, inmune a las advertencias de Cayo y atento a mi salida exactamente en el mismo lugar donde lo vi desnudo. Sé que está gozando por el cambio de papeles. Pero al menos yo llevo bañador.

—Vaya. —Eleva la voz tal vez demasiado, no calcula que las paredes multiplican el sonido—. Veo que a ti también te gusta el agua fría.

Me incomoda su presencia. Me irrita una confianza que no le he dado. Miro a través del agua mi piel erizada y roja. No quiero ser borde, porque sé que me arrepentiría de inmediato. Opto por no responder.

Avanzo hacia el árbol caído en el que he colgado el albornoz y la toalla. Él se adelanta y me los ofrece.

—Gracias —respondo con un tono deliberadamente frío, de marcar distancias. Lo nota. Retrocede.

—No quiero molestar. Disculpa.

Se va al fondo de la playa, a unos metros de donde estoy, y comienza a desnudarse dándome la espalda. Lleva bañador bajo la ropa. Sin volver a mirarme, se mete en el agua. No le pierdo de vista hasta que él también se oculta en la cueva. Me siento mal. Estúpida. No es mi playa, no tengo derecho a exigir estar sola, no hay por qué comportarse como una niña a la que le han entrado en su casa de muñecas. Tampoco está mi padre en la cuadra, ni Elena en el palacio, ni cabe exigir a nadie fianza por colarse en mi plano y romper mis burbujas. Respiro hondo.

Y lo hago.

Vuelvo al agua, me asomo a la cueva. Él está saliendo ya. Me regala una sonrisa bellísima, amplia y clara como el cielo sobre nuestras cabezas.

—Me he colado en tu rincón secreto, ¿verdad? —admite.

Nado un par de metros hacia atrás. Las piedras del fondo rozan mis pies.

—Ni es mío ni es secreto, pero me gusta estar sola aquí —concedo.

Se acerca sin dejar de sonreír. No se incorpora; permanece sumergido, como si la timidez le impidiera mostrar ese torso que me conmovió el primer día.

—Eres Sofía Fernández, ¿verdad? Y has venido aquí a esconderte.

Vaya, con lo bien que íbamos. Contención, Sofía. Decido también exhibir mi información.

—Y tú vienes a hacer fotos de naturaleza, ¿no?

Se levanta. Sobrecoge de nuevo. No me acostumbro. Es perfecto, como una escultura brillante y pulida. Carnal, sí. El agua se enfría de forma repentina y violenta. Espero que no note nada. Me tiende la mano.

—Daniel Bastida, fotógrafo.

Se la tomo. Está mojada, es dura y firme.

—Sofía, sí… —le confirmo.

—Te veía a menudo en la tele. Pero… —Chasca la lengua, hace un gesto imitando aflicción—. No he leído aún tu novela.

Coge agua y se echa el pelo hacia atrás. Es un gesto rutinario, en apariencia desprovisto de intención, pero me parece seductor. Cosquillas bajo el esternón. Me tienta decirle que esta es la playa de la novela, pero me callo. Mejor que nadie la identifique.

—¿Vienes todos los días? —pregunto mientras empiezo a salir del agua.

—Sí, eso intento. Aunque algunas noches duermo en el monte y esto me pilla lejos.

—¿En el monte?

—Sí, en la naturaleza, donde me has puesto tú misma. —Camino hacia la orilla sin darle la espalda—. La noche está llena de sonidos, y esos sonidos proceden de seres cuyas imágenes intento cazar.

—¿Y no te da miedo? —Me arrepiento al instante. Es el tipo de pregunta estúpida y simplona que haría cualquier adolescente insegura presa de los nervios. Puede que me esté comportando así. Se encoge de hombros.

—Si no te arriesgas, no vas a ganar.

Le doy al fin la espalda para alcanzar la toalla y siento su presencia en mi columna vertebral. Me escudriña, me llega la voz silenciosa de su mirada. Su atención me excita. Tengo los pezones erizados, la piel punzante. El frío, me engaño. Pero no. Es deseo. No te trolees, Sofía. Me daría la vuelta e iría a por él. Calma, no mires atrás.

Escucho el movimiento del agua, el cuerpo que se sumerge repentina y vigorosamente.

—Yo sigo un rato.

Me giro. Chapotea junto a la pared del fondo, en el borde mismo de la entrada de la cueva. Termino de vestirme sin apresurarme demasiado, atenta a él, como esperando algo que no sé muy bien qué es. Nada hacia el interior y una sensación de soledad sobrevenida e inexplicable me sacude por dentro, como si no soportara verle desaparecer. No quiero que se esconda. Le quiero conmigo.

Permanezco inmóvil. Siento frío en la piel, en la cabeza, pese al gorro, en los pies abrigados ya con calcetines y botas, mientras una corriente de sangre intensa y veloz me calienta el cuerpo en su viaje hacia los territorios que habita el deseo.

Entonces huyo. Corro ladera arriba con todas mis fuerzas hacia el sendero del bosque, hasta que me siento a salvo de esta presión inesperada. Cayo salta alborozado a mi alrededor. ¿Jugamos? Le acaricio y le digo, más para mí que para él:

—Vámonos, antes de que sea demasiado tarde.

Veintitrés

En el Paso de la Mula, al fondo del valle de La Vega, el viento no mueve las hojas y el sol a duras penas se cuela entre la densa frondosidad de avellanos y castaños. Solo se escucha el río, y de noche los sonidos de los espíritus que lo habitan y las bestias que lo atraviesan camino del mar o del monte.

Ya no viene nadie por aquí.

Bajo andando desde la carretera nueva que atraviesa el río unos metros más al sur. El puente moderno condenó al viejo paso de madera y metal forjado que unía las comarcas de Sierraplana y el Belón. Cayo olfatea con energía las pocas tablas que quedan, devoradas por el tiempo y la humedad. El suelo del puente es un piano al que hubieran arrancado las teclas, boca enferma desprovista de dientes. Un desorden de zarzas y ramas coloniza y oscurece aún más el cielo sobre sus restos. Avanzo hacia el cauce del río sobre una espesa alfombra de hojas muertas que acolcha mis pasos como si caminara entre nubes. Sobre el cauce del río, una niebla leve empieza a tomar consistencia en ese empeño del bosque por mostrarse vivo y evocador. Está amaneciendo. Las sombras y los lamentos que esconde la noche se van diluyendo con la luz tibia del sol sobre los árboles y la caótica armonía de los pájaros.

De niña me conmovía ver las nubes elevarse desde el arroyo. Imaginaba que nacían aquí y, a medida que subían al cielo, se hacían fuertes y redondas, preñadas del tesoro del agua que luego soltaban antes de llegar al sol. Recuerdo esta niebla, estos olores, la fría humedad del abrazo del bosque cuando en otoño atravesaba el puente con mi padre camino de Santa Ana para ver los caballos de

Crecio, que nos dejaba montar porque la cría *tien* mano para con ellos. Los traíamos hasta aquí, dejábamos que bebieran en el río y yo gozaba cuando los animales sacudían el agua con la mano, divertidos por el efecto de las salpicaduras. Así aprendí que ellos también juegan y disfrutan y que el agua les resulta un juguete fascinante cuando la rompen con las patas o la agitan con el morro en el bebedero.

Por aquí pasaba la vida, se movía el mundo de este lugar. Otros días atravesábamos Paqui y yo el puente, jugando a ser guerreros en la ida o princesas en la vuelta, corriendo para no llegar tarde o llegando tarde por no correr tras el maravilloso espectáculo del ocaso allá arriba, en el alto de la carretera del Belón.

Teníamos cuidado de no penetrar en el bosque de noche por si nos topábamos con el cuélebre o con las almas de los condenados que lo habitaban. Algunas noches de luz, cuando la luna encendía los claros y convertía en plata todo el verde y los ocres del bosque, cobraban forma y se reunían para darse ánimos y urdir planes con los que castigar a los vivos que ocupaban sus huertos y sus lechos. Y encendían hogueras que solo podían verse desde el mar. Algunos marineros contaban que las llamas reflejaban sombras de animales extraños o de gigantes cuya sola visión provocaba terror. Durante el día podían verse las huellas de la multitud de ánimas en aquelarre, pero las cenizas de las hogueras desaparecían para no dejar pistas de dónde se habían reunido. Nos lo contaba abuela ante la cocina de leña, en la seguridad y el abrigo de una casa en la que nunca entrarían pese a situarse en la linde del bosque, porque las ánimas estaban condenadas a no poder abandonar jamás la espesura y sus senderos.

Hoy he esperado a que amaneciera para volver aquí. Por si acaso.

Me detengo frente al arroyo.

El Paso de la Mula. Brotan en este lugar mi infancia y mis recuerdos, pero no son ellos los que me han traído. Este es el escenario donde se asentaron el amor y la muerte que resucitan en la historia de Elena y Quintín. Aquí se amaron por primera vez y aquí

un crimen rompió su sueño con el estrépito feroz de los cuchillos y la sangre.

Su lugar sagrado. Lo contemplo desde sus cartas.

¿Cómo sería el encuentro del que habla Elena?

«Como si tus manos fueran pañuelos delicados de algodón con los que curar las heridas».

No va más allá en la descripción de lo que aquí pasó, cuestión, supongo, de pudor y recato. O determinación ante un imposible, porque líneas más abajo le pide «parar esto que nos hace sentir vivos, pero al mismo tiempo nos atormenta, cuando todavía no nos hemos entregado totalmente en alma y cuerpo».

Las cartas revelan que se atrevieron a dejarse llevar, a buscarse en un amor que ocultaron hasta que la familia de ella lo supo y la obligó a renunciar, y Elena aceptó. Pero algo sucede después, un milagro que no está escrito y que sirvió para abrir la puerta a Quintín, que entró en la familia, que se convirtió en uno más. Hasta que ese crimen, que está presente, pero no se cuenta, hizo que todo muriera y quedara solo un dolor que aún impregna el papel y esta mañana me revuelve. Aquí y ahora.

Cayo atraviesa el río por el vado poco profundo, donde bebían los caballos, mientras yo miro alrededor tratando de imaginar cómo y dónde se abrazarían y se besarían, en qué punto se detendrían frenando sus ansias juveniles, el hambre del otro. Al otro lado del arroyo, donde Cayo sigue su festín de olores, hay una zona plana medio oculta por las zarzas. Restos mortales de madera oscura dan fe de que allí se levantó un objeto o un espacio cuya presencia no recuerdo ni de cuando jugábamos por aquí.

Cierro los ojos. La imaginación y la memoria me devuelven una pintura nueva y antigua de este lugar. No hay maleza, el puente está limpio, adolescente feliz, atravieso el arroyo sobre un caballo tordo. Detrás, Crecio, y junto a él, mi padre. Oigo voces y el tiempo es nuevo y distinto el instante. Justo donde me encuentro veo a una pareja: pelo rojo, piel clara, ojos de mar, ella; tez oscura, alto, decidido y vigoroso, él. Jamás los había visto, pero los conozco. Se

miran; él le acaricia a ella el rostro con la serena dulzura de quien sabe hacer magia. Brillan los ojos de Elena con una intensidad que solo Quintín es capaz de sentir. Se besan cuando la atrae hacia sí con fuerza. Ella deja reposar sus manos en la cadera de él, mientras Quintín traza suavemente figuras redondeadas sobre la espalda de Elena. Se eleva sutil la neblina desde el río. El silencio envuelve el encuentro amoroso. Un leve temblor quiebra las rodillas de Elena. Responde él apretándole con fuerza la cintura y atrayéndola más hacia sí. Se ciñen en uno los dos cuerpos. Hiedra, piedra, sangre en veloz desorden, un solo latido acompasado, carne que se diluye y se afirma, que busca y se ofrece sin llegar a encontrarse. Se aparta ella cuando él comienza a buscar un camino entre sus ropas. No, le susurra. Él asiente, obedece. Cierra los ojos, se contiene, sus labios dibujan lentamente una sonrisa mientras vuelven a buscar los de ella, que acepta. Después retrocede un paso, la mira. Ella toma sus manos y las aprieta.

—Nunca había estado así con un hombre. —Las palabras salen limpias, sin duda ni fisura. Firmes—. Nunca.

Él sonríe aún más, vuelve a acariciarla dulcemente.

—¿Y te ha gustado?

De nuevo lo abraza, busca la seguridad de su carne firme, su olor dulzón a madera y ropa limpia, cómo respira. Y sube el deseo como una tentación a la que la razón no permite aproximarse. Aunque tenga la certeza de que se ha enamorado de él.

—Dime —reclama Quintín—, ¿te ha gustado?

—Quiero quedarme aquí para siempre, contigo. Vivir esto cada instante.

Me siento como ella, estoy siendo Elena. Pero también Quintín, soy él. Enamorado, poderoso, sólido. Inesperadamente, el sonido lejano de un tractor rompe la burbuja. Abro los ojos y sobre los restos de madera no hay más que zarza y posos de tiempo. Unos metros más allá, el puente destrozado, el paso envuelto en la oscuridad vegetal del bosque conquistando territorio. Y Cayo, que

disfruta. El tractor se acerca por la carretera con un traqueteo creciente ajeno al lienzo que ha rasgado.

Busco la libreta. Tengo que reconstruirlo. Tiro la mochila y me siento en uno de los viejos tablones. Papel y rotulador.

Me suenan las tripas, no he desayunado. Cayo se acerca con algo en la boca. Una rama quebrada que deposita suavemente a mis pies para que se la lance. Ahora quiere jugar conmigo, me mira con esos ojos de paciente súplica con que te interpela quien espera tanta atención, al menos como la que él deposita en ti. Mueve el rabo de un lado a otro mostrando su disposición al juego, la concentrada alegría del placer supremo de la interacción con el humano. Con su humana, que soy yo. Cuánto nos enseñan estos seres cercanos y generosos. Con solo detener en él mi atención, aprendo lealtad, confianza, seguridad, cariño, la luminosa alegría de quien siente su universo en orden. Me gusta seguir el camino inverso en la evolución de este animal, imaginar cómo sería su comportamiento en manada, en el mundo salvaje, ese que rozamos sin penetrar casi a diario. El juego, la atención, la cohesión del grupo, su forma de organizarse y sobrevivir. Cayo tiene alimento y afecto, no ha de buscarse la vida cazando, pero en su programación natural hay restos del comportamiento de sus antepasados: la caza, el grupo, el juego entrenador. Empecé a aprenderlo con los caballos, que, liberados de la limitación utilitarista con que siempre nos servimos de ellos, me mostraban con claridad cómo serían antes de las herraduras y de las cadenas. Atentos, organizados, reservados, colaborativos, armónicos, serenos. Mi padre lo sabía, y yo lo aprendía.

Eduardo. Actor principal de la historia que me ha traído a este lugar plagado de recuerdos. Silencio. Me vuelven a sonar las tripas. Es como si el intestino protestara, dame ya algo de comer de una vez. Lanzo el palo a Cayo río abajo y entra en el agua con la decisión de quien no quiere dejar escapar lo más preciado. Abro el cuaderno. El rotulador regresa al tiempo de las cartas y teje recuerdos con mimbres de tiempo vivido e imaginado. Eduardo Fernández, el mozo de mulas de los condes de La Vega, cepilla con firmeza el lomo de

un caballo castaño. Tiene veintipocos años y la maestría que otorga el conocimiento de cada uno de los animales. Les habla, los llama por su nombre: Paciente, Hércules, Generoso. Divinidades y carácter. Zeus, Magnum. Me invento los nombres o recuerdo los que él nombraba en los prados cuando paseábamos. Su olor cuando llegaba, las ganas de abrazarle. Sus besos, ¿qué tal, mi niña?, ¿nos vamos por ahí, que quiero oler mi tierra? Mi felicidad, mi triunfo sobre toda su larga ausencia, que desaparecía junto a él como si jamás hubiera existido.

Volvemos a atravesar el río a caballo. Le estoy preguntando por mi madre, Aurorita. Apoya las dos manos sobre el borrén delantero de la silla.

—Saliste a ella, de guapa y lista.

Siento orgullo. Sonríe.

—¿Se murió cuando yo nací?

—No. Cuando naciste, fue el momento más feliz de su vida. Fue después; una enfermedad se la llevó.

¿Cómo he sido capaz de olvidar esta conversación?

Miro al puente. Nos hemos detenido sobre el cauce. No hay nadie más.

—¿Por qué la trajiste aquí?

Sujeta las riendas del caballo ante un movimiento inesperado, una alerta que inmediatamente transmite al mío. Hay algún animal cerca. Nosotros no lo vemos, ellos lo han olido.

—Para que mi hija naciera en mi tierra y ella pudiera criarla con los míos.

Una punzada de dolor me sacude. A la niña de entonces, a la mujer de ahora. El dolor aviva y redibuja el recuerdo, lo hace más real, más perceptible; las formas imaginadas parecen haber conquistado el presente.

—¿Y por qué no te quedaste aquí con ella… con nosotras?

Demora la respuesta. Mide las palabras, me acaricia con la mirada. Aprieta las piernas sobre el caballo. Quiere salir del lugar y del diálogo.

—Porque el trabajo estaba lejos y no podía dejar lo que estaba haciendo allá.

—¿Y dónde estaba ese allá que tanto te necesitaba?

—Lejos, muy lejos. Al otro lado del mar.

Jamás me habló de Quintín.

Nunca me dijo que se había ido con él.

Ahora sé que mi vida está en esas cartas.

Veinticuatro

Ya está otra vez aquí el gélido puño invisible.

No me abandona desde que he dejado el Paso de la Mula. Conduzco despacio, muy concentrada, por el sendero asfaltado que desemboca en la carretera de Sierraplana. Es una estrecha lengua gris que apenas permite el paso de un coche. Si me topo con alguien de frente, no sé cómo vamos a pasar. Alguno tendrá que ceder y dar marcha atrás, supongo.

Respiro hondo, con la cadencia y la intensidad con que lo hago antes de entrar en el agua helada. Intento aliviar la presión del puño que me aprieta bajo el esternón. Tiene el olor de mi padre y el vigor de su ausencia. Su ausencia. No me acuerdo a quién ni cuándo leí una vez que toda lucidez es consecuencia de una pérdida. Si eso fuera cierto, yo tendría que ser de una brillantez cegadora.

No consigo alivio. El recuerdo vivo de mi padre en un momento feliz, su resurrección con tanta intensidad como si estuviera aquí y ahora, es una finísima lámina de metal afilado que abre las cicatrices del abandono.

Puede que nunca se cerraran.

Quizá he seguido buscándolo en cada hombre que amé, temerosa de perderlo, necesitada de su determinación, recogida a su abrigo. Qué fácil es confundir complicidad con dependencia.

Vuelvo a centrarme en esta endemoniada carretera que exige toda la atención. Media docena de virajes y ya salimos.

De repente, unos faros me deslumbran. El sol lleva tiempo sobre nosotros, pero alguien circula por aquí con las luces encendidas. Y a más velocidad de lo conveniente, me parece a mí. Ráfagas. Que me

aparte yo. Me giro para comenzar la maniobra, pero decido que no. Que el cruce está a pocos metros y a él le es más fácil moverse. Saco el brazo por la ventanilla y le pido que se eche hacia atrás. No se mueve. Grita algo que yo no soy capaz de entender. Tampoco me muevo yo.

La puerta del coche se abre con ímpetu. Se eleva una figura masculina familiar. El sol a su espalda ensombrece sus rasgos. Lo reconozco cuando ya ha plantado su cara en la ventanilla.

Félix.

Se relaja al confirmar que soy yo. La tensión del rostro irritado se reconduce hasta lo que interpreto por una risa nerviosa.

—Vaya, doña Sofía, no la había reconocido. Perdone.

—Yo tampoco a usted, Félix.

Echa una rápida e indisimulada ojeada al interior. Cayo mueve el rabo amistosamente.

—¿Cómo usted por aquí?

—Lo mismo podría preguntarle.

Los dos coches permanecen uno frente al otro. El de él con las luces encendidas. El olor a combustible se cuela en la humedad pastosa del bosque.

—Yo vengo a cambiar las vacas de *prau…* ahí detrás —aclara.

—No sabía que tuviera vacas.

—Pues sí. De siempre. Hago otras cosas, pero tengo vacas.

Una pareja de águilas ratoneras nos rebasa emitiendo el agudo chillido de su reclamo. Félix alza la cabeza. Luego mira hacia el valle.

—Viene usted del Paso de la Mula, ¿verdad?

—Sí… Bueno, de pasear por aquí.

Gira el cuello en un gesto nervioso. Parece querer hablar, pero se contiene.

—Ahí mataron a un hombre —dice por fin.

—¿Ah, sí?

Sonríe. Acepta el juego.

—El de las cartas.

Elevo la apuesta.

—¿Qué cartas?

Ríe con desgana, con la impostura de la risa forzada. Me sorprende la deslumbrante blancura de sus dientes perfectamente alineados. Postizos, no me había fijado antes. Señala a mi izquierda.

—Tiene usted un pequeño ensanche un par de metros más atrás, ahí. Para dejar pasar al que viene de frente. Muchas gracias y buena mañana, doña Sofía.

Tiene razón. Retrocedo unos metros y él se coloca para dejarme pasar. Allí sigue cuando doblo la siguiente curva. Me parece que está hablando por teléfono.

La intriga por la extraña actitud de Félix, su insistencia en apartarme de las cartas, releva al puño de hielo; lo ha disuelto. Enfilo el empedrado que lleva a la casa de Paqui.

Cada vez tengo más preguntas.

La más inmediata es si Félix me estaba siguiendo o si el nuestro ha sido un encuentro casual.

Veinticinco

Le reconozco nada más verlo.

Miguel. Saliendo de casa de Paqui.

Ha cambiado. Treinta y cuatro años no pasan sin huella. Más gordo, como achaparrado. Casi sin pelo. El baño de realidad ahoga la ensoñación de la que nació el personaje de Jesús en la novela. Un instante, una ráfaga de decepción me atraviesa como si hubiera visto a mi jovencísimo amor adolescente convertido en una especie de machirulo moviendo el palillo de un lado a otro de la boca. Si alguna vez lo idealicé, acaba de romperse el embrujo.

Paro el coche en seco. Tan torpemente que el chirrido le hace girarse hacia mí. Arruga el entrecejo tratando de reconocer quién está al volante. No tarda en hacerlo. Una sonrisa de triunfo delata su sensación de misión cumplida, como si encontrarme hubiera sido una victoria. A mí se me tensa el vientre en estado de alerta. Electricidad. No sé si hasta la provoco. No puedo recibirle en el coche como a Félix. Salgo y fuerzo una expresión de agradable sorpresa.

Viene hacia mí. Su sonrisa de siempre, amplia, abierta, seductora, suaviza la desazón, pero no diluye del todo la niebla ni matiza lo poco atractivo de su rostro. Se ha bañado en colonia de mercadillo.

—Doña Sofía Fernández en persona. Y encantada del encuentro, por lo que veo.

Sigue trabajando con solvencia la ironía. Evidentemente, ha descubierto mi impostura.

—Ha pasado mucho tiempo y ya no sé si nos conocemos —le digo.

Responde de inmediato, como quien sobreactúa porque llega su momento y ha ensayado miles de veces el papel.

—Yo a ti ya no, pero tú a mí a la perfección. Lo calcaste todo en la novela.

Espera mi reacción. Le tiendo la mano con una desgana que trato también de disimular. Me desagrada profundamente encontrarle aquí ahora y no sé hasta cuándo voy a poder contenerme. Estoy tensa, tirante. Me coge la mano. Es firme. Aprieta la mía como queriendo exprimirla. Igual que entonces. Le brillan los ojos negros.

—¿Tiemblas? —Me libero del saludo, irritada por su insolencia. Sí, tiemblo, ¿y?—. La estrella de la tele sigue siendo la niña tímida que tanto me gustaba.

Hay un tono de superioridad en sus palabras y en su gesto. Como entonces, cuando creía quererle y esa arrogancia me proporcionaba seguridad. Sabe de la vida, va por ella pisando fuerte.

Desde los altos del faro mirábamos el mar.

—Podría tirarme allí y no me haría daño.

—Están las rocas —objetaba inquieta; le creía capaz de tirarse.

—Ahí, ¿no ves una parte más clarita? Pues ahí cubre, no hay rocas, y me tiraría y no tocaría el fondo.

Y amagaba con hacerlo. Y yo temía que lo hiciera y me dejara sola allá arriba. Le atraía hacia mí y él me abrazaba satisfecho, como hacen los hombres cuando ganan territorio.

—Siempre cuidaré de ti.

Me pasaba la mano por el pelo y enredaba los dedos en él. Yo cerraba los ojos y me dejaba hacer. No había miedo que asaltase la fortaleza de sus brazos.

Hoy los lleva tatuados y parecen menos firmes. Sus dedos se visten con más anillos de lo que sería razonable.

—¿Has venido a ver a Paqui? —le pregunto.

Asiente.

—En realidad, quería verte a ti.

Entra en mi espacio de intimidad. Siento su rostro cerca del mío y un aliento pegajoso y especiado, con un inconfundible poso de

tabaco. Salgo de ahí.

—Un poco tarde, ¿no? —me revuelvo.

—Tarde para qué.

—Para interesarte por mí.

No me calmo, pero creo que consigo disimularlo. Aparta la mirada. De repente, no es tan altivo.

—Te seguía por la tele.

Ha perdido facultades. Suena falso, mentira de niño pillado en renuncio. Un gesto apenas perceptible, el movimiento nervioso de un párpado, la sonrisa mantenida con fórceps, el leve temblor de su pie izquierdo. Los humos del adolescente no han resistido la mirada de la mujer madura y comienzan a licuarse. Me recompongo. Desde su ventana, Paqui contempla la escena. Parece seria, como público a la expectativa del giro que pueda tomar la escena.

—¿Qué quieres, Miguel?

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—De nosotros.

Me encojo de hombros. Cayo ladra desde dentro del coche. Le abro y acude contento a oler a Miguel, que se tensa sin disimular.

—No hace nada —aclaro con una sonrisa—; a no ser que le ordene que te ataque, claro.

No aprecia la broma; su expresión es de horror. Me parece fuera de lugar, como una mala función de teatro.

—¿Tanto miedo te dan los perros?

—Pánico. Incontrolable —responde sin moverse.

Le pongo la correa a Cayo, que me mira sorprendido.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor.

Recupero la conversación.

—No hay nada de qué hablar, Miguel. Ni siquiera somos amigos. Ni conocidos. Treinta y cuatro años sin saber el uno del otro me parecen tiempo suficiente como para no tener nada que ver. Ni memoria nos queda.

Se lo acabo de poner fácil. Me doy cuenta nada más soltarlo.

—A ti sí. Y buena tajada has sacado de ella, Sofía Fernández, buena tajada. Te podría demandar por contar mi vida sin mi permiso.

—Perderías el tiempo…

Me corta.

—Por eso no lo hago. Por eso estoy aquí.

—¿Para exigir tu parte del botín?

—Es una manera de verlo. No la más correcta, desde luego, pero me podría valer. Digamos que algo habrá que se pueda hacer, teniendo en cuenta que le has contado a todo el mundo aspectos muy concretos de mi vida privada. Vamos, que te has aprovechado de una relación conmigo para tener éxito.

Éxito, dice. Mírame, Miguel, ¿soy la imagen del éxito? ¿Estoy aquí gracias al éxito? ¿Qué demonios es el éxito? Cayo se mueve incómodo. Tira de la correa. Hago fuerza para sujetarle.

—¿Quieres una parte de derechos de autor, reconocimiento público, una entrevista en *prime time?*

—No me vaciles, Sofía. Quiero que hablemos y ver si se puede hacer algo.

Esto no tiene sentido.

—Mira, Miguel, siento que hayas tenido que venir hasta aquí para nada, pero esto no funciona así. No hay nada que pagar ni que repartir, nada que hablar ni que hacer. El libro es invención mía, una historia de ficción basada en recuerdos. ¿Inspirados en mi vida?, claro. Pero en la mía, no en la tuya. Vamos a dejarlo aquí y no nos liemos más.

Pero no puedo, no quiero que se vaya de rositas. Disparo a su vanidad, que parece seguir viva.

—A menos que te animes a escribir la historia desde tu punto de vista. Lo mismo te la publican, oye.

Mira a Cayo. Le suelto un poco. Surte efecto y parece retroceder; sin embargo, no renuncia a responder a mi provocación.

—Si prefieres, lo cuento en un programa de la tele, de esos de cotilleo que ponen las otras cadenas, y a volar. Porque me han ofrecido pasta por ir a uno.

No me pilla por sorpresa. Pero esa sí que ya no es mi guerra.

—Haz lo que te dé la gana, me da igual. Buenos días, Miguel.

Sin despedirme, me dirijo hacia casa de Paqui. Suelto a Cayo, que se adelanta corriendo. En ese instante, una mano firme me agarra el antebrazo y tira hacia atrás. Me hace daño.

—¿Qué haces, imbécil? —Me encaro con él, y se acerca aún más.

—Sin insultar, guapa. —Intento zafarme, pero no suelta. Eleva el tono de voz—. ¿Te crees muy lista, señorita famosa escritora? ¿Crees que te vas a aprovechar de mí para ganar una pasta y dejarme fuera? ¿Me tomas por un paleto ignorante que se va a dejar hacer?

—Estás loco, tío. Suéltame de una vez.

—Escúchame tú, Sofía. No tienes derecho a hacer lo que te dé la gana con mi vida y que no pase nada, ¿entendido? ¿Me entiendes?

Cuanto más tiro, más aprieta él. Empiezo a sentir la incómoda opresión del indeseado espectáculo callejero. Miedo, también. Vergüenza y miedo. Una asfixiante sensación de irrealidad que me angustia y aplasta. Esto no está pasando. Se empasta en mi boca, ácida, una emoción de fragilidad que no me es ajena. La que me asaltó con Marcos, la que me ronda a veces cuando camino sola de noche. La que solo entiende una mujer ante la violencia del empuje masculino.

Súbitamente, algo atraviesa el aire.

Una voz. Otra voz. Masculina también. Consistente.

—¡Déjela en paz!

Los dos nos giramos. Es Daniel. Refuerza su exigencia llevándose la cámara al rostro, amagando con fotografiar. Miguel reacciona raudo. Me suelta y se encara con él.

—¿Y tú quién coño eres?

La respuesta es una ametralladora de clics que le saca de sus casillas. Se abalanza sobre él tratando de arrebatarle la cámara. Error. Daniel aprovecha el movimiento para, con un rápido barrido,

esquivar y desequilibrar a su agresor, que besa el suelo con el estrépito de un saco de patatas arrojado desde el aire.

Cayo, que regresaba ladrando ante la agresividad de Miguel, interpreta ahora la escena como un juego y se abalanza alegre sobre su cuerpo dolorido mientras él se levanta de un salto y aleja de sí al animal de un codazo.

No hay nadie más en la calle, lo compruebo, pero me siento el centro de un espectáculo primario y feroz.

—Hijos de puta —masculla Miguel mientras se toca el costado y se aleja sin mirar—. Ya hablaremos, ya, parejita… Ya hablaremos en su momento.

Dobla la esquina y desaparece. Tengo la impresión de que cojea.

Miro a Daniel. Lleva la cámara colgada al hombro, parece sereno. Bajo los ojos al suelo mientras Cayo se frota en mis piernas como si de pronto entendiera la situación. Tengo ganas de llorar. Quiero desaparecer, no estar ni haber estado ahí. Deshacerme, deslizarme calle abajo como lluvia de lágrimas. Escucho a Paqui gritar algo que no entiendo; suena lejos. Un olor nuevo, desconocido, entra en mi espacio y me abraza fuerte. Levanto la cabeza y mi mentón reposa sobre su hombro izquierdo. Cierro los ojos. Calma, silencio, se acabó el espectáculo. O no, quizá Daniel y yo estemos dando otro. No me importa.

No sabía que podía pasarse en un solo instante de la angustia a la calma, del miedo a la alegría.

Veintiséis

Daniel Bastida se sienta en la cocina de Paqui con la misma naturalidad con que lo haría un familiar cercano. Deja la cámara sobre el aparador del vestíbulo, espera a que yo me siente y se acomoda en una silla frente a mí.

La cocina es casa. El salón solo se usa para las visitas formales o la liturgia de ver la tele. El amor de verdad se cultiva a la lumbre de la leña y el metal.

Paqui revuelve entre latas y paquetes de infusiones y café. Hasta que encuentra lo que busca.

—Aquí está. —Se gira hacia él y con la sonrisa infantil de la adolescente que me cuidaba, le habla alegre—. Té del puerto. ¿Lo has probado alguna vez?

Daniel afirma y responde elegante:

—Seguro que no tan bueno como el tuyo.

Me calma su presencia. No he salido de un extraño ensimismamiento animal desde que su abrazo hizo desaparecer milagrosamente la amarga negrura del desencuentro con Miguel. No es que me guste, es que estoy abducida. Sería capaz de afrontar cualquier reto, cualquier desafío, de conjurar cualquier miedo con este tipo a mi lado. Debo ser tan invasiva que no le queda más remedio que tirar de recurso fácil para bajarme de donde me ha puesto.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta consigue su objetivo.

—Sí, sí —respondo regresando a tierra de repente—, muy bien.

En la escaramuza me he dejado algún jirón que me cuelga en forma de súbita inseguridad. Debo parecerle una bobalicona. Si lo piensa, sabe disimularlo. Sonríe amable y habla despacio, con la cadencia natural de quien sabe lo que dice y no se atropella.

—Es que me parecía que tenías la mirada perdida.

Paqui le pone delante la taza de té del puerto. Un humo leve se ondula hacia el cielo en una danza sugerente y cálida. Lo huele.

—Qué maravilla —le dice mientras inclina la cabeza agradecido.

Ella me mira y me guiña un ojo. De todas las interpretaciones posibles, me quedo con la primaria, la más elemental: mira cómo te lo pongo a tiro con la magia de mi té del puerto.

No había vuelto a manifestar esta complicidad desde que éramos niñas. Ante los chicos me ponía en guardia o a su disposición, según le cayeran a ella. Casi siempre lo primero, pero alguna gestión bien conducida había conseguido el resultado de acercarme a algún chico que me gustase. Y lo celebraba guiñando un ojo, animándome a seguir. Creo que se plantea como posibilidad no demasiado remota liarme con Daniel. Sonrío por dentro, quizá también por fuera, ante un empeño que en el fondo comparto con ella. La corrección me obligaría a escribirlo en condicional, pero la franqueza me lleva a poner aquí la verdad. Por supuesto, me gustaría liarme con Daniel.

—A mí también.

La inesperada frase saliendo de sus labios me sacude con un latigazo de pudor imprevisto. Al instante compruebo que no responde a mi pensamiento. Habla con Paqui. De lo que les gusta la infusión. Su animada conversación prescinde completamente de mí. Él parece realmente interesado. Centra en ella toda su atención. Asiente, sonríe, en algún momento le toca con suavidad el brazo. Ella se muestra serena y feliz. O me ignoran o me dejan escapar y convertirme en observadora privilegiada de la conexión entre dos seres desconocidos que acaban de abrazar sus almas. Oigo sus voces brumosas en el segundo plano de un interés que se fija más en sus ademanes, en sus miradas, en la franca coincidencia de su gestualidad afectiva. O son grandes actores o se han caído muy

bien. Paqui está frente a mí como absorta. Daniel me ofrece su perfil derecho. Nariz perfecta, rostro tostado, barba de dos días delicadamente perfilada, sutil coquetería del descuido. El jersey azul marino descansa sobre su musculatura consistente; no es ceñido, pero el tejido cae sobre el brazo derecho, marcándole las curvas. Ni rastro de grasa abdominal. Respira con el diafragma, pero sus movimientos apenas quiebran la línea recta que traza su ropa a la altura del ombligo. Así de perfil es más atractivo, me pone mucho más.

Estoy atrapada en su campo magnético. Instinto. La marca biológica que asegura la supervivencia de la especie. Una atracción animal, completamente alejada de cualquier consideración racional, humana. Me entregaría a él ahora mismo, sin pensarlo. Sumisión. Por ahí no. Reconecto en ese momento, dejo de dejarme llevar. Cuidado, Sofía. Respiro profundamente. Con el aspaviento, la conversación se interrumpe y ambos me miran sorprendidos. Atisbo en la expresión de Paqui una nada sutil gestualidad cómplice.

—Te ha dejado tocada lo del tío ese, ¿eh?

Daniel parece alarmado. Paqui completa su sonrisa, perfectamente consciente de lo que pasa.

—No… Bueno, eh… Un poco. —Trato de ocultar la súbita aceleración de mis pulsaciones—. Estoy un poco agitada.

La mirada de Daniel me parece paternal, pero no me incomoda.

—Siento haber provocado esa situación con el tipo. Lo lamento de verdad, pero me pareció que estabas apurada…

—No… sí… claro… Es… La verdad es que hiciste bien.

—Era su ex —interviene Paqui—, el tipo que la engaña en la novela. Venía preguntando por ella después de treinta y pico años. Al olor de las sardinas. Siempre fue un listillo y un *aprovechao.*

Ahora soy yo el centro. Más que mirarme, observan. Paqui, decididamente divertida, está segura de leerme con toda claridad. De Daniel diría que aguarda alguna respuesta, como el oyente que espera aclaraciones o el final de una historia. ¿Tengo que seguir yo?

—Si no has leído la novela, es difícil que lo entiendas.

Daniel bebe un sorbo del té sin dejar de mirarme.

—A veces no hacen falta mapas para moverse, solo instinto. Riquísimo, de verdad —añade dirigiéndose a Paqui—, el mejor que he tomado nunca.

—Ya lo sabía —responde ella ufana.

Se levanta con la taza en la mano. La cocina se llena de él, como si una prolongación invisible de su ser ocupara todos los rincones.

—Voy a la playa de la Cueva, ¿te apuntas?

La inesperada invitación me sobresalta. Sí, claro que sí. O no, por supuesto que no.

—¿Tú también eres de los que se bañan en la playa aunque haga frío? —Paqui interviene realmente sorprendida—. Como esa loca.

Y añade exhibiendo intención:

—Pues ya tenéis algo en común los dos. Qué gracia. —Él sonríe. Yo quiero desaparecer. Pensaba ir con Cayo al baño diario después de la visita al Paso de la Mula, pero la aparición de Félix me emborronó la voluntad y vine aquí a buscar no sé qué respuesta a no sé qué pregunta. A refugiarme, quizá.

—Podríamos ir juntos —propone.

—No, no puedo —me sale al fin.

—¿Mucho lío aquí en Sierraplana?

No me gusta esa ironía. Rompe el hechizo. Que me atraiga, que él se haya dado cuenta, que nos esté atando alguna suerte de lenguaje instintivo que los dos percibimos sin que sea evidente no le otorga la cercanía que exhibe en ese torpe comentario.

—Sí, mucho —respondo en un tono que lo deja claro.

—Entendido. Que tengas buen día.

Se dirige a Paqui, le da dos besos, después me toma la mano y acerca su rostro al mío. Huele levemente a tomillo. Su barba me roza la mejilla, siento una intensa punzada de deseo. Dos besos. La playa. Estoy con él. Me abraza. Todo en él es carne sólida, tanto como frágil la mía. Quiero que entre, llenarme de él, sentir su piel, mojar la mía. Aún estamos en el agua. No quiero salir. Él tampoco. Empieza a besarme delicadamente el cuello mientras aprieta su

cadera contra la mía. Reposa mi espalda sobre una pared de roca, no sé cuál. Ahora soy yo quien le coge la cara y le besa con la ambición de quien quiere conquistarlo todo.

—Adiós, que paséis buen día.

Daniel se aleja hacia la puerta. No nos da la espalda. Creo que ha notado mi conmoción, mi instante imaginado porque me dirige una sonrisa cómplice. Paqui mueve la mano como una niña despidiendo a los Reyes Magos. Yo bajo los ojos en el momento en que soy consciente de que busqué sus labios cuando trataba de besar mi mejilla.

Veintisiete

—Así que estas son las cartas. —Mateo pasea alrededor de la mesa del salón donde están desplegadas en el orden en que intuyo que fueron escritas—. Esas que dices que ocultan más cosas de las que enseñan.

Respondo que sí con un gesto que él no ve. Permanece concentrado en los papeles.

Es mediodía, llegan del exterior sonidos de rutina ganadera y un mar lejano. Bajan las reses del monte a pasar la estación y dejan en el aire el surco sonoro de los cencerros; un tractor traslada bolas de plástico con alimento para las vacas en este invierno templado; por la carretera asciende un camión con materia prima para los tablones de la serrería.

Dentro huele a incienso y a café.

—No deberías encender esas barritas, manchan de olor artificial. Y contaminan. Más café y menos palosanto.

Lo dice sin dejar de mirar las cartas mientras camina a su alrededor. No sé por qué le he confiado el secreto de las cartas, pero hecho está. Y no me arrepiento. Manejo la intuición como una herramienta de trabajo que no suele fallarme porque esa cualidad que así llamamos no es sino una sublimación inconsciente de la atención. Lo aprendí de los caballos. De repente se detiene sorprendido.

—¿Quintín y Elena? ¿Son estos los del pueblo que tú decías?

—Sí, la niña bien y el obrero, ya te lo dije.

—No. A ver. No son una niña bien y un obrero. Pescador, por cierto. Ella es la hija de Fernández-Jovellanos y él un tipo con el que

estaba liada, al que se acusó de matar a otro del pueblo. Y se tuvo que ir. No es lo mismo, si no te importa.

—Bueno, sí —concedo—, eso está en las cartas, pero diría que él no hizo nada, que le acusaron para separarle de ella.

—¿Eso también está en las cartas?

—Más o menos.

Se aproxima a ellas. Comienza a leer las que he colocado en primer lugar. Se concentra. Hay un silencio prolongado y limpio en el que casi puedo escuchar el latido creciente de su corazón.

—Esto es oro puro… —Levanta la cabeza con expresión satisfecha—. El orden no es casual, ¿no? Las has colocado…

—Según imagino que se escribieron.

—Ya.

Coge la primera con extrema delicadeza, como si temiera que el papel fuese a quebrarse.

—San Lorenzo. Mes de agosto. El tío le echa valor para escribirle a la condesita. «Su admirador, Quintín», dice. —La devuelve a su sitio con suavidad y toma la segunda con idéntica pulcritud—. Y aquí la respuesta de ella, que también tiene su aquel: «No resulta fácil caer bien cuando las normas sociales obligan a un comportamiento que no siempre es el mejor para entenderse con la gente…».

—Conciencia de clase, ¿no?

—Yo diría más bien conciencia de culpa de clase. Dicen que la niña era rarita. Dicen.

Vuelve a dejar la carta sobre la mesa. Sigue observando durante unos segundos. Me mira. Esboza una sonrisa, la del buscador cuando encuentra, la del investigador ante el hallazgo. Regresa a las cartas.

—Por aquí creo que está tu padre.

—Sí, trabajaba en el palacio.

Asiente sin levantar la vista. Un leve temblor se apodera de la comisura de sus labios. Enarca la ceja izquierda. Gesto nervioso, diría que alteración producida por una morbosa curiosidad. Al fin lo suelta.

—Esto es la hostia… ¿Tú sabes lo que hay aquí?

—Intuyo, sí. Pero a la vista de cómo te están enganchando a ti, empiezo a hacerme cargo.

Se vuelve a mirarme. Diría que extrañado, como incrédulo.

—¿Nunca te contó nada tu padre?

—Que trabajaba con los caballos del palacio, sí. Nada más. Lo importante para él era que entendiera y amara a los animales. Me contaba historias de algunos de ellos, de cómo le enseñaban, de la forma de tratarlos. Pero lo hacía como si solo se relacionara con ellos. Tampoco yo le preguntaba. Cogía lo que me daba. —Pienso en él, me pellizca la melancolía—. Sin preguntarme si podía dar más porque siempre duraba poco.

Abre un paréntesis en el aire. Pausa dramática. Me sostiene la mirada.

—Tampoco sabes nada de los antiguos dueños del palacio, ¿verdad?

No, claro. Lo recuerdo cerrado, refugio de leyendas y seres ocultos, resucitado solo cuando pegaba la cara a la verja exterior e imaginaba coloridas fiestas, bailes nocturnos de vibrante elegancia, encuentros amorosos en un mundo que solo existía en la vivísima imaginación de una niña de pueblo.

—No hay mucho en internet. He buscado algo de ellos y del crimen. Eran los Fernández-Jovellanos, una de las grandes familias de la aristocracia industrial asturiana. Tenían minas y fundiciones aquí y en Gran Bretaña. Un día se fueron y nunca más se supo. Bueno, sí, que ella heredó el grupo empresarial, que estuvo al frente unos años, pero luego lo dejó, se casó y… creo que ha muerto ya.

Me mira. Tontea con mi silencio. Atiendo con la intensidad del animal que aguarda la golosina.

—¿Y del crimen? ¿Encontraste algo?

Afirmativo. Asiento como los caballos cuando quieren llamar tu atención o echarte de donde estás.

—Mucho. En una sola nota de *La Nueva España* de entonces se acusa directamente del crimen a Quintín con nombres y apellidos, y

hasta dan el de la víctima, un tal Pinturas, o algo así. Le cuelgan también un robo anterior. Y que huyó. La fuente es la Guardia Civil.

—Es decir, que los condes, que podrían haber evitado aparecer en los papeles con algo tan chungo, deciden tirar fuegos artificiales. Interés por su parte en que cargue el muchacho con el muerto. Literalmente.

Sonrío. Venga, sigue, Mateo, que para eso te he llamado.

—Minería Cantábrica se llamaba la empresa. Ahora creo que tiene un nombre finlandés o algo así, no recuerdo. Estaban emparentados con una familia escocesa…

—Abernathy —preciso—. Era la madre de Elena. Una tal Regina. Aburrida, alcohólica y pretenciosa. Estoy segura de que tuvo que ver con el supuesto crimen del que acusaron a Quintín.

—Conspiradora, ¿no?

—No lo sé. Simple intuición.

Mateo apoya las dos manos abiertas en el borde de la mesa como si quisiera abrazarla. No deja de mirar las cartas.

—¿Por qué me las has enseñado a mí?

Tengo preparada la respuesta.

—Para que me cuentes lo que no sé y me ayudes a averiguar lo que no sabes tú. Confianza en tus capacidades, supongo.

—No, Sofía. No. ¿Por qué, sin apenas conocerme, te fías así de mí?

—No preguntes lo que no puedo contestar. Una corazonada y cierta conciencia de olfato periodístico. También eso lo huelo.

Sonríe halagado.

—O sea, no quieres mantenerlas en secreto.

—A estas alturas todo el pueblo debe saber ya que las tengo.

—Pero no lo que dicen…

—Veo que he elegido bien a mi compañero de investigación.

Sonríe como el niño ante el juego nuevo, el lector ante la joya encontrada, el pirata ante el mapa del tesoro.

—Vamos a leerlas despacio —propone.

—Pero me cuentas mientras más cosas… lo que sabes de ellos, lo que se dice en el pueblo. Y no solo eso…

Ahora soy yo quien interpreta, quien fuerza el silencio en el que se abre paso su ansiedad. Se encoge de hombros…

—Lo que digas.

—Mi padre, lo que dicen de él. Lo que a mí nunca me contó y tendré que saber para seguir la huella de estas cartas.

Veintiocho

Las historias de amor teñidas de sangre terminan convirtiéndose en leyenda y su verdad sucumbe a la fascinación de la muerte. Principio y fin, lo que somos y hacia dónde vamos. Cuando se entrelazan, encienden los miedos y dispersan la razón y la memoria desfallece y ya no sabemos lo que es cierto y lo que no.

El pueblo fue olvidando hasta los nombres de los dos jóvenes enamorados que creyeron poder romper las barreras de clase y los designios del destino. Él era pescador, hijo de un republicano comprometido y valeroso que perdió sus dos guerras en derrotas que no le cambiaron lo más mínimo. Siempre fue el rojo de Sierraplana. Ella, sangre de la aristocracia local, heredera del gran imperio minero del norte. Hermosa, dicen, y encantadora siempre, ausente de su trato cualquier prejuicio de clase. Nadie recordaba ya cómo y por qué se enamoraron dos seres destinados a no conocerse jamás. Dicen que Eduardo los presentó, pero nunca se lo preguntaron.

—Así fue —confirmo con convicción, suavemente, no quiero romper la atmósfera de su relato—. Está también en las cartas.

Mateo entresaca de su memoria viejas historias que se contaban en el pueblo. Unas son ciertas, otras medias verdades, algunas quizá inventadas.

Las verjas del palacio dejaron los recuerdos encerrados y la memoria quedó en manos de las ensoñaciones infantiles de niñas fantasiosas o en las ansias de aventuras con que los más valientes de los niños osaban penetrar en su interior.

Murmuran que la extranjera, la madre de ella, pasaba mucho tiempo fuera, y que cuando estaba en el palacio apenas salía y siempre estaba sola. De vez en cuando se asomaba a la ventana, y cuentan las viejas que se ocultaba como un pájaro asustado cuando alguien le devolvía la mirada. Nunca la oyeron hablar.

Cuentan que él, Quintín, llegó a trabajar en la casa, no como sirviente, no; estaba dotado para el trato con la gente y tenía buen juicio. Y se da por cierto que a punto estuvo de llegar hasta a casarse con ella, pero se le atravesó la ambición y robó en la casa, y después llegaron la muerte y la huida. Y la sangre lo inundó todo y cegó la memoria del futuro.

Mateo habla sin dejar de mirar las cartas. Creo que busca confirmar su historia entre las líneas que está devorando sin pestañear.

—No todo está ahí—le cuento—; hay un vacío, un tiempo que no aparece escrito, aunque sí vivido. Y me parece que es ese en el que él trabajó en la casa. El tiempo en el que fueron felices. O así parece según dice ella. Es lógico. Para qué iban a escribirse si se veían a diario, si estaban juntos.

—No me digas más —me interrumpe—, prefiero leerlo y unir los puntos. —Se detiene. Ahora me mira. Fijamente. Repite incrédulo la pregunta—. ¿De verdad que nunca te contó nada tu padre?

Papá nunca decía de dónde venía ni cuánto tiempo iba a estar.

Podía escuchar ahora mismo el metálico y lento vroom-vroom del coche de Tivo, el único taxista de la comarca, que anunciaba su llegada desde la misma ladera de la colina del bosque. Se detenía frente a casa de la abuela con el chasquido gomoso de los neumáticos sobre la piedra y la gravilla. Yo dejaba lo que estuviera haciendo y corría hasta él. Y era cuando me llenaba de su olor, de la aspereza de su traje, cuando entraba en el refugio de sus brazos, cuando el calor de sus labios besando mis mejillas, la cabeza, mi frente, se extendía como un latigazo de energía feliz a través de todo el cuerpo que aguardaba impaciente ese cariño de años.

Cuanto más larga era la ausencia, más intenso el calambre, más feliz el reencuentro.

Lo de menos era el regalo que me trajera, su risa, sus ojos brillando ante el brillo de los míos. Le tenía, estaba conmigo, no importaba cuánto.

Al principio, claro. El primer día no había alegría en el mundo comparable a tenerle. Luego la euforia cedía ante la certeza de que algún día se iría. Y el adiós comenzaba cuando marcaba en el calendario la fecha de la partida.

—¿Por qué no te quedas más tiempo, papá?

Estamos sentados sobre el puente del río Cabra, que pocos kilómetros después muere en el mar. Cuelgan nuestras piernas. Él fuma un cigarrillo echando el humo hacia arriba para que yo no lo respire. El cauce discurre bajo nuestros pies brioso y transparente.

—¿Por qué siempre te tienes que ir?

Me mira. Sonríe con tanta ternura que por un momento creo que me va a decir que se queda.

—Te quiero, mi niña. Eres lo que más quiero en este mundo. Pero aquí no tengo sitio. Mi trabajo está lejos, al otro lado de otro mar que no es este. Y tengo que estar allí.

—Pues no trabajes, quédate con nosotras. Con la abuela, con Paqui, conmigo…

Tengo ocho o diez años, no recuerdo. La memoria solo me deja el dolor de su partida inminente, la caricia áspera y amarga de su ausencia, que nunca encuentra alivio. Tampoco ahora.

—¿Y por qué te fuiste a buscar trabajo fuera y no te quedaste como los demás?

Tira la colilla al río.

—¿Ves cómo se la lleva el agua?

En pocos segundos se pierde entre los giros y la espuma de la corriente. Afirmo, sí, claro que lo veo.

—Nunca sabes por dónde se la va a llevar. Ni cuánto va a tardar en sumergirse. Somos como esa colilla, Sofía. Tenemos que vivir en la corriente sin saber muy bien por dónde nos arrastrará. Aunque

sepas en qué dirección vas, aunque pongas toda la intención y no quieras salirte del camino, siempre hay algo que no has previsto o ha salido al revés de lo que esperabas.

Y yo me imaginaba a merced de la corriente, ahogándome sin poder hacer nada.

—Yo no quiero vivir así, papá.

—Por eso estás aquí, por eso no te llevo conmigo. Aquí hay paz y un cariño que no se va, y puedes crecer tranquila y aprendiendo. Y estarás mejor preparada cuando seas mayor para todo lo que te toque vivir.

Probablemente lo creía de verdad. O quizá intentara liberarse, siquiera en parte, de la culpa de su ausencia. Yo hubiera preferido ahogarme con él que vivir en paz en la distancia. Años después me lo recordó en Madrid.

—¿En serio que no te dijo nunca nada? —la voz de Mateo rasga la cortina de la memoria que me había sacado de su relato; insiste—. Que si no te contó nada de aquello. Por qué se fue con Quintín y se quedó con él allí hasta que trajo a tu madre, aquella india orgullosa de la que siempre presumes, y naciste tú hace una pila de años.

Cierra la frase con algo parecido a una sonrisa que pretende ser irónica, como el último comentario. Pero no estoy con él. He vuelto a mi padre, a su ausencia. Rebusco en la memoria como el mendigo hambriento revuelve en la basura. Nada. Nunca me contó nada. Tan cierto como que no sabía cuándo vendría ni cuánto se iba a quedar.

Puede que todo esté de verdad en las cartas.

Veintinueve

—Disculpe mi atrevimiento, na… na…, admiración… San Lorenzo… a su casa a decírselo… ente… no me abrirían…

Mateo ha cogido una silla y se ha sentado frente a la mesa. Es el general que ante el mapa estudia el territorio para encontrar la forma de vencer. Su victoria será descubrir el misterio que el pueblo esconde desde mucho antes de que él llegara aquí. Sabe que en las cartas está el mapa del tesoro.

Ha vuelto a coger la primera. Es menos cuidadoso. La ansiedad por descubrir derriba la delicadeza.

—Vamos, ¿no? —reclama.

Me levanto. Apoyo las manos en sus hombros. Gira la cabeza y detiene su mirada en mi mano izquierda.

—¿Estás incómoda, Sofía? ¿Tienes miedo?

Apenas nos conocemos: un puñado de conversaciones en La Librería y algún vino en el bar de Patricia, frente a la ría. Pero me resulta cercano, propio, como si nos hubiéramos tratado media vida. Admiro su ingenio, tan chispeante como empático. Sabe escuchar, mira a los ojos y siempre tiene palabras que acarician. A mí y a todos. A veces con aspereza, a menudo provocadoras, pero nunca te atraviesan en vano. Escucharle es casi siempre aprender a ver y a vivir.

—No lo sé, Mateo. —No quiero desnudarme, pero tampoco mentirle—. No he pensado en ello.

—Eso no se piensa, querida, se siente.

—Tengo recuerdos dolorosos, sí —concedo—. Pero es mayor la curiosidad por conocer esta historia inesperada.

—Que apareció de repente debajo de una piedra…

—En el muro, sí… Ya te lo conté.

Algo le atraviesa de repente. Una idea, un presentimiento. Lo que le haya cruzado enciende sus ojos y le aparta de la mesa. Ahora se ha girado por completo hasta hacerme levantar las manos de sus hombros.

—¿Y no te has preguntado quién se dedicó a recopilar las cartas de los dos y meterlas en una caja? ¿Y por qué lo hizo?

No. No lo he hecho. Hasta este momento me preocupaba descubrir la historia de amor y sangre escondida en las cartas. Y en cuánto y cómo me afectaba, en qué medida estaba en ella la respuesta a las oscuridades de mi infancia. Vuelvo a pensar en mi padre.

—¿Eduardo Fernández?

—Eduardo Fernández, tu padre. ¿Quién si no podría tener las cartas de los dos? ¿No los presentó él? ¿No se fue él con Quintín cuando mató a aquel hombre?

—No lo mató.

—Mientras no se demuestre lo contrario, la leyenda le carga el muerto a él. No hay presunción de inocencia ante el juicio de un pueblo entero que no quiere hablar más de esta historia. ¿O también las cartas dicen que él no fue el asesino?

—No, pero sí. Él mantiene su inocencia y ella su fe en él. Sí, pero no. Tiene sentido que mi padre tuviera las cartas de ambos y las hubiera guardado como recuerdo.

—Pero no se entierra un recuerdo o se empareda para siempre. Eso se hace para olvidar, Sofía. Y no creo que quisiera eso tu padre.

Sí, tengo miedo. Y ahora más dudas. ¿Quién y por qué guardó esa caja con las cartas? ¿Cuándo?

—¿Qué quieres decir, Mateo?

—Que es posible que quien las puso ahí no pretendiera esconderlas… sino todo lo contrario.

Miro alrededor. La cabaña de mi infancia, el castillo de aventuras y sueños con mi Paqui, es hoy un lugar confortable que acoge y

abraza. Del gris polvoriento, la herrumbre de herramientas o el olor a las cabras encerradas, pasamos a la suave calidez de un refugio vital. Trepábamos por las piedras de la pared hasta tocar las oscuras vigas de madera del techo.

—Vas *caete,* mi cría —me advertía entre risas la prima Paqui.

Yo subía, tocaba y volvía a bajar.

—¿Ves? No pasa nada.

Ella, más torpe, menos viva, lo intentaba alguna vez, pero se rendía antes de conseguirlo. Veíamos el tejado desde abajo, su esqueleto de madera y el reverso de las tejas armadas sobre las vigas laterales. Olía a cabra, a cerrado y a humedad.

—Podríamos venir a vivir aquí —proponía Paqui.

—Está muy sucio y huele mal.

—Lo limpiaríamos.

Y yo le decía que no, que no, moviendo muy rápido y muy fuerte la cabeza, y salía corriendo al camino. Desde fuera no parecía tan sucia. Fue refugio del ganado de Dosio, un poco también suyo. Pasaba aquí muchas horas, guardaba la herramienta, los aperos, los secretos. Porque seguro que había secretos aquí escondidos. ¿Lo estaría este? ¿Y no apareció cuando hicieron la obra que convirtió en hogar la cuadra?

—No creo que mi padre las pusiera aquí para que las encontráramos años después.

—No estoy diciendo eso. Puede que no sea él quien las trajera ni llegaran aquí hace años. Las encontró Félix, ¿verdad?

—Sí, pero dudo mucho que las pusiera él. No me hubiera dicho nada. Parecía más interesado en saber qué dicen las cartas y en que sus revelaciones no se difundieran que en dármelas. Me da la sensación de que llevaban mucho tiempo allí… No sé.

Mateo respira hondo. Lanza su mirada vidriosa y atenta al lejano vacío de la pared.

—Detective Sofía —dirige su mirada hacia mí; hay en sus ojos un brillo de entusiasmo infantil—, tenemos muchas preguntas y unas cuantas conversaciones pendientes. ¿Vamos al lío?

Treinta

—Yo las de él y tú las de Elena.

No hace tanto tiempo que he llegado y ya se deshilacha la conexión con lo que hasta ahora he sido. Sigo siendo.

Los olores, los silencios, los colores de la tierra, los rincones y los paisajes, las voces que la memoria había apartado hasta el olvido estaban en realidad esperando el momento propicio para disipar el engaño de toda una vida. Ante ellos ya no soy Sofía Fernández, sino alguien sin nombre que les pertenece.

El olvido no destruye, aparta, esconde. Entierra como la superficie de un volcán que silencia el fuego. Cualquier día entra en erupción y arrasa con lo que creías inmutable.

En algún lugar en el que no estoy, languidece una vida que ya no es mía. Que quizá nunca lo fue.

Duermo aquí, aquí me levanto, vivo, reacciono, descanso. En este lugar evoco mi infancia, visito los lugares que viví y me llenan hasta saciarme. A veces hasta doler. Veo a los ausentes, empezando por mí misma. He vuelto, pero en realidad no me había ido nunca.

La mayoría de los lugares siguen igual. Las veredas, los caminos, el bosque de Santumedé. Las leyendas. Todo ha permanecido casi inmóvil. La carretera que sube al pueblo está arreglada, pero su trazado sigue siendo la silueta asfaltada de una serpiente kilométrica. Así la pensaba de niña. La serpiente que algunos días escupía a mi padre en el taxi de Tivo.

De los de antes quedan Paqui, Dosio y algunas viejas que siguen siéndolo. Cruz, que nos hacía frisuelos envueltos en un paño para llevar a casa. Fina, cuyas hechuras no honraban su nombre y

siempre se estaba riendo. Gencio, su marido, murió hace años. Gruñía siempre, pero me dejaba montar en el macho cuando en verano iban a la hierba, y me daba chocolatinas en secreto. Me enseñó que guiñar un ojo era señal de cómplice afecto. De Martín, que era como papá y aún vive, no me acuerdo. Nunca hablé con él.

Si no fuera por Ángeles, mi ángel de la guarda, mi amiga, productora y alocada cómplice, y por algún afecto tejido en las largas horas de trabajo, cada vez más lejanas y brumosas, apenas me uniría con lo que hasta hace nada fui, un hilo delgadísimo completamente desprovisto de añoranza que el tiempo acabará rompiendo. Es asombroso. Cómo se diluyen los apegos pasados y hasta los futuros cuando descubres que tu verdadero lugar en el mundo no es aquel del que vienes, sino el otro al que vas. Hay que ser muy lúcido o estar tocado por la suerte para darse cuenta de ello cuando nunca sabemos cuál es realmente nuestro destino.

Ángeles. Mi querido bicho volador. Mi compañera del alma desde que estábamos en la tienda. La loca que quería ser astronauta y terminó encargada de una productora especializada en imágenes aeroespaciales y dejándolo todo para producir televisión. Y volvimos a trabajar juntas.

Ayer hablé con ella. Le conté lo de las cartas, lo que esbozan, la historia secreta de mi padre que quiero descubrir. Se entusiasmó como si la vida en juego fuera la suya y lo de las cartas el pasado de su familia reencontrada. «Lo escribirás, ¿no?». Le dije que quizá, que bueno, que vería, porque antes tenía que despancijar la historia y, una vez saboreadas las vísceras, servírmela y contarla. Otra vez contar. Ya sabía ella que no iba a poder evitarlo. «No escarmientas, querida». «No lo sé». «¿Y qué tal la gente? ¿Me echas de menos?».

Prometió venir a verme. Cualquier día se presenta.

Como Marcos. Ha vuelto a llamar. Unas cuantas veces. No siempre le cojo el teléfono. No le añoro, no echo de menos nada de él. Ni siquiera el calor de su cuerpo pegado al mío en las noches de invierno. Lo pienso, por supuesto, y más estos días de madrugadas

heladoras. El cuerpo de Cayo sobre la manta me da más calor y no espera respuesta.

Solo abriría mi cama a Daniel. Aviva una brasa de verdad carnal que durante años escondieron relaciones de supervivencia. Miedos de una Sofía que se trabajó ser famosa para ser querida, que amó a quienes la quisieron, que admiró a los que la habían admirado primero. Que buscó aprobación fuera, sin llegar a quererse del todo nunca. Que creyó que el amor era un refugio del que siempre tuvo miedo de salir.

Llegaba a casa y encendía la radio si Marcos no estaba. Había que romper el silencio porque era una forma de fragilidad, de abandono. La vida en común, un lugar seguro. Temía sus reproches como admiraba sus genialidades. Me negaba a mí misma su inseguridad con la misma intensidad con que ponía en sus manos la mía. Lo necesitaba fuerte y él no me admitía frágil. Solo te das cuenta de lo mucho que dependes de alguien, de la constancia con la que has convertido tus relaciones en refugio, cuando te atreves a vivir sola y empiezas a descubrirte. No te llega la paz de repente, sino como el alivio de un analgésico ante un dolor intenso. Despacio. Poco a poco. Y ya está. Empieza a dejar de doler y se deshace el miedo.

Mi tierra me redescubre como inesperada y silenciosa terapeuta que me está enseñando el camino.

A veces, cada vez más, siento una calma desconocida. La de la soledad silenciosa. La del silencio que ya no solo no duele o es abandono. Llena como nunca imaginé.

Sin miedo. Sin vuelta atrás.

Y ya eres tú.

Calma. Quietud. Y de nuevo ellos, los caballos. Mi padre. Afrontar su memoria sin más dolor que el del recuerdo es el alimento de mi confianza. La tía famosa, mona, bien relacionada, feliz en su matrimonio, que se ha estado mintiendo a sí misma media vida. Y que se cura en el lugar del que nunca debió salir y al que no vendrían más que a hacerse fotos y ver paisajes la mayoría de quienes hasta ahora he conocido.

Caballos. Padre de nuevo. Se calaba el sombrero para ir a ver a los de Crecio. Tienes que acercarte a ellos con naturalidad, pero suave. El ánimo sereno y confiado. Te perciben. Escuchan tu corazón. Saben qué dice antes incluso que tú. Hablan en silencio. Movimientos leves, señales, avisos, citas. Así. Y desplazaba el aire con ademán lentísimo, convocando expectación de la niña y la atención de los caballos. ¿Ves las orejas hacia ti? Están atentos. Mira a su interior. Acércate a su ojo y dime qué ves. Me ponía de puntillas, el caballo quieto, atento a mi vibración, y veía mi reflejo en el lago profundo de su esfera brillante y oscura. Está contigo, ¿ves que se queda quieto? Y le decía sin hablar que me gustaba, y él callado, mudo, me devolvía atención y afecto y era como si toda la Tierra estuviera en su interior y los dos fuéramos seres vivos de un mismo rincón secreto.

—¿Te parece bien así?

Mateo. Ah, claro.

—¿El qué?

—Estabas ida, Sofía… ¿de verdad que estás bien?

—Sí, sí. Estaba en otro sitio.

—Pues baja y vayamos al lío —aprieta él.

Imposta una posición actoral, como dispuesto a declamar. Se levanta. Y empieza la interpretación.

—Aquí Quintín enviando su mensaje a Elena. —Baja la vista, la deposita en la carta que tiene frente a sí—. «A lo mejor cuando lea esto lo rompe incluso antes de abrirlo. Será una pena que estas palabras no lleguen a ninguna parte, porque son sinceras. Pero lo que usted considere está bien hecho. Por mi parte, quisiera expresarle que me pareció que esa belleza suya de la que todo el mundo habla en la comarca está acompañada de una simpatía que hace de usted alguien en cuya compañía uno se encuentre muy a gusto». Alguna falta de ortografía, pero el chaval sabía escribir, ¿eh? Sigo. «No me corresponde a mí, un simple pescador, un juicio así sobre una persona de tan alta condición, pero soy de los que creen que si uno se muerde la lengua se envenena, y que cuando hay que

decir las cosas, sobre todo si son agradables y bonitas, no debe dejárselas dentro. Pienso que la distancia que hay entre usted y yo no debe de ser tanta como para impedir que le pueda mostrar mi admiración. Otra cosa será lo que usted haga con ella, por supuesto. El mozo de mulas Eduardo Fernández…». O sea, tu señor padre, ¿no?

—Lo sabes muy bien. Sigue.

—Vale, ¿le parece bien este tono a la señora?

—Me parece perfecto.

—Bueno, pues vamos, Quintín: «… Eduardo Fernández, que el otro día nos presentó y es mi mejor amigo, ya me había hablado muy bien de su simpatía, que es tanta como su delicadeza, pero vista así, de cerca, con esa mirada tan hermosa que usted tiene, resulta realmente agradable. Nada más, señora». Y esto está muy bien, me encanta su capacidad de autocrítica. «Releo la carta y me admiro de mi atrevimiento. Espero que, si le molesta, no me lo tenga demasiado en cuenta. Y si en algún punto le agrada, me encantaría poderlo saber. Su admirador, Quintín Canales».

Respira hondo, como asimilando lo que acaba de leer. Y concluye:

—O sea, tu padre los presenta en San Lorenzo, imagino que en el baile del pueblo o lo que se hiciera aquí en los años cuarenta. Y Quintín se prenda tanto que se piensa hasta ir a la casa a decírselo, pero en un arrebato de lucidez le escribe una carta. Claro, para que tu padre se la entregue. Pero lo mejor es que va la condesita y le responde.

—Me toca a mí.

Ahora él toma asiento. Cierra los ojos fingiendo concentración. Le escudriño en silencio antes de empezar. Está de verdad metido en la escena.

Agita la mano azuzando.

—Te escucho, amada mía.

—«Señor Quintín. Le confieso que me sorprendió mucho la carta. Pero también que no me ha molestado. Bien al contrario, aprecio su valor y tomo como un caballeroso cumplido el tono de admiración de

sus palabras. Para ser, como usted dice, un pobre pescador, me parece que tiene un arte para la escritura digno de admiración. Será por los libros que me dice el mozo Eduardo que lee en su casa porque sus padres de ustedes son aficionados ambos a la lectura. Cuando uno se cultiva, eso se nota, sea de la condición o la clase que sea. Ser caballero o ser dama, ser elegante, en fin, no es privativo de quienes tienen tierras o dinero o poder. Y usted, créame, y lo digo por lo que hablamos el otro día y me confirma el tono de su carta, sabe muy bien ser un caballero y agradar a una mujer».

Mateo levanta la vista hacia la ventana. Inspira como si quisiera decir algo. Dejo de leer. De nuevo me apremia a que continúe.

—«Le agradezco sinceramente sus elogios y que valore mi simpatía. No resulta fácil caer bien cuando las normas sociales obligan a un comportamiento que no siempre es el mejor para entenderse con la gente. Por eso aprecio que usted me diga que la distancia no debe impedir que se expresen emociones. Mi familia no lo ve así, pero yo coincido con usted en que no es una falta de educación o de consideración decir lo que uno piensa, y menos aún si resulta tan bonito como lo que usted me dice en su carta. Atentamente…».

—Elena Fernández Jovellanos, condesa de La Vega —se anticipa Mateo.

—No dice lo de condesa —le aclaro.

—Pero lo es. Y curiosa. Y sí, rarita. Para la época y para su clase. ¿Cómo sigue?

—Ahora te toca a ti. Es de tanteo, antes de algo que creo que cambia las cosas. Y luego todo se va al carajo.

Treinta y uno

Vuelan libres los fantasmas en la voz masculina de Mateo. Recorren el aire de la cabaña como señores de unas horas que ya no son solo mías. Estoy tranquila y somos dos. Eso hace mucho.

No necesito que me diga que está haciendo suya la historia. Lee la carta de Quintín y entre líneas me lanza destellos de afecto en miradas silenciosas y fugaces. Creo que calibra como yo lo que ahora los dos tenemos entre manos.

—«Siento estar rebasando con mi insistencia un límite que no me corresponde, pero ya le dije que no soy de los que se callan las cosas. Me dijo Eduardo…».

Se detiene.

Respiro hondo. Sonrío. Mateo está midiendo mi turbación. Me dejo leer. Sigue:

—«… que usted no le dijo ni que sí ni que no a poder vernos un día. Esta vez sí que estoy decidido a llamar a la puerta de su casa para saber si podría aceptar una invitación a salir a pasear, pero me parece prudente hacérselo saber antes por carta. Porque si usted me hiciera llegar que no se me ocurra intentar tal cosa, yo, naturalmente, no lo haría. Pero dado que existe alguna posibilidad de que no me den con la puerta en las narices, y perdóneme la expresión, pues me aventuro a anticiparle mi intención, no sea que vayamos a tener un disgusto. Yo, como usted, también soy aficionado a los caballos y, aunque no tengo tanta pericia como Eduardo…».

—La invita a pasear con él cualquier tarde —interrumpo— por los sitios donde mi padre me llevaba a mí. La ermita, las cuevas, la boca

de la ría. El universo donde mi padre y yo éramos felices, los instantes en que era mío. Escasos, huidizos, pero verdad, Mateo. Verdad.

—Me recuerda a la Marifé de la canción de El Último de la Fila… El lenguaje de la carta, digo…

—No la conozco.

—Yo te la mando, y ya verás.

—Vale. —No me interesa ahora nada más que las cartas—. Sigue, por favor…

Y concluye:

—«Le ruego una vez más que sepa perdonar lo que mis palabras pudieran tener de atrevimiento o desconsideración. Atentamente, Quintín Canales».

Mi turno. Soy Elena. Como en el Paso de la Mula cuando los vi juntos y sentí los brazos de Quintín. El inesperado juego que me propone Mateo actúa de bálsamo. Soy la mujer, la amada, la amante; no tengo que sostener más memoria que la de ellos.

—«Estimado Quintín: Hasta la próxima carta, dijiste. Y aquí está…».

—Si no dijo nada de eso…

—Espera. —Apaciguo, con un gesto le pido calma—. Verás que han pasado cosas entre la carta de él y la de ella.

—Dale, dale…

—«Qué maravilloso paseo el del otro día…».

—O sea, que se la llevó. —Parece excitado—. Qué tío…

—Déjame seguir.

Se lleva el índice a los labios y cierra los ojos.

—«Me encantó descubrir las cuevas con esas pinturas antiguas tan bonitas y la ermita de San Emeterio. Como os dije, nunca había estado allí ni me había acercado al faro. Le he preguntado a Emilia por las leyendas del cuélebre y la Santa Compaña con los cantos de las almas en pena y de los monjes que algunas veces se oyen en el bosque y me ha dicho que son verdad, que ella ha llegado a escucharlos en las noches de mucha tormenta. Cuando le dije que

me lo habías contado tú, me habló de una galerna hace muchos años que se llevó a los hombres del pueblo y que solo unas pocas familias se siguieron dedicando a la pesca, y la tuya es una de ellas. Dice que eres muy guapo y muy listo. No le quité la razón».

Se revuelve Mateo en la silla.

—Oye, esto va muy deprisa…

—Pues escucha esto: «A mi madre no le gustó que vinieras a la excursión con Eduardo. Como le dije que iríamos a probar la doma de la yegua nueva, se pensó que estaría sola yo con él, y se enfadó al enterarse de que había un tercero. Y más aún sabiendo que eras tú, porque te vio cuando te llevé al mirador y le pareciste demasiado interesante para tenerte cerca. Por no ser de nuestra clase, supongo. Es muy irónica, como todos los de su tierra, que es Escocia, en la Gran Bretaña. Pero no le gusta que hable con desconocidos y mucho menos del pueblo, que considera que no son de nuestro nivel. Solo podemos relacionarnos con iguales. Ya ves tú, con todos los que hay por aquí. Yo no veo la vida así. Ni como mi padre, que ve rojos por todas partes.

»No voy a borrar lo que acabo de escribir aunque no sea propio de una mujer discreta. Puede que yo no lo sea. He dicho que eres guapo, y no sé si debería. Pero lo dejo porque lo eres. Guapo, caballeroso, amable y muy inteligente. Perdóname el comentario, pero no pareces un pescador. Creo que eres alguien con quien se puede hablar de todo y comentar las cosas y los sentimientos. Yo ya sabía de tu existencia porque las personas comentan todo y a todas horas, y a casa llegan cotilleos sobre la gente y lo que aquí hace. Dicen que ayudas a quien lo necesita y que has enseñado a leer a unos cuantos aunque no seas maestro, y que nunca engañas con el precio del pescado. Y que tu padre, que era rojo y murió en la guerra de Europa, era una persona leída y generosa.

»Estoy encantada de que hayas entrado en mi vida, aunque mis padres no lo aprecien y no parezcan demasiado contentos. Mi madre dice que no hay que olvidar quiénes somos y a qué mundo pertenecemos. Pero yo siento que tú y yo formamos parte del

mismo. Y, atreviéndome yo ahora también, siento hasta que sentimos lo mismo cuando pensamos en nosotros. Y creo que Dios me ha guiado la mano cuando acabo de escribir *nosotros*».

Apenas he pronunciado la última palabra cuando Mateo estalla.

—Joder con la condesita. Sí era rara. Y avanzada, madre mía. No me extraña que luego se hiciera con todo el imperio de su padre. ¿Qué pasa después? No puedo esperar. —Comienza a pasear nervioso alrededor de la mesa—. ¿Cuál es la siguiente?

—No lo tengo muy claro —confieso—. Creo que esta: «Me llegan por Eduardo noticias de que por el momento no vamos a poder vernos…». Y a partir de ahí empiezan los vaivenes, todo se desordena y hay idas y venidas hasta un final que todavía no soy capaz de vislumbrar.

—El del crimen —sugiere Mateo.

—No. Después. Lo que conecta esto con la leyenda del pueblo y con mi propia vida.

Treinta y dos

Mateo es de natural curioso y goza descubriendo. Lo mismo recetas que libros antiguos, rutas imposibles o leyendas muertas.

Si no empezara a conocer ya su enorme capacidad para entusiasmarse, diría que hace méritos por alcanzar la excelencia como mi compañero de patrulla investigadora.

Hemos quedado en La Librería.

Antes de salir, fotografío las cartas una a una y guardo las imágenes en una carpeta, «cartas».

De repente me he imaginado que desaparecían, que podría perderlas. Están bien extendidas sobre la mesa, así las tengo siempre presentes y pienso sobre ellas, y cada vez que me acerco y vuelvo a leer, descubro. Me gusta verlas. Expuestas ante mí, me hablan constantemente y de cada conversación saco algo nuevo. Pero ya han salido de aquí. Ya no son solo mías. Las conoce Paqui, recelosa y aparentemente desinteresada. También sabe lo que dicen Mateo, que tiene ambición de descifrarlas. Me fío de él, pero puedo equivocarme.

Y está Félix y su indisimulada insistencia. Ante las cartas me acuerdo de él de repente. Desde la ventana se ven.

Le imagino al otro lado, a través del cristal. Acerca el rostro entre las manos ahuecadas para ver mejor. Ahí está su botín, al alcance de la mano. Empuja la ventana, que se abre, como si me hubiera dejado el cierre sin echar. Mira alrededor. Está oscureciendo. No hay nadie. Entra en la casa y cierra la ventana. Coge las cartas rápidamente, como quien agolpa papeles desordenados, las dobla y se las guarda en el regazo. No parece temer que el papel se vaya a

alterar o romper. No le importa. Deja la ventana cerrada y sale por la puerta. Veo el coche alejarse colina arriba en dirección al pueblo.

Un pellizco abrasador me punza el pecho.

Hay que esconderlas. Hechas las fotos, las cojo una a una y las meto extendidas en la carpeta donde guardo los recibos. Busco en la casa, como si fuera ajena, un lugar donde esconderlas. Me he dejado vencer por el miedo y creo que no hay un solo rincón donde Félix —o quien fuera— no vaya a encontrarlas.

Ya está. Se las llevo a Mateo. Que las guarde él.

Nuevo trasiego de cartas. Ahora las agolpo en esa vieja carpeta verde de facturas que ya colocaré en otro sitio.

Vibra el teléfono en el bolso abierto.

No conozco el número y no lo voy a coger. Mensaje:

«Estoy en La Librería, por si vas a venir. Daniel».

Sobresalto. ¿Quién le ha dado mi número? ¿La misma persona que sabe que voy a ir? Qué capullo Mateo.

«Sí, he quedado con un amigo».

«Lo sé, me lo ha dicho él».

Capullo y bocazas. Me cabreo.

Tíos. No sabía que se conocían. Habrán estado hablando y de ahí habrá salido la gracieta de voy a decirle que estoy y a ver si me dice que ha quedado contigo o no. Juego de niños. Vaya dos.

«Si ya lo sabes, ¿por qué me vacilas?».

«No te vacilo. Jugaba, creía que te gustaba».

«¿Te ha dado él el teléfono?».

«Después de mucho insistir, sí».

De mucho insistir, dice. Me miran desde la barra cuando entro en La Librería. Están sentados de cara a la entrada. Me esperan. Daniel levanta su cerveza en una especie de brindis lejano. A su lado, Mateo me regala una sonrisa larga y cómplice. Ni el más mínimo asomo de culpa.

—Hablábamos de ti —me cuenta cuando llego a su altura—. He negociado con él unas cañas a cambio de tu teléfono.

No respondo. Le echo fuego por los ojos.

—Yo te lo habría dado sin problemas —respondo mirando a Daniel.

No dice nada. Me doy cuenta de que acabo de dejárselo a huevo a Mateo.

—Por eso lo he hecho. Venga —añade paternal—, te invito yo a ti.

Control. No tiene sentido seguir mosqueada. Luego ajustaré cuentas con mi compañero de investigación.

—Qué bien aquí, ¿no?

—Ahora que has llegado tú, mejor —contesta Daniel.

—Comentario de *señoros.*

—Lo somos. Dos *señoros* acodados en un bar, encantados de que hayas venido a visitarnos —sentencia Mateo.

—¿Qué te pongo, guapa? —pregunta Julia saliendo de la cocina.

—Vaya, ¿qué os pasa hoy? ¿Os habéis puesto de acuerdo para subirme el azúcar?

Me mira extrañada. Se encoge de hombros.

—Yo no tengo nada con estos dos. Lo que me faltaba.

Ante mí, tres personajes de una misma historia que se está escribiendo en presente. Suena de fondo, leve, arrulladora, la melodía suave de una canción de Los Secretos. Aún es pronto, pero ya se eleva sobre el aire del local el rumor de copas y voces que pone la banda sonora a este lugar de encuentro. En las mesas del callejón flotan conversaciones lejanas y alguna carcajada. Todo en orden. Es mi mundo. El universo que me acoge.

Cuando era pequeña, esta era la cuadra de Damián, que tenía pajar y una buhardilla a la que nos atrevíamos a subir por los escalones rotos de la pared del fondo. La hierba que allí se almacenaba estaba caliente en invierno. Buceábamos en ella Paqui y yo, y nos hacía cosquillas, y cuando nos íbamos, picaba todo el cuerpo y nos salían ronchas. Otra vez donde Damián, se quejaba la abuela; luego soy yo la que os tiene que limpiar las pulgas. Lo peor se lo llevaba Paqui, que como era la mayor, se supone que tenía que cuidar de mí y no meterme ahí donde cogía bichos que traían enfermedades.

Se ascendía por donde hoy está la barra.

—Sube tú, Sofía, pero con cuidado.

Se ponía debajo como para sujetarme si caía. Me sentía segura, no me podía pasar nada.

—Ahora sube tú. Pero *despacín,* no vayas *mancate.*

La espero sobre la hierba caliente.

—¿Vamos arriba?

Sonríe, acepta la propuesta. En la buhardilla había material de labranza que llevaba mucho tiempo sin usar: guadañas de filo oxidado, piedras de afilar, *cachapus* para guardarlas, palas, praderas… Un arsenal para verde en desuso.

Toco la punta de la guadaña con el dedo. Todavía pincha.

—Ni se te ocurra, que te puedes llevar un dedo —me regaña Paqui verdaderamente asustada—. No toques nada que no sea tuyo y, además, es peligroso.

—¿Tú crees que si nos pilla Damián nos hará algo?

—Sí, un par de azotes en el culo y decirle a *güelita* que a ver si educa de una vez a estas niñas.

Me lanzo a la hierba desde el hueco de la buhardilla. La atravieso y me abraza y se me mete el olor seco y dulzón, el calor y alguna brizna que me rasca la piel.

Tengo los ojos cerrados. Me recorre aquel aroma de infancia; la nariz se llena del espeso polvo del pajar. No es un recuerdo, es ahora, está vivo, como si me estuviera sumergiendo en ese instante…

«No me di ni cuenta de que ya nunca estabas».

Vuelvo a escuchar a Los Secretos. Me topo con la mirada de Daniel y Mateo cuando recobro la mía.

—¿Dónde andabas? —pregunta el fotógrafo.

—En Babia. Viaja de vez en cuando. Pero son viajes cortos; regresa pronto. —Acompaña Mateo la frase con un brillo de cómplice afecto en los ojos.

Les cuento que cuando era pequeña venía a esta cuadra a jugar, y que aún hoy guardo el olor de la hierba caliente en invierno.

—Pues mira cómo ha cambiado el cuento —vuelve a hablar Mateo—. Ahora te diviertes aquí de otra forma.

Tomo la cerveza sin alcohol que me ha puesto Julia y dejo la carpeta sobre la barra. Mateo entiende rápidamente lo que hay en ella. No dice nada. Cuando Daniel se levanta para saludar a alguien, me pregunta sin hablar, y del mismo modo le confirmo.

—Lenguaje equino, ¿verdad?

Le río la gracia. Es buena.

—Preferiría no contarle a Daniel nada de las cartas, que bastante la has cagado dándole el teléfono, ¿te parece? Es que apenas le conozco.

—¿Cagado? Para nada, guapa, para nada. Es buen tío, alguien de fiar, y además te gusta.

—Eso es asunto mío. Te pediría que no te confundas. Me fío de ti, pero no vuelvas a decidir por mí nada, ¿vale?

Asiente levantando la cerveza en lo que interpreto como un gesto conciliador. Disculpas aceptadas.

—He traído las cartas…

—Ya veo.

—Quiero que las guardes tú. No sé por qué, tengo miedo de que me las roben, ya ves.

Para mi sorpresa, no se extraña.

—Y eso que aún no te he contado lo que empiezo a ver ya por aquí.

Alarma. Me siento en la banqueta que ocupaba Daniel. Instintivamente, tomo la carpeta y la coloco sobre mi regazo. Desde la puerta de la cocina, Julia parece atender a la conversación. Mateo me susurra al oído.

—Cuidado con ella.

El asombro me abre los ojos como si quisiera abarcar el mundo con la vista.

—¿Con Julia?

Mueve la cabeza levemente sin dejar de mirarme. Como si se hubiera puesto al tanto de la conversación, Julia desaparece hacia el

interior de la cocina.

—Claro. Tú no sabes quién es su amante secreto.

—No lo sabrá mucha gente, supongo. Si es secreto…

—Yo sí.

No se me ocurre qué puede tener de peligroso que Julia, viuda, extrovertida, curiosa y buena gente, tenga un amante. Me gustó desde el principio, cuando me recibió con aquel sobao envuelto en plástico, y empecé a admirarla cuando me contó su historia, cómo ella y José Luis vendieron la librería de Oviedo para comprarse una casa aquí, y retirarse a descansar; cómo tuvieron que habilitar estanterías en cada planta de la casa para guardar los libros de los que no podían separarse, cómo abrieron una barra para ambientarse con los amigos y terminaron pidiendo licencia para hacer el local público, y cómo pocos días después de inaugurar La Librería él murió de un ictus y se llevó la ilusión y los sueños y todo lo que se llevan los que se van de repente y sin avisar. Y se quedó ella al frente de todo, por él y para él, para guardar su memoria y sentir que acaso él no se hubiera ido del todo; se propuso convertir esto en lo que él habría soñado: un lugar de encuentro, de conversación, de libros y arte, de tertulia e intercambio. Se inventó los conciertos, convocó exposiciones y le puso tanto corazón y tanto ahínco que sin darse cuenta un día el universo que soñó con su compañero de vida se convirtió en un ser con vida propia y eco universal. Empezó a llegar gente, la tele lo propagó y llegó un momento en el que las guías recomendaban este lugar como un espacio único en el que todo lo que ensanchaba y hacía mejores a las personas tenía lugar con la normalidad de lo que se hace sin pensar, porque no necesita el alma pensarse lo que le conviene.

—Y eso me pasó. Sin proponérmelo, sin un plan de negocio ni siquiera escrito a lápiz en un papel, he terminado al frente de este sacaenergías que tantos disgustos me da y tan feliz me hace.

¿Peligrosa mi Julia? ¿Uno de los pilares que aquí me afirman con la solidez de los lazos amorosos? Imposible.

—Su amante es Félix. Sabe lo de las cartas, y me ha pedido que me entere de qué van.

Treinta y tres

Julia. A ver. Félix, claro.

Los secretos entre amigas siempre son rincones de desconfianza. No desflecan los afectos, pero los enfundan, les ponen límites. Por eso, cuando se revelan, se toman como traiciones.

Julia no quiere que yo sepa que las cartas le interesan.

No la pondría en la misma cama que Félix, que además está casado, pero tampoco me sorprende del todo. Solo tengo que pasar por encima de mis prejuicios de clase media acicalada y urbanita y entender que el aquí y ahora del lugar al que sin querer he vuelto para quedarme tiene más revueltas de las que se ven a simple vista. Mucho más si me siguen colgando las aprensiones de mi mundo anterior.

Miro a la puerta de la cocina de La Librería. Está situada justo detrás de la barra, en uno de sus lados. Sombras en la pared, movimiento dentro. Se escucha el trasteo suave de cazos y cuchillos. Cortes secos sobre una tabla de madera. En ese momento, Julia sale y vuelve a entrar como si alguien desde dentro tirase de ella.

Mateo adivina mi intención y me sujeta del brazo.

—Espera que te cuente.

Me vuelvo a sentar. No he soltado la carpeta.

—Cuéntame.

—Desde hace unos meses, Félix alivia las soledades de Julia.

—Ya me lo has dicho. Y que te ha pedido que cotillees qué dicen las cartas.

Estoy empezando a sentirme incómoda.

Calculo el número de veces que me habré visto con Julia desde que Félix descubrió las cartas. No menos de media docena en las que se ha ido tejiendo un hilo de afecto. Me gusta, nos entendemos. Es paciente y sabe de la vida. Empezaba a tenerla por amiga. Valoro la discreción y ella se aplica con mucha. Dice más de lo que pregunta y eso solo sucede con los estúpidos o los generosos, y no son difíciles de diferenciar. Me habla de ella sin esperar intercambio, con tanta franqueza que es imposible no corresponder. Tiene esa serena mirada de las personas en quienes crees que puedes confiar porque ellas lo hacen contigo. Depositarias de secretos ajenos. Poderosas porque lo saben todo de ti sin propósito aparente. Peligrosas en la traición.

Sofía, estás yendo demasiado lejos. No hay traición alguna, solo silencio. Puedo aceptar que no me haya dicho nada de Félix; prudencia obliga. Pero ¿qué teme no preguntándome a mí directamente por las cartas? ¿Que me entere de lo suyo y no quiere?

—Por lo visto, las cartas le interesan a Félix —me aclara Mateo.

Le cuento mis encuentros con él, mis sospechas, mis agobios. Mis lazos cada vez más firmes con Julia.

—Qué torpes —responde.

—He hecho bien entonces en traerte las cartas. La insistencia de Félix me ha metido el miedo en el cuerpo. Extendidas sobre la mesa se ven desde fuera y pueden llevárselas.

No contesta. Se suspende en uno de esos momentos de reflexión en los que Mateo parece buscar dentro alguna respuesta a preguntas que se hace a sí mismo. Las miradas interiores dibujan en los rostros expresiones perdidas de vacío. El suyo es un cuadro impresionista.

—¿Y por qué le interesan a Félix?

Mi pregunta queda suspendida sobre la barra de La Librería, porque en ese momento regresa Daniel y deshace nuestra burbuja.

—Disculpad. Era un viejo compañero de correrías montaraces.

Se estira hacia la barra para coger su cerveza. A su espalda, me llevo el índice a los labios. No digas nada. Asiente Mateo.

—Ah. —Mateo mira hacia la puerta donde un hombre de pelo largo y barba espesa saluda con un gesto que Daniel devuelve—. Ya se le ve agreste, sí.

—Cazador. Conoce bien la sierra. Buena gente.

Da un trago y concentra en mí su atención.

—¿Y esa carpeta?

Piensa rápido, Sofía. No puedes decirle la verdad ni despertar lo más mínimo su curiosidad. Las cartas son mi secreto, nuestro secreto. El mapa del tesoro de la historia de mi vida. Y parece que la de alguien más. Pero no voy a mostrarlo sin haberlo descifrado.

Sonrío. Gano tiempo.

Mateo al rescate.

—Es verdad. Gracias, Sofía, perdona. —La coge y la coloca en la barra, junto a la pared—. Papeles del notario. No me dio tiempo a pasar por casa.

Le río la ocurrencia. Es buena. Me olvido por un instante de Julia. Justo lo que tarda en salir de la cocina y volver a colocarse ante nosotros. Mira la carpeta, pero no dice nada.

—¿Todo bien?

—¿Podemos hablar un momento? —No resisto, me puede la ansiedad.

—Todos los momentos que quieras, Sofía.

Se para a esperarme. Como Daniel. Veo en Mateo una mueca cercana al pánico. Le dispara la tensión lo inconveniente.

—A solas —aclaro.

—¿Ahora mismo?

Pienso la respuesta. Tengo clavados los ojos de Julia y de Daniel. Mateo niega despacio.

—Cuando puedas.

—¡Sally! —alza la voz dirigiéndose a la cocina—. ¡Voy a echar un *pitu* fuera, vuelvo en un instante! —y añade dirigiéndose a mí—. ¿Te va bien?

—Sí, claro.

Empieza a anochecer y hay un reflejo de estrellas a punto de sembrar de alfileres de luz un cielo limpísimo. Julia se detiene al final del callejón.

—Dime, Sofía.

Se lo suelto sin pensar.

—Puedes preguntarme a mí cualquier cosa, Julia. No hace falta que envíes emisarios a que me saquen información o que me espíen.

Las palabras me brotan frías y graves. He elevado excesivamente la voz. Sonríe y mueve la cabeza.

—Qué bocas es Mateo, coño.

—No lo sabes tú bien.

No parece sorprendida.

—Y qué poco prudente Félix —añado con intención.

—También. —Sigue sin alterarse—. ¿Por qué has traído las cartas aquí?

Yo sí me sorprendo con su pregunta. De repente, toma la iniciativa. Me ha ganado por la mano.

—Están en la carpeta, ¿verdad? No me respondas, sé que las has traído. —Pausa, se enciende un cigarrillo, ladea el rostro para no echarme el humo en la cara—. Quizá para que te las guarde Mateo o el fotógrafo; no sea que te las vaya a quitar Félix. ¿Me equivoco?

Sal, Sofía.

—¿Por qué no me has preguntado directamente a mí? Somos adultas y tenemos confianza suficiente o al menos eso creía.

—Y crees bien, Sofía.

Empieza a moverse. El ocaso invita a pasear en Sierraplana.

—Y crees bien —retoma poco después donde lo dejó—. Yo también pienso que podemos regalarnos confianza. Pero no me parecía aún oportuno confesarte lo de Félix y solo podría saber de la existencia de las cartas a través de él.

—O de Mateo, o de Paqui, o del chaval que trabaja con Félix.

—Hay que ser cuidadoso con lo que dices y a quién lo dices aquí, Sofía. Ser discreto no es una virtud, es una exigencia para sobrevivir.

—Pero tú me has contado cosas…

—Indoloras, retazos de vida que no pueden revolverse o hacerme daño.

—Pues vaya confianza.

—Reserva, mi niña. La segunda exigencia aquí es ser paciente. Discreto y paciente.

—¿Conmigo también?

—No eres cualquier persona, Sofía. Todos sabemos que vienes de otro mundo. —Intento protestar, se me adelanta—. Siempre esperamos que en algún momento te pongas arriba, donde los de tu casta parece que se sienten cómodos.

—El puto tópico del famoso inaccesible, ¿verdad? ¿También tú? ¿Conmigo? ¿Qué casta ni qué coño…?

Se detiene, me mira a los ojos. Sonríe con una ternura tan conmovedora que para en seco el cabreo y me despierta una fugaz y desconocida llamarada de atracción. Un golpe de sangre que nace en el esternón y desciende cálido, seguro, por debajo de mi cintura.

De repente quiero que me abrace.

Cierro los ojos, y cumple silenciosa mi deseo.

El cielo es ya un enjambre de puntos luminosos, un techo resplandeciente bajo el que se perfila la forma de un cuerpo que contiene dos en un abrazo delicado e intenso. Julia y yo, ella me acoge firme, yo me dejo llevar superados el miedo y la sorpresa. Besa dulcísimamente mi cuello y un latigazo de deseo me recorre abrasador, incontenible. Entonces me suelta y es un inesperado desamparo el resto calcinado por el rayo de ese instante.

Su voz serena me despierta del ensueño.

—Tú quieres quedarte aquí, ¿no? Vas a tener los santos ovarios de dejarlo todo, periodista de éxito, escritora superventas, para volver al lugar donde fuiste feliz, desoyendo el consejo de Sabina…

Consigue arrancarme una sonrisa.

—Qué sabrá Sabina… si no lo sé ni yo.

Sin pensar, la atraigo hacia mí y responde dócil; abrazo un lecho mullido que aguardaba mi cuerpo. Mi cuerpo. Lo busca ella también. Nos apretamos bajo el mismo cielo en que acabo de soñarlo.

Hablo despacio: no quiero que las palabras se abran paso y nos separen.

—Soy frágil, Julia. Como tú, como todos.

Cierro el abrazo aún más. No hay beso, pero sí un pulso común. De repente tengo la absoluta certeza de que estamos sintiendo lo mismo. Suavemente, deshago la atadura. Déjala ahí, Sofía, antes de que empiece a pesar.

Entrelazamos las miradas con la misma calidez del abrazo. Firmes, desprovistas del pudor que acabamos de borrar entre nosotras.

—Aquí me siento segura, y eso es lo que ves; eso te hace creer que ya he decidido quedarme. No sé lo que voy a hacer, si me quedaré o no. Hay lazos imposibles de romper y no sé si los míos son de esos.

Siento en el rostro el corte amable de una brisa fría y repentina.

—Pero tengo un par de certezas —añado—: que este es mi lugar y que aquí están las respuestas a preguntas que llevo años haciéndome. En esas cartas, Julia.

No responde. El silencio se prolonga unos instantes, mientras la brisa va cambiando a viento creciente. Se abrocha el abrigo.

—Y que los amigos lo son porque son leales. Lo otro es postureo —afirmo convencida.

Me toma de las manos. Noto las durezas del trabajo en las suyas, pero me transmiten calor.

—Aquí sigo, Sofía. Nos hemos conocido hace nada, pero puedes estar segura de mí. También tengo dudas, y muchos más miedos porque aquí la soledad pesa como la tierra a un muerto.

Las dos tenemos frío. Volvemos dentro. En la puerta me detengo.

—¿Por qué le interesan tanto las cartas a Félix?

Quiero saberlo antes de entrar. Quiero que la respuesta sea solo nuestra.

—Le come por dentro el temor a que revelen algo que afecte a su familia. Un secreto con el que han vivido siempre y que si ahora se supiera…

—¿Qué pasaría, Julia?

—Sería su deshonra, y a su padre podría costarle su propia vida.

Treinta y cuatro

El teléfono vibra mientras reproduce en la pantalla una fotografía en la que Ángeles y yo nos estamos partiendo de risa tratando de evitar que se caiga la bola de chocolate de un helado de cucurucho que estamos compartiendo. París 2015, cumbre del clima. COP 21. Muertas de frío y de risa.

Ángeles es mi amiga y es la única persona a la que echo de menos de verdad.

Pongo el móvil en altavoz mientras termino de doblar la toalla y el albornoz. He quedado con Daniel para ir a la playa de la Cueva.

—Ven ya de una puta vez —me suelta apenas escucha mi voz.

—¿Holaaa? Buenos días, ¿no?

Risas al otro lado.

—Esto es un infierno, Mari. El *madelman* es un sieso, no tiene ni idea y la seño está que trina porque las audiencias no terminan de remontar. De un momento a otro te va a llamar el presi para que te dejes de andar con el bolo colgando y vuelvas a casita descansada, desintoxicada y feliz.

Me llama casi a diario, aunque no siempre le cojo. Mis invitaciones a que venga y vea encuentran siempre la misma respuesta: ni de coña, a ver si me voy a quedar como tú y me hago de campo.

Ángeles es ese pasado del que no sé si quiero desprenderme del todo, esa casa que no añoro, esa gente que no necesito, ese trabajo que no echo de menos. Ha sido mi productora, mi mano derecha, los últimos quince años. Nada podía hacer sin ella. Mi prolongación, mi orden, mi estímulo. Cuando seleccionas y cuentas las noticias en

la tele, tienes que organizar el trabajo de forma meticulosa y precisa. Es la gran contradicción de nuestro oficio: has de ser creativo y riguroso, organizado e impulsivo, prudente y osado. La dificultad de combinar todo eso es lo que explica la escasez de gente con tirón, que atrape al público y se quede con él. Solo hay una forma de conseguirlo y es encontrar un compañero de aventura que lo entienda igual y sea tu complemento. Uno pone la energía y el otro la ordena. Uno alumbra ideas y el otro las desarrolla. Uno lo cuenta mirando a los ojos del espectador a través de la cámara y el otro acomoda qué y cómo hay que contar.

Cómo no me va a echar de menos. Más que yo a ella.

—No quiero volver, Mari. —Nos llamamos igual, sello de distinción, coña de salseo como marujas revenidas que somos.

—Ya, sí, claro. Qué bonito es mi pueblo y cuántas cosas estoy encontrando. Y paz, amor y plus pa'l salón… Que te conozco, guapa. Esta vez la vena jipi te ha llegado al cerebro y te ha mojado las neuronas. Pero se pasará. —Hace una pausa teatral, como si de repente se hubiera dado cuenta de algo importante—. ¿O es que te has follado ya al fotógrafo y te ha vuelto tan loca que no le quieres dejar?

Cayo ladra al ver que dejo de cargar la mochila y me siento. Este no es el plan. ¿Qué haces que no salimos ya para la playa?

—No es mala hipótesis. Pero siento decepcionarte. Aún no. De hecho, he quedado con él esta mañana para ir a la playa y me estás haciendo llegar tarde.

—Joder, tía, sigues con eso de los baños de invierno. Qué ovarios y qué pereza. ¿En serio te vas a bañar con él? ¿Cuándo te lo vas a tirar?

—Coño, Mari, estás hablando como un tío…

En la cadena empiezan a preocuparse por mi huida. No es solo cuestión de ausencia. Es la marca. Los espectadores preguntan, exigen mi vuelta. Me despedí con un hasta luego, pero por lo visto está pasando ya demasiado tiempo. Ha oído que Grijalbo, el presidente, está pensándose venir en persona aquí a hablar

conmigo. Teme que el éxito de la novela me empuje a abandonar todo lo que no sea literatura, lo que me aleje de escribir. Como han hecho algunos otros colegas como Juanito, Máximo, Olivia… No es el caso, pero tampoco es mala cosa que lo crea.

No me ha abandonado la confusión, no lo hace aunque cada mañana crezca y se nutra la raíz invisible que me une a esta tierra con la fuerza de las cosas que se tocan y que aprietan. Más a medida que avanzo con las cartas, aún entre la fantasía y la sospecha. Desvelar su misterio es una pulsión más poderosa que cualquier otra emoción o nostalgia. No hay luz más intensa que la que ilumina el presente desde un pasado que desconoces o que habías olvidado.

Me cuenta Ángeles que Marcos llama de vez en cuando. Que si sé algo de ti, que qué tal estás. No le miente, no hay motivo. Se queja de que actúo como si no hubiera nada entre nosotros, con esa fría distancia de la falta de interés y el desapego. Por algo será, explica ella. Y no lo ve, pero sabe que se encoge de hombros y no encuentra respuesta.

No me lo dice, pero tengo la certeza de que, sin mí, su trabajo tampoco es lo mismo. Lo que me duele de eso es la medida de la distancia entre lo que de verdad me importa y lo que no. Por ella sufro. Por Marcos, ni de lejos.

—A veces me siento culpable —le confieso en alguna ocasión— por dejarte ahí sola, y más ahora con la crisis, las movidas y los cambios. De verdad. Pero sigo necesitando este espacio y la distancia.

Escucho su sonrisa en el teléfono, adivino su mueca agridulce de resignación y cariño. Su mente ordenada alimenta su corazón de razones que lo alivian.

—De verdad, te echo de menos, Mari. Solo me consuela que tú estás bien, aunque seas una capulla que esté cavando su tumba profesional.

—Con flores, hierba fresca y mirando al mar, que mola mucho.

—Sola, engañándote y tan monjita como siempre. Si al menos en el campo te volvieras más salvaje…

—En eso estoy, si es que me dejas.

El silencio se adueña del teléfono. Miro la pantalla por si se ha cortado. No.

—Tengo delante la foto, acabo de encontrarla en el wasap. Está buenísimo, Mari. Si te lo calzas y le pones como Dios manda dentro del agua fría, me avisas para ponerme en la cola cuando te canses del fenómeno.

—Qué gilipollas eres, Ángeles Palomeque. No te pienso contar nada ni bajo tortura.

—Lo harás, cariño. No olvides quién es la reina del espóiler. Y tu maestría solo se adquiere trabajándola mucho contigo misma. ¿A que ya te has imaginado cómo lo vais a hacer?

Hace frío fuera. A mi alrededor, Cayo da vueltas y ladra con una contagiosa alegría infantil. Sonrío mientras echo la llave. Camino hacia el coche calculando el filo del agua fría sobre la piel desnuda. Una leve bruma comienza a elevarse frente a mí desde la costa.

Hoy puede ser el gran día.

Treinta y cinco

Temperatura exterior, tres grados; doce marca el agua.

Guardo el teléfono, y me cargo a la espalda la mochila con el albornoz y la toalla. En el límite de la autorización para aparcar, un todoterreno blanco. ¿Dónde lo he visto? La memoria reciente me lo devuelve al instante. Es el que vi un día apostado frente a casa y tomé por fotógrafos de bragueta. Y una de dos: o han vuelto o es el coche de Daniel. Abrazo la segunda hipótesis. Más razonable, más tranquilizadora.

Hoy la visita a la playa de la Cueva no es la esforzada rutina que duele, pero compensa. La rutina del agua fría. Convivo con ella, la gozo y sufro al tiempo desde hace años. Quince, veinte quizá, no lo recuerdo. Pensé en ello cuando decidí regresar. Allí tendré el mar, todos los días. Podré gozar del pinchazo en la piel del agua helada. No es cuestión de valor, solo de hábito, de descubrir una primera vez y lo que te regala. Porque duele, siempre, y más cuanto más fría, pero lo compensa la tormenta hormonal y el desafuero circulatorio de un cuerpo que reacciona a la agresión reactivando la sangre y los neurotransmisores que, para compensar, excitan la química de las sensaciones gratas. El roce en la piel del líquido helado es áspero y consistente, pero la sensación de estar viva es intensísima, y la felicidad que procura, tan real como perdurable.

No lo tuve presente al escribir ni pensé en ello cuando evocaba la playa de la Cueva. Pero desde el primer día aquí, me entregué a esta liturgia extraña y sanadora que ya me ata a la Cueva con mucho más vigor que la memoria.

Hoy, esta mañana, el presente se llena de otras sensaciones, espero otra emoción. Desvelar un misterio, abrir algo nuevo, que además del agua me abrace la sensación placentera, desconocida, de los diálogos reales o imaginados con piel nueva, con cuerpo por conquistar.

Soy una adolescente que aguarda descubrir los pliegues ocultos de la piel amada y camina nerviosa entre los robles, los sauces y las matas del curso del riachuelo que lleva a la playa. Llego a la última curva y, al vislumbrar las copas de las acacias, me asalta la duda de si estará o no, si se lo habrá pensado mejor, si… ¿Si qué, Sofía? Tienes cincuenta tacos y una menopausia asesina de dimensiones inabarcables y andas alterada por si el mocito en cuestión está o no tan embobado como tú.

Hoy no se escucha el zumbido de los bufones que anticipa el espectáculo del agua en la playa de la Cueva. El mar está en calma, sereno en el frío de noviembre. Mejor.

Cuando sacude indomable los acantilados, algunas lenguas encuentran el camino de las chimeneas, y ascienden atronadoras como nubes de tormenta que se tornan poderosos surtidores al alcanzar la superficie. Suenan y brotan solo en días de mar gruesa, feroz. El camino oscuro y silencioso que lleva el agua desde las paredes exteriores de roca hasta la playa cambia entonces de carácter y muda en un poderoso surtidor de mar desbocado, que entra a presión y se bate contra las rocas en estallidos de espuma como nieve marina. La poza se convierte en un diminuto mar furioso pero inocuo, que mece sin golpear, que abraza sin atrapar porque no puede evadirse de la jaula de piedra que ha ido construyendo durante siglos mientras la corriente no lo saque de allí, sereno y dócil, cuando baje la marea. Entra por la cueva con ademanes fieros, pero su corriente es suave e inocente, como el niño que juega a ser guerrero. El veneno mortal del mar es su capacidad de abrazarte y llevarte con él a su reino inmenso y profundo. Aquí la pierde en cuanto abandona el canal oscuro que lo trae desde el otro lado. De aquí no puede sacarte. Es entonces cuando más disfruto de esta

playa escondida y extraña. Espero a portagayola que vuelva a presentarse la corriente de agua ruidosa y colérica, y en el encuentro la ola me eleva y me cubre de espuma y me lleva de un lado a otro entre las altas paredes de las que ya no podrá escapar. Ferocidad sin filo, juego mortal sin riesgo. El mar entero y su vigor y su sangre furiosa para mí sola, en el secreto de nuestro lecho de arena y piedras. Gozo sensual de carne y agua sin adorno ni atadura.

El mar se me entrega en territorio neutral, se me ofrece domesticado y nos poseemos cuando fuera la tormenta lo convierte en intratable.

Hoy no voy a jugar sola.

Me asomo a la playa. Bajando la marea. En el centro de la pared rocosa, como la puerta del escenario frente al anfiteatro en el que se asientan las acacias, el conducto por el que entra el agua, esa pequeña cueva que apenas levanta un metro desde la superficie.

Silencio, nadie alrededor. Ni rastro de Daniel.

Del fondo de la cueva, cuya entrada solo es visible en bajamar, sale el zumbido esponjoso del agua contra las rocas al otro lado. Es suave, atenuado, como si no quisiera molestar.

Silencio y calma. El anfiteatro de acacias, verde y quieto. Las rocas y el tiempo detenidos.

De repente, una llamada desde el interior de la cueva, el mismo conducto que emite la espuma furiosa de los días de tormenta y que hoy muestra la engañosa docilidad del mar en calma. De nuevo la llamada. Como si hablara la roca desde dentro.

—¡E-o! ¡EO!

Voz humana haciéndose notar. Masculina.

—¡EEOOO!

Sale a la tercera de la cueva.

—¡Holaaa!

Abandona el escondite mirándome a los ojos. Sabe exactamente dónde estoy.

—Vi llegar a Cayo y me escondí para darte un susto.

Se acerca nadando, celebrando su hazaña infantil con la sonrisa inapelable y hermosa de un niño feliz orgulloso de lo hecho.

—Qué gilipollas eres —respondo mientras fuerzo la risa leve y algo nerviosa de quien quiere mostrarse cercana.

—Acabo de meterme, así que aguanto un rato más contigo… Si no tardas.

—No tardo.

Empiezo a desvestirme sobre el pavimento de piedra de la playa. Me he puesto de espaldas a él, frente al tronco seco en el que siempre coloco la mochila y las toallas.

Noto el frío intenso en la piel, pero puede más la certeza de que me mira mientras me cambio.

Me excita.

No me giro para comprobar que sigue atento a lo que hago porque no quiero desvelarle emoción alguna. Pero noto el peso de su atención, como el ave en el instante que descubre a quien la observa. Hay miradas tan elocuentes que adquieren sobre la piel la helada solidez de los metales. Aunque no las veas. Siento que me clava sus ojos. Me calzo el gorro de goma y, apenas me doy la vuelta, camino del agua, me deslumbra una sonrisa inalcanzable sobre el cuerpo perfecto de un dios cercano.

—Qué guapa estás… Hasta con gorro.

Y se ríe de su gracia simplona. Yo le sigo.

La decisión está tomada. Es solo cuestión de tiempo y oportunidad. Aquel lo tengo; esta la voy a buscar. Me voy a dejar llevar sabiendo dónde quiero ir, que es la única forma de enfrentarse con éxito al abismo en que quiero entrar con él, con el único hombre hoy en el mundo. Chapotear, nadar, hundirme, salir, ahogarme en él. Ansiedad y culpa; miedo y ambición me abrazan, me motivan, me despejan, me alimentan, me penetran hasta la entraña más profunda del alma, dondequiera que esté.

Me zumba la cabeza y se dispara la sangre en un recorrido suicida, dispuesta a dejarme desarmar si ese es el precio. Jamás me había sentido tan valiente y tan humana. No he notado la impresión

del agua fría hasta que me roza los brazos y me agacho para sumergir todo el cuerpo. Daniel no ha dejado de observarme. He llegado hasta él, metido también hasta el cuello en el agua fría.

—¿Entramos en la cueva?

Sí a todo.

Avanzo tras él, suspendida en los lentos movimientos de los músculos de su espalda que se activan poderosos en cada brazada. El trapecio, los deltoides; quiero rozarlos con mis dedos, sentir al tacto la poderosa belleza de sus desplazamientos, tensión, distensión y vuelta a empezar cada vez que avanza. Quiero hacerme con ese cuerpo. En tres brazadas estamos en la cueva. Es un espacio estrecho y de altura escasa. Apenas medio metro sobre nuestras cabezas en la entrada. La luz del sol se cuela a través del agua, que ilumina las paredes en penumbra y nuestros cuerpos entrando en la silenciosa oscuridad de la cueva. La roca interior, lisa y negra, reverdece con el baño luminoso del agua. El espacio se ensancha a unos dos metros de la entrada. Se eleva el techo hasta dos o tres cuerpos, y el fondo inicia una pendiente rocosa suave y pulida hasta el lugar preciso por el que entra el agua desde el mar abierto. Daniel se sienta sobre la pendiente. Apenas veo su cuerpo, pero la luz refractada ilumina las piernas que ha dejado sumergidas. A mi espalda, agua, luz y roca construyen un paisaje de insólita belleza.

Sin pensármelo, coloco mis manos en sus muslos. Abre suavemente las piernas y acepto la invitación. Me acerco a su abrigo, aún sumergida. Un inesperado golpe de pudor hace que, sin realmente quererlo, me gire ofreciéndole mi espalda. Vuelvo a afirmarme en sus piernas y retrocedo hacia él. Despacio. No le veo, pero escucho perfectamente su respiración. Hay un eco imperceptible de agua que besa en calma las paredes lisas. Se deja hacer. Me espera. Sé que estoy a punto de rozar su cuerpo. Empiezo a temblar. De frío o de impaciencia, no lo sé. De repente él me toma por la cintura y me atrae vigorosamente hacia sí. No ha dicho nada. Tampoco yo. Nada hay que decir. Hay una conexión anímica que

aparta de la piel la fría consistencia del agua que nos rodea. De repente, es un espacio que se abre a la sanguínea crecida del deseo. La sangre caliente ocupa mi pecho y me asalta bajo la pelvis. Cubre Daniel mi espalda, me envuelve con sus brazos. Su piel mojada es cálida y dura. Ha buscado el contacto de mi cuerpo con su sexo. Hay tejidos helados de por medio, el frío del agua que acabo de abandonar, y que aún nos envuelve, pero su sólida dureza irradia un calor imposible. De repente busca el mío. Desplaza con suavidad el bañador y empieza lenta y rítmicamente a rozarme. Cierro los ojos y apoyo mi nuca en su hombro derecho. Sus dedos, fríos, blandos, arrugados, se aplican con la maestría de un orfebre. Estoy a su merced, pegada la espalda, descansando en su hombro, dejándole hacer. Hasta que ya no puedo más. Le detengo. No hay frío, no hay rocas, no hay agua, solo la ansiedad pesada y densa de sentirle dentro. Nos hemos entendido. Aparto el bañador y se desliza en mi interior tan poderoso como dulce, tan cuidadoso como imparable, tan dentro que llega a rozar el límite del dolor. Le oprimo con fuerza, lo quiero ahora y siempre; coge mis caderas y empieza un movimiento de rítmico compás, de corriente mutua que no se detiene, que no puede ni debe hacerlo. Me aferro a sus muslos con todas mis fuerzas; necesito el apoyo físico en el que sustentar el viaje al que me están llevando mis sentidos. No hay cueva, no hay agua, no hay luz, no hay mundo, ni carne, ni frío, ni miedo; solo el vivo presente de un placer intensísimo que me supera, que rebasa el límite físico que lo disfruta para elevarse hasta la percepción precisa de una alianza emocional que siento imbatible. No es un hombre procurándome placer, es mi hombre ejecutando una danza antigua de posesión mutua, de mutua pertenencia. Convulsiono en un orgasmo feroz en el mismo instante en que noto el flujo denso y caliente que sucede al suyo.

Vuelve a abrazarme entonces.

Y ya nada es igual.

No siento remordimiento ni asomo de culpa. Ya no. Nos separamos con serena delicadeza. Agotados como bailarines que

acaban de interpretar una danza de siglos. Conscientes de lo vivido. Acaso sopesando consecuencias. Acaso.

—Joder, Sofía —empieza a decir.

—No lo estropees.

Comienzo a nadar despacio hacia la salida. Muy despacio. Me vuelvo a mirarle. En la oscuridad brillan sus ojos. Se desliza por la roca suave hasta alcanzarme. Me acaricia el rostro. Niega con la cabeza. Le pongo el índice sobre los labios.

En ese momento llega nítido, perceptible, el sonoro ladrido de Cayo y el sonido inconfundible de una legión de voces infantiles.

Treinta y seis

El coche abandona la autovía y se adentra en una carretera que culebrea en medio de un bosque de árboles prehistóricos. Se le notan las trazas de atracción turística en lo cuidado del camino vallado entre los árboles y el asfalto. A esta hora todavía no han llegado los primeros visitantes.

Nos ha amanecido en ruta.

Mateo me llamó anoche diciéndome que tenía para mí una sorpresa gratísima.

—Inesperada. Y creo que muy útil.

Si tú supieras, querido amigo. Si supieras. La playa, Daniel. Sorpresa la que te daré cuando te lo cuente. O quizá no. O no haga falta. Quizá me cueste más a mí asimilarlo que a ti registrar algo que puede que hayas descontado ya.

—Dime qué es.

—No. Aún no. Quiero ver tu cara cuando te encuentres delante.

—¿Delante de qué?

Silencio al otro lado. Diez segundos, veinte.

—¿De qué, capullo?

Se lo sigue pensando. Me brinda una pista.

—Carta nueve. Londres, septiembre de 1948.

—¿Me vas a llevar a Londres?

—No te hagas la idiota. Mañana te recojo a las siete y media.

—Me jodes el baño en la Cueva.

—Tú verás. —Se pone misterioso, juega—. Si quieres, vete con…

Sobresalto. No puede saberlo, claro que no. ¿O son los dos igual de voceras?

—Me voy contigo. Siete y media aquí.

Mierda. Tiene él las cartas. Me corroe la curiosidad. ¿Le llamo? Espero a mañana. Hago memoria. Sí, es la carta más reveladora y sorprendente, la que ella le envía mientras negocia con su padre contratos en Inglaterra. La carta que descubre que Quintín formó parte de la familia, que por alguna razón que aún no hemos descubierto se convirtió en habitante activo de una casa que antes nunca fue suya y poco después tuvo que abandonar convertido en fugitivo. La carta en que termina confesando su deseo de verle y abrazarle. La más feliz de todas. Aunque descubra zarpazos de incomprensión y desafecto en los dos lados.

—¿Y no me vas a decir adónde vamos?

—No. No es dónde lo importante, sino a qué.

Me centro, distraída, en el paisaje. La carretera es una ruta sobre colinas suaves que se suceden como olas planas y enormes. La sólida monotonía me adormece, pero la ansiedad del misterio por desvelar contrarresta la somnolencia.

Al fondo del cuadro de tierra ondulada y verde, una línea recta de mar en calma fija el límite del horizonte.

Viajamos en dirección norte hacia un lugar misterioso a descubrir algo que no puedo imaginar, por mucho que vuelvo de memoria a la carta feliz de 1948 escrita por Elena desde Londres a un Quintín que vive ya en el palacio y espera allí el regreso del conde y de su hija, que cierran negocios que a él también le incumben.

Ella le escribía para contarle cómo negociaban con los ingleses, cuánto sentía que él no participara en aquella liturgia y las ganas que tenía de volver a verle. Hablaba también de su madre y de su clasista intolerancia. Y de los amigos de él, que no se sentirían orgullosos por su ascenso social. ¿Estaría alguno vivo? ¿Qué secreto de aquella carta podría revelarse hoy, casi ochenta años después?

El crujido de los neumáticos sobre la grava me saca del ensimismamiento. Nos detenemos frente a un edificio señorial, de piedra color siena muy bien conservado o restaurado con pericia. Parece recién abierto. Un pequeño cartel visible junto a la puerta

indica el uso que el palacete tiene en este momento: «Residencia Valdepiélagos». No parece un asilo. Y de serlo, es de lujo. Me dispongo a salir del coche para hacerme con el lugar, pero Mateo lo impide.

—Espera un momento aquí.

Obedezco, le concedo seguir con el juego. Él me guía, él descubrirá. De un momento a otro aparecerá un mayordomo que me abrirá la puerta y me indicará el camino. Grandes macetas adornan la entrada con delicadas flores de invierno.

Miro el reloj. Las ocho y veinte. Acaba de amanecer.

No voy a impacientarme, pero estoy empezando a caer en manos de la ansiedad nerviosa de la niña que aguarda el regalo anunciado.

De pronto, una figura emerge de la tenue oscuridad del interior de la casa y se ofrece a mi vista con perfiles que en ningún caso podría haber imaginado. Mateo empuja con cierta dificultad sobre el suelo de gravilla una silla de ruedas en la que se sienta una anciana con el pelo blanco recogido, que me mira como si esperara reconocer a algún ser querido y lejano. Como se atiende a los olvidados cuando tomas conciencia de que siempre estuvieron contigo. Le mantengo la mirada. Es fija, pero inconsistente, como si una bruma de duda la reblandeciera desde lo más hondo de su memoria. Las cuencas de sus ojos son profundas y rosadas.

—Esta es la hija de Eduardo, doña Emilia. La que le dije que quería venir a conocerla. La de la tele.

La mujer esboza una sonrisa incierta.

En unos segundos, regresa la infancia a verme. Se equivoca Mateo: no hay ante mí ninguna Emilia. Es doña María, la mujer de la casa del león, la dama amable y cercana que nos daba piescos y siempre preguntaba por papá.

—Toma, mi cría, y dile a la *güela* que haga mermelada, que este año se me han pasado un poquito. ¿Sabéis algo de tu padre?

Sonreía siempre, aunque conocía de sobra la respuesta. El no de la ausencia que siempre dolía, que no hacía callo aunque se repitiera. «No sé nada, ni ha escrito, doña María». Y ella se encogía

de hombros, avanzaba cojeando hasta abrazarme y me acercaba su rostro de piel blanquísima y aquellos ojos azul cielo cercados de un rojo pálido como de virgen de estampita.

—Dice Paqui que igual viene este verano.

Y ella asentía, y la niña que era yo no entendía que la caricia era más de lástima que de afecto cierto. O quizá de ambas.

A veces le hacíamos recados. «Con esta cojera mía», se quejaba, «no puedo moverme demasiado». Y siempre nos trataba bien.

Otros días nos quedábamos en su casa a merendar, y nos contaba historias de brujas y de duendes que vivían en el bosque, y Paqui y yo nos mirábamos fascinadas; a veces asustadas, casi siempre temerosas. Alguna vez nos conjurábamos para entrar en Santumedé una noche y buscar las procesiones nocturnas de las almas en pena, pero nunca nos atrevimos. En cierta ocasión, creímos escuchar los cánticos y el rumor de las estantiguas en el límite mismo del bosque, a los pies de Sierraplana. Almas condenadas a no salir jamás, a vagar siempre y cantar su dolor en las noches oscuras de tormenta y temporal. A veces los relámpagos iluminaban la procesión de condenados, pero nunca nadie los vio con sus propios ojos.

—Doña María. —Me agacho a besarla y ella me busca—. ¿Cómo está usted? Qué alegría verla, cuánto tiempo.

Huele a limón amargo y a detergente, a infancia y a superstición. Igual que entonces.

Su mirada está rebuscando en un pasado que debió enterrar. ¿Recordará lo mismo que yo? Claro que no, la memoria nunca es igual para nadie; es algo creado por cada uno de nosotros. Lo vivido siempre es único. Durante un rato su expresión es de concentrada atención. Escucho tras ella a Mateo preguntarme: ¿María?

—Eres la hija de la india, ¿verdad? La de Eduardo, la que sale por la tele.

—Sí, doña María.

—Así es como me llamaba tu padre. María. —Hace una pausa, aprieta mi mano sin fuerza apenas, como para retenerme—. Era el

único, y me gustaba. Más que Emilia, que es como me conocían todos. María Emilia. ¿Te acuerdas de mí?

Entonces sí es. Yo soy la equivocada. Es Emilia, la sirvienta, la que le contaba a Elena las mismas historias que a nosotras, la que le decía que ella había llegado a escuchar los cánticos en las oscuras noches de tormenta. La Emilia de las cartas es la María de mi niñez.

La revelación me roba el aire en una sacudida repentina.

Me cuesta respirar. Un intento, dos; a la tercera lo consigo.

Tengo ante mí de un golpe mi infancia y también la verdad de las cartas, todas ellas encarnadas en esa anciana que me mira más allá de mi propio contorno. La misma verdad, mi vida misma.

La sangre se agolpa bajo la piel en todos los rincones de mi cuerpo. Si me pincharan, brotaría como un torrente incontenible. Como mi padre, es mi historia y está en las cartas.

Pero viva frente a mí.

Treinta y siete

—¿Y cómo está Eduardo? ¿Qué tal le va? ¿Sigue con los caballos?

El salón de la residencia es amplio y está amueblado con un gusto acorde al porte y la edad de la mayoría de los presentes: gastado, viejo, oscuro. Contrasta la conservada elegancia del exterior con el aparente descuido de una decoración desordenada y escasamente cálida. Flotan en el aire olores químicos.

Nos hemos acomodado en un rincón, bajo el haz de una lámpara aún encendida. La anciana se ha dejado caer en un sillón tras abandonar, no sin esfuerzo, la silla de ruedas.

—Mi padre murió ya, doña María.

—Como todos. A mí me queda poco —añade sin emoción—; ya tengo ganas.

No ha dejado de mirarme en ningún momento.

—Entonces eres hija de Eduardo.

—Sí, doña María. Y de Aurorita.

—La india.

—La india.

Y, súbitamente, otro inesperado sobresalto.

—Ya me acuerdo, ya. Que venías con Paqui por casa y metías la mano en la boca del león de piedra. —Pausa, me examina de arriba abajo—. La misma cara que Quintín, ya me acuerdo, sí. Y ahí sigues.

¿No había más parecidos que sacar? ¿Quintín? Me he preguntado muchas veces cómo era. Yo le imagino tosco pero proporcionado, como si su desusado hábito de leer y pensar le otorgara calidad estética. Elena habla de él en las cartas como alguien más que agraciado. E inteligente. Y generoso.

—Querrá decir Eduardo, doña María.

—Quintín, moza. Igual que Quintín. De cara pan torta como tu madre y así como india, tal que ella. Pero la sonrisa y el porte son los de Quintín. O a lo mejor es Eduardo y me confundo. Qué pena de muchacho, el pobre Quintín. Le cargaron la muerte del Pinturas, que era muy mala gente y bien muerto está, y se tuvo que escapar lo más lejos posible. —Baja el tono, confidencia—.Y se fue con él Eduardo, que lo dejó todo para irse con el amigo. Me dejaron sola. Bueno él, Eduardo, que era buen mozo y muy buena gente y siempre me trataba bien. A mí me gustaba mucho, porque era muy atento y en aquella casa tan fría no había muchos amigos. Ni entre el servicio, que éramos cada uno de su padre y de su madre. Eduardo era bueno y bastante apuesto. Pero se fue. Luego volvió casado con una pobrecita india muy guapa pero muy sola, y tuvieron una cría que yo creo que se fue y no ha vuelto. Y la madre sigue esperándola y Eduardo con los caballos…

Se detiene. Frunce el ceño.

—Ah, claro, que tú eres la cría aquella, que has vuelto. Pero tu padre ya no está. ¿Y tu madre sí?

—Murió también, doña María. ¿No se acuerda usted de que me hablaba de ella cuando Paqui y yo íbamos a verla a casa?

—Paqui, claro. ¿Se ha muerto también?

—No, ella no.

—Me alegro. Era muy buena chica. Y dime, ¿quién es este caballero y por qué habéis venido a verme?

—Soy Mateo, doña Emi… María. Amigo de Evelio, su sobrino. Estuve hace unos días con usted; me trajo él.

—¡Ah! Evelín, ¿ha venido él también?

—No, no ha podido. Vendrá mañana, me dice.

—Siempre viene mañana y nunca es mañana. —Silencio. Doña María ha cerrado los ojos. Respira pausada—. Dile a Evelín que cualquier día me muero y no me voy a despedir. Tú quédate, mi cría, que me tienes que contar cosas del pueblo y de tu madre y de tu padre.

—Cuénteme usted también, doña María, ¿qué tal está aquí? Parece elegante y muy limpio este lugar. ¿Es cómodo?

—Pues según los días. Hoy mejor porque tengo visita, pero mañana no lo sé, porque nunca es mañana. Ayer un poco mal. Algo que comí. Yo te he visto en la tele.

—Claro, doña María. ¿Y no se acuerda cuando íbamos mi prima Paqui y yo a verla y nos daba piescos para la mermelada y a veces merendábamos en su casa?

—Claro. Y que te daba miedo el león que había sobre la ventana de la cocina, junto a la puerta de entrada.

Todavía está allí, a la entrada del pueblo, sobre el marco de la ventana, la cabeza de león con la boca abierta que en primavera se tragaba pájaros y en invierno amenazaba oscura y fría. Una vez metí la mano, aupada por Paqui, y había algo viscoso y maloliente por dentro. Doña María nos regalaba historias y emociones y nos daba higos y melocotones para la mermelada y galletas de maíz que mojábamos en leche y que nos sabían a gloria.

—Pues aquí estoy, que me trajeron los sobrinos, que dicen que mejor que en casa sola, y yo les digo que mejor en casa con alguien, pero no pueden. Y aquí me consumo y la cabeza se me va, que ya soy muy mayor, voy para noventa, creo. Me dio mucha pena cuando se fue Eduardo con Quintín, que seguía tratándome muy bien cuando entró en la casa, que en el pueblo no se lo podían creer y yo les decía que sí, que como era listo y buen mozo y estaba la señorita Elena enamorada de él, pues lo habían metido en el palacio, y eso que a la señora, que era una bruja y muy mala persona, no le gustaba nada, porque no quería juntarse con la gente del pueblo ni con ninguna gente que fuera de pueblo o de labor, porque ella era una… una… de altura, ¿cómo se dice? ¿Te he dicho que eres igual que él?

Detiene el desordenado relato para volver a clavar en mí sus ojos azules engastados en profundas cuencas de rosa pálido.

—Igualita. Pero no eres hija suya, ¿verdad?

—De Eduardo, doña María…

—Tampoco. De la india. Que vino sola y a veces hablábamos con ella y era muy simpática, pero tenía los ojos tristes y una forma de decir las palabras que era más difícil aún que la de los tejeros. La madre de Eduardo, doña Flora, la cuidaba mucho y bien, y Paqui también. Y a la niña que tuvo con Eduardo, que era de piel oscura y ojos como su mismísima madre.

Vuelve a concentrarse en mis ojos, y se detiene en mi nariz y en la boca.

—Y te pareces a aquella niña que venía a casa y le daba de merendar junto a su prima Paqui. Y Quintín nunca más volvió, con lo bien que estaba en aquella casa cuando Elena consiguió que el padre le aceptara, que no creas que fue fácil, y la señorita me contó cómo lo habían hecho… —Vuelve a pararse, mueve la cabeza a los lados, pierde la vista, levanta la mano, señala con el índice al cielo—. Pero no me acuerdo. Y cuéntame, qué fue de Eduardo y de Paqui y de doña Flora, que era tan dispuesta.

Mateo asiste atento al diálogo. Me parece que toma notas.

—Doña Flora murió hace tiempo. Todavía estaba usted en el pueblo. Y Paqui sigue allí, con Dosio. No tuvieron hijos. Y ahora yo he vuelto.

Quedamos las dos en silencio. Mateo deja de escribir.

—Señora —pregunta tratando de recuperar un hilo que nos abre nuevas pistas—, ¿cómo consiguió Quintín entrar en la familia si no querían saber nada de él?

Doña María le mira como al extraño que irrumpe inesperadamente.

—¿Y usted quién es?

—El amigo de Evelio.

—¿Ha venido Evelín?

—No, señora, mañana.

—Como siempre. ¿Y qué haces aquí? ¿Y por qué me preguntas eso?

—Curiosidad. Como soy amigo también de Sofía, quiero saber algo más de su vida.

—¿Y quién es Sofía?

—Soy yo, doña María —le digo mientras tomo su mano—; que he venido a ver cómo estaba.

—Pues según los días. ¿Y qué tal tu padre?

—Lejos.

—Como siempre. Yo le quise mucho. Creo que hasta me enamorisqué de él. Pero se fue con Quintín y cuando volvió ya se había casado con la india. Yo nunca me casé. Nadie quería una sirvienta coja.

—Pero usted me ha dicho que Quintín la trataba bien cuando entró en la casa.

—Sí, sí. Entró en la casa porque Elena y él estaban muy enamorados. Qué envidia. Y hubieran seguido así siempre si no hubiera sido porque le cargaron el muerto del crimen del Paso de la Mula y tuvo que escapar. Y Eduardo se fue con él. Ella estuvo muy triste durante mucho tiempo. Cuando me fui de la casa, ella me dio un abrazo muy grande y me dijo, «Emilia», porque ellos me llamaban Emilia para distinguirme de las otras Marías que trabajaban en la casa, porque yo me llamo desde que nací María Emilia.

Y mira hacia arriba, y sus ojos perdidos brillan en sus cuencas, hasta que los cierra, y niega suavemente con la cabeza en ese diálogo con ella misma en la nebulosa gris de su mente gastada.

—¿Qué le dijo doña Elena? —pregunto mientras aprieto aún más su mano, como si fuera la llave que le hace regresar—. ¿Qué le dijo?

—¿Quién? Ah, la niña. Sí, me dijo que fuera feliz y que… que… sí, que en cuanto pudiera se iría con Quintín. —Vuelve a fijar en mí sus ojos de cielo y carmín—. Y tú…

Se detiene, y un aire helado, una corriente intensa y repentina, me entra por los pulmones sin entender ni cómo ni por qué.

Mateo no puede morderse la lengua por más tiempo.

—¿Y cómo consiguió Elena que aceptaran a Quintín?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Para conocer la verdadera historia de este lugar.

—¿De qué lugar?

—Estamos tratando de reconstruir su historia de amor y de paso mi propia vida —le aclaro yo.

—Yo no sé nada de eso. —Se encoge en el sillón. Parece cansada—. Me alegró mucho que se fueran a casar Elena y Quintín. Porque iban a casarse cuando él mató al Pinturas y se llevó las joyas que había robado del neceser a la condesa. Que eso yo lo vi y la oí gritar por toda la casa como si fuera una endemoniada a la que le habían robado; y que solo podía haber sido alguien que pudiera entrar tranquilamente en la casa porque, si no, las criadas se lo hubieran hecho saber a ella. Y una criada no podría haberse atrevido. Y gritaba que era el canalla del Quintín. Y fíjate que iban a casarse, porque se querían de verdad, que a él le habían metido ya en la familia y lo habían aprobado el cura y el sargento, que los reunió a todos en la casa con doña Elena, que era lista como el hambre, y me dijo que qué me parecía la que había preparado, y yo le dije que muy bien, pero no lo recuerdo, solo que estaban allí don Pelayo y el cura y el guardia civil, ¿o era un carabinero? Y decían de Quintín, allí presente, guapo como él solo, arregladito como para una misa, que, aunque su padre era rojo y mala gente, él era generoso y alimentaba él solo a su madre y a su hermana y era honrado y cumplidor, y todo eso lo escuchaba yo mientras preparaba la merienda para servir, y un rato que Quintín se ausentó, Elena, que estaba también en la reunión, les dijo a todos que su decisión era que se casaría con él y que tenía mucha mano para los negocios. Y al padre no le pareció mal y don Anselmo, que era el cura, dijo que su madre y su hermana eran piadosas y cumplidoras. Me acuerdo de la cara que puso el guardia civil, que era de pocos amigos, porque no debieron de gustarle mucho las alabanzas que los demás hacían de aquel pescador apuesto, hijo de un rojo y seguramente rojo como él. Pero, claro, ¿qué iba a hacer si el cura y el conde eran los que mandaban en las almas y en las pocas haciendas de los demás? Y Elena estaba feliz. Y luego ya empecé a verle a él cada vez más por casa. Qué guapo estaba, siempre vestido como un señor, no como un pescador. Anduvo por mucho tiempo en la casa, hasta que pasó

la desgracia. Y me trataba muy bien y se juntaba mucho con el servicio, sobre todo cuando bajaba a hablar con Eduardo, que seguía siendo su amigo, y hacía bromas con él y le trataba de usted y le llamaba «señor» y se reían. Alguna vez bajaba también doña Elena y los dos iban de la mano, como si no fueran de familias tan distintas. Se iban a casar.

Hay un silencio que se prolonga eternamente. Llegan voces amortiguadas desde el centro del salón. Cada vez hay más gente. Un joven con un chándal claro ha apagado la luz de la lámpara preguntándonos qué tal estamos.

—Bien, gracias.

—¿Todo bien, María Emilia? ¿Estás contenta con que hayan venido a verte?

—Claro. Me alegro mucho.

Asiente.

—Estaban verdaderamente enamorados. Yo creo que ella nunca volvió a ser la misma. Ni a querer a nadie. ¿Sabes, mi cría? En el fondo, aunque yo era la sirvienta, y estaba coja y era fea y sabía que nadie me iba a querer nunca, a mí doña Elena me dio muchísima pena. El día que se fue me dio un beso muy largo y las gracias por tantos años. Y que fuera feliz y que buscaría a Quintín… eso te lo he dicho ya, ¿verdad? Sí. Y yo me fui a casa y siempre estuve sola. Hasta que me trajo aquí Evelín, que en parte tenía razón, porque yo quería estar en casa, pero no sola. Ni lo quiero. Porque estar sola es lo peor que te puede pasar. Peor aún que ser coja o que no te quieran. Y creo que Elena se quedó para siempre sola.

Treinta y ocho

Qué suerte he tenido de conocerte y amarnos. Ya pienso en nosotros para siempre. Aunque no sepa cómo, aunque tu oficio y las minas sean agua y tierra, como aire y fuego que se necesitan, pero son distintos. Y sé que habrá que luchar, pero ya no me acobardaré como el año pasado. Me siento más fuerte; el amor me llena de energía.

Elena se abre en la carta en la que le habla de sus sueños, de lo que imagina y espera. La misma en la que le cuenta que su padre lo tolera mientras guarden su noviazgo en secreto, quizá con la esperanza de que se aburra, y su madre no quiere ni oír hablar de él. La misma carta en la que Elena convierte —también ellos, cuánta magia, qué juego del destino— la playa de la Cueva en su rincón secreto, con ese mar «vigoroso y feroz que llega allí y se apacigua, se calma, se serena sin perder su fuerza. Es poesía de la naturaleza como esas sinfonías que nacen intensas y luego se disfrutan suaves, melodiosas, emocionantes. Y esa deliciosa armonía del perfume de las acacias».

¿Se besarían en la playa como hicieron en el Paso de la Mula? ¿Se buscarían entre las acacias con la misma ansiedad con que yo busqué a Daniel?

Qué hermoso lo que estamos viviendo. Qué luz ha entrado en mi vida contigo. Vuelvo a escribirte porque he descubierto que el corazón habla mejor y más alto cuando me tomo el tiempo para escucharle y entender. La palabra dicha vuela y a veces sale atropellada, mientras lo escrito lleva la calmada verdad del reposo, de la reflexión, de la emoción comprendida que se quiere compartir. Te amo. Te amo. Te amo.

Añoro, al releer, el sentimiento que nunca he tenido.

No he amado nunca así. Ni sé si podré hacerlo.

Daniel. Ensoñación infantil, idealización de un polvo de dimensiones inabarcables en tierra hostil. Agua fría, helada, que no sentí. No la recuerdo rodeándome al pensar de nuevo en ello. Solo están sus brazos, mi espalda y… Abre los ojos, Sofía. Estás con Mateo en su casa tratando de colocar lo revelado por doña María en el puzle de las cartas para iluminar la historia de amor en la que está tu vida, y sacas a pacer sensaciones perfectamente impertinentes en este lugar y este momento.

—Esta carta es clave, querida —rompe Mateo la burbuja—, es la más viva y luminosa, la única realmente feliz que ella escribe.

Hay una melancolía, una suerte de envidia imprecisa ante el relato de un amor tan intenso como el que leo. Vuelvo a la memoria cercana de Daniel. Algo con él está por venir. ¿Como esto? Un latigazo de vértigo me hace dar un respingo. Me encuentro la mirada sorprendida de Mateo.

—Hay otra aún más luminosa, amigo. La siguiente, la que él le escribe con su alegría y sus dudas cuando le cuenta la llamada del conde.

Rebusca en la cartera. «Número ocho, sí, aquí está». Lee en voz alta.

—«Mi amada Elena: Todo esto es como un sueño inesperado y extraño, como todos los sueños. Tienes razón en eso que dices de escribir lo que sientes. Es más fácil darle forma. Poner por escrito un sentimiento te ayuda a saber lo fuerte que es y también a comprometerte con él. El compromiso es siempre muy importante, eso lo decía y lo hacía siempre mi padre».

Se detiene y me aclara.

—El rojo, el republicano que se fue a la guerra mundial… y murió en un campo de concentración —apostilla Mateo interrumpiéndose a sí mismo—. Un buen hombre.

—Sigue…

—Sí, ya me acuerdo, tienes razón…

—Sigue, Mateo, quiero escucharla, como si fueras él.

—¿Interpreto? —pregunta irónico.

—Haz lo que te salga de los cojones, pero léemela.

—«Te amo… —Levanta los ojos y sonríe mientras lo lee, con una mirada que quiere ser irónicamente cómplice, pero que me llega torcida, contaminada por el amasijo informe de mis emociones—. Yo también lo repetiría mil veces, como decías tú en la carta que me mandaste. Te amo con toda mi alma y eso me hace sentir dichoso, aunque como hombre me cueste reconocer un sentimiento así y, más aún, dejarlo por escrito. Y no te quiero contar lo que sería que mis amigos o la gente de La Vega leyera estas cartas. Seguro que se reían de mí».

He cerrado los ojos. No estoy escuchando a Mateo. Su voz cobra un tono algo distinto, más juvenil. Si la carta es de 1947, mi padre tendría veintitrés años, Quintín quizá un año más. Veo al joven atractivo del Paso de la Mula. Su pelo está desordenado y algo sucio. Se inclina sobre la mesa cubierta de hule cuadriculado de una cocina pequeña, por cuya ventana asoman mástiles inmóviles de barcos pesqueros varados por la marea baja. Sigue escribiendo mientras repite en voz alta algunas de las frases, como si quisiera respirarlas en el aire de la cocina. Se ayuda de la luz amarillenta de una bombilla que cuelga sobre la mesa. Consigo concentrarme en la escena. Siento que vivo en el cuadro que yo misma imagino.

—«Pero no soy el único ni seré el último que lo haga. De hecho, te recuerdo que fui yo quien escribió la primera cuando te dije que no me gusta morderme la lengua por si me enveneno».

Levanta la vista del papel y deja viajar su mirada sobre los mástiles a través de la ventana. Sonríe, respira hondo. Destila ilusión y juvenil expectativa.

—«Tampoco yo me esperaba que el conde de La Vega me llamase para decirme que, si quería seguir con su hija, tenía que dejar mi mundo para entrar en el suyo. Como si no fueran lo mismo. Como si no estuviéramos en este siglo, sino cien años atrás. Sigo pensándolo. Como ya te dije, para mí no es una renuncia a una vida, pero sí un paso en una dirección distinta a la que yo me había

trazado. Mi madre y mi hermana dicen que es una magnífica oportunidad; Eduardo se ríe de mí porque dice que no sabe cómo va a ser tenerme de *amu* y ser él el criado. Yo le he dicho que le azotaré si no hace bien su trabajo. A mi padre no le gustaría, seguro. Y eso también me pesa, querida Elena».

Vuelve a levantar Quintín la vista. Una sombra leve cruza su mirada. Ya no es al exterior; se pierde en el techo, como si buscara más arriba alguna suerte de orientación o respuesta. Niega con la cabeza y vuelve a escribir.

—«Ya hemos hablado de cuánto me asusta la idea de dejar la mar y encerrarme en un traje y viajar y aprender de números y minas. Me está proponiendo ser rico y poderoso como precio a pagar por pasar el resto de mi vida contigo, con la mujer que amo y me ama, para que la heredera del conde de La Vega se pueda casar con alguien con posibles. ¿Quién diría que no? Solo un idiota. Yo quizá lo sea. No porque vaya a negarme, sino por el miedo a una tierra firme que podría ahogarme de una forma mucho más cruel que la propia mar. No soy hombre de oficinas, aunque me gusten los números y no se me den mal, pero me da miedo no hacer lo que se espera de mí. Aunque al mismo tiempo me pregunto, y no tengo respuesta, cómo se puede cambiar de clase sin dejar de ser la misma persona. Tengo miedo. Espero no equivocarme, amor mío. Por ti, por nosotros. Te amo, mi Elena».

Vuelve a repasar la carta. Afirma y niega a medida que va avanzando por lo escrito. Cuando termina, se levanta, sale del cuadro y vuelve al poco rato con un sobre. Dobla cuidadosamente la carta y después la deja sobre la mesa.

—Eso es. Decide entrar en la familia, con sus dudas y seguramente con sus amigos en contra. —Vuelve Mateo a traerme al presente.

—No todos. Eduardo no —le aclaro—. Y tampoco su familia, la madre y la hermana querían que siguiera adelante.

—También para ellas era una mejor opción. De hecho, creo que les compró una casita en Torrelavega.

Recapitulamos. Doña María nos confirmó que Quintín entró en la casa. Año 1948, al menos ese verano, porque la carta de Londres está fechada en septiembre.

—También —apunta Mateo— que el padre lo consultó previamente con las autoridades, o sea, el cura y el jefe de la Guardia Civil. No estaba de más considerar la opinión de las fuerzas vivas. Pero estas, si pusieron objeción, no fue a mayores.

—María… Emilia nos dijo que al guardia no le gustó, pero no dijo nada.

—Fue la madre de ella, Regina, la que no lo aceptó —completa él—. Nunca. De hecho, lo que nos dijo Emilia fue que, en cuanto pudo, la condesa le encalomó el robo de las joyas… Y que en la huida mató al miserable. Octubre de ese mismo año. Se dio prisa.

—Le acusaron de matar, Mateo. Tú y yo sabemos que no haría algo así.

—No sabemos nada hasta que averigüemos.

Se encoge de hombros cuando le invito a pensar si alguien con ese presente y ese futuro por delante sería tan torpe como para robar primero y matar después.

—Las cartas, querido, desmienten la idea del crimen suicida. Llevan a Quintín a la casa pese a sus dudas. Está claro que lo preparó y ejecutó Regina, la condesa, mintiendo y manipulando.

—¿Y mató también a un tipo para cargarle el muerto a Quintín?

¿Todo lo hizo la condesa?

No encuentro respuesta.

Respiro hondo. ¿Dónde hallarla?

—El Pinturas.

Mateo me mira extrañado:

—¿Se mató a sí mismo y le cargaron el suicidio? —pregunta abiertamente sorprendido.

—No, coño, Mateo. ¿Quién es? Sepamos quién es el muerto y nos acercamos al móvil.

—¿Y eso qué nos dice?

—Que quizá había alguien más que le tenía ganas. Recuerda lo que dijo doña María…

—… Que era muy mala gente y que bien muerto esté.

Treinta y nueve

Cuando entro en La Librería, Félix conversa con Julia en el fondo de la barra.

No es una conversación de amantes. Hablan quedo, pero su expresión es seria. Se callan al verme entrar.

El pacto al que hemos llegado ha sido cartas por información. Secretos por secretos. Guardar por destapar.

Concentrada en lo que voy a contar y en lo que espero que me cuenten, no reparo en el parroquiano que baja la escalera. Hasta que me sobresalta su voz.

—Querida Sofía, qué cara te vendes.

Él. Gigante y niño. Sonrisa abierta, fresca y alegre. No hemos vuelto a hablar desde el polvo en la Cueva. ¿Dos días? ¿Tres? Un par de wasaps cariñosos y algo de añoranza y reconocimiento.

Tiempo. Es mi tesoro y no quiero tirarlo, por eso dudo cuándo y cómo volver a verlo. Le devuelvo la sonrisa. Hoy sí. El valor inexplicable de lo inesperado.

No está solo. Una mujer joven, de aires bohemios, desciende tras él y clava sobre mí una mirada fija e inmóvil mientras se pega a su hombro en un elocuente gesto de posesión. O de refugio.

Puñal de hielo. Se me para el corazón. Inesperadamente, él estira su sonrisa.

—Candela, esta es mi amiga Sofía, creo que la conoces de la tele.

No sé cómo reaccionar. ¿Y estos celos? En un segundo los disipa y la negra nube de tormenta cambia de dirección. Otro viento la blanquea y se la lleva.

—Sofía, mi hija Candela, que ha venido a verme.

La niña es guapa, algo menuda y de rostro felino. Apenas debe pasar de los veinte.

Se pregunta quién soy. Me pregunto si me aprueba. Ya estamos.

—¿Os vais?

Deseo que me digan que sí. Me ha gustado verle, llena el instante porque tengo hambre de él, pero ahora me importa más mi historia.

—Si me lo pides tú, nos quedamos.

Candela frunce el rostro y lo mira agresiva. Niego con la cabeza. Disfrutad de vuestro tiempo.

—Nos vemos, entonces —se despide Daniel, y añade—: Y respóndeme a los mensajes.

Sonrío. Lo haré.

Alcanzo la barra. Y no sé si para desarmarme ante la previsible contienda inminente, Julia me dispara.

—Vosotros tenéis algo, ¿no? O muchas ganas. El fotógrafo y tú, digo.

Me encojo de hombros. Qué bobada, respondo en el gesto. No sé si quiero compartir con ella lo de Daniel. Desde luego, nunca delante de Félix. Le saludo. Cortesía que no llega a ser amable. Tampoco él se esfuerza en la cordialidad. Es como si no nos fiáramos el uno del otro. Yo trato de ser educada, y me sale. Cuando una tiene el hábito de liberar emociones modulando su intensidad delante de una cámara, sabe muy bien cómo repartirlas ante un semejante.

—¿Qué queréis saber de las cartas?

Se miran. No sé si es sorpresa o complicidad.

—No habla de vosotros ni de otra gente que no sean Quintín y Elena, mi padre y Emilia, que es María, la de la casa del león que ahora está en la residencia. Por cierto, con pinta de ser carísima, que no sé quién la pagará.

Se encoge de hombros Julia. No responde Félix. En unos segundos, él toma aire y pregunta.

—¿Qué dicen del crimen las cartas?

—Nada. No hablan de él. Ni una línea. Solo hay dos escritas después de que Quintín huyera, pero en ninguna se habla del

crimen, salvo para que él asegure que es inocente y ella que así lo ha creído siempre. Nada más.

—¿Podemos verlas? —pregunta Julia.

—Claro, sin problemas. Pero delante de mí.

Se miran; asiente él. Me dicen sus gestos que es Félix quien tiene la necesidad y ella colabora. Lo miro a él para añadir:

—No hay nada que afecte a nadie que no sea de esa familia… o la mía. Ni nombres, ni escenas, ni nada de nada. Por eso me intriga tanto el interés —casi enfermizo, pienso— que tenéis por saber lo que se dice.

Julia mira a Félix en lo que se me antoja un gesto ensayado. Asiente él, y toma aire antes de soltar:

—Señora Sofía, o Sofía si me permite. —Lo acompaña con una sonrisa que pretende ser cordial—. Si me permite…

—Te permito. Y hasta te autorizo a que me trates de tú.

Julia emite una mirada asesina. Ha visto, disfrazada de concesión, el hilo cortante de una superioridad contenida. Un maternalismo indulgente ante la turbación de un inferior. Podría tener razón. Ya te vale, me dice sin abrir la boca.

—Pues si me permites, Sofía, te diré que este pueblo siempre ha sido un lugar tranquilo de gente muy normal que trabaja en el campo con las vacas o en el turismo, gente que emigró con el tiempo porque aquí se vivía mal. Entre ellos, su padre, tu padre y otros de tu familia.

Se detiene, como si esperase reacción. No la hay. Sigue.

—Nunca ha habido líos ni los hemos buscado, y entre nosotros nos hemos llevado bien. En los últimos años aquí ha venido mucha gente, sobre todo cuando el covid, que muchos estuvieron encerrados en sus casas de aquí y muchos otros compraron después para hacer lo mismo si volvía a pasar. Jamás ninguno de esos forasteros ha tenido queja de nosotros ni ningún problema. Aquí viene la gente a pasear tranquilamente y tomarse algo en algún sitio como esta librería. O a irse a la playa del Sable o a la sierra. Hasta

se meten en el bosque los turistas para ver si se encuentran con las almas en pena.

Otra pausa. La misma respuesta.

—En los últimos tiempos, gracias a su… a tu novela, ha venido más gente. Y eso está muy bien, pero a veces puede ser un problema. La playa de la Cueva ya tiene muchos más visitantes *foriatos* que los que caben por la senda. Pero así y todo, eso no está mal, porque es más dinero para el pueblo.

Mira a Julia. Que se decide a entrar.

—Lo que quiere decir Félix, y no se atreve, es que si se cuenta algo de un crimen en el pueblo que ya se olvidó hace tiempo, la gente se lo tomará como una losa, un estigma que en nada le va a beneficiar. No lo quieren. No quiere ser el pueblo del crimen de los amantes.

—El crimen de los amantes. —Encajo irónica—.Ya. No está mal.

Julia actúa como si no me hubiera revelado ya el interés personal que tiene Félix. Le agradezco la confianza que eso implica. Pero tengo que disparar.

—Hay familia tuya implicada en esto, ¿verdad, Félix?

No responde.

En la planta superior, una silla se mueve de sitio, y en la cocina, al otro lado de la barra, un fogón se enciende con el golpe apagado de la llamarada.

—Yo os enseño las cartas y vosotros me lo contáis todo. ¿Hace?

Cuarenta

—¿Qué quieres saber?

Todo. Me sorprende la pregunta de Félix. Han leído las cartas, medido sus silencios, la luz que muestran y la enormidad de lo que ocultan.

—Empieza por contarme el interés que tienes tú en todo esto.

Me vuelven a la memoria las palabras de Julia, el temor a que las cartas revelen algo que afecte a su familia, el secreto que sería su deshonra y le costaría la vida a su padre. La complicidad con el chico el día que descubrieron la lata con las cartas. Su afán de poseerlas.

El piso superior de La Librería es una biblioteca cuadrangular con estanterías y varias mesas sobre las que reposan libros al alcance de cualquiera dispuesto a negociar su precio. No es difícil. Julia no marca imposibles ni con los libros más raros o antiguos, que algunos hay. En la alacena de la izquierda, nada más alcanzar el piso superior, protegidos por dos grandes mamparas de cristal, algunas ediciones antiguas de libros clásicos, entre ellos un *Quijote* en cuatro tomos de 1782. También mapas, manuscritos antiguos y varias cartas y documentos autógrafos de políticos y poetas. Todo el espacio está rodeado de libros, envuelto en ellos. Huele a papel y madera vieja. Entro en él con la misma reverencia con que lo hacía en la capilla del colegio de las monjas cuando respiraba el aire sagrado cargado de incienso y temor de Dios. Lo sagrado siempre me sobrecoge. No hace falta tener fe para encogerse ante lo sobrenatural, aquello de lo que emana un aire de verdad y sabiduría. El mundo está escondido en las estanterías y en los armarios y anaqueles de este templo.

Hablamos en la mesa redonda del fondo, la que está junto a la enorme ventana principal que ocupa casi toda la fachada. Cualquiera desde fuera puede vernos.

—Mi único interés —asegura Félix— es que no se remueva un pasado doloroso, nada más.

—¿Por qué doloroso?

Tarda en responder. Está incómodo. Cruza la mirada con Julia, pero no hay el menor gesto en ninguno de ellos.

—El Pinturas hizo mucho daño a mi familia, y resucitar su memoria afectaría a mi padre, que es muy mayor y sufrió mucho por culpa de ese cabrón.

—¿A tu padre? ¿No me dijiste que resucitar aquello haría daño a la familia del crío que trabaja contigo? ¿No era familia de la víctima, del Pinturas?

Abre los ojos como si hubiera emitido un sacrilegio.

—No, no, al contrario. El Pinturas había hecho daño a su familia, y volver a sacar el tema le haría revolverse. Ese crío es mi sobrino. O sea que me haría daño a mí.

Julia se ve en la obligación de aclarar.

—Podrían acusar a Martín, el padre de Félix, de ser el asesino del Pinturas.

—¿Por qué?

—Porque tenía todos los motivos —responde Julia—, y hasta había comentado alguna vez que lo mataría en cuanto estuvieran a solas.

—Pero ya ha prescrito el crimen, y es muy mayor… ¿Cuál sería el problema?

—Que la familia del Pinturas sigue en el pueblo —es Félix quien lo cuenta—. Viven en la casa que está al final, cerca del bosque que se asoma a la ría. Si ahora se dijera que lo mató mi padre, irían a por él. O a por mí.

—¿Y no lo mató?

—No.

—¿Seguro?

—No estaba en el pueblo aquel día. Lo hubiera hecho de buena gana, pero no estaba en el pueblo.

—¿Entonces?

—Tu padre, don Eduardo, me dijo una vez que Quintín le echaba a mi padre la culpa del asesinato y que lo iba a demostrar. Por eso quería saber lo que dicen las cartas, si en ellas está esa acusación a él.

—Ya ves que no. Quintín solo afirma que es inocente, y yo le creo, pero no acusa a nadie. Qué más.

Mateo sonríe en la distancia. Está frente a la ventana. Tras él, media docena de mesas de madera de formas y tamaños distintos otorgan al espacio un carácter a mitad de camino entre biblioteca y restaurante, o la condición de ambos. Al fondo, un pequeño estrado con atriles y banquetas para las actuaciones musicales y los encuentros literarios. Sobre nuestra mesa están extendidas las cartas de forma que todas podrían leerse a un tiempo.

—El Pinturas era una mala persona —confirma Félix, mientras vuelve a mirar a Julia, que afirma levemente, como si diera permiso—, un sujeto de cuya muerte no se apenaron ni sus hijos. Se dijo que las cuchilladas que lo mataron en el Paso de la Mula se las dio Quintín porque le alcanzó en la batida que estaban haciendo en su busca cuando doña Regina lanzó la alarma de que le habían robado y nadie le encontraba en ninguna parte. «Ha huido con el botín». Eso dijeron los condes. Y avisaron a la Guardia Civil y organizaron la búsqueda, y el Pinturas se apuntó el primero al olor de la sangre y de la recompensa, porque ofrecieron una recompensa por encontrarle.

Regresa la memoria de mi padre. Nunca me contó nada de esto. Hoy le hubiera preguntado, le hubiera exigido que me dijera qué pasó, en qué medida esto condicionó mi vida. En realidad, eso es lo que trato de averiguar. Vine para olvidar, para serenarme; perseguía el objetivo de reencauzar una vida que se agrietó tras un golpe que no supe encajar. El tiempo del duelo siempre es caprichoso, como la memoria, como los amores, como el dolor y la muerte, que van y

vienen y solo se hacen verdad cuando nos tocan o nos devoran. No hay plan que no sucumba a lo que escapa a nuestro control ni fuerza que pueda vencer a la naturaleza tornadiza de lo inesperado. La historia de amor que me fascinó hasta abducirme ya no es el objetivo de mi curiosidad, sino el compromiso ineludible con mi propia existencia. No quiero ni puedo olvidar. Pertenezco a este lugar; lo pasado hasta hoy es la transición entre un adiós que no debió ser y un presente que exige e invita a la vez a responder a las preguntas de toda una vida. De alguna forma hice todo lo posible para regresar sin que mi voluntad estuviera al corriente de lo que en realidad hacía.

Hay un cómplice de mi destino que colocó estas cartas para que las encontrara, una especie de ángel de la guarda visionario y generoso que sabría que vendría. No sé cómo ni por qué. Pero es una misteriosa certeza que ni la razón disipa.

—A ver —me dirijo a Julia, luego a Félix—, quiero saber todo desde el principio. Ya habéis visto lo que hay en las cartas. Cumplid vuestra palabra: ahora me contáis todo sobre Elena y Quintín…

—Y Eduardo, ¿no?

Lo añade Julia, no sé con qué intención. Pero me llega. Eduardo Fernández, el hombre cuya ausencia me acompañó siempre, es una presencia más viva de lo que jamás fue su recuerdo. Y eso que para mí, como para todos, la memoria de los ausentes es de todas la más compacta.

Félix vuelve a las cartas. Se detiene en la primera, señala después la segunda.

—Estas debieron de escribirlas después de conocerse en la fiesta de San Lorenzo.

—¿Diez de agosto? —pregunta Mateo, que no ha podido evitar acercarse; Félix afirma con un gesto.

—Aquel día se conocieron y se enamoraron porque los presentó Eduardo, que trabajaba en el Palacio de La Vega…

—Con los caballos. —Quiero dar sensación de que algo sé, de que todo esto no me pilla por sorpresa y del revés.

—Así es —continúa Félix—. Él, Quintín, era muy célebre… o sea, simpático, y dicen que de muy buena planta. Venía de familia de pescadores, aunque su padre se había dedicado más a la política, y luchó por la República y luego contra los nazis por Europa… Pero bueno, eso ya lo dicen las cartas.

—Eso es. ¿Qué más sabes de él o de ella que no esté ahí?

Se aprieta la barbilla y mira a lo lejos, haciendo por recordar.

—De él, poco más. Que era listo y que su padre le había enseñado a apreciar los libros. Y leía muchos. Mi padre, que era de su quinta, me ha contado que se los llevaba a faenar y mataba con ellos las muchas horas de espera en el mar.

—¿Y ella, y su familia?

—Elena era una mujer guapísima. A mi padre también le gustaba mucho. Como a todos los mozos, claro. Pero era inaccesible. La hija de Pelayo Fernández-Jovellanos tenía el pelo rojo, como la bruja de su madre, una señora extranjera de muy malas pulgas y muy mala gente, que llegaba hasta a golpear a las mozas que servían en su casa. Y tenía también los ojos azul claro. Me dijo mi padre que una vez se cruzó con Elena camino de la iglesia y se quedó maravillado, como si le hubieran dado un golpe en el pecho, con la sonrisa perfecta y los ojos de agua clara casi transparentes. No la dejaban salir mucho y solo se la veía pasear con su madre o en el pueblo con su padre, que siempre parecía muy orgulloso de ella. Eduardo… —Me vuelve a mirar cuando lo menta— Hablaba maravillas de ella, que si era muy simpática, que si hablaba mucho con el servicio, que nada que ver con doña Regina, altiva y siempre agria, con la que no se podía cruzar palabra porque lanzaba fuego. Dicen que a la madre le gustaba mucho Asturias porque se parecía a su país, pero no soportaba a la gente. Yo creo que ni a su propia familia.

Sigue hablando Félix. No es hombre que repare en gastos al hacerlo. Pero ya no le escucho.

La pareja que se abrazaba en la penumbra de mi ensoñación en el Paso de la Mula se encuentra por primera vez. Hay murmullos de fondo, decenas de personas que hablan, gritan y cantan. Brindis y

risas. Él lleva el pelo atusado hacia atrás, va endomingado y se siente seguro. Ella se mueve atenta entre miradas curiosas con la elegante armonía de la formalidad educada. Mi padre, algo más joven, también atractivo, forma parte del cuadro como acompañante de Quintín. Su imagen es la de las fotos en blanco y negro que duermen en un álbum que nunca quise abrir.

Tampoco ella está sola. La acompaña una mujer cuya ropa revela distinta condición. Probablemente una sirvienta. Unos metros atrás, la figura delgada y vigilante del conde de La Vega, don Pelayo Fernández-Jovellanos. Concentran a su alrededor la mayor parte de las miradas. Algunos saludan al padre, que, sin perder la vista de su hija, habla con un hombre que con gesto humilde reclama su atención. Elena parece divertida, atenta a todo sin detenerse en nada. Hasta que entrelaza su mirada con la del chico alto y guapo que acompaña a Eduardo. Le ha visto alguna vez, pero nunca tan cerca. Él lleva un rato mirándola y, al cruzarse, le suelta un codazo al amigo, que ya estaba preparado.

—Doña Elena, muy buenas tardes. Hola, Carmen. Saludos, señor conde.

—Hola, Eduardo, ¿qué tal estás?

—Muy bien, señora.

Su expresión es la de serena alegría que recuerdo siempre. Mi padre sonreía con los ojos en un gesto en el que los labios solo apoyaban la determinada voluntad de la mirada. Le divierte el encuentro que probablemente ha contribuido a propiciar. Tenía un don para unir a las personas, tan intenso como su disposición a alejarse siempre. De mí, al menos. Ahora interpreta para mí la escena imaginada de un principio que es también el mío.

—Si usted no tiene inconveniente, me gustaría presentarle a mi amigo Quintín, que la admira a usted mucho. Siempre me lo dice.

Tiende ella su mano dispuesta y hasta divertida. Le hace gracia el mozo. Encuentra en su memoria el lugar en que le ha visto: el puerto de pescadores. Y alguna vez en el palacio con Eduardo. El

padre, desde la distancia de un par de pasos, contempla la escena sin intervenir.

—Encantada, caballero. ¿Es usted de aquí?

—De siempre, señora…

—Señorita —corta ella divertida.

—Uy, perdón —se ruboriza un momento, lo que tarda en recomponerse y colocar la mejor de sus sonrisas—. Señorita. Muy admirador suyo, si me permite decírselo. Y de su padre de usted —añade mientras dirige al conde un gesto de saludo que él responde con un tenue movimiento de cabeza sin mover un músculo.

—¿Quintín, me ha dicho?

—Sí, doña Elena —interviene Eduardo—; Quintín Canales, del puerto de Sierraplana.

En ese momento decide interrumpir la conversación el conde don Pelayo.

—¿Qué tal su familia, Eduardo? ¿Su madre bien?

—Sí, señor, muy bien.

—¿Su padre, también?

—Muy bien, señor, muchas gracias.

—Pues preséntenles mis respetos. Y usted, disfrute con su amigo…

—Quintín, señor —considera mi padre pertinente aclarar.

—Pues eso. Disfruten, y que tengan muy buena tarde. Vámonos, Elena.

Acepta disciplinada y despide a Eduardo y a Quintín con una sonrisa tan franca y cautivadora, con un brillo en sus ojos de agua tan sugerente y expresivo que resultaría imposible no sentirse atrapado en ellos. Eduardo y Quintín se miran. En su expresión hay algo parecido al triunfo.

—… Y lo que no sé es todo eso que pasa después, del paseo que dicen a caballo, y los encuentros y si, como dicen, la madre bebía tanto y se ausentaba tanto de casa.

Escucho el final del relato de Félix mientras se me queda dentro la astilla de la presencia casi carnal de mi padre, de su regreso como en esas fotografías que la inteligencia artificial dota de vida. Siempre soñé con él, lo traje a mi vida con la imagen que dejó en la niña y en la adolescente. Hoy por primera vez lo he visto joven. Y no era mentira.

—¿Y no podríamos hablar con tu padre, Félix?

Cuarenta y uno

La Navidad siempre me pilla desprevenida, como si se me hubiera olvidado de que regresa cada año. Viene de repente y cada vez lo hace antes. El espanto de las luces pretenciosas y brillantes que se cuelgan de fachada a fachada en las calles de la ciudad anticipa días de infantil postureo, de felicidad obligatoria en los que todo se justifica y se imposta en el sagrado nombre de la infancia. Ni me gusta ni participo de ella.

Yo también creí en los Reyes Magos, a pesar de que casi nunca me traían lo que, con la ayuda de Paqui, siempre atenta y dispuesta a sugerir juguetes e intentar sin éxito que rebajara mis pretensiones, les pedía en las cartas. En Madrid llegaron a desaparecer. Ofelia no era muy de regalar. Tampoco me decepcionó. Había dejado de creer en los Reyes el mismo día en que Paqui me explicó el misterio y lo entendí. Fue una decepción líquida y caliente, como lava que me recorriera de arriba abajo por el hueco donde debía afirmarse el esqueleto. Desde entonces nunca volví a sentir nada parecido a la extendida rutina mentirosa de la felicidad navideña. Creo que la primera vez que utilicé en público la expresión *bullshit,* recién aprendida del inglés, se la colgué al ambiente navideño.

En la casa de Carabanchel cenábamos cordero en Nochebuena y hacíamos regalos del amigo invisible. Y no había más Navidad.

Hoy me recuerda Paqui que estamos ya entrando en fecha.

—Cenarás con nosotros, cuento contigo.

¿Con quién, si no?

Me lo dice mientras extiende un árbol de Navidad de supermercado, con lucecitas por las ramas como alfileres brillantes

de color azul.

—En Madrid los últimos años cenaba siempre sola.

—¿No cenabas en casa con… cómo se llama? ¿Mario?

—Marcos.

—Ah, sí. Marcos Lorenzo, ¿no?, el escritor ese que salía también en la tele.

—Sí, ese. No. Los primeros años íbamos a casa de su madre. Pero los dos últimos, yo me negué. Es una bruja insoportable.

O era. La última vez que Marcos me habló de ella, estaba enferma. No he querido saber de qué, no me importa. No me había agredido su recuerdo desde que estoy aquí, salvo el primer día que hablé con Marcos, cuando me dijo que habían tenido que ingresarla. Por qué, ni me acuerdo ni me interesa. Si pienso en ella, me aprieta el corazón la memoria amarga de sus miradas despectivas, de sus comentarios crueles sobre mi escasa elegancia o mi aspecto panchito de india de mercadillo. Eso decía. Reía Marcos con mueca postiza cuando ella dejaba caer alguno de sus comentarios humillantes, como si pudiera revestir el desprecio en el forzado envoltorio de la ironía, queriendo inútilmente convertirlo en burla bienintencionada o inocente.

—No sé cómo puedes salir a cenar con esa facha de vendedora a domicilio.

—Mamá —terciaba él, algo azorado, exhibiendo la sonrisa del mentiroso—, es un encuentro informal, de amigos de confianza.

—Pues por respeto. —Y se dirigía a mí, radiografiándome de arriba abajo—. Con el partido que podrías sacar a tu aspecto jugando al misterio, aprovechando el exotismo de ese aire medio oriental que te adorna —acentúa la frase con una mueca de superioridad antigua—, *querida.*

Yo intentaba que me resbalase, que no traspasara la piel ni mis oídos, que se deslizase sin penetrar. Agua que desciende sobre la pared empapada. Como cuando me preguntó por qué me había enamorado de él.

—Se asciende más fácil con alguien que ya está arriba, ¿verdad?

—Madre, por favor —alzó él la voz fingiendo irritación, pero es impostura, una más de las muchas en que navegaba, con las que me engañaba, con las que mentía—. Los dos nos apoyamos y crecemos.

Y la madre lo miraba sin ocultar una sincera incomprensión. Y yo creía que sus palabras eran verdad.

Siempre le creí. Siempre puse en mi debe sus desprecios; culpa mía, falta de tino, impericia. No es él, soy yo, que no le alcanzo; algo de razón tiene su madre. Síndrome de la impostora, voluntad que mutila la autoestima, la recorta, como las ramas enanas de un bonsái.

Las Nochebuenas en aquella casa, él, su madre, su hermano Carlos y Almudena, la celosa defensora de las tradiciones y las formas, eran autos de fe sin arrepentimiento de reo, normalmente familiar o allegado que no estaba allí para agachar la cabeza. La última me ejecutaron a mí.

—Y entonces —abrió Almudena la exposición de motivos—, contáis lo que os dicen los jefes o el Gobierno, o los dos a la vez, ¿no es así?

—No —respondí desconcertada mientras de reojo buscaba refugio y socorro en la mirada de Marcos—. Nunca he recibido instrucción alguna del Gobierno ni orden para manipular. —No encontré auxilio en la expresión de mi pareja, que parecía divertirse con el juicio—. Y me parece fatal que vuelvas a lo de siempre. No es verdad, ni es tan fácil…

—¿Cómo que no? —insistió ella—. Pero si se os nota un montón que seguís las consignas del Gobierno y de la izquierda, pero si sois la cadena más mentirosa de todas.

—No le digas eso, Almu, querida —terció la madre—, que ella solo es la directora y la presentadora del informativo más importante. ¿Cómo va a estar al tanto de todo? ¿Verdad, Sofía? Tú no pintas nada… ¿O sí?

—Bueno, dejadlo ya —intenta detenerlo Marcos—, que es una persona sensible y le afectan las críticas.

Vuelvo allí. Estoy de nuevo ante esa mesa, frente a un tribunal que juzga mi clase y prejuzga lo que soy y cómo me comporto.

Tomo aire, respiro y me lleno del olor agrio del desafecto, y se me mete dentro y la ira de los humillados se me escapa desde el corazón y en voz alta la vomito.

—Acojonante, acojonante, cariño. —Y la eñe se apoya en la o que sale furiosa de los adentros y es negra y está cargada—. Increíble que ante el juicio te conviertas en fiscal…

—No dramatices, Sofía, estamos jugando.

—Vosotros sí. Yo no. —Y elevo la voz y mi presencia sobre todos ellos, que me miran sorprendidos, de esa forma en que los poderosos contemplan las revoluciones—. Y me estoy cansando ya de ser siempre la gilipollas que usáis para reafirmar vuestra superioridad de clase.

Me levanto, arrojo sobre el plato la servilleta de lino que al instante adquiere la textura húmeda y el color amarillento del consomé que apenas he probado.

—Feliz Navidad a todos.

Y salgo de esa casa de un portazo. Tras de mí, Marcos trata de frenarme escaleras abajo. Pero estoy decidida, me voy. Mejor en casa sola que con esta familia.

—Coño, Sofía, no exageres —clama él tomándome del brazo—. Te pido disculpas, pero vuelve, no jodas la noche.

—Ya está jodida —le recuerdo mientras bajo las escaleras tan rápido como me lo permiten los tacones—. Estoy hasta el coño de tu familia. Y ya no me pillas en otra.

No hubo más Nochebuenas. Tampoco con él. Cenaba sola o algún año con Ángeles y su mujer.

—Este año cuento contigo. —No me permite Paqui que objete, ni siquiera que responda—. Cabrito asado y la sopa de almendras que hacía la abuela o… —Y la ilumina un rayo de entusiasmo como cuando éramos niñas y me contaba secretos—. O el suspiro limeño que me enseñó a hacer tu madre.

Y de repente recuerdo aquel sabor de la infancia, que siempre comía mirando las fotos de Aurorita mientras Paqui me volvía a hablar de ella, de lo bien que cocinaba y de lo mucho que se reía antes de ponerse enferma y decir adiós.

La Navidad es la exaltación de la impostura, el tiempo de emociones en las que apenas unos pocos creen y que casi nadie practica. La conspiración global que se inventa un tiempo que solo hace felices a los niños, y no a todos, y una atmósfera evocadora que multiplica el dolor de las ausencias.

«En una semana va a llegar la Navidad más triste de mi vida», le escribe Elena a Quintín en la primera de las cartas que abrí. La Navidad más triste de su vida.

De la mía, ahora, la más inesperada y extraña.

Cuarenta y dos

«Felices fiestas, mi amor. Espero que estés bien».

Mensaje de Marcos. Sigue: «Cualquier día te sorprendo con un regalo». Y un temor se abre paso como una flecha que me abriera en dos mitades. Con una nota clavada en la punta, que voy, que este es capaz de presentarse.

Hemos hablado pocas veces, muchas menos de las que he temido encontrármelo aquí. Ahora sé que eso va a pasar. Pronto.

He de prepararme.

Lo temo más que las llamadas constantes de la tele. La última, el mismísimo Grijalbo. Envarado, seriote, severo, seguro de su infalibilidad y consciente de que su lugar en el mundo se ubica un par de escalas o tres por encima de casi cualquier ser humano, siempre que no sea accionista de RSComunicación, ministro o presidente de banco. Como los Lorenzo.

—Sofía —se esmera en la familiaridad, adopta un tono cercano y hasta el timbre de voz se le aflauta—, déjate ya de chorradas y vuelve a casa. Por ti, y no te negaré que por nosotros también.

—Pero Jesús —siempre le llamo por su nombre, sin ceremonias—, si los últimos datos que di en el programa eran bajísimos, si tú mismo me lo dijiste…

—Ya, claro, sí… —Inspira con ostentación, casi como si se sonara; no sé si es resignación o está cabreado—. Pero eso fue circunstancial, porque, reconóceme, flojeaste un poquito. —Lo reconozco, pero no se lo digo—. Ahora la situación es distinta. Paco Flores… —El *madelman,* el tipo más engreído de la cadena—. El *madelman,* como le llamáis, se está cargando el programa y le voy a

dar boleto la semana que viene. Quiero que vuelvas, te necesitamos. Es muy importante para la cadena. —Toma aire de nuevo—. Al precio que sea.

Vaya, sí que están necesitados. Un año entero negándose a cualquier tipo de subida: estamos fatal, el EBITDA ha caído, la cosa está floja, hay que esperar a que nos recuperemos un poco, y ahora:

—¿Al precio que sea, Jesús?

—Lo que me pidas.

Veinticinco años de profesión se me presentan en veloces cuadros que me asaltan, me rodean, me envuelven en capas superpuestas y flexibles, como las imágenes de los sueños, que van y vienen y cobran formas y colores que se escapan a la razón de la memoria.

Los comienzos, los miedos, aquel acoso que hoy descabezaría la empresa. ¿Qué habrá sido de ese miserable de Galindo? O del padre de José, que me abrió la puerta y me sacó de la tienda sin que él finalmente tratara de cobrar precio alguno. Eso permitió que siguiéramos viéndonos y en algún momento hasta nos tomáramos cariño. Luego se fue a Colombia y yo crecí y salté a las grandes, y la cámara y yo nos enamoramos. Hasta *El refugio.* Que me dice Miranda que sigue muy bien, que habría que hacer más presentaciones, «pero cuando estés más tranquila, cuando lo hayas digerido; me parece muy bien que sigas tu retiro». Que cuando liquide me dará más dinero del que podría imaginar conseguir con mi trabajo. Y eso que me pagan muy bien en la tele. Pero pedí la excedencia y me la concedieron y ahora no cobro.

—Lo que me pidas, Sofía.

Y no entro en el juego porque en apenas unos meses he abierto una trinchera insalvable, infinita en su dimensión, profunda, ancha, inabarcable. Me tienta, claro que sí. Me daría lo que quisiera, y regresaría a Madrid triunfante: vuelve Sofía Fernández, la escritora más vendida del momento, a su territorio de encuentro con el público, con los espectadores, con los lectores, con su trabajo y su compromiso diario con la información.

Pero estoy ya en otro juego. En otra pantalla, como diría Mateo.

Hay un día de la victoria en el que el escritor deja el oficio que le mantenía para vivir únicamente de lo que más le gusta, consagrarse al sacerdocio de contar historias. Puedo engañarme y creer que he tenido el valor de hacerlo, pero no quiero, no debo. No vine a escribir, sino a olvidarme de ello. No me ha dado tiempo. Ya tengo otro mapa en la mano, el del arqueólogo que se dispone a penetrar en la laberíntica oscuridad de la pirámide. Yo quise conocer el secreto de un amor lejano y encontré que mi vida estaba en el mapa. Ya no puedo regresar. Creo que ni siquiera cuando descubra las respuestas.

—Ya no, Jesús, imposible. Ya he pedido la excedencia, pero esto es un adiós. De verdad, no insistáis. Se terminó.

Al otro lado no hay reacción. Se adueña del espacio un silencio negro como de noche sin estrellas.

—¿Estás segura?

Su tono es firme. Percibo la sombra en sus ojos y la contrariedad de su ánimo.

—Cometes un error, Sofía Fernández. —Pasa a la acción con un último intento—. Tienes la oportunidad de repararlo. Te doy una semana para que respondas, te pongo sobre la mesa un cheque en blanco y un límite de dos años para que tengas tiempo de ir preparando la jubilación o lo que quiera que estés haciendo. *No* me falles, *no* te falles a ti misma.

—Ahórratelo, Jesús Grijalbo. De verdad. He estado encantada con vosotros, pero no voy a volver. Tengo algunas cosas que resolver aquí.

—¿Qué es más importante que tu presente y tu futuro?

Tardo en responder porque la pregunta ni es inocente ni es sencilla. Me obliga a planteármela a mí misma. En voz alta. A poner en palabras la búsqueda en que se ha convertido mi vida.

—Mi pasado, Jesús. Saber quién soy.

Y añado, para mí, hablándole en silencio a mis adentros.

—Y aprender de amantes nuevos lo que el amor es y lo que por él se puede llegar a hacer. Y ojalá vivirlo, Jesús. Ojalá.

Ya no le escucho cuando colgamos. Oigo a lo lejos algo parecido a una advertencia, como un rumor de piedras que entrechocan emitiendo el oscuro sonido de la palabra «arrepentir».

Mantengo unos instantes los ojos cerrados. Vuelvo a abrirlos frente al teléfono dormido. Pulso el botón y resucita el mensaje de Marcos. Mi amor. Sorpresa. Regalo.

No me arrepiento de nada de lo hecho desde que decidí regresar a Sierraplana. Tampoco de ir enterrándole. De quitarme de las alas el plomo pegajoso de su presencia constante, de su presión, de su exigencia permanente de perfección. Él no es perfecto; yo sí debía serlo. O intentarlo si aspiro a alcanzar la altura de su vuelo. Desde la mía lo admiré, y creí amarlo cuando me abrió los brazos y me metió en su vida y en su cama. Mucho mayor que yo, la generosidad o la empatía no eran precisamente su bandera en el sexo: rápido y simple, casi de trámite. O sin casi. La pasión de las páginas de sus libros era una verdad imaginada o al menos no ensayada conmigo. No importaba, era Marcos Lorenzo y yo su orgullosa pareja. En la fachada nos exhibíamos como el dúo perfecto, la envidia de nuestro universo, el brillo de las estrellas, a cuyo alrededor giraban los planetas. Hasta que levanté la cabeza y me mordió al alcanzarle. O al creer él que lo hacía. Había que ascender, ser perfecta, mostrarse intratable. Pero sin entrar en su espacio ni, desde luego, superarlo. Ni lo busqué ni lo quise. Fue su inseguridad enfermiza, desnuda ante la indigestión de la partida que le iba ganando en su terreno —jamás vendió, ni de lejos, lo que yo conseguí en pocas semanas—, la que me mostró la verdad desnuda de su existencia, el cristal quebrado en que se apoyaba lo poco que juntos habíamos construido, el vacío inmenso que ocultaban hermosas palabras como «cariño», «complicidad», «compromiso», «aventura» y qué sé yo.

Entra una llamada. Es él. Marcos. Tengo su voz al alcance de mis dedos. Y un presentimiento. Está cerca. Está aquí. Un golpe ácido y espeso, como la inyección repentina de un líquido inflamable.

—¿Sí?

—Hola, Sofía, soy yo. Nunca me dijiste lo bonito que es tu pueblo.

Cuarenta y tres

Está más delgado. Y parece mayor.

—Es el peso de tu ausencia. Lo llevo mal.

Me observa con esa mirada atenta, inquisitiva, que un día fue capaz de seducirme. Esta mañana no se ha afeitado. Me gusta, y lo sabe, el desaliño en los hombres atractivos. Los hace aún más cautivadores. Una barba de dos días y un mechón sobre el rostro son descargas eléctricas para mi instinto animal.

Daniel. Sonrío. No hay color.

En realidad, de Marcos solo queda memoria, recuerdo. Y lejano, de esos ecos que apenas duelen. Él no percibe la distancia entre nosotros ni la guarda. Ajeno a la verdad de quien tiene enfrente, busca la cercanía, entra en mi espacio hasta hacerme llegar su olor, se aproxima a mi piel. Permanezco inmóvil, pero me rodea con los brazos que aplican a mi cuerpo inerte la fuerza de los amantes reencontrados. No hay emoción, ni la menor mella en mí. Aunque me esforzara, no podría recuperar nada parecido a aquella espuma tibia y sólida que me recorría por dentro y creía que era amor. Puede que en algún momento lo fuera. Estaba ahí, pero no lo recuerdo. La memoria no resucita el sentimiento. Aquel, al menos. Amor. O dependencia. Se confunden, conviven armónicos cuando se conocen y deciden seguir juntos. Al verle, se me mete en la sangre el suero frío de un temor que es certeza: nunca le he amado. Ni a él ni a nadie.

Quiero decirle que me deje en paz, que no hay en mí ni una brasa, ni el mínimo destello de una pavesa al viento. Me araña el cuello con el rostro áspero. Entonces reacciono. Lo aparto con las

dos manos sin decir palabra. Él se sorprende, gesto de desconcierto, a punto de decir algo, inspira y no deja que salgan sus pensamientos. Veo en sus ojos la tormenta. Ya no la temo. Ya no me afecta. Ya no es mía su emoción. No hay nada suyo en mí. Está a punto de saltar, le conozco, rumia una respuesta que quiere envenenada. Le espero frente a frente. Mucho tarda. No se calma. Retrocedo. Sola y fuerte. Segura. No hay lazo que pueda apretarme o emoción que de él salga y me desasosiegue o llene o me vacíe. No tiene ni idea de lo lejos que ya está. Por fin habla.

—¿Y ya? —Sin dejar de mirarle, no abro la boca—. ¿Así recibes a tu hombre que ha venido a verte?

Sabe dónde tocar.

—Nadie te ha llamado, Marcos. Te pedí tiempo.

—Y te lo he dado.

Lo niego. Le niego. No vas a terminar tú la partida.

—Yo lo marco, no tú. Es mi tiempo.

—El nuestro.

—No, Marcos. Mío y solo mío.

Una ráfaga de viento trae del mar el olor salino y gris de la tormenta. Dos hojas de roble del cercano bosque de Santumedé bailan a nuestros pies y caen rendidas. Señales. Hablan de nosotros como dicen que hacen los penitentes en las noches de tormenta de este insólito bosque de las ánimas. Hemos venido paseando hasta el faro porque le concedí el deseo de ver el mar desde lo alto del acantilado, en el borde mismo de la pared de estos robles que son como mis acacias, seres de otro mundo en un rincón imposible. Como nosotros. Quería que habláramos aquí sin pensar que la tierra se pondría de mi parte, entraría en la conversación con la poesía irrebatible con que hablan los lugares vivos.

—Como quieras.

Se da media vuelta y comienza a alejarse dándome la espalda. Me quedo quieta mirándole, esperando no sé muy bien qué. Que algo pase, liberarme, no sé. Es una sensación rara, imposible de

definir. Vuelve el viento a hablar. En la dirección en que él se aleja, como si quisiera marcarle el camino.

—Espera —grito al fin—. No sabes adónde vas.

Se detiene.

—Eres tú la que está perdida, Sofía. Perdida y sola. Aquí, en este lugar de mierda, alejándote de lo único que te sustenta, de tu trabajo de presentadora, de la gente que te quiere y te impulsa… de la maldita novela que te hace creer que eres escritora.

Me acerco. No se ha girado. Me pongo frente a él. Volvemos a enlazar nuestras miradas. No entro al trapo, quizá porque sus palabras ya no duelen.

—En serio, Marcos. Seamos adultos. Déjame mi tiempo y mi espacio.

Comienza a andar como si no estuviera ante él. Me aparto. Camino a su lado. Mira al suelo, su rostro se tensa. Con la misma expresión animal del día que me levantó la mano, se detiene y me coge del brazo apretándome con fuerza. Intento en vano soltarme. Me recuerda en ese momento la ira tosca y machirula de Miguel.

—Eres una perfecta gilipollas, una niña caprichosa que se cree alguien. Contaba con ello. Ya me había dicho Ángeles que estás como abducida, que no hay quien hable contigo porque crees que has encontrado tu sitio en el mundo en este lugar. Muy bonito, sí, pero nada tuyo. De aquí a ninguna parte, querida. Y a mí ni te acerques. En el momento en que desaparezca de tu vista, no volveremos a estar juntos jamás. Deshacemos la casa y nuestra vida. Eso es ser adultos.

Un vértigo como de pozo sin fondo me aplasta en ese instante el pecho. La fuerza del miedo. El corte en la carne de lo irremediable, la herida que no tiene marcha atrás, el borde de la muerte. Hace un instante odiaba su contacto; ahora deseo desmayarme en su abrazo protector. Si me dejo, me voy a desangrar.

Respiro, me armo, adiós.

—Y no tardes en venir a por tu ropa porque la vendo.

Dentro de mí bailan incesantes imágenes de lo que fuimos. Reímos, nos amamos, hablamos alto y bebemos. La memoria brota desordenada por la herida que sus palabras acaban de abrir. Es lo que quiero, pero duele como todos los adioses. Su recuerdo no arañaba, ni le necesitaba ni le echaba de menos, pero la inminencia de la despedida, la inmensa dimensión del para siempre, aviva los miedos eternos a la soledad y el olvido. Saca de su letargo a la niña abandonada.

Aguanto, pasará. Si de verdad este es el final, que rasgue y se abra, que salga lo que tiene que salir y que empiece a correr el tiempo.

Acelera el paso. Me detengo. Lo veo alejarse.

Sierraplana empieza ya a encarar la noche. Luces en la calle, en alguna ventana. Ha dejado el coche a la entrada del pueblo. El suyo, el grande, el de los viajes largos.

Cayo se acerca moviendo la cola y se sienta ante el maletero. Responde Marcos abriéndolo desde lejos. El animal salta de inmediato al lugar que siempre ha sido suyo. Hay dos maletas grandes y un neceser. Realmente pensaba quedarse.

—Siempre me pareció que el instinto de este animal era muy superior a tu capacidad de ver el mundo real.

La frase me restablece, me entra como una espada cuyo filo cauteriza la herida y disipa el miedo que me había empezado a invadir. Se lo agradezco.

—Por eso se va a quedar conmigo.

Silbo y baja inmediatamente.

—Buen viaje, señor Lorenzo. Que te vaya muy bien. Puede que mande a alguien a recoger mis cosas. Recuerdos a tu madre. Ah. —No quiero que gane hoy también, no puedo dejarle, tengo que enterrar esta dependencia tóxica que creí amor. Disparo—. Y no vuelvas a acercarte a mí. No me amenaces ni vuelvas a acosarme jamás.

Me giro; ya no veo su reacción ni atiendo a si hay respuesta.

Me parece escuchar a lo lejos la voz de Julia; miro el reloj, ya está abriendo La Librería. Empezará a encender la chimenea, a sacar de los frigoríficos los ingredientes para las cenas, a cortar el pan, a colocar las mesas, a dar el último toque. Sin saberlo, me está llamando. Vuelve el ambiente a ponerse de mi parte.

Arranca el coche con un murmullo suave y en silencio comienza a alejarse. Casi puedo escuchar el desgarro, intenso un breve instante, empezando a morir a los pocos segundos. El tirón que duele, pero te coloca el brazo; la muela que sale en un puro grito y deja de inmediato el bellísimo vacío del dolor que se ha ido. El pasado se aleja valle abajo y me llama el leve susurro de la música que me invita al encuentro del lugar al que ya pertenezco.

III
El misterio

Cuarenta y cuatro

Martín.

Esta tarde hemos quedado con Martín, el padre de Félix.

Lo acordamos cuando le encontré en La Librería poco después del adiós de Marcos Lorenzo. Solo, acodado en la barra junto a una banqueta vacía.

Recupera su mirada perdida cuando me ve entrar. Fuerza una sonrisa a medias a modo de saludo. Le planto dos besos cuando llego a su altura. Noto cómo se contrae igual que una ostra rociada con limón.

—¿Qué tal todo?

Asiente mientras emite un sonido parecido a un chasquido. Debo entender que bien, sin excesos.

—¿Y tú? —pregunta al fin; es la primera vez que me tutea sin que se lo pida—, ¿todo bien?

—Más o menos. Considerando que acabo de dejar a mi ex, que se ha presentado aquí por sorpresa y con maletas para quedarse a vivir, pues bastante bien.

Se abre paso, como alfombrando el aire del local, el *Hungry Heart* de Springsteen, que inesperadamente me reconecta con mi pasado reciente. Será porque he mentado a Marcos o quizá por la presencia inapelable de lo norteamericano en la rutina diaria de la información, con un Trump desatado liderando un universo que gira hacia lo violento y lo primario. Y no lo estoy contando. ¿Quiero? No. La melancolía de un mundo y un tiempo en que he sido feliz apenas araña los cimientos del que me estoy creando aquí.

—¿Marcos Lorenzo ha estado en Sierraplana? —Félix abandona la apatía y pregunta como si le acabara de informar del avistamiento de un platillo volante en la puerta de La Librería—. ¿En serio?

Me cuesta creerlo, pero no solo lo conoce, sino que parece admirarle. Lo obvio y voy a la siguiente pregunta.

—¿Te gusta como escritor o como articulista?

—Es el mejor tertuliano que hay en la radio.

Touché. Ahí le tengo que aplaudir el gusto. La elocuencia de Marcos es devastadora para su adversario. Para todos, ciertamente, en especial los más cercanos, pero su exhibición en público es brillante. Y se gusta tanto que se crece y aplasta. Es su naturaleza quedar siempre por encima.

—Me hubiera encantado saludarle. Siempre le he admirado, y cuando supe que erais pareja, me pareció que se juntaban dos personas admirables que solo podían hacerse aún mejor una a otra. Yo creo que la gente siempre tiende a liarse con alguien parecido, porque es importantísimo que uno y otro se admiren, ¿verdad?

Asiento desganada. Ha recuperado el habla. O sea, su proverbial capacidad de pronunciar una palabra tras otra, de hilar discursos interminables sobre cualquier cosa que se le ponga a tiro. Sinónimo de serena confianza, he de entender.

Sale de la cocina en ese instante Julia, secándose las manos con el delantal.

—¿A que no sabes quién ha estado aquí? —le falta a Félix tiempo para soltarle—. El mismísimo Marcos Lorenzo.

La mirada que inmediatamente me lanza no es de sorpresa. Es una pregunta abierta y clara.

—Se ha presentado sin avisar —respondo.

—¿Y?

—Le he mandado a tomar por el culo.

Ríe abiertamente.

—Mujer, podías haberle invitado a una cervecita aquí, así le conocíamos.

—No, que le gusta y se queda.

—No. —Cambia Julia la expresión—. En serio… ¿Qué ha pasado?

Le cuento que se ha presentado sin avisar, que venía dispuesto a quedarse, que le he pedido que se vaya, que respete mi tiempo, que nadie le había invitado a venir. Y que no lo ha entendido. Estoy bien, de verdad. Duele, pero se pasará pronto. Le cuento también la conversación con Jesús, el cheque en blanco, mi negativa.

—¿Estás segura?

Félix atiende a la conversación. Relajado, parece estar disfrutando.

—No. Nunca estoy completamente segura de nada. Pero lo hago, porque es lo que quiero. Aquí me siento bien, y tengo amigos. —Sonrío para añadir—. Creo. Y mucho por descubrir.

—¿Y dejas la tele y todo lo que tienes en Madrid para quedarte aquí? —irrumpe Félix incapaz de contenerse, como un niño ante un descubrimiento fascinante.

—De momento sí —le respondo.

—Qué importantes somos —ironiza.

—No lo dudes. Por cierto, querido amigo… hablando de otro tema también importante, ¿cuándo vamos a ver a tu padre?

—Ya estabas tardando en pedirlo —opina Julia—. ¿Cuándo te viene bien?

—Mañana —respondo de inmediato.

—No puede ser —afirma Félix—, todavía está con un poco de gripe.

—En cuanto se le pase.

—La semana que viene —y añade, no sé si buscando desanimar—, aunque no creo que pueda contarte mucho.

Quizá la canción haya terminado ya, pero la melodía del corazón hambriento no ha abandonado el aire de La Librería; sus versos aún resuenan, como si las palabras hubieran quedado prendidas en los arcos, en las mesas, sobre los vasos, incapaces de ceder a otras el espacio conquistado. Como un eco que se va perdiendo sin apagarse del todo, escucho que todo el mundo necesita un lugar para

descansar, todo el mundo quiere tener un hogar; no hagas caso a lo que digan otros, a nadie le gusta estar solo.

Cuarenta y cinco

Martín es casi centenario. Tiene noventa y nueve y una piel despoblada de arrugas y que brilla como un mar calmado. No parece un anciano desvalido. Menos aún con esa mata de pelo que esconde hasta las raíces la verdad de los años que atesora. Sin conocerle, le habría puesto en los ochenta largos, no más. Estas bendiciones de la naturaleza condicionan la primera impresión, que es grata e invita a la cercanía. Despierta esa admiración que inspira el aspecto agradable en las personas, aunque el mérito no sea propio, sino de la biología o de la química. Tiene la sonrisa franca de los hombres buenos.

—Así que tú eres la hija de Eduardo. —Es la convención, el saludo clásico. Aquí lo primero es etiquetar el pedigrí de los recién llegados—. Buena gente era tu padre. Y le gustaban los animales. Más que a nadie. Yo me llevaba muy bien con él, que éramos de la misma edad; yo creo que él algo mayor, del 24.

Asiento y concedo.

—Sí, él nació en el 24…

—Sentí mucho su muerte, créeme.

Le agradezco de verdad sus palabras. Se me meten como entran los elogios que suenan ciertos. Nada más invitarnos a que nos sentemos, constato que la locuacidad de Félix es heredada.

—Él y tu madre eran encantadores. Ahora hay muchos por aquí, pero en aquellos años, poco antes de morirse Franco, me acuerdo muy bien, no había tantos sudamericanos, y tu madre parecía como traída de otro mundo.

—Sí, papá —le corta Félix, incómodo con las palabras de su padre—, pero ellos quieren saber más de Quintín y de Elena.

—No, no —le corrijo—, está bien. También me gusta que me hable de mis padres. En realidad —me dirijo a Martín—, de otro mundo la trajeron.

—Era muy alegre, muy dicharachera. Y muy guapa.

Se detiene a mirarme. Observa sin pudor y su expresión va cambiando hasta reflejar una franca sorpresa, como si acabara de descubrir algo inesperado.

—Madre mía, moza, tú eres igual que ella. Pero igualita. Ya decía yo que te tenía vista… Es que eres igual que Aurorita.

—Tú la conoces porque sale en la tele, papá —le aclara Félix—, es la que presenta las noticias.

—Ah, es verdad. Pero te pareces muchísimo a tu madre. ¿No te lo han dicho nunca?

Constantemente desde que estoy aquí. Sin cesar.

—Alguna vez, sí.

Ayer me llevó Paqui a casa una foto enmarcada en la que están ella y mi padre. La encontró en una caja antigua, me dijo. Están en la puerta de casa de los abuelos, entre el poyo donde él solía sentarse a fumar y el hórreo en el que cuelgan mazorcas sin pelar. Son dos figuras extrañas al paisaje. Ella va vestida con un traje que parece vistoso, de muchas rayas horizontales y sobre los hombros una especie de capa con figuras triangulares. El pelo suelto, con una diadema ancha que acentúa la redondez del rostro. Se me antoja una mujer bellísima. Él va trajeado y lleva una gorra que ladea ligeramente hacia la derecha. Camisa blanca, corbata estrecha y una media sonrisa de tanguista casi ridícula de tan impostada. Mamá inclina ligeramente la cabeza a su derecha, como queriendo acercarse al hombro de él. Nunca los había visto juntos. Ni sabía de la existencia de esa foto.

—Yo tampoco me acordaba.

¿Se querrían? Quiero creer que sí, porque así ha sido siempre, porque nunca dudé de que se amaban. ¿Cómo sería el amor entre

dos personas tan distintas? Papá me dijo muchas veces que estaba enamorado de ella, y la trataba con dulzura y ese punto de admiración que hace distintos los amores verdaderos. Pero la dejaba aquí sola semanas enteras, y según Paqui solo escribía de vez en cuando, como si fuera insensible a esa soledad, como si preservar el secreto de su lugar en el mundo fuera más importante que aliviar la melancolía de su ausencia. ¿Estoy juzgándole? ¿Acaso tengo derecho a ello?

Apoyo el marco en la estantería, contra los lomos de *En busca del tiempo perdido,* y decido que me apetece tener su mirada escudriñándome desde ese otro tiempo. Traerlos al mío para que me ayuden a desentrañar su secreto.

—Era una mujer extraña —recuerda Martín—, que sonreía siempre y hablaba con voz de pito, como si tuviera una flauta en la garganta. Me hacía gracia su acento, con las eses todo el rato y esa forma de hablar que parecía que estaba cantando.

—¿Y cómo era mi padre, Eduardo?

—Un buen hombre, como Quintín, su amigo del alma. —Baja la voz y se me acerca un poco como si quisiera hablarme al oído—. Aunque el pescador era más listo que él. Bueno, que todos en el pueblo, porque hay que ver lo que sabía y lo que leía. No sé cómo no le dolía la cabeza de tanto leer. Podía haber hecho carrera en cualquier sitio, pero no tuvo la oportunidad o no quiso tenerla. O no le dejaron y luego la echó a perder cuando se escapó y pasó lo del Paso de la Mula.

Un ligero temblor acompaña sus últimas palabras. Pero mi atención no está puesta en él. Quiero saber más de mi padre, dejarle hablar para que me vuelva a llevar a él como ha hecho con mi madre. Mateo es quien lo impide entones.

—¿Qué pasó allí, Martín?

Parece pensar, como si necesitara traer los recuerdos desde lejos, pero en sus ojos brilla algún temor. Se exige a sí mismo dejar de temblar.

—Que mataron al Pinturas.

—¿Quién? —insiste Mateo.

—Quintín. Eso dijeron.

—Pero usted sabe que no.

Lo suelto sin pensar, a la aventura, acaso para forzarle a rebuscar en su inmenso almacén de recuerdos. Reacciona Martín de una forma inesperada; me mira, ahora sí, con la profundidad inquisidora de un policía en pleno interrogatorio.

—¿Por qué tengo que saber que no lo mató Quintín?

Me pongo automáticamente en alerta. Hay una disposición instintiva, una conexión neuronal en el cerebro de cualquier periodista que activa la atención como si le hubieran inyectado dopamina. Vuelvo a probar, ahora perfectamente consciente e intencionada.

—Porque él hubiera sido incapaz. Y usted lo sabe, lo conocía bien.

Tarda algo en responder, como si me midiera. Por el tono que emplea, creo que no me ha leído.

—Nunca sabemos de lo que la gente es capaz hasta que lo hace.

Para tener el cuadro completo y no perder atención, observo alrededor. Mateo atento, Julia con el móvil en la mano, creo que grabando sin avisar, y Félix evidenciando azoramiento, incómodo ante el curso de la conversación. Decide cortar.

—Háblanos de los condes, papá. Y de doña Elena.

Relaja el anciano su rostro brillante y liso, y toma la salida que le ha ofrecido su hijo.

—No los traté mucho, pero él era buena gente. Se portaba bien con nosotros. La hija sonreía mucho y era educada. Nos parecía guapísima con esa piel tan blanca, el pelo tan rojo y los ojos de un azul tan claro que parecían falsos.

—Entonces —pregunto—, la vio de cerca…

—No mucho. —Parece hacer memoria—. Alguna vez paseando por el pueblo y por San Lorenzo algún año.

—Y algo más, padre. Aquella vez que…

—Ah, sí. —Sonríe mientras mueve la cabeza; recuerda—. Sí, un día que paseaba con su caballo y le cayó el sombrero al suelo. Yo

pasaba cerca, lo recogí y me dio las gracias…

—Y te sonrió —completa Félix.

—Sí, un rato largo. Ahora recuerdo que tenía los dientes perfectos y blancos, como si no comiera lo mismo que nosotros; que seguramente no lo comería. Eso fue antes de que conociera a Quintín y quisiera hacerle su mozo y hasta su marido.

—Casi lo consigue, ¿no? —Tengo que llevar la conversación hacia donde quiero.

—Casi. Pero la condesa era muy mala y se lo puso todo cuesta arriba. Incluso cuando don Pelayo, el conde, le había dejado entrar en la familia y ocuparse de llevar los papeles y las cuentas, que era muy habilidoso para esas cosas.

No deja de mirarme como si a fuer de mantener la mirada pudiera penetrar en mi pensamiento. Me parece que le intriga lo que sé y hasta dónde quiero llegar. Me escudriña como hacen los que quieren averiguar nuestros secretos sin atreverse a preguntar.

—Ella —continúa—, la condesa extranjera, era una mala persona. No hablaba nunca con nadie y apenas salía del palacio, que estaba donde hoy han hecho un hotel. Si tenía que ir a algún sitio, lo hacía en coche. No sé si alguna vez pisó un suelo que no fuera el suyo. Según decían, trataba muy mal a las mozas de servicio, sobre todo a Emilia, que era coja y creo que todavía vive, eso tengo oído. Dice que le gritaba mucho en el idioma inglés, que era el suyo y que casi nadie hablaba aquí, aunque Quintín lo aprendió y algunas palabras le enseñó a Eduardo. Por lo visto, se lo exigieron cuando entró al servicio de la familia.

Se detiene. Sigue mirándome inquisitivo, como si buscara una respuesta a algo que se me escapa. Por fin pregunta

—¿Y por qué quieres saber todo esto? ¿Es para la tele? —Niego con un gesto sin apartar los ojos. Mantiene la mirada. Serena y amable, pero intensa—. Entonces, ¿para qué es?

—Para conocer mi historia —respondo sin pensar.

—¿Y qué más te da? A veces es mejor olvidar las cosas para no tener que cargar con ellas.

—Solo pesa la mala conciencia.

Cambia la frase su expresión. Entrecierra los ojos como enfocando. Pierde la luz. Mala conciencia.

—Yo creo que todos la tenemos siempre por algo, por muy pequeño que sea.

—¿Por qué la tiene usted?

Hay una sombra fugaz, como un reflejo instantáneo que enseguida esconde en una sonrisa que parece franca.

—No sabría ni por dónde empezar.

Cuarenta y seis

Hoy vamos a ver al oso. Y, si es posible, fotografiarlo.

Hay unas brañas en la sierra del Abrigo, en el sur, que conecta con la gran cordillera, donde Daniel ha localizado el rastro de una hembra y dos o tres cachorros. Me ha pedido que le acompañe a pasar la noche cerca del nacimiento del río Baños, porque cree que allí debe de estar la madriguera. «Te va a encantar, dormimos en el refugio y escuchas la naturaleza más brava y salvaje».

Le he dicho que sí, que salvaje, brava y naturaleza adquieren con él la dimensión tentadora de lo transgresor. Callándome esto último, claro.

«Cuéntame las leyendas de este bosque, las historias que le has escuchado de los cazadores y las pinturas», me pide. Y me oprime en el pecho un recuerdo confuso al principio, como surgiendo de una niebla oscura, a través de la cual vuelvo a ver aquellos trazos rojizos cuando un día que bajamos a la cueva, frente a la barca de piedra, mi padre me explicó que eran llamadas de los hombres antiguos a la suerte o al destino para que la caza les fuera propicia, o quizá evocaciones de tiempos de abundancia, pero algo humano y vivo que tenía que ver con una forma de conquistar la vida en la que formábamos parte de la naturaleza y no necesitábamos devorarla para sobrevivir.

A la luz del fuego vibrante y silencioso, trazaban con los dedos húmedos de sangre de vaca y de resina, embarrados del rojo oxidado de las piedras oscuras, figuras de seres cotidianos que bailaban en un instante eterno, enfrentándose, perseguidos unos por otros, enarbolando lanzas, flechas o garrotes, tratando de escapar

de la muerte o provocándola para seguir viviendo hasta el siguiente ciclo.

Y yo los veía allí, en cuclillas, rodeados de cuencos de madera llenos de espesos líquidos de colores: rojos de hierro, negros de carbón vegetal, estacas quemadas que usaban como lápices para perfilar o difuminar; grasas de animales, sangre de los árboles cercanos. Un niño se acerca a uno de los hombres, le toca la espalda. Este sonríe, lo abraza, le toma la manita y se la acerca al cuenco de brillante y espeso líquido rojo y la planta sobre la pared dejando la marca de la palma abierta. El niño ríe y vuelve a poner la mano en la pared, esta vez él solo, y el hombre le dice que no. Vuelve a abrazarle hasta cubrirle completamente la cara con su maraña de pelo negro. Una mujer surge de la penumbra y se lleva al niño. El artista regresa a su concentración. Está terminando de pintar un bisonte herido, atravesado por dos flechas frente a dos figuras humanas, guerreros que acaban de abatir al animal.

Del exterior de la cueva llega el sonido del mar. Violento, feroz, emitiendo sonidos de queja y de advertencia. Hay temporal y es peligroso acercarse a las rocas. Un bosque de robles empieza a nacer sobre el acantilado. No es clima para ellos, demasiado húmedo, demasiado oscuro, pero han decidido vivir allí. Los seres a veces eligen asentarse en los lugares más inhóspitos buscando refugio, o tal vez con la esperanza de cambiarlos.

El bosque ha ido creciendo sol a sol, temporal a temporal. Sobre el mar que mantiene su vigor, hablando con él en días cálidos, admirándole en las tormentas, plegándose a sus vientos despiadados que tuercen los árboles hasta casi tumbarlos. Porque algunos, los más cercanos al abismo, no han sido capaces de resistir y sus troncos se doblan como si quisieran huir del peligro, como si ignoraran que han sucumbido.

El bosque de Santumedé guarda en silencio la historia de la Tierra como lo hacen las acacias de la playa de la Cueva. La fuerza de los árboles es la marca de la transitoriedad de todo lo demás. Ellos están siempre, crecen, extienden y conectan sus raíces en el mundo

inescrutable y vivísimo que se mueve bajo la tierra que los afirma. Ese universo invisible donde están su alimento y nuestra fragilidad. La tierra en la que descansamos al morir.

Dicen que los hombres que en vida cambian los mojones de sitio para hacerse con unos palmos de tierras que no son suyas cargan con ellos eternamente al morir, en un tiempo tan largo y oscuro como la noche en que cometieron su delito. Hay quien ha visto a La Güestia, que otros llaman la Santa Compaña o la *bona xente,* con huesos ardientes en sus manos, pero también gruesas estacas o mojones de piedra, reclamar ayuda de los pocos vivos que se encuentran para poder volver a colocarlas en el lugar del que las levantaron. Alguno de esos muertos que arrastran su mojón ha bajado a alguna aldea. Dicen que Sebastián, el de la poza, se encontró una noche con el Roxu por el camino de La Revuelta y se detuvo a hablar con él porque no sabía que había muerto dos días atrás. Le dijo que le ayudara a poner aquella piedra sobre el prado que estaba unos metros más allá. No pudieron, y entonces se emplazaron a la mañana siguiente con más mozos del pueblo. Pero al intentar reclutarlos le dijeron, medio entre risas, que era imposible que se hubiera encontrado con el Roxu porque estaba ya muerto. Ni siquiera le creyeron cuando los llevó hasta el camino y allí seguía la piedra que dos días atrás no estaba. Nunca nadie la movió de allí. Nunca nadie volvió a ver al Roxu.

—Y de cría me gustaba acercarme al bosque cuando había tormenta; quería escuchar las voces de las ánimas o los cánticos de los monjes del monasterio que habían muerto sin que sus almas hubieran podido arrepentirse de sus pecados. Cogíamos Paqui y yo un paraguas y nos acercábamos al camino que hay sobre la ermita, y escuchábamos aullar el viento, y un día nos pareció que sonaban cánticos, pero nunca podíamos estar seguras porque el miedo terminaba devolviéndonos a casa más pronto que tarde.

Daniel me escucha con atención mientras caminamos sendero arriba con el sol moribundo frente a nosotros. He aceptado ir con él para escapar de la angustia de los últimos días, para que los

encuentros inesperados o las revelaciones sobre mi pasado no devoren la serenidad que necesito en este momento. Me reclama la urgencia por saber de mí, por conocer mi historia, por desvelar el secreto que esconde mi propia vida, pero debo hallar un rincón de calma que compense esta ansiedad y no lo estropee todo. Solo la calma es capaz de acercarte a la verdad. Otra cosa es mantenerla al descubrirla, pero sin ella es más fácil engañarse. El miedo y la mentira anidan mejor en el desasosiego. Siempre fui disciplinada; lo aprendí de los caballos, que para vivir como supervivientes despliegan una atención constante y jamás rompen las normas de su instinto. Hoy estoy ejerciendo ese carácter. Voy a aprovechar la invitación de Daniel para marcar distancia. Excepto con él, claro. Ese es el otro aliciente de este viaje inesperado.

Mateo dice que me guardará la ausencia investigando.

Ascendemos la sierra cargando lo necesario para tres o cuatro días en la montaña, lejos de cualquier lugar habitado, más allá de las brañas del ganado o las cabañas de pastor. En los bosques de los picos no pasta el ganado. Cayo se ha quedado con Mateo para no espantar a las alimañas ni poner en riesgo su integridad.

—¿No escuchabais al lobo?

—Alguna noche. Pero siempre preferíamos creer que era algún perro en celo o malherido por una alimaña o por su pastor.

El ascenso hacia la oscuridad cuando el sol ha caído me provoca una inquietante sensación de desamparo. Me acerco a él hasta rozar su brazo. El silencio es total.

Enciendo mi linterna para alumbrar el camino.

—No, aún no, Sofía. Que tus ojos se vayan acostumbrando a la oscuridad.

Acepto. Me pregunto si vamos a recorrer mucho trecho de noche o pararemos en algún refugio a dormir. Hay frente a nosotros cabañas de ganado que bien podrían acogernos.

—Vamos a apurar todo lo que podamos —aclara—; cuanto más cerca estemos de las brañas altas, mejor. Y más fácil será que incluso esta noche veamos algo.

Apenas ha terminado la frase cuando estira el brazo y me hace parar.

—Quieta —susurra.

Aguanto la respiración para que ningún sonido me impida escuchar. Ruido de hojas y un leve crujido de madera rota.

—Ponte detrás —me ordena en un tono casi imperceptible.

Y de repente lo veo.

Dos luciérnagas verdosas perfectamente alineadas nos contemplan desde la oscuridad del camino unos metros más arriba. Es exactamente como lo había imaginado en los relatos de mi padre cuando contaba cómo una noche en el monte lo tuvo de frente y, antes de ver su cuerpo, se encontró con la luz intensa de sus ojos frente a la luna. Más brillantes aún que ella.

—Calma —vuelve a susurrarme—. Si quisiera atacar, ya lo habría hecho. Tú sigue tranquila y sin moverte. Está calibrando su riesgo, tiene miedo.

—¿Y hambre? —pregunto pegando mi mejilla a su espalda.

—No lo sé. Pero no lo parece.

Me parece escuchar un leve gruñido.

Conteniendo el miedo, fascinada por lo inesperado del encuentro, me asomo a contemplarlo protegida por el cuerpo de Daniel.

Ahí sigue. Frente a nosotros, no sé si desafiante, pero a mí me parece que sí. La oscuridad lo oculta casi por completo, pero se aprecia su rostro anguloso y el pecho tenso de color gris, blanquecino. Parece como si no respirase.

Es mucho más grande que los lobos del zoo o de los documentales.

En el momento en que Daniel enciende su linterna y lo enfoca, el animal se gira rápido y vuelve a meterse en la espesura. Es hermoso, de aspecto noble y movimientos que se me antojan elegantes, aunque desaparece de nuestra vista en apenas un par de segundos.

—Está solo. Y, créeme, Sofía, es el lobo más grande que yo he visto nunca.

Cuarenta y siete

Busco el refugio de su abrazo en la cabaña.

Dentro huele a humo viejo y en el aire permanece como aferrado a las piedras de la pared el aroma familiar de ovejas en rebaño y lana sucia. El suelo está tachonado de bolitas de excrementos. Al fondo, una estructura de madera con tablas a dos alturas. ¿Para comer? No, para dormir. Claro. Se parecen bastante a unas literas.

—Ponte arriba, si quieres. Así no te pilla el lobo —bromea.

—No. Prefiero abajo contigo y me aseguro de que te coma a ti antes.

Nos metemos en su saco.

Lo estrecho del espacio invita a intimar, a la cercanía. También al sexo. El abrazo despierta los instintos y al juego la lejanía de cualquier humano, pero no nos dejamos llevar. Yo no lo busco, él tampoco. El espacio me permite apoyar la cabeza en su pecho, y a él acogerme estrechando el abrazo. Me siento cómoda y segura. Con Marcos no podía. En la cama solo nos juntábamos para follar. No era de dormir abrazados, ni siquiera rozándonos. Solo mi insistencia había cerrado el paso a las dos camas. ¿Cómo puedes querer a alguien y preferir dormir separado?

—¿Has pasado miedo?

—No. Tampoco hemos tenido mucho tiempo.

—Era un ejemplar magnífico. Debe de estar asentado por aquí y vivir solo. Seguramente un joven que ha sido expulsado de la manada. Y se defiende muy bien, porque no estaba delgado y parecía lustroso.

Escucho su corazón. Late deprisa. Como el mío.

Una extraña sensación de pérdida de realidad me acompaña hasta que empieza a pesarme el sueño. Todas mis ansiedades han desaparecido al conjuro de esta feliz intimidad.

—Mañana llegaremos a la braña y buscaré dónde poner las cámaras para ver si grabamos al oso. Es más difícil de ver que el lobo, pero con el plan que llevamos no te digo yo que no vayamos a encontrarlo.

—¿Y hay que hacer lo mismo?

Tarda un rato en responder. Uno de sus pies se coloca entre los míos. Está frío. Me pego más a él. La cálida tersura de su cuerpo reclama por completo mi atención y mis sentidos. Me acepta.

—No. Nada que ver. Si tiene cachorros, mejor que no nos la encontremos.

Claro. Hasta los animales más mansos se asalvajan ante sus crías. Un día una vaca casi me tira del caballo cuando volvía con papá de Santa Marta. Se plantó en medio, delante de su jata, y no había manera de pasar. Le pegó un empellón al caballo que lo sacó del camino y a punto estuve de no poder pararlo.

—¿Qué tal estás?

Me gusta la pregunta.

—¿Quieres saber la verdad?

—Claro.

—Venga lo que venga, yo me siento segura.

Me roza la coronilla con el mentón. Escucho su sonrisa. Quiero estar con él. Lo disfruto. Sigo haciéndolo cuando escucho en su respiración que se ha dormido. Lo aprieto más aún. Emite un ronroneo de gato satisfecho e inmediatamente algo parecido a un ronquido.

Cuando me despierto estoy sola en el saco y la ventana de la cabaña está abierta. Fuera, el sol ilumina con decisión un charco oscuro a un lado de la puerta. Parece un buen día.

Me desperezo.

Ha dejado junto a las botas un ramito de gencianas azules y amarillas como un sacrificio de naturaleza salvaje en mi honor. Ni el

aire fresco ni el gélido contacto con la piedra del suelo diluyen la cálida caricia que me provoca y me hace temblar desde dentro. Sin soltar mi tesoro, empujo la puerta de la cabaña. Un golpe intenso de sol frío y consistente, como un foco repentino que se encendiera frente a mí, hace que casi retroceda. Solo tras recuperarme puedo tomarle la medida al paisaje que enfrento de repente. Estamos en medio de una vaguada atravesada por un río silencioso y desganado que discurre lento a pocos metros de la cabaña. Es un espacio amplio, sin árboles, alfombrado de verdes de hierba y musgo sobre rocas que asoman tímidas, punteando de grises y negros un cuadro de agreste naturaleza de montaña. Aspiro sobre las flores mientras busco en el paisaje la figura tranquilizadora de Daniel.

—¿Has dormido bien?

Me sobresalta a mi espalda. Sonríe y se fija en el ramo que aún llevo en la mano.

—Gracias —le digo iluminando la mirada con toda la intensidad amorosa de que soy capaz—, por la noche y por las flores.

Lleva entre las manos un balde de agua humeante.

—Es para que te laves si quieres.

—¿Y el río?

—Cubre poco, no hay baño posible. Más arriba está mucho mejor. Y si quieres, nos bañamos.

Sigo sonriendo mientras le respondo que sí con la cabeza. Lo que quieras.

Entra en la cabaña con el balde. Me llega el olor del fuego aún encendido junto a una de las paredes laterales.

—Ahí te lo dejo —me dice con un gesto mientras atraviesa el umbral.

—¿Dónde vas?

—A terminar de organizar el material.

Me planto ante él y le abrazo. Nos abrazamos. Cae el ramo al suelo y busco sus labios, luego su boca, me pego a su corazón y aspiro su olor y su energía. Es vida que late para darme más vida, un puñal que me atraviesa y me deja abierta una dulce herida de

ansiedad y posesión. Yo suya, él para mí. No recuerdo algo así ni cuando me rendí ante Miguel. Escucho graznidos en el aire lejano y el viento trae olores desconocidos y un suave ronquido, como el quejido apagado de un animal herido.

Aprieto más y lo dejo escapar. Otro beso. En los labios, como el buenos días de los amantes una mañana cualquiera.

Aunque esta no lo sea.

Apenas ha levantado el sol sobre las lomas altas del fondo del valle cuando seguimos el camino. En la cabaña quedan el balde y parte de las provisiones.

Caminamos hacia el oeste hasta dejar atrás el valle del río Sorbio. Antes de iniciar el ascenso hacia brañas aún más altas, dejamos frente a nosotros, al otro lado del cauce, una manada de caballos que nos observan desde lejos con curiosidad. Le pido a Daniel que espere y me acerco a la orilla. Al otro lado, uno de los animales abandona el grupo y camina despacio hacia nosotros. Le siguen otros dos, y luego la manada. Cuento hasta doce en total, tres de ellos potros de pocos meses. Se detiene el primero junto a la orilla y los demás se colocan tras él. Uno de los potros, curioso, se separa del grupo y se acerca al río. El primero le hace regresar con dos trancos y un movimiento de cabeza, y vuelve donde estaba a reanudar su examen preciso y vigilante. Tiene el alma en tensión, con el apremio del peligro inminente. Sus orejas están vueltas hacia nosotros, abiertas como radares. Concentrados, están pendientes de cualquier movimiento o sonido mientras nos huelen y clasifican para evaluar el grado de amenaza que suponemos. Retrocedo dos pasos. No se mueven. Mira el líder a Daniel, que está empezando a hacer fotos. Todas las orejas en punta se vuelven entonces a él, a la cámara que suena mientras se desplaza lento de un lado a otro buscando ángulos mejores, supongo. No escucho sus corazones, pero percibo perfectamente su preocupada atención. Son seres depredados; su supervivencia está en la velocidad de su huida. La atención es su arma más eficaz, la que dispara el resorte de la fuga cuyo éxito dependerá de la velocidad. Papá me decía que en el lago

del fondo de los ojos de los caballos estaba el secreto más precioso de la vida: la atención al presente, la experiencia pura y extrema del aquí y ahora. La disciplina del instinto. Mientras permanezcamos aquí sin avanzar y en silencio, podremos mirarnos hasta el cansancio. «Hay que seguir», escucho que susurra Daniel. «Vale». Quiero verlos actuar, vivir. Doy un paso al frente hasta meterme casi en el río y sucede lo que esperaba. El primero se gira e inmediatamente le siguen los demás, que comienzan a trotar pastoreados desde atrás hasta un lugar que consideren seguro.

Suavemente saco el móvil de la mochila. Grabo la huida de la manada. No hay cobertura. Constatarlo me procura una calma tan robusta como desconocida. La Sofía de hace unos meses no hubiera soportado romper con esta violencia el hilo que la sujeta al mundo de los vivos. Ahora mismo es el regalo que me conecta con la verdad de mi ser esencial.

¿Cómo un mismo hecho puede ser tan distinto según sea el modo en que se vive? Respiro hondo y me parece que en el mundo no hay más vida que la de Daniel, la mía y la de este escenario elevado de naturaleza antigua y creadora, de la que formamos parte sin que jamás tomemos conciencia de ello. Hasta la memoria de las cartas se diluye en este presente salvaje.

Si ahora mismo volviera a Madrid, me sentiría como Amala y Kamala, las niñas criadas por lobos en la selva.

Cuarenta y ocho

Avanzamos con decisión por caminos abiertos entre prados altos y bosques de espinos. Me he acostumbrado al paso largo y firme de Daniel. Dos horas después de dejar la cabaña, el terreno se eleva aún más y los senderos comienzan a estrecharse.

—Por aquí ya no suben los todoterreno de los ganaderos y los pastores. No hace falta a no ser que se te pierda alguna vaca o un caballo.

El sol frío acompaña y hace la ascensión menos penosa. De vez en cuando nos giramos para contemplar el paisaje que vamos dejando atrás. Hace tiempo que perdimos los pueblos habitados. A nuestros pies, llanuras entre lomas altas y arroyos que van a morir al Sorbio. Casi podemos sentir el aire de la nieve en las piedras más altas a algunos centenares de metros de donde estamos. El invierno aún no se ha enseñoreado de estos montes. En dos semanas ya no podremos ver a la osa.

—Es raro que haya parido antes de hibernar, pero el rastro que encontré no deja lugar a dudas —dice Daniel.

Cuando parece que tomamos el camino del pico más alto de la cordillera, ese *picu negru* de imposibles paredes lisas, el sendero gira a la izquierda y desciende suavemente hacia una hondonada atravesada por un arroyo a cuyos bordes crecen algunos abedules y tejos que más allá ceden el paso a enormes pinos negros que se buscan, se concentran y terminan formando en el horizonte un frondoso bosque de verdes oscuros y grises misteriosos.

Daniel me señala un punto en el que la distancia entre los árboles es mayor, como una puerta natural en la línea arbolada.

—Ese es un sendero creado por el instinto de supervivencia de siglos de animales. Parece abierto por el hombre, pero no es así.

—¿Por allí pasa el oso?

Asiente. Y el lobo y el caballo y el jabalí y la gineta y todos los seres que sobreviven aquí y necesitan moverse para buscar alimento y reproducirse.

—¿Y es allí donde vas a plantar las cámaras?

Me mira como el maestro al alumno que anticipó la respuesta antes incluso de plantearla. Hay en sus ojos un brillo de amorosa admiración. O eso creo ver.

—Exacto.

Me pregunto si es aquí también donde vamos a dormir. Me responde como si hubiera escuchado mi corazón. Quizá lo ha hecho.

—Y aquí vamos a quedarnos.

—¿A la intemperie?

No del todo.

A nuestra izquierda, como si vigilara la linde del bosque, al refugio de un desordenado grupo de abedules, se esconde un pequeño chamizo. Nunca había visto una choza de pastores así, redonda y coronada con un viejo enramado. Como las antiguas que hoy se han convertido en monumentos o museos. En la parte menos expuesta, una puerta vieja, partida como las de establo, con dos hojas gruesas cuarteadas, da acceso a la cabaña. Empuja Daniel suavemente y cede la parte superior. Abre el pestillo de la inferior y entramos. Huele a cerrado y está oscuro. No hay ventanas y tardo en acostumbrarme a la negrura.

—Bienvenida a mi refugio. Siéntete en casa.

Acepto el juego y hasta celebro la invitación. Suelto la mochila sobre el banco pegado a un lateral y observo que el suelo de tierra permanece seco pese a la humedad exterior. Daniel saca de la mochila una lámpara que inunda el espacio con la blancura lechosa de las luces led. Prefiero una antorcha, le confieso. Él también, pero esta es más práctica. Las paredes son completamente negras. En el centro, los restos apagados de una hoguera.

Vamos al bosque a colocar las cámaras.

Me invade una emoción adolescente de aventura ante lo que para él es una forma de vida. Siempre envidio a quien ha conseguido hacer de su afición un oficio con el que puede ganarse el pan. Como si yo no lo hubiera hecho.

Toma de su mochila tres pequeñas cámaras de las que se ponen los ciclistas en los cascos, GoPro ligeras que tunea con cintas y velcros para afirmarlas en las ramas o sujetas a los troncos de los árboles.

No tardamos en llegar a la puerta del bosque.

Una atmósfera de ruidosas aves invisibles que parecen alterarse ante nuestra presencia envuelve el afán de Daniel, que va ocultando las cámaras en nudos vegetales desde los que calcula que puede verse el paso de los osos o de cualquier animal que atraviese el lugar. Sitúa en el suelo una de ellas, la que parece más dura, al abrigo de dos grandes piedras que la sujetan y protegen. Pasarán justamente por encima, me indica. El sol va cayendo a nuestra espalda, al otro lado del bosque. Una luz enrojecida y agonizante empieza a hacerse notar desde lo más frondoso. «Indica el momento de salir», dice Daniel. «Ya no es nuestra luz, les pertenece a ellos». «Quiénes». «Ellos, los habitantes de ese lugar. No es nuestro espacio, nos concierne, incluso pertenecemos a él, pero no es nuestro. Robarles su imagen para conocerlos mejor no les quita la propiedad del sitio ni les arrebata libertad». Asiento sin objetar. ¿Cómo someter algo de lo que soy parte? En ningún momento de este viaje he tenido la sensación de estar conquistando espacio ajeno o penetrando en el territorio prohibido de una naturaleza lejana. Al contrario. Me acoge, me recibe, me hace suya, en un sentimiento de comunión consciente y familiar que me imposibilita para cualquier tentación de posesión o de estímulo modificador. Es ella la que me abraza generosa, se me abre y me otorga el privilegio de permanencia. En ningún caso el deseo de posesión. Yo soy suya, no ella mía. Me acoge en condición de ser vivo, como el agua fría

cuando me posee, cuando me rodea, cuando me abraza y me hace sentir parte de algo muy por encima de mí misma.

—Vamos a por leña.

La invitación sigue al último vistazo a las cámaras y su puesta en marcha. Todo en orden. ¿Leña? No hay chimenea en la cabaña. Sí. En el techo, en lo más alto del pico, ¿no has visto los restos en el centro? Claro. Los antiguos se calentaban y cocinaban sin chimenea. Abrimos la puerta para no asfixiarnos. Ya verás.

Ya veré.

Hacemos fuego en el interior de la cabaña y me posee el recuerdo de cuando encendía la chimenea con mi padre. Me fascinaba, y sigue haciéndolo, el fuego. Crearlo, provocarlo, conjurar su llegada y mantenerlo. Encendía un papel y sobre él colocaba una piña seca y varias ramitas que en pocos minutos ardían con decisión. Luego un palo, después otro y, tras una paciente espera, el fuego se hacía adulto y devoraba imparable los troncos más gruesos. A su calor y su luz tenue la sangre viajaba feliz y el corazón se inclinaba a la ternura. El fuego convoca al amor frente a él. También esa noche, pese a la pegajosa presencia de un humo que llena el ambiente de ceniza y áspero olor a madera quemada que poco a poco va ascendiendo al techo donde se acumula y va saliendo con desgana, como la sangre de una herida caliente. Para mi sorpresa, no inunda la estancia ni nos hace toser.

—Vamos a apestar a humo.

—¿Y a quién le importa? —me contesta.

En poco tiempo se caldea la cabaña.

Estoy sentada frente al fuego que pinta las paredes de pálidos reflejos de color naranja, como atardeceres artificiales e indecisos que temieran manifestarse, pero lo intentaran una y otra vez. Las llamas me capturan mientras su luz me rodea.

Como de niña, cuando papá se sentaba conmigo frente a la chimenea y sin hablarnos sabíamos que los dos estábamos prisioneros de esta narcótica sensación con que el fuego atrapa a quienes lo entienden.

De repente, percibo en la nuca el tacto elástico, cálido, ligeramente húmedo, de los labios de Daniel y cómo sus brazos me atrapan con la misma consistente convicción con que lo hicieron en la cueva de la playa. Me estremezco, y la descarga me recorre la espalda para estallar en ansiedad y deseo. Las llamas que contemplaba al cerrar los ojos se quedan un instante tras los párpados hasta que mueren grises y se cuartean y desaparecen en el momento en que me giro y lo abrazo con todas las fuerzas de que soy capaz. He quedado a horcajadas sobre él, los ojos cerrados, los brazos en su cuello, el corazón fuera de sí, hambriento. Me besa suave en los párpados, acaricia mi columna con los dedos como si estuviera modelándola; la hace suya, la recorre, la arquea. Soy pasto de las llamas que se me meten dentro hasta quemar y ya no hay fuego fuera de mí, ni humo, ni cabaña. Vuelvo, como en la cueva, a perderme en la intensa emoción de un deseo desconocido y provocador, feroz e intenso, que elude hablar con mi razón y multiplica la ansiosa necesidad del cuerpo al que me aferro y que me abraza. Es un delirio nuevo que expande la ansiedad y convierte la posesión en un único objetivo vital, como si mi supervivencia pasara necesaria e inevitablemente por ello.

No hay otro ser ni otro recuerdo; ni otra emoción ni escudo alguno: me arrojo al torbellino y él me lleva, y la respuesta del cuerpo codiciado, del alma inmensa que me ha atrapado y llena completamente el breve espacio de humo y obsesión, edifica en un instante un universo de placer físico y éxtasis espiritual de tan intenso vigor que podría destrozar la cabaña desde dentro, como una explosión descontrolada que hiciera trizas todo lo que nos rodea.

Cuando acaba, un lejano aullido abrocha la liturgia, como si el lobo fuera heraldo de una naturaleza que ha decidido aprobar o hacer suyo lo que acabamos de vivir.

Cuarenta y nueve

—No vimos al oso, pero él a nosotros sí.

Daniel muestra en La Librería, ante la mirada sorprendida y atenta de Julia, Félix, Mateo y la propia Sally, que lanza furtivas ojeadas sin atreverse a unirse al grupo, las imágenes de las cámaras en el monte. Le miro sorprendida cuando deja caer con esa seguridad lo que se me escapó y no me dijo. No comento. Ya responde él, sonriéndome con los ojos.

—Muy cerca, además. Cuando recogíamos las cámaras antes de amanecer. Estaba en el bosque, a pocos metros. Una hembra con dos oseznos, aunque en el vídeo solo veamos a uno de ellos.

—¿Y cómo lo sabes? —quiere averiguar Mateo; emplea un tono escéptico e inquisidor—. ¿Los viste tú?, ¿o los oliste?

Ríe francamente antes de responder.

—Exactamente. —Amplia la sonrisa que regala a Mateo; Julia me mira con expresión de sorpresa—. Los olí. Un segundo, apenas una ráfaga de viento, pero me llegó el aroma ácido del oso cercano, como salitre húmedo y terroso, a orinal usado y sin limpiar. Las huellas en el camino indicaban claramente que había otro cachorro además del que acabáis de ver.

En las imágenes de la cámara semienterrada se ve cómo la osa se detiene ante ella, como si fuera consciente de ser grabada y deseara mostrarse orgullosa. Después se acerca al objetivo y pega su nariz sobre el minúsculo cristal. Tras ella, uno de los oseznos pasa por encima sin prestarle atención.

—Estaban allí, en el bosque, observándonos. Supongo que atenta la madre a que ninguno de sus hijos se dejara llevar por la

curiosidad y se acercase a los humanos. No les somos del todo ajenos. Saben dónde estamos, cómo olemos y que cultivamos comidas sabrosas y nutritivas. Y eso que pasa por ahí, fugaz, como una gallina intentando esconderse, es el urogallo, que se desplaza casi al amanecer, mucho después del paso de los osos. Es muy difícil verlo ahora, porque suelen moverse más en primavera, cuando tienen el celo… Pero… ahí tenéis uno.

Somos pocos, pero alumbramos una atmósfera de ceremonioso estreno, como si en un cine capitalino asistiéramos a la esperada reaparición de un talentoso director local. Ninguno de nosotros había visto imágenes así fuera de los documentales televisivos. Son formas perfectamente definidas en tonos verdes y grises, miradas de infrarrojos cuya traducción a nuestra vista es prácticamente monocolor, pero la lejana verdad que transmiten nos cautiva como espectadores privilegiados.

En el primer hueco a solas que encuentra, Mateo dispara la pregunta:

—¿Y qué tal con el fotógrafo allá arriba? ¿Es tan salvaje como parece?

Me arranca una carcajada.

—No, Mateo. —Espero su reacción. Parece sorprendido, diría que hasta contrariado—. Mucho más de lo que parece. Me hubiera quedado con él allí para siempre.

Le digo lo mismo a Ángeles esa noche cuando me llama.

Hay lío en la televisión. Algo me imaginaba. En los últimos días hay por aquí *overbooking* de fotógrafos y mucha más gente buscando imágenes mías, y algunos consiguiéndolas, pese a que hago de la ocultación mi rutina habitual. Bajo a horas difíciles al bosque; me escondo en la playa que aún nadie busca pese a su precisa descripción en la novela; he dejado de visitar Ribera y Cañadiello para no tener que encontrarme con nadie. No doy entrevistas, me escondo, moruga, y no quiero aparecer ni para la promoción. La editorial me ha dado tiempo, pero de vez en cuando emite señales de inquietud y sugiere algún viaje de venta del libro,

sobre todo al extranjero. La novela está siendo un bombazo en México y hay legiones de nacionales que vienen por aquí buscando el refugio y el Palacio de La Vega en ruinas.

—Queremos estar solos, ¿verdad, Cayo?

Y él ladea el rostro con expresión atenta mientras barre el suelo con el rabo, sentado a la espera de la señal para el momento feliz del paseo.

—Salvaje, querida —le insisto a Ángeles mientras la memoria reactiva cada terminal nerviosa cuando evoco la noche en la cabaña—. Y deliciosamente dulce. Salvaje y dulce, ¿cómo te quedas?

«Muerta», dice. «Si es verdad, por lo increíble. Si es mentira, por lo logrado de la fantasía».

—Créeme y muérete de envidia.

—No estarás enamorada, Mari.

¿Qué le digo? La verdad.

—¿La verdad?

—Si es que sí, no me lo digas.

—Pues no te lo digo.

Es una sinrazón, una locura. Haberme trabado en un sueño de amor con todo lo que estoy viviendo. ¿Y por qué no? Estoy dispuesta a dejarme vencer por la fantasía de lo que está por vivir, la imaginación de todo lo que ansío compartir, que no tiene límites ni fija geografías.

A mi medio siglo, amor adolescente. Pero no pienso culpabilizarme ni temer. Vivir, simplemente.

—¿Allí? ¿Para siempre?

Aquí. Mientras quiera y pueda. Las ventas de *El refugio* me darán de sobra para asentarme. Y estoy descubriendo mis raíces, y siguiendo su curso para saber de qué tierra se alimentan, de dónde vengo.

Se lo explico a Ángeles y ella escucha silenciosa y estoy segura de percibir en ella una suerte de tristeza, de abandono que enmudece ante lo que no admite rebelión, lo inevitable. En la tele hay cambios de accionista y la batalla se libra sobre si Sofía Fernández volverá a

la pantalla o seguirá en su retiro que llaman «literario». Unos pugnan por devolverla al público, otros por renovar caras.

—Quieren algo más formal, menos cercano. No es que quieran volver a la formalidad del parte, pero dicen que tanto calor y tanta cercanía restan sensación de rigor a las noticias. Que tú muy bien, pero…

—No se puede hablar al público como el público habla —completo su frase con la cantinela tantas veces escuchada a los puristas—, que hay que ponerse un poco por encima para ser creíble. Lo de siempre.

Aunque el diálogo va de lo mío, no es ya mi espacio.

—Es Arjona, ¿verdad?, que ha subido y enreda…

—Sí —confirma Ángela al otro lado—. Tu amigo es el nuevo director de contenidos y quiere mandar más.

Que le den. Como a todos.

—Vas en serio, ¿verdad, Mari?

El trabajo ha sido durante años el lugar donde me resguardaba de las inseguridades, de los desamores, de la desconfianza en mi propia capacidad de organizarme y sobrevivir. Era buena, reconocida. Y eso me otorgaba identidad y certezas. Las únicas que he podido reconocer. Molesta ante la fama; la acepto como parte del precio a pagar por un suelo firme al que acudir ante terremotos y aguaceros. Nunca dejé de ser Sofía Fernández, no me atreví a ser solo Sofía por temor a no saber hacerlo. No es nada nuevo. Los seres que habitan los mundos cara al público suelen tener tan firmes los amarres en la escena como livianos los del exterior; somos criaturas inseguras que alimentan su imagen de turgencia con las luces y los aplausos que reciben de su público. Pero es solo imagen. Y más sola estás y más insegura cuanto más alto subes y más inaccesible. Buscas en el público el aplauso que eres incapaz de darte a ti misma.

—Soy feliz aquí. Tengo objetivos, ¿sabes? Pero de verdad, no solo audiencias o exclusivas. Vivo, siento, amo, soy parte de un mundo tan pegado a la tierra que no puede engañarse ni engañar.

Ángeles rumia mis palabras con la elocuencia muda de quien se queda sin argumentos. Me conoce. Lo sabe. No los hay.

—Vas a terminar convenciéndome de que no estás loca.

—Es que no es verdad. Lo estoy. Con esa locura de quien está desafiando sus miedos y se siente capaz de derrotarlos. La valentía es una locura, y más en este tiempo.

Y ella me pregunta si tengo amigos, si aquí hay cosas que hacer, en quién me apoyo, qué hago para que no se me caiga la casa encima, con quién quedo a tomar copas o para ir al cine, o a quién despellejo cuando estoy furiosa.

Respondo, y lo hago a mí, no solo a ella, que lo mejor de este lugar y este tiempo es ir descubriendo poco a poco que me basto a mí misma para encontrar la paz, para atisbar el equilibrio que nos hace serenos, la libertad de ser sin explicar, de actuar sin justificar, de disfrutar de sorbos de felicidad sin temer que se acabe o dure poco. Haber encontrado por fin y sin buscarlo aquello que mi padre me decía que estaba en el lago profundo de los ojos de los caballos: la serenidad del presente alerta, la calma vigilante de la atención al instante, el arma del corazón superviviente frente a la impostura de quien espera algo de ti a cualquier precio.

—O sea que lo próximo que escribes es de autoayuda.

Y reímos las dos, cualquiera sabe. Pero intuyo en Ángeles la pena o el temor de quien ve alejarse a alguien que ama.

—No me vas a perder, Mari —quiero tranquilizarla, calmar su miedo, no perderla yo—. Con suerte conseguiré traerte también aquí.

Veo cómo cierra los ojos, se toca la barbilla, respira hondo, porque lo hace siempre que tiene dudas o conflictos. No responde y, sin embargo, sé que está pensando que su amiga del alma se le está escapando de las manos para siempre.

—Te quiero, Ángeles. Eso no lo va a cambiar nunca nada ni nadie.

Cincuenta

Me hace sentir bien la afectuosa lealtad de Mateo. Este tipo es verdad. Viene, como todos, de tropezones y fracasos, y ha encontrado aquí un espacio en el que desenvolverse en beneficio propio y atendiendo a los demás. Cocina, edita un pequeño periódico de debate y literatura y anima como nadie las tertulias de La Librería. Ahora, a tiempo parcial, es mi compañero de acción detectivesca. Su mujer, Lola, tiene en Torrelavega un salón de belleza y ha empezado a venirse conmigo y con Daniel a los baños invernales. Como Paco, que se trae a sus dos Golden que juegan con Cayo y persiguen vacas y rastros de alimañas. O Esther, que busca plantas y viene con guías espirituales que jamás hemos visto.

Los baños se han convertido en excursiones organizadas.

Al regreso del de esta mañana, cuando he dejado a Lola en casa, Mateo me ha pedido que no me vaya, que entre con ellos.

Ha trabajado estos días de mi exilio montaraz.

—¿Sabes quién es María Jesús?

No recuerdo. Me explica: la vieja tienda del final de la calle, que fue en su día comercio, mesón y casa de postas, justo en la curva frente al mirador. La mujerona que vive allí sola y no sale casi nunca. Esa de belleza vencida y unos ojos verdes que todavía lucen cuando te habla y está de buen humor.

—Sí, claro. —Ahora sí—. Muy maja.

Ojos verdes que lucen.

Y de repente, el golpe de un recuerdo que se desentierra y manifiesta. Ojos verdes que lucen. Aquellos ojos de mi despedida. Son ellos.

Había sepultado por completo aquel episodio.

El día de mi adiós. Treinta y cuatro años atrás. Aquella mirada de María Jesús.

Hacía tiempo que se hablaba de su boda con Tasio, del barrio de la Aguilera, de penalti, que era como se llamaba a los matrimonios forzados por embarazos que no se buscaron. En su caso, ya con cierta edad, pasaban los dos los treinta. Siempre me pareció una definición extraña, imprecisa. El penalti y el gol eran un triunfo a no ser que aceptaras el papel del castigado y el perdedor. En ese caso, sí. Si destierras el triunfo y solo te quedas con la derrota, casarse de penalti es hacerlo con la definición de una penitencia. Por eso las bodas eran casi clandestinas, como con vergüenza, y se arrastraba de por vida el estigma de la frivolidad o, peor aún, del pecado. Hasta la criatura podría quedar marcada. A mí me daba lástima María Jesús, con aquel porte de mujer fuerte y hermosa, grandona y expresiva, con esos ojos verdes que se reían y brillaban con ganas cuando te hablaba alto, como ella hacía, o contaba historias divertidas, que no en vano tenía fama de célebre en Sierraplana. ¿Cómo no la he reconocido en la anciana de la tienda?

Se iba a casar el día de mi marcha. Y vio desde el otro rincón de la plaza, frente a la iglesia de Santa María, cómo me abrazaba con Paqui, cómo cogía mis maletas, cómo entraba en aquel coche grandón y oscuro como quien se adentra en las tripas de un monstruo, con miedo y arrastrando en el alma aquella piedra ardiente del desamparo.

Hablaba en silencio a Paqui, me despedía de ella alzando débil la palma de la mano tras el cristal, cuando me crucé sin esperarlo con aquel verdor vidrioso y siempre alegre de los ojos de María Jesús. Estaban apagados, insólitamente turbios, y de inmediato entendí que me acompañaba en la tristeza y desearía hacerlo también en el viaje. Cerré los ojos e incliné la cabeza como saludo; al abrirlos, recibí una sonrisa amorosa y franca, de esas que se regalan a quien quieres consolar, y yo le devolví el gesto y me quedé con ella en la memoria, hasta que se fue extinguiendo, como pasó con los

recuerdos de esa vida que en aquel momento quedaba interrumpida para siempre. Resucitaron cuando escribí *El refugio,* pero entonces no la recuperé para las páginas porque en la novela no hay despedidas como aquella, ni rescataba emociones más allá de la frontera de Miguel.

De repente siento un deseo irrefrenable de volver a verla, de abrazarla y de darle las gracias, como si no hubiera pasado el tiempo y el olvido solo hubiera durado un segundo.

—Sí, sé quién es. Pero no me acordaba de ella, y eso que tenemos una conversación pendiente.

Mateo hace como que no ha escuchado esto último que, sin duda, llama a su curiosidad. Luego preguntará. Lo que tiene que decirme es muy importante.

Va al grano.

Nadie encontró el arma del crimen del Paso de la Mula. Mataron al Pinturas a cuchilladas, con saña verdadera. Como si fuera un ajuste de cuentas.

—No encaja con el asesinato hecho por alguien que pretendiera escapar —termino por especular.

—Nadie se ensaña en una huida —concede él—. Y, curiosamente, Quintín era de los pocos a quienes el Pinturas no había robado, engañado… o mancillado.

—¿Qué quieres decir con eso de mancillado?

—Que era un acosador, Sofía. Lo que hoy llamaríamos un «acosador». Obsceno, machista, violento… Tenía enemigos por todas partes. Pero había atesorado sobre todo el odio de novios o maridos ofendidos, y de unas cuantas mujeres a las que osó acercarse o tocar, o algo más.

Se expresa con gestualidad teatral. Lola nos acompaña atenta y un tanto fascinada, contagiada por el énfasis que impone Mateo a sus revelaciones.

—Peña Ardiles, el Pinturas —afirma en ese tono— andaba por el Paso de la Mula la misma mañana en que la condesa montó la

partida de caza al hombre para supuestamente buscar a Quintín, pero no formaba parte de ella…

—Más razones para descartar a Quintín.

Otra voz se cuela en la charla sin avisar. Apunta inesperadamente Lola:

—Y alguien interesadamente unió los puntos aunque resultara inverosímil. Tipo que huye, crimen cerca… me viene bien para levantar una historia.

Mateo y yo nos miramos. Luego a ella, que se encoge de hombros y enarca las cejas ante nuestra sorpresa.

—Ahí os lo dejo. Voy a cambiarme. Solo quería aportar algo al relato, ¿no?

La pelota queda botando y Mateo completa la jugada. En el otro campo.

—Entre los que tenían pendientes deudas que saldar, deudas de sangre, de odio, de ganas verdaderas de enjugar la afrenta, hay alguien a quien conoces.

—¿De aquella época?

Asiente. Aguarda mi respuesta.

—¿Vivo? Solo hay uno. Que yo sepa.

Pues ese. Sí. Martín.

—Casi viola a su mujer. Fue a por ella. De día. Margarita, que así se llamaba la moza, lo tenía ya encima cuando le clavó una rama en el cuello y pudo quitárselo y salir corriendo; lo dejó herido cerca de la curva del faro, justo a la entrada del bosque. No era la primera vez que iba tras ella. Algún tiempo después la amenazó con matarla si lo denunciaba. Nunca lo hizo. Y tardó ella mucho en decírselo a su marido, a Martín, el padre de Félix.

La curva junto al faro, la entrada del bosque. Mi cabaña está a pocos metros.

Al regresar, me acerco allí. Huele a mar y a bosque húmedo, graznan lejanas las gaviotas y llega de los acantilados el brumoso sonido de las olas.

Quizá como entonces. Margarita, la mujer de Martín. ¿La madre de Félix?

Puedo ser ella allí y entonces. Sentir la respiración del hombre a mi espalda. El miedo aprieta el paso. Quiero escapar del depredador con la única arma que tengo, la huida. Sé quién es él y qué quiere. Depredador. Sé dónde y cómo me va a hacer daño. Quizá un hombre le plantaría cara. O quizá no. Nunca tendría, en cualquier caso, la certeza que yo tengo. No le haría lo que me va a hacer a mí. Miedo. Quiero llorar. Grito. Socorro. La voz se eleva, penetra en el bosque y se pierde sin respuesta. Se acerca él. Albergo, un instante, la esperanza de que alguien haya oído, de que alguien pase, algún carro, algún pastor, un brazo desconocido que me saque de aquí, pero nuestros pasos son el único sonido que golpea el silencio. Ya está detrás. Con una violencia que no esperaba, me empuja hacia el bosque. Estoy a punto de caerme, pero un árbol salvador me sostiene. Comienzo a correr. Mucho, todo, gritando, pisando hojas muertas, queriendo volar, temiendo lo que llega en poco tiempo: me empuja, me derriba, clava la rodilla en mi espalda, mete su mano de piedra bajo la falda y tira con fuerza de lo que allí encuentra para abrirse camino. Me gira hasta que quedo boca arriba. Huele a sudor, a alcohol, a orina seca. Abre mucho los ojos, parece furioso, su rostro enrojecido emite señales de ansiedad. Dice palabras que no entiendo, que no escucho, ahogadas por la fuerza de mis gritos que no cesan. Me tapa la boca, su carne sabe a sal y barro. Sigue tirando bajo la falda, rompiendo tejidos, rozándome con dedos secos y duros. Se tumba, me inmoviliza, estoy a su merced. El miedo es ya insoportable. Como la certeza de la muerte inminente. Su cabeza se pega a la mía, respira cada vez más rápido. Sus dedos comienzan a penetrarme y en ese instante los míos emprenden en desorden y sin control la búsqueda de algo duro, consistente, algo con que golpear, herir, arañar, provocar en la alimaña un dolor que me la quite de encima. Toco hojas, alguna piedra, ramas pequeñas. Soy ya desesperación y miedo. He dejado de gritar. Toda mi atención está en la búsqueda del arma. De repente, tropieza un dedo con algo

afilado y duro. Palpo, sopeso. Es una rama del grosor de un bastón. Lo único que tengo, lo único que me queda mientras él intenta colocarse para su asalto definitivo. Una fuerza inmensa, feroz, poderosa como el vigor de la supervivencia, me mueve la mano hasta su cuello, y noto cómo la punta de la rama rasga su carne y se le mete dentro. Me roza un instante su sangre caliente. Grita, se incorpora y se gira hasta ponerse boca arriba con las dos manos en el palo que arranca de su cuello. Yo ya me he levantado y comienzo a correr. Vuelvo a gritar, pero ahora hacia la salvación, hacia la esperanza. Es esta la que mueve mis piernas con el mismo nervio intenso con que antes lo hacía el miedo. No me persigue. Escucho sus gritos, sus insultos: puta cabrona, te voy a matar, hija de mil putas, me cagüen… Y el bosque va mitigando su voz, su lamento, la amenaza. Llego a la carretera, sigo corriendo, dejo atrás el faro. A pocos metros de la entrada del pueblo me detengo y me vuelvo a mirar. No me ha seguido. Ni siquiera escucho ya su voz. Respiro hondo. Aún sin sacudirme el miedo, me recoloco el pelo y aparto de mí las hojas y la tierra que todavía llevo encima. Entonces lloro y, despacio, camino hacia el lugar seguro en el que desprenderme de todo lo que me queda fuera y dentro. Ahora ya no quiero ver a nadie, no quiero ningún socorro. No quiero sentir la vergüenza de haber sido tocada, arañada, vareada por dentro y por fuera porque a un hombre le ha apetecido hacerse con mi sexo. No quiero sentirme más sucia de lo que me siento.

—¿Te pasa algo, Sofía?

Mateo me ha acercado a casa. No me he dado cuenta de que aún seguía junto a mí. Regreso. Lo miro. Niego con la cabeza. Quiero ver a Martín, quiero abrazarlo.

—No estoy seguro de que lo entendieras.

Cincuenta y uno

Martín encontró al Pinturas en el Paso de la Mula y, en la ventaja de la soledad y la confusión del momento, lo mató a puñaladas. Esto da sentido a la insistencia de Félix en saber qué decían las cartas, no fueran a revelar el secreto de sangre que debió guardar siempre esa familia.

—Después de matarlo —sigue Mateo su relato—, no salió corriendo a esconderse. En el Palacio de La Vega supieron antes que nadie que había un muerto porque el propio Martín fue a contárselo a la condesa.

—Y a ella se le abrió el cielo.

—De par en par. No es lo mismo acusar a alguien de un robo difícil de probar que de un crimen con el cadáver aún caliente.

—Tenemos que volver a hablar con Martín.

—Sí, claro. Pero antes quiero ir contigo a ver a María Jesús. —Sobre la mesa del comedor, dos cafés que se están quedando fríos. Doy un sorbo al mío sin dejar de mirarle y él me explica el porqué—. Su madre trabajaba como doncella de la condesa. Era la persona que más cerca tenía, la única a la que no trataba a puntapiés. Ella le contó hace mucho tiempo que siempre creyó saber quién era el verdadero asesino del Paso de la Mula, pero que no estaba segura. Quintín trabajaba para Minera Cantábrica cuando supuestamente huyó con unas joyas que le había robado a la condesa después de que esta le acusara de haber falsificado notas contables para quedarse dinero de la familia. La condesa montó una especie de batida para buscarle. Aprovechó uno de los viajes del conde y su hija para levantar aquella tragedia inverosímil. Ellos no le

habrían dejado. Y esa misma tarde Martín se presentó en el Palacio de La Vega pidiendo hablar con ella.

Me asedia en ese instante una extraña sensación de irrealidad, de inconsistencia, como si lo que estuviera pasando no fuera sino una más de mis ensoñaciones, una de esas escenas que ideo y revivo con la misma intensidad emocional y estética que si fueran hechos rescatados de mi memoria o visiones de mi presente. Pero en este caso no es mi voluntad. Alguien maneja mis acciones y palabras como si fuera el guion de una película o el texto de una novela. Soy, somos, construcciones a merced de los designios superiores de quien nos escribe y nos ordena. Lo que pienso estaba antes en la cabeza de otra persona y lo teclea en un ordenador en este momento desde algún lugar y un tiempo lejano y yo simplemente respondo a ese designio que no alcanzo a descubrir ni desmantelar. Soy su personaje.

Me sacudo la idea de la cabeza. Todo está siendo extraordinario, pero se me hace evidente que va cobrando sentido.

—¿No te parece que todo esto es muy raro? —me atrevo, no obstante, a preguntar al fin.

—Desde el minuto uno —contesta Mateo sin dudar un segundo—. La historia de amor imposible, el trágico desenlace, la batida como si de una alimaña se tratase. Y todo eso resucitado de repente por unas cartas que aparecen en el lugar y el momento adecuados. Si me apuras, hasta ante la persona adecuada. Desde que me contaste lo de las cartas y según vamos averiguando cosas, va creciendo la sensación de que alguien las puso en tu casa con alguna intención. Que no estaban allí y aparecieron por casualidad, vamos.

—Alguien que nos utiliza y maneja a su antojo con un fin desconocido.

Esta noche en casa vuelvo a extenderlas sobre la mesa. Me las ha devuelto Mateo una vez ha desaparecido el riesgo de que Félix las robe.

Vuelvo a percibir su latido. Acompasadas. Como los corazones de los caballos en manada, que se sincronizan para sobrevivir. Una alteración anticipa peligro. Las cartas están vivas. Me hablan de mí desde trazos antiguos al impulso de emociones que son universales y serán eternas. Una historia de amor que encierra en los barrotes de las líneas escritas en tiempo y con trazos distintos mi verdadera biografía.

Me detengo en la caligrafía. La de ella es firme, elegante, levemente redondeada. Hay diferentes intensidades y no siempre se escriben con la misma tinta, pero el dibujo es elegante e invita a pensar en alguien educado en la expresión. Las líneas de él son más irregulares y esconde peor su estado de ánimo. Tienden a caerse en los momentos duros, cuando expresa ansiedad, miedo y dolor, y a subir cuando alimenta esperanza o revela buen ánimo. Dos formas de escribir distintas, completamente alejadas, como eran sus mundos hasta que se cruzaron. Universos que inesperadamente buscan y fijan ataduras emocionales que parecen irrompibles. Que lo son cuando en presente nos atrapan y nos queman y enloquecen. Que hacemos nuestras cuando asistimos admirados a su representación. El amor de Elena y Quintín, el aliento de su historia irrepetible, está sobre la mesa, ante la ventana que ya ilumina el amanecer inminente.

Mi destino descansa en hojas manuscritas que jamás soñaron trascender. Vive en las cartas una tragedia personal que tiene que ver conmigo y con mis orígenes. La huida, el exilio, el regreso en compañía de alguien que vino de allá. Ese pasado me pertenece a mí también,

Cayo me reclama el paseo matutino, el encuentro diario con su parque temático y con sus amigos camino de la Cueva. Hoy no lo habrá. Le he dicho al grupo que iré sola más tarde, que tengo asuntos personales que he de resolver hoy mismo.

No quito la vista de las cartas mientras me alejo hacia la cocina para prepararme la infusión, como si temiera que fueran a escapar.

O como si desde más lejos fuera a captar mejor lo que siguen queriendo decirme.

A medida que hemos ido sabiendo más de Elena y de Quintín, en la forma en que han ido convirtiéndose en personajes de nuestra propia historia —creo que a Mateo le pasa algo parecido, aunque no haya aquí nadie de su familia—, surgen más preguntas. Afloran más misterios tras cada trazo delineado en el papel. Preguntas llaman a preguntas, misterios levantan misterios.

Silba la tetera y devora el silencio de día nuevo con que me gusta amanecer aquí. Hace tiempo ya que acabé con el tic de encender la radio nada más levantarme, de disponer de las voces y lo que cuentan en todas las habitaciones de la casa, salvo el dormitorio en la última etapa, que Marcos Lorenzo no tuvo jamás el defecto proletario de madrugar.

Hoy me están hablando las cartas.

Palpitan sobre la mesa de madera pulida. Será alguna corriente leve que eluda los burletes de la ventana. O quizá es el amor que las creó y las sigue recorriendo, la fuerza del secreto que ocultan y me concierne, que pugna por salir y emite señales que tengo que descifrar como una espía concentrada en desvelar los códigos del enemigo.

Me siento frente a ellas. Sin saber muy bien por qué, me acerco y aspiro profundamente. Oculto tras el olor seco de la madera vieja y la suave humedad que siempre está en el aire, hay un perfume agridulce y antiguo. Se me mete dentro, hasta el corazón mismo, y casi puedo ver sobre las cartas una bruma anaranjada y levísima que se eleva como la niebla escapa de la tierra húmeda para quedarse flotando sobre ella, como si temiera alejarse, hasta que el sol la disuelve sin que oponga resistencia a sus vaporosas espadas de luz. Hay una magia en el aire, una promesa que no puedo descifrar.

Tomo la infusión de jengibre y, ante la mesa, comienzo a repasar lo que sabemos y lo que aún ocultan las líneas de estos papeles de nuestra vida.

Cincuenta y dos

Verano de 1947, diez de agosto, festividad de San Lorenzo. Ahí comienza todo. El encuentro, las cartas, el paseo a caballo, algo que brota. La irritación de la madre al entrar Quintín en escena, la tolerancia del padre. El primer encuentro en el Paso de la Mula. Los sueños que ambos dibujan convencidos de poder alcanzarlos.

> *Estoy encantada de que hayas entrado en mi vida, aunque mis padres no lo aprecien y no parezcan demasiado contentos. Mi madre dice que no hay que olvidar quiénes somos y a qué mundo pertenecemos. Pero yo siento que tú y yo formamos parte del mismo. Y, atreviéndome yo ahora también, hasta que sentimos lo mismo cuando pensamos en nosotros. Y creo que Dios me ha guiado la mano cuando acabo de escribir «nosotros».*

Dos amantes ilusionados se entrelazan en una fantasía que dura lo que tarda en afirmarse la resistencia familiar por su distinta condición y los planes que sus padres tienen para ella. Hasta que llega la primera separación.

Puedo ver a Quintín enredado en el puerto entre sus aparejos mientras mi padre se acerca inquieto. No sabe cómo decirle lo que acaba de transmitirle Elena. Decide suavizárselo. No le va a contar que, sin poder contener los sollozos, le ha dicho que no va a poder ver más a Quintín. Lo ha hecho mirando de reojo a su madre, Regina Abernathy, que desde el quicio de la puerta que da a la cocina, en la que raras veces se la ve a ella, vigila la conversación entre los dos jóvenes. Tiene otros planes para ella.

Saluda Eduardo a su amigo, le pregunta qué tal está. Bien, responde, qué tal Elena. Bueno, le cuenta, algo inquieta. Me ha dicho que, al menos de momento, hasta que pase un tiempo, no vais

a poder veros. Quintín deja lo que está haciendo. Suelta la red que cosía y se gira para enfrentarse al rostro de su amigo. La expresión de Eduardo es la confirmación de la mala nueva. Siente abrirse una herida en algún lugar de su entraña: el pecho, el vientre; es un dolor seco y repentino, como si una astilla se abriera paso en la carne. Herido, se levanta y pregunta a su amigo por qué. Él se encoge de hombros y siente miedo y pena como si fueran suyos. Quintín atraviesa el puerto buscando el camino que se eleva hasta el Palacio de La Vega, dos kilómetros monte arriba. Al poco, se arrepiente. Decide volver. Mira a su amigo; Eduardo mantiene la vista fija en él y le hace un gesto con la mano derecha, como si estuviera escribiendo.

Y Quintín escribe la más larga y sincera de todas las cartas. Una declaración de principios, un desnudarse y ofrecerse desarmado, una confianza en sí mismo y en el amor que brota. Una carta imposible de leer sin rendirse a lo que dicen y hasta ocultan sus palabras.

La releo despacio, como la Elena herida que, él aún no lo sabe, desearía volver a verle, pero no puede.

Lo veo escribiendo y volviendo sobre sus palabras una y otra vez, dudando, midiendo. El calor de la cabaña y el chisporroteo irregular y constante de los troncos consumiéndose en la chimenea me trasladan a aquel tiempo, junto a Quintín, asomada a su determinación y a sus miedos. El fuego de la cocina de hierro crepita a sus espaldas y calienta también la estancia. Quiere decir de verdad lo que piensa, pero teme que un exceso de franqueza le aleje definitivamente de ella. Aunque no tenga nada que perder, aunque se le esté escapando ya.

Querida Elena:

Me atrevo a encabezar así esta carta porque es lo que siento y no quiero esconder nada ni esconderme yo.

Me llegan por Eduardo noticias de que por el momento no vamos a poder vernos. Que le has dicho que por ahora no. Me cuesta creer, sobre todo cada vez que leo tu última carta, que no tengas el deseo de que volvamos a encontrarnos. Si, como dices, te guio la mano de Dios cuando escribiste que los dos sentimos lo mismo cuando pensamos en nosotros; es que es una verdad

tan cierta como la fe de los cristianos. Yo no lo soy mucho, pero tú sí, así me lo dijiste, y entiendo que no puede haber mentira en las cosas que Dios te pide o te inspira. Por eso me extraña tanto que no quieras verme, cuando es lo que yo más deseo en este mundo.

Me imagino cuál es la verdadera razón…

Quintín deja de escribir en ese momento. Vuelve a pensar, una vez más, en que puede que esté empeñado en dejar que crezca dentro algo que acabe dañándole. Aún está a tiempo, es solo un pellizco, la presión débil de una emoción que puede llegar a crecer y darle vida o devorarlo. ¿Qué hago yo imaginando ser el pretendiente de una niña rica? ¿En qué trampa me estoy metiendo yo mismo? Piensa en su padre, el republicano comprometido que murió hace apenas unos meses en el campo de concentración en Francia. ¿Qué diría si me ve escribiendo a una condesita como si no hubiera otras mozas en el mundo? Se irritaría. O peor, se reiría de mí. Como quizá esté haciendo ella. ¿Y si todo eso no es sino un juego, un pasatiempo en el que yo soy el ratoncillo herido con el que juega la gata poderosa?

Dice Eduardo que es buena persona, que tiene buen corazón y no trata al servicio como hace su madre, que a veces hasta los golpea. A la pobre Emilia no hace más que insultarla y recordarle lo fea que es y lo coja que está. Y la tiene que consolar Elena, la hija. Que no será tan mala, digo yo, se dice Quintín mirando al techo, descubriendo que aún sigue ahí el agujero por el que espiaba de crío entre las tablas las conversaciones de mujeres desde su habitación. Respira hondo, sigue escribiendo. Sobre él, sobre su mundo, sobre ellos. Tiene que dirigir hacia su destino toda la munición que pueda acumular para que esto tenga sentido, para no sentirse torpe o engañado. Debe ser franco y no temer. Pase lo que pase. Que ella sepa quién es, lo que quiere y hasta dónde está dispuesto a llegar. Y que queme si quiere la carta después. Si es su voluntad, será la última que escriba. Como un testamento de amor, de un amor que se está segando recién nacido.

Se trata de que tus padres no quieren verte con un pescador. Y más aún si es de familia roja, como seguro que sabe muy bien tu padre. El mío estuvo en la guerra, luchando por esos montes que tienes frente al palacio y luego, como te han dicho, se fue a Francia a seguir luchando por un país y un mundo que él creía que podían ser mejores. Murió en un campo de concentración. Él decía que no tenía por qué haber clases sociales, que eso es un invento de los poderosos para seguir siéndolo. Y yo lo creo así, más aún sintiendo lo que siento, que es lo mismo que te pasa a ti, que nos hemos empezado a atraer sin pensar en la distancia que nos separa, en la barrera de la clase social que dice que un pescador no puede enamorarse de la hija de un conde y esta tampoco de un pescador. Porque la verdad del corazón es bien distinta. El sentimiento no tiene límites ni sabe de razones. Menos aún de clase. La prueba somos nosotros, Elena. Y lo escribo como te lo llamé en el paseo, como tú, entre risas, me dijiste que te llamara, y no señorita o condesa o esas cosas: Elena. Cuando paseábamos por el bosque o nos metíamos en la ermita, ¿no estábamos siendo personas iguales, disfrutando de lo mismo y también sintiendo igual? Cuando pensamos el uno en el otro, ¿ponemos límites a la imaginación? Si algo nos detiene, son los prejuicios. Tú misma me dijiste también que a tu madre no le gusta que te relaciones con la gente de aquí, que no olvides quién eres y de dónde vienes.

Quintín vuelve aquí a detenerse y respirar. Se pasa una mano por la cara de arriba abajo. Inspira profundamente. Fuera, la sirena de un pesquero que entra a puerto distrae un instante su atención. Aún tiene que terminar de preparar los aparejos. De madrugada salen al norte, a la merluza. Será un viaje largo. Ha de escribir, y que Eduardo mañana mismo se la entregue a ella.

La vida es dura aquí con el ganado y en los campos, como lo es en el mar y en la mina. El mundo es duro. Acabamos de salir de una guerra en Europa y antes en España y en muchos sitios todavía se pasa hambre. Tal vez desde los palacios no se sepa o no se crea, pero aquí y en todas partes se sufre para salir adelante, para ganarse el pan de todos los días. Todo es muy difícil, todo duele. Y solo hay dos formas de ahogar las penas: o hacerlo en alcohol, que es lo más común, o creer en uno mismo y hacer todo lo que esté en tu mano para ayudarte a ti y a los demás.

¿Dónde quieres llegar, Quintín? Se recoloca en la silla. Vuelve a repasar y pensar en lo siguiente. Amor. La quiero a mi lado. Lo

siente, lo nota, le araña por dentro, le llena la boca de una angustia metálica. ¿Y si me equivoco? ¿Y si se ríe de mí? Qué importa. Qué importa.

Y aquí vale mucho el amor, dejarse llevar por él, porque aunque te dicte la norma equivocada, siempre te hará sentir mejor. Mi padre decía que la verdad suele esconderse en los errores. Él quería a la gente, que todo el mundo fuera feliz. Y yo soy igual; lo que más me presta es ayudar, y por eso lo hago. Lo que siento por ti también me hace mejor persona, porque me lleva a desear tu bien y tenerte a mi lado para darte lo mejor de mí mismo. Es como entiendo la vida y entiendo el amor.

Pero también entiendo que tú veas las cosas de otra forma. Si me pongo un poco poético, diría que las penas no atraviesan los muros de tu palacio y el mundo es allí más tranquilo y menos difícil. No lo sé, pero pienso que seguramente pase algo así. Incluso sabiendo que sientes por mí algo más que simpatía, según das a entender en la carta, no me cabe duda de que tu idea de la vida es muy distinta a la mía. Ahí es donde seguramente se agarran tus padres para conseguir que aceptes no volver a verme. O, lo que es mucho más peligroso, enamorarte de un pobre pescador (demasiado interesante, dijo tu madre) que no tiene más que un barco donde caerse muerto. Y todavía lo está pagando.

Demasiado larga, se dice. Demasiado expuesta. Pero lo deja todo tal cual, decide hacerlo porque no quiere que haya nada por decir, por confesar.

Pero, Elena, podemos estar por encima de todo esto. Podemos ser libres y dejarnos llevar por el corazón. Dejar que hable, que el amor nos guíe, empezar algo que nos haga sentir felices. El año que viene cumplirás 21 años y entonces ya podrás ser legalmente mayor de edad. Y vivir como quieras.

Piénsalo, querida Elena. Esto puede ser comienzo o final, solo depende de nosotros.

Tuyo, Quintín

La respuesta es la siguiente carta que tengo sobre la mesa, «la carta más triste que voy a escribir en mi vida». Y la más hermosa. Una carta de mujer enamorada que parece consciente de la exigencia de renuncia a que le obliga su condición. «No sé si deberíamos habernos visto en el Paso de la Mula, porque duele

pensar que no volverá a haber nada igual, pero si pienso que algún día todo este dolor pasará, estoy segura de que el recuerdo que quede será el de uno de los momentos más dichosos de mi existencia».

Es la carta en la que intenta ocultar, sin mucha convicción, la verdad, la propensión de su madre al alcohol y su cruel pragmatismo, pero también la debilidad que trata de esconder. «Parece triste, como ausente. Estoy segura de que también hay algo que la hace sufrir».

Y termina así:

> *El sentimiento que me une a ti, que los dos compartimos, nos obliga a detener esto que nos hace sentir vivos, pero al mismo tiempo nos atormenta, que nos llena de vida y a la vez nos la arrebata, cuando todavía no nos hemos entregado totalmente en alma ni en cuerpo. ¿Qué se puede hacer por amor? Creo que en nuestro caso, olvidar. Y también tenemos toda una vida por delante para ello.*
>
> *Elena Fernández-Jovellanos*
> *La Vega, otoño de 1947*

A partir de ahí, un tiempo de silencio de casi un año. Luego, el intercambio de cartas entre La Vega y Londres que da fe de cómo la historia que parecía imposible ha resucitado. ¿Cómo? ¿En qué momento?

Sabemos por María Emilia que Quintín entró finalmente en Minería Cantábrica después de ejercer sus dotes de seducción ante las fuerzas vivas del pueblo. También que debió de encontrar una fortísima resistencia en doña Regina, que no paró hasta conseguir que lo acusaran de un crimen que no cometió. Pero ignoramos casi todo lo que ocurrió entre ese primer adiós y el reencuentro. Y, por supuesto, qué sucedió tras la huida y la forma en que se produjo. Ni el papel de mi padre, aunque tengamos ya la seguridad de que sus ausencias tuvieron que ver con aquel exilio forzado. O por qué terminó trayendo aquí a mi madre para que muriera, no sé si de pena, de soledad o de añoranza, poco después de haberme parido.

Cincuenta y tres

Tenemos que ver a María Jesús y a Martín. Pero no es tan urgente como para que Mateo no me embarque en otro viaje, esta vez más lejos que el anterior.

Ya no le acepto el juego de las adivinanzas. Tomamos la autovía hacia el oeste camino de la sede de HS, el *holding* holandés que en su día compró Minería Cantábrica. Vamos un poco a ciegas, con la idea de acceder a sus archivos y la esperanza de encontrar pistas de cómo y por qué se integró Quintín en la empresa y, si es posible, algún rastro de Elena Fernández-Jovellanos.

Tenemos por delante hora y media de viaje.

Llevo conmigo la carpeta con las cartas. Casi me las sé ya de memoria, como si ese fuera el camino para desvelar sus secretos.

Mateo va concentrado en conducir. No sé si lo hace por prudencia o quiere tener su espacio, su silencio. O respetar el mío. El silencio entre dos personas que se quieren es un signo externo de considerado afecto. Más intenso cuanto más espeso, más convencionalmente incómodo. Observo su rostro. Gafas de sol, barba de dos días, muda expresión de absoluta presencia en la carretera. Sabe que le observo; siempre lo notamos cuando quien está al lado lo hace, y pese a ello permanece inmóvil.

Hace tiempo que empecé a quererle. A cambio de nada. No estoy segura de haber querido desinteresadamente a nadie salvo a Paqui y a la abuela. Quizá también a Ángeles. Y a mi padre, por supuesto. Nadie más. Saco de la ecuación a Daniel, mi Eneas surgido de las aguas, que merece capítulo aparte. Si diseccionо el resto de relaciones, podría siempre encontrar intereses más o menos ocultos.

Protección, autoestima, socorro, consuelo… fragilidad acostumbrada a buscar refugios y encontrarlos. Con Mateo es distinto.

Como casi todo aquí.

Hay una verdad que no se disfraza de convenciones ni artificios. Tan intensa y evidente que convierte en carnaval de vanidades el universo que he habitado estos años. Aquella expulsión de este paraíso, cuya comprensión estoy cerca de alcanzar, me obligó a levantar un alma de superviviente que supliera la amputación violenta de mis raíces. Si quería flotar, no podía tener pasado ni permitir que el presente o el futuro volvieran a hacerme daño. Y levanté la coraza escondiendo dentro un alma tan frágil como un caracol desnudo.

Ahora, desarmada, me talla la intemperie de un mundo sin artificios, duro como el agua fría, y una rutina que es verdad y que libera si la admites y convives con ella. Aceptar no es resignarse, al contrario: es la única posibilidad de cambiar lo que está en nuestras manos.

Deslizo la mía hasta el hombro de Mateo, que aprieto con suavidad en un gesto prestado de su propia elocuencia.

Me mira y me regala una de sus sonrisas. Casi veo brillar sus ojos bajo las gafas de sol.

—¿Por qué te has metido en esto conmigo?

Vuelve a la carretera. Se está pensando la respuesta. Creo que no me va a sorprender. O sí.

—Porque eres famosa y lo quiero escribir en mi diario.

—No, en serio. ¿Por qué?

—Para que me dediques un agradecimiento en la novela que vas a escribir con todo esto. Y yo qué sé… Me lo pediste tú, ¿no te acuerdas?

Claro, pero aceptaste de inmediato, casi antes de terminar la frase. Eso no vale. Y no voy a hacer otra novela con esto.

—¿Escribirlo? No creo que vaya a ir más allá de las notas que dejo en el papel cada noche antes de irme a dormir.

Él está convencido de que sí.

—¿Por qué te has traído las cartas?

No esperaba la pregunta. ¿Para que no se me pierdan? ¿Por si tenemos que consultar algo? ¿Por qué las quiero a mi lado cada vez que avancemos en iluminar lo que esconden?

—Pues no lo sé, la verdad. No soy como tú, no tengo respuesta para todo.

Vuelve a sonreír sin dejar de mirar la carretera.

Es una mañana luminosa, de una claridad inusual en el norte, casi mediterránea. A nuestra derecha, retazos de mar en calma entre montañas y paisajes de colinas de un verde bruñido sembrado de casitas aisladas y manchas de bosque sin domesticar. Alfombras de prados acompañan el recorrido de una autopista que algún día les arrebató parte de lo que eran. La naturaleza, cuando es tan activa, no tarda demasiado en recomponerse y volver a brillar. Hoy la autopista es parte del propio paisaje.

La abandonamos para entrar en un pequeño desfiladero tras el que se abre una planicie ancha y verde que muere en una enorme playa de arena color café con leche. A la derecha, junto a una villa de abigarradas casitas que ocupan una ladera, un enorme edificio de cristal que, sorprendentemente, no chirría ante la embaucadora belleza del paisaje. Es como si la roca hubiera experimentado una inflamación transparente. Me pregunto qué demonios tiene esto que ver con la explotación de los metales. Parece más bien un centro cultural dedicado a la biología marina.

—Bonito el lugar, ¿verdad? —Vuelve a leer mis pensamientos—. Yo también habría traído aquí la sede de la fundación HS, que se dedica a proyectos de conservación del medioambiente.

Sigo fascinada con la belleza del edificio. El mar sereno se refleja en la enorme fachada de cristales engarzados y la colorea de un azul intenso y luminoso, con reflejos de espuma que son literalmente marcas de agua. Tengo la sensación de que dentro me voy a encontrar gente con escafandra husmeando entre las algas y clasificando peces y plantas.

—¿Y tienen aquí el archivo de las empresas del *holding?*

—Sí, aquí está. Y también está aquí el despacho del CEO, el tipo que sustituyó a la viuda Van der Bruck. Ella trabajaba desde aquí en su última etapa, antes de retirarse. Y creo que no vive muy lejos.

La Vieja Dama. La mujer del holandés que levantó un imperio y que se enamoró de España hasta el punto de traérselo aquí y quedarse para siempre. Y que se hizo cargo del grupo cuando él murió. Una pionera tan influyente como escurridiza,

—Ya me gustaría verla. Y entrevistarla.

—Inténtalo, pero creí que lo estabas dejando. Y además no hemos venido a eso.

Un guarda amable nos franquea la entrada previa presentación del carnet de identidad. En el interior del edificio, sobrio, limpio, sin rastro de animales marinos o buceadores afanados en localizar tesoros, un conserje nos invita a sentarnos en una pequeña salita.

Apenas tenemos tiempo de hacernos con el espacio cuando aterriza ante nosotros un tipo poseído por una jovialidad excesiva, como forzada, una especie de histrión que entra de un salto y me tiende la mano con una violencia gestual que llega a intimidarme.

—¡Doña Sofía Fernández, qué honor que nos visite usted!

Evidentemente, el guarda se ha ido de la lengua porque, que yo sepa, no habíamos anunciado mi visita. Por si acaso, miro a Mateo, que se encoge de hombros.

Tiende la mano y el tipo también le saluda con efusividad.

—Usted debe ser Mario…

—Mateo.

—Eso, Mateo. La persona que está interesada en consultar el archivo, entiendo. Encantado. Lo que no sabíamos era que vendría con tan ilustre compañía. ¿Es que están preparando un reportaje? Estaríamos encantados de colaborar con ustedes y que eso contribuyera a la buena imagen de la compañía. Que no es que lo necesite… —No para de moverse, me está poniendo nerviosa—. No, pero que es un tipo de acción que siempre nos viene bien, ¿verdad?

Asiente Mateo con desgana. Yo sonrío sin convicción, tratando de parecer educada.

—En realidad —aclara—, solo queremos comprobar unos datos de la antigua compañía Minería Cantábrica para una investigación de la Universidad de Comillas que se nos ha encargado.

—Ah, sí. Ahora recuerdo. Sí, algo así me dijeron. Pero, claro, al ver aquí a una periodista tan importante, pues pensé que quizá no entendí bien o no había recibido la suficiente información.

—Sí —tercio—, es que estoy colaborando con la universidad en este trabajo sobre la riqueza minera del Cantábrico y, claro, lo que ustedes tienen aquí es un material valiosísimo.

Aparenta cierta decepción al escucharme, pero rápidamente recupera el entusiasmo. Nos indica que le sigamos hasta el vestíbulo de los ascensores y nos encerramos en el primero que abre sus puertas.

El viaje termina en la cuarta planta.

—Madre mía, ¿dónde estamos?

El ascensor nos ha llevado dos siglos atrás.

Ni rastro de la moderna arquitectura de cristaleras azules. La planta no es diáfana. A izquierda y derecha, un pasillo con ringleras de papeles color tierra dispuestas como columnas huérfanas que saludaran al visitante durante su recorrido. Adornan las paredes estanterías que contienen objetos mineros: lámparas, cascos, baterías, cinceles, algún martillo neumático. Al fondo, un falso entibado, a modo de marco en la pared, en el que se exhiben barras mineras, perforadoras y una fotografía antigua del castillete de una mina de carbón. Seguimos a nuestro anfitrión a través de una puerta a la derecha, junto a la instalación de entiba, y nos asentamos definitivamente unas cuantas décadas atrás.

Hay montones de papeles en fardos sujetos con cuerdas, cuadernos de lomo negro amontonados según su tamaño, los mayores en la base, hacia arriba los más pequeños, cajoneras de madera y de metal, un escritorio antiquísimo sobre el que descansan pequeños cuadernos ordenados como los libros en una estantería. Parece la obra de un archivero loco, tan celoso de sus tesoros como obsesionado por dotar su acopio de una estética litúrgica. Atisbo al

fondo una especie de nave en la que se acumulan archivos en estanterías metálicas. Huele a papel y al roce dulce de las manzanas jóvenes.

—Bienvenidos a mi templo. Aquí se deposita la historia y viven quienes la habitan.

El archivero loco. O enamorado.

—Llevo aquí toda la vida y esta es mi obra. Está a su disposición, Sofía. ¿Qué es lo que desean?

Me gustaría preguntarle cómo le dejan mantener esto así, qué tipo de orden ha impuesto a los papeles almacenados, invisible a la mirada cercana, pero perceptible si uno lo contempla con cierta distancia; cómo es posible que una empresa moderna mantenga un archivo así hoy. Pero me lo callo. Intuyo que ya lo dirá él.

—Quisiéramos —respondo— ver el archivo de Minería Cantábrica.

Me examina con descaro. Son ojos acostumbrados a descubrir entre líneas. Sonrío.

—¿El material digitalizado o los legajos? —pregunta.

—Todo el que podamos consultar.

—Es mucho —advierte.

—Tenemos tiempo —contesta Mateo.

Atravesamos tras él la nave de estanterías grises de metal. En los lomos de los grandes libros, como códices antiguos, el año de su archivo. 1965, 1966, 1967… Al final del pasillo, una puerta da acceso a una sala con dos pequeñas mesas de reunión con un ordenador cada una.

—Pueden sentarse. ¿Qué años quieren consultar?

Dudo un instante, miro a Mateo.

—Desde 1948 hasta su venta —le dice él—, lo que tenga.

—¿A los ingleses o a los holandeses?

—Nos interesa sobre todo información de las personas que formaban la empresa en aquellos años.

—¿Los Fernández-Jovellanos?

—Entre otros —preciso—; nos interesa cómo y quiénes la fueron gestionando para saber quién mandaba y cómo lo hacía antes de

pasar a ser parte del grupo.

—De eso no hay mucho, creo. Apenas aparece la familia y alguno de los gestores de la empresa en escrituras de compraventa o contratos de suministro. Tardaré un poco, pero les traeré lo que haya.

—¿Podemos, mientras, consultar la información digital?

Teclea una clave en uno de los ordenadores. Ante la pantalla abierta, nos indica que busquemos por el nombre de la empresa o por Fernández-Jovellanos.

—Aunque ahí van a encontrar más bien poco. Vuelvo enseguida con los papeles.

Cincuenta y cuatro

Elena Fernández-Jovellanos vendió la empresa a sus propios tíos, la familia minera Abernathy, a la muerte de su madre en diciembre de 1960. Se había puesto al frente de la compañía cuando cinco años antes su padre murió de un infarto cerebral y la condesa viuda entró en una depresión que la arrojó definitivamente al alcohol y terminó matándola lentamente, como se apagan las mujeres solitarias. Ese mismo año cedieron en usufructo, mediante un contrato singular, el Palacio de La Vega a un inversor italiano que lo mantuvo cerrado y lo dejó languidecer hasta que consiguió venderlo a principios de los noventa a un grupo hotelero mallorquín. HS compró el consorcio Abernathy Minería Cantábrica y a principios de siglo recuperó también la propiedad del palacio. Hoy es la que lo explota como hotel turístico de lujo.

—Es una de las joyas de la corona —nos explica el archivero loco—. Diversificación, lo llaman. La compañía decidió, a la muerte de las explotaciones mineras, dedicarse a las prospecciones geológicas y a la innovación en la investigación y creación de materiales. Y va muy bien. También se dedican a la construcción y prueban en sus propios edificios todo lo nuevo que crean. Por ese camino han llegado a la explotación y venta de edificios. Algunos de ellos los alquilan; pero otros, como el Palacio de La Vega, los llevan ellos directamente. De hecho, los jefes van por allí de vez en cuando a pasar fines de semana.

Aurelio, así se llama, nos conduce por los documentos que él mismo nos facilita con la apasionada pericia del niño que exhibe orgulloso sus pertenencias.

Nos muestra el nombre de Quintín Canales, su fecha de incorporación, mayo de 1949, su contrato como supervisor con un sueldo fijo de 470 pesetas al mes, lo que para allí y entonces era un verdadero dineral. Viajaba por las explotaciones mineras como el vigilante de la eficacia y las cuentas claras. No hay constancia escrita ni de su proceder ni de despido alguno.

Encontramos dos contratos con la firma de Elena, uno de ellos, el de usufructo a Giuliano della Pesa del Palacio de La Vega «y todo lo que en él se contiene». El silencio, supongo. La historia detenida. Las verjas cerradas y las ventanas huecas que solo albergaban oscuridad y memoria. Esas que quebrantaban los chicos cuando entraban de noche a hacer apuestas y matar murciélagos. La ruina que veía de niña con la cara clavada entre los barrotes de la puerta.

El otro contrato, la compraventa de una explotación minera en Perú en el año 1952. El documento está fechado en Lima.

Al instante me viene a la memoria la imagen de mis padres vestidos con la ropa colorista y lejana en la foto que hace unos días me llevó la prima Paqui. Y sí, son peruanas, como mamá, como Aurelita.

—Sí —me dijo ella cuando la llamé una vez comprobado en internet que el atavío es limeño—, vinieron de Perú.

Nunca pregunté. Otro silencio en la hacina de ellos por los que transita la memoria de la madre desconocida. Risueña, amable, recordada en Sierraplana como aquella india hermosa y dispuesta que nunca pareció solitaria, que hablaba quedo, sin levantar jamás la voz y seseaba con la jota y todo le parecía chiquito. Su memoria es la de la nostalgia de mi padre cuando me decía que era linda y bailarina y que se enamoró de ella cuando creció porque la conocía desde cría.

—Pero la dejaste sola aquí.

—Con más dolor del que piensas, con la herida de su ausencia que no dejaba de sangrar ni cuando estaba aquí. Siempre tenía que volver.

—¿Y ella no quiso hacerlo contigo?

—Cada vez que me iba, pero la vida aquí era menos dura, más amable. Además, tenía un sentido y una razón el que ella estuviera aquí.

Y me lo decía mirándome hondo a los ojos, como si en ellos estuviera la respuesta al enigma de sus palabras.

Estoy segura de que hay una conexión entre el viaje de Elena y el de Aurorita. Perú destino, Perú origen.

—Tengo una corazonada, Mateo. —Levanta atento la vista del contrato firmado en Perú que estaba empezando a leer—. Está ahí, ahí mismo. —Señalo el papel, tres folios grapados amarillentos y pegados por uno de los bordes—. Busca el nombre de Quintín.

Niega Mateo. Muy improbable que un fugado de la justicia deje su nombre por escrito en documento alguno.

—Pues entonces el de su amigo, Eduardo Fernández, mi padre.

Nos sumergimos los dos en una lectura ansiosa, voraz del documento. Es un manuscrito y no resulta fácil entender la letra o las expresiones. Se habla de precios, condiciones, tiempos de explotación, consideraciones técnicas…

—¡Aquí! ¡Aquí! Tenías razón, Sofía. Aquí está.

Al borde mismo del final del último folio, escrito a mano y con la firma del notario, de Elena y un tercer garabato que me resulta tremendamente familiar, el siguiente texto:

En este mismo acto de compraventa de la explotación, se subroga, mediante compromiso firmado por los actores, la gestión de sus recursos en la persona de Eduardo Fernández Alemán, ciudadano español que asume su responsabilidad en calidad de director gerente desde el momento de la firma.

Elena viajó a Perú para encontrarse con Quintín poco después de su huida.

No se quedó con él, pero le regaló una forma de vida.

¿Mantuvieron el contacto? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Era esa mina la que ataba a mi padre allí?

¿Por qué se trajo a mi madre a un lugar al que él nunca quiso volver?

Cincuenta y cinco

En La Librería, tras un regreso en el que apenas intercambiamos palabra, impactados casi en la misma medida por el descubrimiento del encuentro en Perú y la sorprendente imagen de documentos en caótica organización en el territorio del archivero loco, repasamos papeles y citas.

Hemos abierto el camino que me conecta directamente con las cartas. De aquel Perú del exilio de los dos amigos, que Elena dotó con la concesión de una explotación minera, vino una mujer que quedó aquí amarrada a un destino que alguien escribió por ella. Y que me concierne directamente.

—¿Cuál sería esa razón para traerla aquí? Jamás me lo dijo, Mateo, jamás.

—Pero te dejó caer que algún motivo tenía.

—Muy vagamente.

Tenemos que encontrar la pista de Elena.

En aquel viaje de encuentro con Quintín es donde se abre el capítulo en el que entro en la historia que contienen estas cartas. La que aún está por acabar de escribirse.

Lo último que sabemos de Elena Fernández-Jovellanos es que desapareció casi completamente tras su matrimonio con un aristócrata francés a principios de los años sesenta. Más o menos una década después de haberse encontrado con Quintín. Ni una pista sobre el contacto que con toda seguridad mantuvieron.

Francia ha de ser nuestro próximo objetivo.

—Antes tenemos que ver a María Jesús y encontrarnos de nuevo con Martín… Y hasta…

Algo interrumpe la planificación de Mateo. Sonido de alarma, madera que cruje bajo el trote apresurado de alguien que sube las escaleras más aprisa de lo que sería conveniente.

—Chicos —se asoma Julia azorada—, el padre de Félix se ha puesto malo de repente, hay que llevarle a algún sitio y no lo localizo. Ni a él ni a su mujer. Creo que están en Burgos. Tenéis que ayudarme.

En pocos minutos estamos los tres en mi coche camino del hospital de Covadonga. En el asiento trasero, Mateo trata de calmar a Martín, que tiene la mirada perdida y la rigidez temblorosa de quienes batallan por contener el asalto de la muerte.

Conduzco lo más rápido que puedo

—A caballo, ahí los tenéis. Marchaos lejos, donde no os encuentren jamás. Jamás. Jamás.

Martín delira en furiosa arenga a imaginarios espectadores. Frases sin sentido, a veces palabras ininteligibles que brotan de unos labios cuarteados y pálidos. *Enzo, apin, aite, arica, ozón… ozón,* no entiendo nada.

—¡Que entre todos no hay uno bueno! —grita.

Mateo lo abraza alarmado por el creciente calor de su cuerpo agarrotado y trémulo.

—Tiene cada vez más fiebre… acelera, por favor, Sofía.

No puedo ver al asesino en Martín. Ni siquiera ante la certeza de que ese hombre que agoniza en el espejo mató a puñaladas a otro hace muchos años porque atacó a su mujer. Y que calló cuando ese crimen se lo colgaron a un tercero que pagó con el exilio, que es otra forma de morir.

¿Cuántas veces habrá sentido la profunda herida de la culpa?

Si estuviera ante la muerte, si estos delirios fueran el anuncio del final, ¿buscaría dejar de desangrarse?

¿Qué le dijo a la condesa? ¿Cuánto costó su silencio? ¿Quién más lo supo?

El anciano no para de temblar. Abre mucho los ojos, delira, parece bailar una desordenada melodía que solo él escucha.

A pocos metros del hospital, los espasmos empiezan a ser más intensos. Quema, nos dice Mateo, tiene una fiebre imposible.

—Toda la vida con ello dentro. Toda la vida. Toda la vida. Toda la vida. Toda… Sal ya, hija de puta, yo, yo. ¿Y qué?

Balbucea, se repite, suelta frases y palabras sin sentido. Sus ojos brillan quebrados y encendidos. Su gesto transmite la energía de una lucha interior que quizá sea contra sus propios demonios.

Detengo el coche. Julia abre la puerta pidiendo a gritos un socorro que llega con rapidez. Me giro entonces hacia él.

—Dilo, Martín —y le exhorto elevando la voz cuanto puedo—: vomítalo, quítatelo de dentro. ¡Sácalo todo!

Deja de temblar. Fija en mí sus ojos mientras dos celadores tiran de él con suavidad hacia fuera.

—Sí —deja caer, aparentemente sereno—, pero mis caballos y mi dinero lo sacaron de allí para siempre. Para siempre. Para siempre. Estamos muertos.

No dice más.

No hace falta. Se lavó la culpa facilitándoles la huida.

Nos quedamos en el hospital esperando a Félix. Me parece percibir un gesto de alivio en Julia cuando le vemos llegar solo. Ha hablado ya con los médicos.

—Ha sido una bajada de sodio —nos aclara—. La secuela de un viejo problema de falta de vitaminas que heredó de los tiempos del hambre. Alguna vez le había pasado, pero no tan fuerte. Está sedado y de vez en cuando delira.

—Lo venía haciendo en el coche —añado—. Masticaba palabras y soltaba frases sin sentido. Al menos para nosotros. Caballos y dinero que le dio a alguien, y una queja, como un lamento por algo que llevó siempre dentro. Quizá una culpa, Félix.

Me mira sin responder. Creo que piensa que no es el momento, pero no se atreve a decírmelo.

Aprieto hasta que me pare.

—¿Ayudó a Quintín a escapar para que se llevara con él la verdad del asesinato?

—Mi padre no es un asesino.

—No he dicho que lo sea. Pudo tener razones para matar al Pinturas y dejar que otro cargara con el crimen. Pero él se quedó con la culpa. Y para limpiarla y de paso alejar sospechas, ayudó a escapar a Quintín. Y a mi padre. —Su mirada inexpresiva me anima a cerrar el argumento—. Por eso te preocupaba tanto lo que fueran a decir las cartas.

Está tan cansado que no cambia el gesto. Julia, que se ha atrevido a abrazarle, sí lo hace. Furia en su rostro y la frase muda de que no es el momento. El suyo, claro. El mío no lo está marcando el reloj.

—Respeta un poco, Sofía… no jodas —añade al fin.

Asiento. No avanzo más. Me vale con haber arrancado otra pieza para el puzle.

Cincuenta y seis

Cayo salta a mi alrededor a la espera de que le tire el palo con el que acabo de apartar del camino su última cagada. Se lo lanzo. Carece de ese escrúpulo que llamamos «asco». Corre siguiendo su trayectoria como si le fuera la vida en ello. Quizá le vaya. La atención también es supervivencia; estar en el presente es su forma de mostrarnos cómo hay que vivir.

Aquí y ahora. Ese es siempre el mensaje de la naturaleza y de quienes nos conectan con ella.

Aquí y ahora. En este lugar me he acostumbrado a una rutina blanda, confortable. Cayo nunca ha tenido preocupaciones; yo he aprendido a dejarlas pasar.

Las Navidades nos están recorriendo sin apenas huella. Mensajes de felicidad amables y huecos que llegan de mi vida anterior, lejanos. Aquí tiene menos eco la impostura luminosa de las calles engalanadas y el tráfico sonoro y metálico alrededor de los centros comerciales.

Siempre procuré escaparme a algún lugar donde no se celebraran. África, el cielo protector del desierto al sur de Marruecos, alguna remota isla del Índico. Los últimos años con Marcos me tocó ir a alguna cena, pero quedó disuelto el compromiso aquella noche en que rompí de un portazo.

Paso la Nochebuena con Paqui y Dosio, evocando los encuentros de antaño, cuando la abuela Flora preparaba frisuelos y cantábamos los villancicos frente a un belén tosco y desproporcionado. Siempre me pareció que la desproporción de las figuras era una característica de todos los belenes. Esta noche, como aquellas, creo que hemos

vuelto a ser felices. Paqui es divertidísima cuando se achispa y arregla el mundo ante la mirada resignada y paciente de Dosio.

Brindamos por nuestra nueva vida. «¿Nuestra?», pregunto. «Claro, mi cría, para mí es nueva si tú estás aquí». La quiero. La abrazo.

En Nochevieja, parejas. Daniel y yo cenamos en casa de Mateo y Lola.

Iba a venir su hija, pero la reclamó la madre y se dejó ganar. «Para estar conmigo», dice. Se apunta Esther, con sus hierbas, sus espíritus y su soledad, que vive aceptada y plena. Celebramos los cinco una deliciosa desmitificación del calendario en la que no hay villancicos, ni Raphael en la tele, ni árbol de Navidad. Risas, Château Lafite y un poco de chocolate Cibeles con churros de fabricación propia. Daniel habla mucho, cuenta aventuras de explorador, hazañas guerreras, encuentros con animales salvajes con su vida en juego y algunos retazos de su rutina de fotógrafo. No va más allá de lo que muestra en cámara. No suele hacerlo. Hemos intimado mucho: una cercanía de carne y sueños, de horas compartidas y emociones en las que procura no naufragar nunca, nunca verse desarmado. Habla de su vida, pero retiene el impacto que lo hecho y lo vivido tienen en él; lo dosifica, lo regula. Por eso creo que sabe mucho más de mí que yo de él. Como me pasa con todo el mundo. Aquí, al menos.

Nos observo mientras conversan.

Somos como dos parejas que hubieran estado juntas toda la vida y una amiga suelta, como la llama Paco, no sin un punto de crueldad, que vive en serena calma esa condición. Y, sin embargo, si alguien me mostrase la foto de este instante, hace apenas unos meses habría sido incapaz de reconocerme ni a mí misma. Solo Cayo, que dormita cerca de la chimenea encendida, forma parte de mi paisaje de siempre.

¿Y si estoy viviendo una fantasía? ¿Y si esto no es sino un breve período de tiempo, como unas vacaciones en mi rutina a la que me

veré obligada a regresar en cuanto empiece a añorar lo que ha sido hasta ahora mi mundo? ¿Y si estoy cabalgando una gran mentira?

He venido a cenar con un tipo guapo y más joven que yo, a quien ahora siento como mi pareja, a la casa de unas personas que no imaginaba que conocería jamás, en un lugar del que fui expulsada hace más de treinta años y al que me negué a regresar.

Una inyección repentina de miedo antiguo, brumoso y opresor se abre paso en ese instante entre mi pensamiento y las voces. Alejo mi mirada. ¿Qué hago aquí? ¿Quién es esta gente? Cayo levanta la cabeza como si intuyera algo. Lo miro con angustia. Solo él percibe lo que me está pasando porque se levanta y apoya la cabeza en mis muslos como hace siempre que pretende consolarme. Su presente es mi congoja y acude a resolverla.

No quiero, pero estoy volando lejos. Soy la Sofía que salió de Sierraplana y escribió sus recuerdos en una novela para librarse de ellos. No la que está aquí en la mesa de un hogar desconocido con cuatro personas de cuya existencia no tenía ni idea ayer. Estoy aquí, de donde me echaron y quise escapar, construyendo una vida nueva sobre impresiones sin compactar, como una gelatina inconsistente en la que es imposible afirmar nada. ¿Qué estás haciendo, Sofía?

La felicidad por el pasado arrebatado a la nostalgia que viví en casa de Paqui en Nochebuena ha cedido el paso a un miedo antiguo frente a quienes conforman el paisaje emocional de mi presente. Volver a la infancia frente a vivir lo que viene. La seguridad ante la incertidumbre.

Acaricio la cabeza de Cayo mientras la mirada se me pierde y mantengo una sonrisa de diseño para que nadie en la mesa pinche el globo que necesito explorar. Soy yo, pero… ¿qué yo? Cayo mueve la cola con más intensidad cuando le miro a los ojos. Eres Sofía, me dice. Mi Sofía. La única. No hay más. No hay una presentadora y una detective, una mujer emocionalmente dependiente y alguien que está intentando dejar de serlo. No existe la Sofía que escribió *El refugio* y otra que se afana hoy en descifrar unas cartas en las que sabe que está su pasado. Son la misma.

Soy todas ellas. Me lo dicen los ojos de Cayo igual que los caballos me hablaban de cómo me sentía; me leían la añoranza de mi padre, el miedo al dolor, la alegría de encontrarnos. En el pozo inmenso de los ojos de los animales, junto a nosotros, está el espejo en el que contemplarnos como somos. Pero nadie nos enseña a leerlo.

Tampoco sé si tiene razón. Si se engaña él. No sé si la naturaleza, además de sabia, es infalible.

Entro en la conversación que observaba de lejos:

—Hace unos meses no nos conocíamos. Mateo y tú ya erais pareja, pero Daniel estaría por ahí cazando imágenes de animales, Esther ni sabía de la existencia de nuestra playa cotidiana y entre nosotros no había más que aire y tiempo. No sé si me explico…

—A ti te veíamos en la tele —entra Mateo—. O sea que no eras tan lejana. Ya te idolatrábamos.

Daniel me observa expectante. Creo que intuye lo que me pasa, pero prefiere no pronunciarse. Como siempre, deja espacio. Atiende, espera. ¿Por qué me importa tanto qué siente y qué hace? Lola quiere saber por qué miraba fijamente a mi perro hace un instante.

—Sus ojos son como un espejo. Si los miras bien, ves en ellos el reflejo de tus emociones —le explico.

Por la forma en que afirma moviendo la cabeza, creo que no me cree, pero no dice nada.

—La última vez que fui de compras —les cuento— no podía imaginar que poco después estaría aquí con vosotros. Ni soñar nada de lo que me ha pasado y me está pasando. ¿No os parece increíble?

—Todo a tu alrededor es muy raro últimamente, Sofía —dice Mateo—. Ya lo hemos hablado muchas veces. Todo esto es muy extraño. Pero es la vida, ¿no?

—Hay un libro que he leído recientemente —rompe Daniel su silencio de observador naturalista— que empieza con una frase prestada que a mí me parece una lúcida lectura de la naturaleza:

«La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes».

Primera noticia de que se ha leído *El refugio.* No sé si me molesta que me lo haya ocultado o si me encanta que por fin lo haya hecho. Quizá solo se ha asomado a la primera página. Pero ha rozado los músculos cardíacos.

—Y eso —continúa sin mirarme— deberíamos tenerlo escrito y a mano siempre; para cuando tengamos dudas o miedos. La vida es esto, lo que está aquí y ahora.

—Y el pasado —entra Mateo—, y las perspectivas de futuro. No puedes contemplar las cosas como si solo valiera el presente.

—Es que es lo que vale, amigo. El pasado nos construye y nos brinda referencias, y el futuro es ese sitio al que queremos llegar y estamos siempre planeando cómo. Pero la vida es lo que transcurre en este instante. Aquí y ahora.

—Mañana también —insiste Mateo—. El mañana es la vida porque planificas lo que ahora haces en función de eso. Y también de lo que te ha pasado. Yo creo que atender al presente es limitante y peligroso.

—Quien vive el presente, vive eternamente. —Daniel suelta la frase y se queda callado, como esperando una pregunta más que una respuesta.

—Wittgenstein, Ludwig Wittgenstein. *Tratado de lógica filosófica,* si no me equivoco. Algo así como que el presente, el aquí y ahora, es el momento del pensamiento.

Todos miramos sorprendidos a Mateo.

—Me has tocado un tema sensible, amigo —aclara dirigiéndose a Daniel—. He leído mucho sobre el tema. Los marxistas, hegelianos, el enfoque fenomenológico, echan por tierra esa teoría: el pensamiento no es el presente, no puede limitarse a hechos actuales. Lo conforman esencialmente el pasado y el futuro.

—No hablo de pensamiento o de filosofía. Es la vida.

—Yo diría que es la moda —insiste Mateo—. Ahora está de moda la filosofía oriental, el presente… la meditación, la autoayuda, el

pensamiento individual, todas esas cositas que nos confortan y hacen felices. El presente es la excusa para la insolidaridad: encontrarte tú bien al precio que sea. Y a los demás que les den. Encuentra tu camino, hazte tú rico, aprende a mirarte tú en tu interior. Yo, yo, yo… ¿O no?

No sé si me apetece elevarme hasta donde ellos están haciéndolo, pero entro.

—Yo creo que no, Mateo. La tuya es una lectura interesada y, si me permites, simplona.

—Claro que no te lo permito.

—Pues te jodes —respondo sonriéndole también—, porque es simplona, aunque venga de ti. Lo oriental se basa exactamente en lo contrario: es el prójimo el que te importa, los demás los que motivan tu acción. La atención al presente es atención a todo lo que te rodea. Y la acción para mejorar que sale de ti tiene como destinatarios a los otros. Cuando meditas, te integras en el mundo… en todo. Es exactamente lo contrario del individualismo y de la insolidaridad. Otra cosa es que comercialmente se prostituya o manipule.

Se hace un silencio. Todos nos miramos. Lola se sirve una copa de vino, da un trago y cambia completamente el aire.

—Francamente, preferiría los villancicos.

No reímos desarmados, pero casi.

Daniel me coge de la mano y aprieta suavemente. Es una mano amorosa, cálida, que no interroga y sí crea, que cuenta y me atrapa entera. Una mano de amor y presente, locuaz como ojos de bestia con el lenguaje inequívoco de la naturaleza. Me apresa libre, en esa contradicción que nos hace lúcidos cuando somos capaces de aceptarla. Ni soy aquella ni soy esta. Soy yo, y también él me lo dice. ¿Por qué me pongo fronteras cuando me contemplo? ¿Qué miedos convoco al mirarme desnuda?

¿Por qué empecé mi novela con una frase que no me atrevo a vivir?

Inspiro profundamente.

Marcos está lejos. Su recuerdo se va a gris como al cerrar los ojos el reflejo de la llama que estabas contemplando. No tengo el menor deseo de volver a contar historias ante una cámara, a describir sucesos de los demás, a vivir sometida a las horas y los ritos.

Si he encontrado mi lugar en el mundo, es en él donde debo permanecer.

Feliz Año Nuevo.

Cincuenta y siete

Los ojos de María Jesús miran como aquella mañana y siguen siendo verdes y hermosos, pero los vela una tristeza agarrada a sus párpados como la marca imborrable de una herida. Aunque sonría, y lo hace casi constantemente, no se desprende del velo.

—Me hubiera ido contigo, Aurorita, para cuidarte y darte el cariño que te estaban quitando. Me dio mucha pena por ti.

Es la segunda vez que me nombra como a mi madre, y dice que el día que me fui lloró como cuando ella se murió. Tenía doce o trece años, pero mi madre y ella habían pasado muchas horas juntas porque la cuidaba cuando sus padres salían al campo. Como a muchos niños del pueblo, pero ya no queda ninguno. Y a ninguno, nos cuenta, lo quería como a ella. Era su niña guapa.

—«Mi chibola», me llamaba. Y me gustaba cómo me hacía trenzas como las suyas, y esa forma de hablar tan suavecito y tan distinto. Como si estuviera cantando. Era medio china y medio negra, y siempre le brillaba el pelo y tenía la mano suave. Eres exactamente igual. Verte me hace ser niña otra vez, porque es como si la viera a ella.

La cuidó aun estando embarazada, y cuando nací yo, María Jesús fue la primera persona del pueblo que me tuvo en brazos después de la partera. ¿Por qué entonces yo no la recuerdo de mi infancia?

—Porque, al morir ella, dejé de ir por vuestra casa.

Guarda silencio un instante. Parece dispuesta a decir algo que le cuesta.

—Casilda, mi madre, me decía siempre que no fuera más allí, que erais una familia… vuestro nombre estaba manchado.

—¿Manchado? —pregunto atónita.

—De la sangre de un crimen. Nunca le gustó que anduviera por El Redondal, aunque no le quedaba más remedio que aceptar que Aurorita nos cuidara. —De nuevo silencio. Toma aire y mira hacia arriba—. Luego supe la razón. Más tarde, casi cuando ella murió, fue cuando me contó toda la verdad de lo que había sucedido en aquella casa aquel día del crimen y la huida. Eso que me dice Mateo que queréis saber ahora. Mi madre nunca tuvo la certeza de quién había cometido el crimen, si el que mató a aquel miserable fue o no aquel mozo del puerto que se coló en la familia y estaba a punto de casarse con la condesita, o si lo hizo el otro hombre, el que sudando y ansioso se encerró con la extranjera, con la condesa, en la biblioteca esa mañana, pero sí decía que esos sucesos arrastraron al hombre que amaba y que le había dado esperanzas de boda.

No pregunto porque lo sé sin que diga una palabra más.

—Ella estaba enamorada de tu padre. Mucho. Estaban prometidos cuando él se escapó con Quintín. Y no supo de Eduardo durante mucho tiempo. Hasta que llegó con… con tu madre. Ella ya se había casado con mi padre; en el infierno se pudra, porque la dejó preñada de un día que la encontró sola, pero ella siempre quiso a Eduardo. Y cuando volvió con Aurorita, que en gloria esté, se le cayó encima el cielo y todos los ángeles y los santos. Yo era niña, pero recuerdo bien lo que lloró.

»Sabía que Aurorita no tenía la culpa, pero no podía verla. Cuando naciste, estuvo dos meses sin salir de casa. Luego supo que yo iba a verte y no tuvo más remedio que aceptarlo. No había otra. Aquella pena suya me echó en brazos de Tasio. Y me pasó lo mismo que a mi madre: preñada y a tragar. Si ella no tuvo culpa, yo sí que estuve torpe y pecadora. —Vuelve a callar. Eleva de nuevo la mirada al cielo para evitar las lágrimas—. Cuánto duele la vida, ¿verdad, mi cría? Como mi madre, con la boda llegó el infierno. A veces pienso que ella lo sabía y quiso condenarme para que sufriera como ella y hasta que yo pagara la culpa de tu sangre, niña india.

El sonido de unos cascos al trote que se alejan cuando rebasan la ventana le hace sonreír. Evito responder; ya sigue ella.

—Hasta que un caballo le reventó la cabeza como una sandía una noche de borrachera. Y nunca más tuve hombre, y aunque encerrada aquí, empecé a vivir. Sin miedo, que es como una tiene que hacerlo… ¿verdad, Aurorita? Te vi crecer de lejos, y me gustó la fuerza con que lo hacías. Supongo que si no volví para tocarte y hablarte fue por miedo a volver a sufrir.

Y se ilumina el rostro de una ternura inmensa, amorosa tal vez.

—¿Otro café?

Acepto. Estamos apoyados en la barra de lo que un día fue bar y tienda de pueblo y ahora es el recibidor de su casa. Mantiene las estanterías que almacenaban todo lo que allí se podía comprar: desde botas y algún apero para el campo hasta ropa, comida o pilas. El ocio era parte de la vida que se resolvía con lo que poblaba aquellos anaqueles.

—¿Qué le contó su madre de aquel día del crimen, María Jesús? —Entra en escena Mateo; en silencio hasta que considera que se ha rebajado la intensidad del drama.

Ella espera a terminar de hacer los cafés y se sienta frente a nosotros, al otro lado de la barra.

—Mi madre nunca habló mucho de las cosas del palacio. Quizá porque sabía más que nadie, ya que su trabajo era atender directamente a la condesa. —Se detiene, da un sorbo al café y continúa—. Me decía que era una mujer tan guapa como mala persona, que bebía y maltrataba al servicio. Peor cuanto más borracha. Nunca vio en ella un gesto de cariño hacia su marido ni su hija. Ellos dos, el matrimonio, discutían mucho, y a la niña, que se metía en la cocina y en las cuadras y alternaba con el servicio como si fuera una criada, la regañaba muchas veces, y le gritaba palabras en su idioma que mi madre no entendía, pero que parecían hacer mucho daño a doña Elena. Hasta que llegó Quintín. —Cruzamos mirada Mateo y yo. Ella continúa—: Decía que él le dio energía para enfrentarse a su madre. Unas veces ganando y otras perdiendo. A la

señora, Quintín le parecía buen mozo, pero era del pueblo, claro. De otra clase, de la gente con la que no quería juntarse. La primera vez que él fue al palacio, mi madre estaba con la condesa. Cuando se acercó a la ventana de su dormitorio y lo vio junto a su hija, torció el gesto como si hubiera recibido una ofensa.

Te vio cuando te llevé al mirador y le pareciste demasiado interesante (eso me dijo) para tenerte cerca. Por no ser de nuestra clase, por supuesto.

Lo veo. Los ojos firmes, la mirada espesa y el gesto hosco mantienen la atención de Regina Abernathy en el joven que acompaña a su hija. Cubierta por la niebla de tul de los visillos, se fija en su planta y en sus proporciones. *Good boy, nice looking.* Pero pobre. Sus ropas lo delatan.

—¿Quién es ese campesino?

Casilda se aproxima a la ventana. Es Quintín, el pescador. ¿Qué hace ahí con doña Elena? Junto a ellos, Eduardo, el mozo de mulas, que permanece un paso por detrás de la condesita, como la llamaban afectuosamente las criadas y criados del palacio, mientras esta le explica algo al otro, alto como una torre. Ella se queda con Eduardo, su mozo. Trata de disimular su turbación.

—No es un campesino, señora. Es un pescador. De los pocos que quedan en Sierraplana.

Quiere añadir que su familia no subió a la colina del faro y que prefirió vivir del mar que malvivir de la tierra. Y que el hombre que está a su lado le ha prometido ya que algún día la llevará al altar. Pero se lo calla. El rostro de la condesa ha enrojecido. ¿Qué hace aquí un pescador?

—El otro muchacho es el mozo de mulas, ¿verdad? Ese estúpido palurdo que les habla a los caballos como si fueran personas… —Casilda lo digiere como aceite hirviendo. Baja la cara, siente un puño de hierro que le aprieta el corazón hasta doler—. A ti te gusta, ¿crees que no lo sé? Tampoco tienes mucho donde elegir. Entérate de qué hace aquí, por qué mi hija ha dejado entrar en casa a ese pueblerino.

Más tarde, Casilda le contó a Eduardo que la condesa los había visto desde la torre y que no le gustó que estuviera allí Quintín.

—Pues mañana iremos los tres a caballo hasta la Cueva.

—¿A qué tanto empeño?

—Yo creo que a doña Elena le parece Quintín buen mozo, y a él no le molesta, sino al contrario.

—A nada puede llegar que se gusten porque nada tienen que ver ni su sangre ni su clase; sácaselo de la cabeza a tu amigo.

Eduardo se encoge de hombros y niega mientras acerca su frente a la de ella y le pregunta casi en un susurro si ella se lo sacaría a él del corazón o de la sesera. Le bailan los ojos con ese brío que recuerda de cuando de pequeña le contaba historias o confiaba secretos. Esos ojos que hablaban con su luz y llegaban adonde las palabras no eran capaces. Los ojos de amorosa alegría de mi padre. Qué extraño verlos en la impresión ajena de una mujer imaginada. La madre de quien me abrazó con los suyos el día que me sacaron del paraíso, de quien me abrazó casi antes de que lo hiciera mi propia madre, es la mujer que amó a mi padre y quedó herida por su ausencia y muerta en vida a su regreso. Qué misteriosos laberintos dibuja el destino.

Salieron a caballo los tres; lo cuentan las cartas. La condesa lo supo, y «se enfadó al enterarse de que había un tercero. Por no ser de nuestra clase, por supuesto».

—Luego tuvo que aceptarle en casa, y hasta aguantar que la niña consiguiera que el conde permitiera que se casara con ella y entrara en la familia y en la empresa. —María Jesús vuelve a detener el relato como si le costara organizar los recuerdos. Intenta enmascarar el hechizo de mi cercanía que le recuerda a Aurorita, supongo que para no incomodar. No lo consigue—. Perdóname, Sofía, pero me recuerdas tanto a ella…

—No hay nada que disculpar. Al contrario. Si te la recuerdo, me hablas de ella, que es una forma de tenerla cerca.

—La voz es distinta, pero hasta los gestos os unen. El día que te fuiste pensé mucho en Aurorita. Eso no hubiera pasado con ella en

vida. Jamás.

—Nada de lo vivido hubiera sido igual.

—Pero a qué ponerse tristes—remacha— cuando lo que es, es, y ni se puede cambiar ni recordar de otra forma.

Su madre le contó que la tarde de la muerte en el Paso de la Mula, Martín llegó nervioso y empapado, exigiendo a voces ver con urgencia al conde. Estaba ausente, pero antes incluso de hacérselo saber, la condesa le pidió que lo llevara a la biblioteca y la esperara allí. No cruzaron palabra durante la espera. Casilda permaneció de pie junto a él, que no dejaba de apretar con fuerza la boina de lana y pasarla de una mano a otra. De vez en cuando la miraba con expresión asustada y ella respondía con una sonrisa tenue de abrazo y calma. Sabía de la bonhomía de Martín, que era de familia trabajadora y nunca se metía en problemas. Le ofreció algo de beber y él aceptó agradecido un vaso de agua que se bebió con el apremio de los necesitados.

La condesa lo saludó con una frialdad de hielo y mandó de un gesto salir a Casilda.

No estuvieron mucho tiempo.

Nunca supo de qué hablaron, solo recuerda la extraña sonrisa de Regina cuando lo despedía abriéndole ella misma la puerta de la casa con una frase que quizá hoy tenga un sentido que ni ella misma terminó de darle en vida.

—Usted no diga nada, y todos ganaremos. Jamás vuelva a hablar de esto con nadie.

Cincuenta y ocho

He conseguido traer a Paqui a La Librería. Nunca había estado. Recorre el callejón con la misma asustada atención del preso que ingresa por primera vez y va recogiendo miradas de quienes habitan la cárcel.

—Nunca vi tanta gente de fuera en el pueblo como aquí.

Al entrar, se detiene frente a la escalera y mira alrededor. Ve al fondo a Julia y se dirige a la barra sin pararse más.

—Hola, Julia. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin verte. He hecho tortos, que sé que te gustan, así que si quieres, acércate y te los llevas. O te los mando con Sofía.

—Muchísimas gracias, Paqui… se los pido a ella. —Afirmo y sonrío—. ¿Qué queréis?

—Pues una caña. ¿Tú, Sofía?

—También.

Observa el campo haciéndose con el terreno.

—Son todos *foriatos…* ¿No viene aquí nadie del pueblo?

—Sí, claro, Paqui —le aclaro—, pero son muchos más los de fuera. Este es un sitio muy importante y atrae gente hasta de Oviedo o de Madrid.

—Demasiada para el pueblo, me parece a mí.

—Su dinerito dejan…

—¿Pa quién? No para ti ni para mí… —Trae las cañas Julia en ese momento—. Para esta, en todo caso.

No tardan en llegar Mateo y Daniel. Saludan y el primero señala las escaleras.

En la mesa redonda junto al ventanal volvemos a tomar asiento. Pongo sobre ella la carpeta con las cartas. Noto que Paqui se contrae levemente, como si se estremeciera. No las había visto hasta ahora. Ha aceptado quedar con ellos y conmigo para verlas con sus propios ojos y aclararnos lo poco que, según ella, pueda saber de lo que cuentan. Mi argumento de peso ha sido que hablan de nosotros.

—Aurorita venía de allá, sí. Y a ti te parió aquí, de uno de los viajes de tu padre… y no hay más.

Paqui me observa mientras abro la carpeta y dejo las cartas sobre la mesa. Los demás la miramos a ella.

—¿Por qué dices que ahí está nuestra vida, Sofía? —me dice.

El rumor cristalino de voces tenues y copas que se rozan se apodera en ese instante de nuestro espacio. Atmósfera de bar acogedor, de encuentros que adornan rutinas individuales que se tornan comunes sin una voluntad precisa que las guíe. Música de fondo.

—Porque no creo que aparecieran por casualidad en la cabaña. Alguien las puso allí para que yo las encontrara. —Pone Paqui cara de no entender—. Alguien que quería que hiciera lo que estoy haciendo, que conociera lo que pasó desde el propio corazón de quienes lo vivieron. Alguien que quisiera que, de una vez por todas, se lavara la imagen de su amigo, de Quintín.

—¿Y qué ganaría tu padre con ello?

—Limpiar la marca, acabar con el estigma. Romper la leyenda para que muriera la maldición. Y Quintín y nosotros quedáramos limpios.

—¿Dicen las cartas algo de eso?

Extiende una mano, como queriendo tocarlas. Niego con un gesto.

—Son el señuelo, el golpe que me hace abrir un camino, seguir una pista, llegar a un lugar en el que todavía no estoy, pero que tengo cerca, Paqui.

—Tu padre no volvió más que un par de veces después de que te fueras. —Y cierra los labios como si quisiera parar lo que está a

punto de deslizarse entre ellos. No lo consigue. En realidad, está deseando decirlo. Quizá desde hace tiempo. Eso me cuenta la quebrada línea de voz que le sale del alma—. Y fue para disputar conmigo. Por la herencia, por las tierras, por lo nuestro.

Respira hondo, falta algo, lo más grueso, el cierre de un golpe.

—Porque al morir tu abuela, él quiso quedarse con lo que ella había decidido que fuera tuyo y administrara yo hasta que fueras mayor. No era mucho, pero podía venderse y cerrar lo de aquí y ayudar a levantar lo que en el otro lado se estaba cayendo. Lo único que quería tu padre era coger el dinero y volver allá, aunque fuera a costa de dejarnos sin un duro. Robar tu herencia, mi niña. Y no le dejé. Y se negó a dejarte con su enemiga. Por eso te sacó de aquí.

Se ha apagado el rumor que nos envolvía.

De repente, recuerdo aquella conversación en Madrid, hace muchos años. Algo me dijo de una herencia y de que discutieron, pero no pensé que esos fueran los términos de la disputa.

No puede ser verdad. Lee en mis ojos la duda y argumenta:

—¿A que jamás volvió a hablarte del pueblo, de los caballos, de los años felices con tu madre, de la abuela y de mí? ¿A que no?

—Un día en Madrid lo hizo…

—Pero no te diría la verdad. Vino con unos humos y una urgencia que no eran normales en él. Y rompió con nosotros para siempre. No sé qué le pasó. Nunca estuvo cerca, pero era amable y nos mostraba cariño. La ruina vuelve malos a los hombres buenos.

No puede ser verdad.

—¿Me estás diciendo que mi padre me sacó de aquí y me separó de ti solo por la puta herencia de la abuela que necesitaba porque se había arruinado?

—Ella te lo dejó todo a ti, pero él se empeñó en rebatir el testamento. ¿Crees de verdad que él pudo haber dejado las cartas para que las encontrara alguien que jamás vendría por aquí?

Me cuesta asimilarlo, me niego a ello. Si es verdad, no encaja en ningún sitio. En este instante se vela el recuerdo amable de mi padre, resucita el padre ausente, el hombre lejano, la voz fría. La

memoria de ansiedad y regocijo de cuando escuchaba el coche subir bosque arriba muere de repente bajo el pesado telón de las palabras que acusan y desmienten. Duele como la lanza que atraviesa el cuerpo herido. El mío, mi corazón. Es imposible. Veo los rostros serios de Daniel y Mateo, que me aprieta el hombro en ese gesto suyo tan de afecto. Ninguno de los que estamos escribiendo la historia de un amor decapitado podíamos esperar un giro de guion tan doloroso.

—Quizá no era necesario que contaras eso —deja caer Daniel.

—¿No queréis saber la verdad? Desde el principio os dije que lo dejarais. Pues ahí está. Lo que haya en esas cartas no sé si es algo mío, pero sí sé que, desde donde estuviera, con Quintín o sin él, Eduardo intentó quedarse con lo que no era suyo. Si ahí está escrito el porqué, eso que ganamos todos. —Se para un instante—. ¿Ahí lo explica?

—No —dice Mateo—, es solo la historia de amor que se rompe por culpa de un crimen que Quintín no cometió. Aunque le costó tener que irse fuera y no volver.

—Con Eduardo, con mi tío… que nunca volvió a ser el mismo, que trajo aquí a Aurorita para marchitarla y la dejó con una niña que le importó lo que le importábamos todas desde entonces. Una mierda. Aunque solo lo hiciera ver cuando murió la abuela, su madre.

Cincuenta y nueve

No sé por qué me rasga el alma el recuerdo traidor de alguien cuya memoria tenía descontada. La evocación amable de mi padre, esa que estaba construyendo sobre la estela de espuma de la historia de amor que también fue suya, ha desaparecido como el aire del globo que se pincha de repente. ¿Cómo el hombre que me enseñó a amar a los caballos, a entender su lenguaje primario y amoroso, a mirar a la naturaleza como parte esencial de mí misma podría alojar un alma tan siniestra? ¿Y si Paqui no me dice la verdad? ¿Y si entendió mal o ha querido engañarme? Me tienta volver a hablar con ella, pero prefiero no hacerlo.

Esta mañana vengo sola a la playa de las acacias.

Cayo vibra vital, imparable, moviéndose a mi alrededor como queriendo contagiarme de su entusiasmo. Me huele mejor de lo que yo misma soy capaz de entenderme. Me inyecta una corriente de cálido afecto en el frío de la decepción con que también me despierto esta mañana.

No pienses, Sofía. Déjalo pasar. Siéntelo, dale forma en tu corazón, colócalo en lugar de las emociones más ingratas, pero no te pares en ello. Haz caso a Esther, deja que el dolor te atraviese, pero no te quedes con él. Contempla la naturaleza, cárgate del olor, de la humedad, del sonido envolvente de los pájaros y del lejano oleaje de tu playa secreta. Abraza lo que eres como él te enseñó a hacer. Él. ¿Podré quedarme solo con lo bueno de su recuerdo?

Me incomoda la fuerza con que puede herirme la decepción de un padre ausente. Aquí he recuperado la memoria grata de sus enseñanzas para construir la imagen ideal. Tanta evocación, tanta

presencia; su papel en la historia que describen las cartas estimulaba el recuerdo del mejor Eduardo Fernández, porque el actor secundario de la historia de amor que estoy haciendo mía no puede ser también el villano del cuento. O sí, pero me he negado a ello. No quiero ahora que el péndulo me lleve al otro lado: al padre que siempre faltaba, a sus silencios, a ese irse una y otra vez sin saber cuándo iba a regresar, a no querer hablar nunca de mi madre ni de cómo fue su amor ni si dejarla aquí embarazada y sola fue parte de un plan o simplemente la dramática consecuencia accidental de un egoísmo desolador para Aurorita y quienes con ella estábamos. Incluida la hija que conoció, pero quién sabe si hizo suya alguna vez.

Calma, Sofía. Estás en tu playa. Déjate abrazar por el agua fría, que la sangre agitada y veloz descargue tu corazón y se lleve este peso. Que la emoción no desdibuje la precisión de tu objetivo. Que el trasiego al drama no cambie la historia que estás escribiendo. Si quieres la verdad de lo que aquí se vivió y cómo te toca, qué hizo de ti, no pierdas el coraje para verlo y la consistencia para aceptarlo.

Vibra el teléfono en la mochila.

Miro el reloj, las ocho y cuarto. ¿Daniel? No lo voy a coger. Insiste. Dos, hasta tres veces. Ya frente a la playa miro quién llama. No conozco el número. No pienso cogerlo. Vuelve a insistir.

—¿Sí?

Hay un silencio, estoy a punto de colgar.

—¿Sofía?

—Sí —la voz me es familiar, pero no la ubico—. ¿Quién es?

—Soy Dosio, Sofía.

No dice más. Es la primera vez que el marido de Paqui habla conmigo sin ella delante.

—Qué sorpresa —confieso sincera—. ¿Pasa algo? ¿Está bien Paqui?

—Sí, sí… No te llamo por ella. No sabe que te estoy llamando. Estuvo ayer contigo, ¿verdad?

—Sí, y me contó lo de mi padre.

Oigo su respiración. Al fondo, vacas y el chasquido hueco de las ordeñadoras tragándose los cuarterones para sacar la leche.

—Me gustaría hablar contigo. Sin que ella lo sepa.

—¿De lo de mi padre?

—Sí. De tu padre, de lo que pasó… y de las cartas.

—¿Las cartas? ¿Qué tienen que ver con él y con la herencia y toda la mierda de la que me habló ayer Paqui?

—Sabe que te hizo daño y se arrepiente, pero lleva mucho tiempo con eso dentro y no pudo evitar soltarlo.

—No se lo reprocho.

—Ya… pero ella sí. Está arrepentida.

No te despistes, Sofía.

—¿Qué pasa con las cartas? ¿Tú sabes algo más?

—No lo que dicen, pero sí cómo llegaron hasta allí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Las puse yo, Sofía. Yo las escondí en el muro de la cabaña. Para que tú las encontraras.

Sesenta

Martín facilitó a Quintín y a mi padre caballos para huir una noche después de esconderlos en su casa durante casi dos días enteros.

—Yo no maté a nadie, Martín. Ni he robado, ni he hecho nada de lo que dicen que he hecho. La condesa me tenía enfilado desde el principio, y se ha inventado lo del robo ahora que Elena y el conde están fuera. No he podido hablar con ninguno de ellos ni sé si lo haré, pero me tengo que ir porque si no me llevan preso sin que pueda hacer nada.

Dosio lo cuenta con la calma con que suele masticar las palabras mientras mira de frente. Siempre mira de frente. Nunca habíamos hablado así, cara a cara y solos. Ha venido a esta cabaña que tan bien conoce para terminar de cumplir la encomienda que antes de morir le hizo mi padre.

Que se sepa lo que pasó y que la familia quede limpia de cualquier sospecha. Para siempre. La madre y la hermana de Quintín murieron poco después de la huida. La primera de pena y a la segunda se la llevó por delante un coche de línea en El Peral. Nosotros éramos los únicos destinatarios de aquella herencia de sangre que el pueblo tomó como cierta. O eso quedó en su memoria.

Quintín Canales y Eduardo Fernández salieron a caballo hacia el sur, atravesaron la sierra del Abrigo y los Picos de Europa, llegaron a León y de allí viajaron en tren a Madrid con el dinero de la venta de los caballos a un tratante de Astorga. En la capital alguien les facilitó unos billetes de barco para América.

—Nunca me lo dijo —concluye Dosio—, pero supongo que Quintín llegó a ponerse en contacto con Elena y esta los puso en contacto con gente y quién sabe si hasta les hizo llegar dinero. Pero el primero en ayudarles fue Martín.

—Para lavar su conciencia…

Se encoge de hombros sin completar mi frase. Y evoca lo que mi padre le contó. El terror de aquella noche escondidos en casa de Martín. La herida de ausencia que empezaba a abrírsele a Quintín, la entonces inexplicable generosidad de Martín.

—De verdad que no he hecho nada, Martín. Tú me crees, ¿verdad?

—Claro, Quintín, claro. ¿Me arriesgaría a que me lleven preso por ayudarte si no creyera que eres inocente?

El Pinturas era un mal tipo, eso lo sabíamos todos. Sobre todo Martín, que a su mujer la atacó una tarde junto al faro, según se contaba en el pueblo.

—Bien muerto está, Quintín. Bien muerto.

No puede el muchacho desprenderse de la angustia y la pena que le sangran por dentro. Hay en sus ojos una luz apagada de melancolía por lo que sabe que va a perder. Eduardo lo abraza como a un niño perdido; todo se aclarará, volveremos pronto, cuando se detenga al que lo hizo. Martín no le ha dicho a nadie que esconde en su casa a los dos hombres. Piensa que si detienen a Quintín, quizá termine sabiéndose que fue él en realidad el autor del crimen, por mucho que se empeñen los condes y hagan creer a la justicia que el asesino fue el otro. Mejor tenerlo lejos que arriesgarse a que en su presencia se cuele la verdad por algún resquicio.

Lo veo afligido, ahogado por esa certeza de que va a perderlo todo. Lo que no mereció y a quien aún le quiere, que son las pérdidas más dolorosas porque arrebatan lo que no esperabas y te hizo más feliz. Le habla a Elena, le dice que la quiere. Hay que buscar un lugar para llamarla y decirle que yo no he sido, que todo es mentira.

Corre por el pueblo la noticia de que Quintín ha huido hacia el monte, donde se escondían los emboscados a los que disparaban desde el mar los nacionales en aquellas noches de pólvora y espanto en las que se oían los gritos de los heridos y los llantos de aquellos hombres recios que, desmembrados, y ante la inminencia de la muerte, llamaban a su madre y gritaban el dolor de no volver a ver a los suyos jamás. Hay quien lo sitúa en la cueva, oculto tras el bosque de Santumedé, al abrigo de la generosa disposición de los monjes del monasterio, tan dispuestos a acoger en su seno a los muertos en vida que llamaran a su puerta. La Guardia Civil no da con él, llaman a las puertas y piden a todos que se anden con ojo porque el mozo tiene sangre criminal, con ese padre rojo y desalmado y la dureza de carácter que estampa el mar en quienes anduvieron por él más que por tierra.

Pero Quintín es un hombre aplastado por la injusticia con la conciencia cada vez más clara de que le han robado el porvenir y ha sido arrojado a un pozo del que no se ve fondo ni hay luz hacia la que se pueda mirar.

La noche de la huida apenas se puede sujetar en el caballo.

—Durante un tiempo desaparecieron —me cuenta Dosio—, pero algunos meses más tarde regresó Eduardo sin decir nada a nadie. Traía una carta para doña Elena, que aún vivía en el palacio, aunque no estuvieron mucho tiempo más desde aquello.

—Podía haberla mandado por correo…

—Sí, pero quería algo más. Vino para tratar de averiguar quién había matado de verdad a aquel miserable del Pinturas.

—¿Lo averiguó?

—No al principio, que yo sepa. Pero después consiguió atar cabos y llegó a tener la seguridad de que había sido Martín. Pero sin pruebas. Me parece que se lo dijo su mujer poco antes de morir.

En uno de sus viajes le anunció a Dosio que tenía que bajar a Madrid a ver a alguien. No quiso revelarle a quién.

—Pero sé que fue a Elena. Porque a la vuelta me enseñó las cartas que Quintín le había escrito y que ella guardaba como el

tesoro de la memoria de un amor que nunca acabaría del todo.

No volvió a saber de ellas hasta que muchos años después, en uno de sus últimos viajes, le trajo la caja y el encargo de que la guardara por si algún día alguien las leyera y ayudaran a sostener la inocencia de Quintín.

—Se las oculté incluso a Paqui. Y, claro, ella no tiene ni idea de que fui yo quien las puso allí para que las encontraras.

Yo ya me había ido de Sierraplana. Estaba en Madrid, donde él me había enviado por su disputa miserable con mi prima por una herencia que no era suya.

—Hubo lío, sí… y disputa de familia, que son las peores. Dejaron de hablarse. Pero, mi cría, yo creo que la razón para irte no fue esa. Tiene que haber algo más, algo que no veamos porque no sabemos. Por una herencia no arruinas la vida de tu hija, o sí, pero no se me hace que Eduardo fuera a hacerlo. Como tampoco entiendo yo a qué vino traerse a esa mujer de Perú y dejarla aquí sola y preñada. A lo mejor en las cartas está la respuesta. Bueno, y sin a lo mejor, que si quiso que las encontraras, si tuvo el pensamiento de que algún día volverías y podrías hacer justicia, es que ahí está todo. O sea, no lo dejes, Sofía.

Sesenta y uno

Los lobos acompañaban en mis sueños de niña a las almas en pena de Santumedé en las oscuras noches de tormenta. Refugiada en la cálida madriguera de las sábanas, me sentía a salvo de muertos y alimañas y, si quería, podía ver a los monjes de ojos de luciérnaga y, a su alrededor, lobos grises pequeños y cabizbajos como apegados perros de pastores. Vigilantes de la muerte.

No le conté a Daniel aquellos sueños la noche en que vimos aquel lobo enorme de ojos centelleantes. El de verdad parecía menos real que los de los sueños. Demasiado grande, demasiado cerca, demasiado precavido.

Luego los lobos y los monjes se fueron desdibujando y entraron en los sueños los caballos. Fue cuando mi padre empezó a hacer más presente su ausencia. Su recuerdo eran ellos y en la profunda elocuencia de sus ojos lo encontraba a él, como si en vez de irse lejos permaneciera en el interior de aquellos animales que amábamos los dos.

La esfera paciente de sus ojos esconde los ríos, los prados, los montes delicados y los abruptos acantilados de la costa. Son tan verdad como el pasto hendido que dejan los corzos al atravesar los prados, las camas de los jabalíes sobre la hierba tumbada junto a los huracos que delatan su hozar en busca de comida, la lluvia en el rostro sereno e inmóvil de los caballos.

Me regalaban su corazón cuando los montaba. Nunca volví a hacerlo como aquí, cuando mi padre me enseñaba a entender sus gestos, a acariciar su capa de pelo suave y luminosa en primavera, hirsuta y fiera para afrontar el invierno. Hay que acostumbrarlos a

subir por los dos lados. Sin miedo, mi niña, con decisión. Con la amable firmeza del que sabe guiar y lo hace amorosamente. Hay que ser cariñoso con los caballos. Como los dioses con los seres que les sirven. Montar, decía, sabiendo que sus músculos, su corazón, su alma bravía son el descanso de tu cuerpo, pero no de tu energía y de tu atención. Has de cabalgar siempre con tu corazón para no romper el hilo de plata que te conecta con el suyo. Si montas sin corazón, sois solo carne y huesos en movimiento.

No sé si son recuerdos o solo sueños. O si se me agolpan y presentan a la vez y se mezclan y alimentan y crean en mí sensaciones precisas y agradables. A veces me cuesta distinguir lo que es verdad de lo imaginado. Si cierro los ojos, puedo verlo todo con la misma precisión.

Amanezco en la playa de las acacias.

Vuelvo a jugar con la luz del agua en la cueva. Si pegas la mano a la pared de roca de su interior, ves claramente la parte sumergida mientras el resto permanece en la oscuridad.

Agua de luz, conciencia de verdad en un elemento extraño. El lugar por el que pasa todo lo que ha sido y es importante en mi vida. Donde se expresa todo, donde leo quién soy y de dónde vengo.

No sabía que una podría descubrir algo así. Ni si lo hubiera imaginado sería tan mío. Quintín trajo aquí a Elena como Miguel a mí. Al rincón en el que encontré al hombre a quien estoy empezando a querer y donde hemos sellado con carne lo que ahora quiero hacer crecer.

Desde el interior de la cueva se escucha el mar con una furia que impone y acongoja, pero de la que estoy libre aquí dentro. Aguarda al otro lado de la pared húmeda y rocosa. Cuando sube la marea, cubre este espacio y muestra su fiereza en toda la playa, pero tan amaestrada que puedes permitirte la insolencia sin temor a su respuesta de dios iracundo y despiadado.

Mi vida está aquí, este es mi sitio.

Pienso en ella, diría que hasta la evoco con melancolía algunas horas después, mientras apoyo la cabeza en el cristal del taxi en el que atravieso el paseo de la Castellana.

Madrid está cambiado desde que lo dejé hace unos meses.

También yo, y quizá sea eso lo que más pesa.

El ruido me altera. Demasiada gente. Hay algún coletazo de nostalgia en la inminencia de los encuentros que apetecen, como el café con Ángeles o el paseo frente a Atocha y el recuerdo de las horas en la cuesta de Moyano, donde pienso volver. Donde estoy yendo.

No tarda en llegar Ángeles.

La veo antes que ella a mí. Guarda el casco en la maleta trasera de la moto y se atusa el pelo. Después se revisa en el retrovisor y, cuando se da el visto bueno, emprende el camino cuesta arriba mientras mira el reloj y respira hondo. Diría que emocionada.

El encuentro es de ansiosos amantes desatendidos.

Abrazo largo, profundo, de los que imprimen emociones y las dejan tatuadas.

—Estás más guapa, cabrona.

Imposta contrariedad mientras se levanta las gafas de sol.

—Tú no.

Hay una sensación compartida de alegría que no queremos contener.

—Qué ganas tenía de verte, Mari. Y confirmar que te está sentando bien ese puto exilio de ermitaña y animalera.

—Estoy muy bien, Ángeles, muy muy bien. —Paseamos sin atender a los libros ni a la gente. Nos habituamos a comentar y decidir en movimiento cuando moldeábamos los programas recorriendo el largo pasillo que lleva a la redacción de los Servicios Informativos de la tele—. No quiero moverme de ese lugar. Es mi sitio. Lo sé. Como si hubiera una bola de acero invisible que me ata allí. Pero no contra mi voluntad. Nací allí, allí he vivido lo mejor de mi vida, y ahora me está pasando algo fascinante, que es descubrir

de verdad quién soy y de dónde vengo. Además, con misterio y con historia de amor.

—¿Lo que me contaste de las cartas?

—Sí, es alucinante.

Le detallo lo que dicen, que fue el último regalo de mi padre, el mejor de todos los que podría haberme hecho nunca, lo que vamos descubriendo, mi conexión con la naturaleza estimulada por la historia con Daniel, la confusión inicial que ha dejado paso a una emoción que provoca el hormigueo de los amores adolescentes. «A nuestros años, Mari».

—La tele no es lo mismo sin ti. —Se para al decírmelo, que es su forma de acentuar la importancia de sus palabras—. Los nuevos andan perdidos y no funcionan los fichajes. ¿Sabes que pusieron a Dámaso a dirigir la noche?

—¿El acosador?

—Ese.

—¿No le habían echado?

—Quedó en nada la denuncia y lo trajeron. Le faltó tiempo al jefe para ponerlo en tu lugar. Con Aurelio presentando.

Vaya par.

Pero qué lejos. ¿Será Ángeles consciente de mi distancia de todo ese universo? Seguro que sí. Me sigue contando y la escucho, pero ya he desconectado. Asiento, niego, me río, mantengo la conversación, pero no estoy aquí y ahora.

—Y Marcos tiene sección nueva en el magacín de la mañana.

Regresa mi atención.

—¿Le ha fichado la tele?

—Creo que se movió él. Me dijeron. Y —añade unos segundos después, como si se lo hubiera pensado— le lían ya con Bardiola…

—¿La boba de cultura?

Asiente Ángeles atenta a mi reacción. Pero no la hay. No duele en absoluto. Ni siquiera pellizca. Yo misma me sorprendo.

—Tal para cual…

—¿No te importa?

Al contrario, me libera. Solo me incordia lo inevitable de deshacer la casa y buscar guardamuebles y sitio para los libros. Y competir con él para ver qué es de cada cual.

Empezamos a acercarnos a los puestos. Ojeamos libros. Me cuenta cotilleos, hacemos risas. Le hablo de las puestas de sol, de los baños fríos, de que quiero que conozca La Librería y venga a estar conmigo unos días.

—Me voy a Estados Unidos.

Ahí sí me toca. ¿De corresponsal? Sí. Quedó vacante la plaza y se va a presidir la delegación allí. Mejor. Cuanto más lejos de todo, menos me amargo. Era eso lo que teníamos que celebrar. Mi huida y su exilio. Me voy unos días a tu cabaña si me prometes que irás a verme a Washington. Vale, pero tú primero.

Le regalo un facsímil de *Poeta en Nueva York* y ella encuentra un texto antiguo sobre el poder curativo de las plantas que haría las delicias de Esther y que me entrega con fingida ceremoniosidad.

Somos amigas. Es lo único que voy a rescatar de lo que hasta ahora ha sido mi vida y lo estoy despidiendo sin haber calculado cómo y cuándo.

Como si fuera la orden genética de un proceso de la biología, dejo atrás la piel que me cubrió y renazco como las serpientes, con una nueva para una vida distinta.

Sesenta y dos

Daniel ha estado a punto de acompañarme a Madrid. Después de todo, es aquí donde vive. Me encantaría, pero tiene que ir esta misma semana a Tanzania a completar un trabajo sobre Ngorongoro. ¿Inaplazable? Absolutamente.

Pienso en él cuando camino hacia casa. Aún llamo así, aunque no lo sea, al lugar que compartí con Marcos. Temo encontrármelo, como me perturba la idea de tener que empezar a desmontar y recoger entre disputas todo lo que allí habíamos sembrado.

Había olvidado el agobio de la popularidad. Aquí es más evidente. Y opresiva. Me desagradan los saludos sonrientes de algunas personas con las que me cruzo. «Hola, Sofía, cómo me gustan tus programas, encantado de conocerte, ¿te importa una foto?». «¡Te echamos de menos», lanza desde un coche alguien más informado, «a ver si vuelves ya, Sofía». Definitivamente quiero salir de ahí. «Me encantó tu novela, buena periodista y buena escritora». Otra foto.

Al introducir la llave en el portal, un escalofrío me recorre de arriba abajo. Es miedo. Al conflicto, a encarar la verdad, a ponerme en mi sitio. Espero el ascensor como si afrontara en vida mi último viaje. Probablemente lo sea.

Marcos no está. El doble cierre lo delata. Al abrir la puerta, me zarandea un olor familiar. Olor de hogar, de abrigo seguro. Angustia. También este es mi sitio. No esperaba sentirlo así. Recorro el pasillo despacio, dejando que la inesperada sensación se manifieste para que pueda salir. Necesito librarme de esta seguridad que es falsa porque esta no es mi casa, no quiero que lo sea, aunque mi corazón se empeñe en ello. Sigo estando aquí. En mis libros, en mis cuadros,

en las cortinas del salón, en el sillón donde leo bajo la lámpara, en mi mesilla, en la cama deshecha de mi dormitorio. Percibo en el desorden de las sábanas que Marcos no ha dormido solo. El hallazgo me pincha la entraña. ¿Celos? ¿Aquí sí? Tengo que reponerme. Voy a la cocina y busco en la nevera la botella de agua con limón. No hay. No reconozco el orden que encuentro. Será su madre quien le coloque las cosas. O la nueva. La boba esa de cultura que habrá caído rendida como yo ante este pisaverde que se ha hecho con lo que era también mío. Aquella pintura, estos libros, el caballo de bronce que adorna la estantería. El Ondas, las antenas de oro. Al menos eso sigue ahí. Será lo primero que me lleve.

Escucho la cerradura y acudo a la puerta del salón a esperarle. Habíamos quedado a esta hora en casa.

—Disculpa, cariño, no he dormido aquí.

Es una provocación intencionada, muy de Marcos Lorenzo. No me vaciles, no ahora, Marcos, le exijo sin palabras, con una sonrisa irónica y abierta que él capta en el momento. Y lo de «cariño» lo tolero como expresión del paternalismo que tanto le cuesta esconder.

—Sin rodeos, Marcos. No quiero volver contigo.

Se mueve para encajar el golpe a su vanidad. Alguien se atreve a dejarle. A él.

—Hay que deshacer la casa. Sebastià Junyent, me gustó esa función. Aquí sin padres que se mueran. Sobre una relación que te has cargado tú, señorita escribidora soberbia y pretenciosa.

—No proyectes, por favor…

Me aparto para que pueda entrar en el salón. Huele a su perfume y está acicalado. No lleva maleta. Habrá dormido con su madre o con una sustituta. Dos días seguidos, claro. Uno aquí y otro en casa de ella. No me importa. Araña, pero no rasga. No debe.

—El sentido de este encuentro era decírtelo a la cara y empezar a preparar la mudanza —le recuerdo—. Así que vamos a llevarlo lo mejor posible.

Me esfuerzo por contener la tempestad que me crece dentro desde que lo he tenido ante mí en este lugar que dejé hace tiempo siendo mi hogar. No recuerdo cuánto; no importa. Meses que parecen años, que abarcan una vida. Creí haberla enterrado, pero se revuelve como hizo Sierraplana cuando regresé y descubrí que nunca me había ido del todo. No es lo mismo, claro. Allí he dado un paso adelante para volver a hacerlo mío y aquí quiero tener el valor de retroceder para no regresar. Los lugares y las personas nunca se van hasta que no te enfrentas a ellos cuando creías haberlos olvidado.

—¿Estás segura, Sofía Fernández?

Nunca lo he estado más, pero no voy a responder. Me atraviesa un instante el temor a volver a caer en su red como un caballo que se enfrenta al dueño que lo castigó. Lo aparto. Me lo saco fuera con la memoria de mi lugar en el mundo y la inminencia del regreso adonde pertenezco.

—Me gustaría organizar el reparto de acuerdo contigo, pero tampoco habrá problema. Necesito mucho menos de lo que tenía aquí.

La coge al vuelo.

—Sin duda. Es evidente que has decidido perder.

Le sigo queriendo. Del mismo modo que esta casa sigue siendo mía. No me pregunto por qué, puesto que no hay respuesta. Han sido siete, ¿ocho?, años de camino juntos y eso deja huella. Y arma afectos. Desafectos también, pero la ausencia de los primeros duele, como libera la de los segundos.

—Hemos llegado al final, Marcos. Como tantas parejas y tantas cosas. No pudiste aguantar que la periodista alcanzara el éxito en un territorio que consideras propio y me echaste de tu lado. O, digamos por ser rigurosos, que descubriste tu verdadera personalidad. A la luz de esa soberbia insoportable se me aparecieron todos tus defectos. Entendí tantas cosas que había aceptado, aunque dolieran, y que no tenía que haber admitido.

—Vaya, el éxito te iluminó.

—No, a mí no. A ti. Y me mostró lo peor de alguien a quien probablemente amaba de verdad. El amor no muere con la decepción, pero entra en coma, en una agonía que yo no estoy dispuesta a mantener.

—Sigues enamorada de mí. —Estaba tardando en ejercer su superioridad—. Y estás jugando con fuego. Has convertido una disputa puntual en una sentencia de muerte. Estás actuando como una cría inmadura. Tú sí que te has puesto en el foco, querida. Pero sea, vamos a dividir esto y cada uno por su lado. Yo solo puedo desearte lo mejor y que tu carrera de escritora siga en la cumbre.

Le voy a decir que eso no es lo importante, que la vida no es ascender siempre, que mi idea no es seguir triunfando como escritora, que eso es lo que me agotó y sacó de aquí. Si hay un triunfo en mi vida, ha sido entender hacia dónde me llevaba el fracaso. Pero me lo callo. Y sale de mi garganta algo que rechazo en el momento mismo en que lo digo. Ignoro por qué, se me escapa, qué parte de mí decidió que la respuesta tenía que ser esa, qué herida abierta o qué dolor o qué miedo o qué rencor.

—Voy a escribir una novela con todo lo que estoy viviendo ahora.

Sesenta y tres

Hoy bajamos a la Cueva Esther y yo; los demás se han rajado. Daniel sigue en Tanzania. Tengo el móvil lleno de fotografías fascinantes sobre fauna del Ngorongoro. El camino está embarrado por las lluvias de esta primavera que no da tregua.

Mateo y yo la hemos puesto al día de las cartas y la historia, de lo descubierto y de lo que aún queda por saber para completar el puzle. Hemos llegado a un punto en el que resulta imposible avanzar más. Tenemos pendiente viajar a Francia, pero me va a tocar hacerlo sola, porque Mateo lo ve como un esfuerzo inútil. Yo creo que se ha cansado de golpear y golpear sin que se abran puertas o se aclare el camino. No hay forma de confirmar si Elena murió o sigue viva, ni tampoco qué relación guarda la presencia de mi madre aquí con la historia que se cuenta en las cartas, más allá del exilio peruano, ni de por qué mi padre le dijo a Dosio que pusiera ante mí las cartas.

—No lo dejes hasta que no lo consigas.

Percuten sin cansancio las palabras de Dosio en mi ánimo.

—Pues no lo hagas, Sofía —me reitera Esther.

—¿Cómo? No hay por dónde seguir. Martín continúa en el hospital recuperándose muy despacio, pero con la cabeza perdida; María Jesús no puede contar nada más y de Emilia creo que lo hemos sacado ya todo.

Esther baja pensativa la vista al suelo. Se aprieta el medallón con el árbol de la vida que lleva colgado del cuello. «Espera», dice. Me detiene y se me mete dentro como solo ella y los caballos saben hacer. Esta mujer es un ser de naturaleza, una humana dotada de la

capacidad animal de penetrar en los demás; posee la intuición que adorna a los que son capaces de iluminar la vida de los otros.

—¿Y si escribes esta historia de amor incompleta poniendo tú lo que falta? ¿Quién te dice que no la lee alguien, algún heredero, algún sabio… qué sé yo… y te une los puntos?

Disfraza de pregunta la sugerencia. Su solución para salir del laberinto. Algo de razón tiene. A mí me salió de dentro frente a Marcos. Se lo cuento.

—Es tu guía interior el que habló, no tú.

Ya estamos. Lo del guía espiritual sabelotodo e infalible. Esther dice tener guías virtuales, seres que imagina porque deciden mostrarse así ante ella y conducir sus pensamientos primero y sus acciones después. No se lo ha hecho mirar por un especialista, como alguna vez le pedimos sus amigos. Ella sostiene que la enorme intuición con que se desenvuelve es en realidad la proyección de la sabiduría de sus guías.

—Y algo me dice que vas a encontrar el camino. Escribe la novela, Sofía. Hazlo.

Y así, lo que creí una mentira ante Marcos para que no quedara como siempre por encima empieza a tramitarse como una posibilidad con estas palabras de Esther. Escribir todo esto. Tomar las cartas, organizarlas, fabular sobre lo que pudo haber sido y no se cuenta en ellas.

—¿Eso te dicen tus guías?

Sabe que la pregunta es retórica, que no creo en eso ni como hipótesis.

—Con mis guías hablo de mí misma, como los tuyos te hablan a ti. Escríbelo.

El baño frío compartido despierta el cuerpo y ejecuta sobre el ánimo su acción renovadora. Chispea sobre la superficie del agua que ya va atemperándose. No está tan fría como hace un par de semanas.

—¿Y qué vas a hacer, Sofía? —Estamos sumergidas las dos, el agua a la altura de los hombros—. ¿Te quedas aquí?

—De momento sí. Me encuentro bien, estoy en casa, con gente tan loca como yo o como tú, que hace de la naturaleza su espacio y su refugio. No necesito trabajar para vivir, y hacerlo bien.

Escribiré, supongo. Esta historia o cualquier otra. No lo he pensado, aunque esta mañana me martillee la idea de la novela.

—Me parece admirable —reconoce Esther— que alguien como tú renuncie a todo… a la fama, al dinero, al reconocimiento social para desaparecer y vivir aquí sin la cadena del trabajo, en el campo o con los animales…

—Sin cadena alguna. Por eso no es admirable. Es, y punto. Tampoco resulta tan raro, no te creas. Hay muchos escritores que renuncian a todo y apuestan por llegar a serlo de verdad.

—Sí, claro —concluye segura—, pero tú y yo sabemos que ese no es tu caso.

La lluvia comienza a cobrar intensidad. Si sigue así, terminará mojándose la ropa que hemos colocado bajo los paraguas en las piedras de la orilla. Hay que salir. Queda por delante un día en el que darle vueltas a todo y buscar la forma de seguir adelante. Quizá no sea mala idea escribirlo y esperar.

Sesenta y cuatro

Miro la maleta abierta sobre la cama casi con la misma ansiosa curiosidad con que lo hace Cayo cada vez que ve a alguien prepararse para un viaje. Posee la intuición natural de predecir la separación inminente y actúa guiado por su instinto para evitarla. Su elección es la presión emocional en lugar de la disputa abierta. No es mala estrategia. Nunca le funciona, pero es pertinaz y paciente. No calcula resultados ni actúa en función de ellos, por eso hace siempre lo mismo. De cachorro se tumbaba en la maleta; ahora solo clava la mirada. El fracaso, en los animales, no es más que parte de su rutina de supervivencia. Debería serlo también para nosotros, pero le tenemos demasiado miedo.

Voy a estar fuera un par de semanas. Gira americana. Al contemplar la maleta, mido la distancia entre la Sofía de hace un año y la que hoy abandona a regañadientes su pueblo y a su gente. Uno tiene que vivir siempre con la maleta preparada cuando se dedica al oficio de contar noticias. Es, al tiempo, una metáfora y un gesto de orden. Nunca sabes cómo y cuándo te van a echar de un sitio, y mientras trabajas estás sometido a viajes que ignoras cuándo surgirán y cuánto durarán. Desde que llegué aquí la maleta estaba desaparecida. Ahora la contemplo con la curiosidad de la falta de hábito y cierto estúpido temor a dejarme algo.

Esther se quedará con Cayo. Le he dicho que tome la casa por el tiempo que estaré fuera y se niega, salvo que deje que me la limpie de malas energías.

—Con tal de que la limpies, haz lo que te dé la gana.

La novela está arrasando en México y Colombia. Algo menos, pero también, en Perú. Allí ha funcionado el reclamo de la española de origen peruano que triunfa con una historia de amor adolescente. Habrá presentación en Lima. Llevo la copia del contrato que otorgó a mi padre la explotación minera para Quintín y la voluntad de encontrar algún familiar de mi madre, Aurorita. De pequeña fantaseaba con su origen y me veía parte de un pueblo indígena poderoso y combativo. Cuando de adolescente comencé los afanes por encontrar mis ancestros allá, mantuve el orgullo de esa supuesta legendaria ascendencia guerrera. Luego la urgencia me distanció, las servidumbres del presente devoraron el pasado, y apenas quedó en Sofía un barniz de poco brillo de aquel viejo orgullo de antepasados salvajes. Viajar allí por primera vez será también terapéutico, seguro. Aunque no encuentre la pista de los míos.

Cierro la maleta y salgo a dar un último paseo a Cayo antes de que Mateo me lleve a la estación. Viajo a Madrid y después vuelo con Daniela y Palmira a México.

Es un día luminoso y tibio, de esos que anticipan el verano. Las hileras de hierba recién cortada componen una atmósfera olfativa muy de la estación: se siega para almacenar en invierno. Olor de infancia, como el salitre, las vacas o el arroz con leche. Sobre nosotros, un águila ratonera planea en busca de presa. Hay estrépito lejano de gaviotas y, desde el bosque, un suave roce de hojas y viento invita a refugiarse en su interior.

Cayo me pide palo y se lo lanzo. Regresa veloz a repetir la operación. Concedo. Entre tirada y tirada vamos bajando hacia el faro. A la izquierda, las piedras sagradas; a la derecha, la linde del bosque. Ya no son recuerdos, son mi presente.

Vibra el móvil en el bolsillo del chaleco.

Ángeles, desde Washington.

—Pero, Mari, ¿qué haces llamando a estas horas? —le pregunto.

—Son las seis de la mañana, cariño, ya estoy en marcha.

Escucharla me provoca un cálido latido de amorosa alegría.

—Qué gusto que lo primero que hagas en el día sea llamarme.

—Pues no te alegres tanto, Mari, porque no te va a gustar lo que te tengo que contar. —Ángeles no es precisamente melodramática. Me preparo—. El gilipollas de tu ex…

—¿Marcos?

—No, más gilipollas aún.

Repaso rápido. En todos encuentro tara. Espero a que sea ella quien resuelva el enigma.

—Ese de la adolescencia que sale en la novela.

—¿Miguel?

—Ese. Pues el tío ha firmado un contrato con la productora del programa de los sábados, ¡en tu propia cadena! Para hablar de «la verdad de la vida de Sofía Fernández» y… sigo leyendo… «contar cómo su novela de éxito, la que ha permitido que se retirase de la profesión, es en realidad la historia de amor juvenil que tuvo con él». Y que le has marginado completamente, pese a que le prometiste, dice, que si todo iba bien, le tendrías en cuenta. ¿Cómo te quedas, Mari?

Pues no lo sé. No lo digiero. Las palabras y la alarma con la que viajan me tocan y se van como gotas de lluvia sobre el suelo empapado. No me entran, no me afectan, me son ajenas. ¿Esa es su venganza? Pobre hombre.

—Pues me quedo igual, cariño. Exactamente igual. Te juro que ni yo me creo que pueda pasar tanto, pero paso.

—Vale, que estás en modo paz, amor y plus pa'l salón, vale. Pero ¿tú sabes lo que eso puede suponer para tu imagen? No por lo que diga, que no será nada del otro mundo, sino por ver tu nombre envuelto en una de esas tragicomedias del hígado que tanto disparan las audiencias.

—Disparaban. Ese modelo se agotó…

—Vale, pero es tu nombre, tu marca y hasta tu novela.

Marca, nombre… ¿Qué es eso? ¿Para qué me sirve ahora? ¿Quién y qué puedo perder si este tipo arrastra nuestra historia por un programa basura?

—Fíjate —ordeno al fin mis pensamientos—, lo único que me jode, y lo hace de verdad, es que el pábulo se lo den a ese tonto inútil en la cadena que hasta hace nada se arrodillaba para que yo volviera. Manda huevos. Eso es lo único, Mari. Lo demás me da exactamente igual.

Hay al otro lado del Atlántico un silencio que parece valorativo, como si mi amiga del alma estuviera luchando contra su propio escepticismo.

—Si es verdad lo que dices, me alegro. Mucho, cari. ¿En serio que no te importa?

—Nada en absoluto. Que largue, que chillen, que salga lo que quieran, que mienta y remienta, me da igual. Es más, me vendrá muy bien para la promoción del libro ahora que empezamos de nuevo. A la editorial le va a encantar, créeme.

La escucho sonreír al otro lado.

—¿Cómo no te voy a querer? Siempre me sorprendes, siempre me ganas. Yo tan preocupada por tu vulnerabilidad en aquel territorio salvaje y tú me das otra lección de cómo tomarse las cosas. Si es que eres la hostia. Si no fueras tan hetero…

Ahora río yo con ganas.

—No empieces. Nunca hubiera podido ser pareja de alguien como tú. —Escucho tras de mí el claxon de un coche. Mateo en la puerta de casa—. Te dejo, Ángeles, que vienen a buscarme para ir a la estación. Te doy un toque en un par de días y te cuento.

—Vale. Y te diré cómo ha ido lo de… ¿le llamamos «el probe Migué», como la canción?

—¡Te quiero, Mari!

—Y yo más.

Desde el coche Mateo atiende a la conversación y lee correctamente lo radiante que me ha dejado la expresión.

—Un diálogo feliz —afirma—. Ángeles, supongo.

—Sí. Y para contarme algo que me ha sorprendido cómo he encajado.

Silencio. Muy suyo. Espera a que le cuente.

—Pues que Miguel va a ir a la tele a contar mi historia —suelto.

—¿Y no te importa?

—Ni lo más mínimo.

Lo sabía él y lo sabían Daniel y Julia, pero esperaban verme en La Librería para la cata emocional. Estaban preocupados por si eso me iba a doler.

—Nada, de verdad. En absoluto. Estoy… ¿en otra pantalla?

Que le den a este también.

Sesenta y cinco

«Deshago con facilidad el lazo de delgada cinta rosa que agrupa los primeros sobres».

Estoy escribiendo esta historia.

Voy a hacer caso a Esther y a la voz que salió de mí tan inesperadamente el día del encuentro con Marcos. Es la forma de conjurar la frustración de no haber podido responder a todas las preguntas que me arañan desde que aparecieron las cartas. Quizá escribir me acerque a alguna. O acaso las invente y encajen. *El refugio* nació de una verdad que creí ficción, ¿por qué ahora no podría una ficción alumbrar la realidad?

Empecé en el avión a México, con el corazón en un extremo y el ordenador en el otro.

Sin esquema, sin guion o destino previo. Sobre las notas dispersas que estoy tomando, sin saber muy bien por qué, instinto, supongo, desde que llegué a Sierraplana.

Por las mañanas, antes del lío de entrevistas y presentaciones, volvía a la vieja tarea de pulir las emociones y dejarlas descansar, como se hace con las ideas y los personajes que una quiere convertir en historias.

En Perú tuve menos tiempo. Allí era una paisana, una de las suyas. No conseguí saber nada de mi familia verdadera. Pero cuánto cariño, cuánto reconocimiento, cuánta emoción regalada y qué generosidad en todo el mundo. He regresado siendo más parte de aquel país desconocido que del universo en que he vivido toda mi vida hasta que regresé a Sierraplana.

Soy de aquí y soy del Perú. Bien mirado, ¿no es eso una victoria para quien se ha propuesto encontrar sus orígenes?

Esta noche he quedado con Daniel para ir a cenar y pasarnos luego por La Librería. Pensar en lo que tengo con él alivia muchas frustraciones, tantas casi como carencias me descubre. Cuánto me he perdido. Cuánto tengo por vivir.

Cayo me mira con esa expresión de exigencia que conozco bien. Sácame ya de una vez, que llevo toda la tarde en casa.

Vale. Concedido.

Suena en ese momento el teléfono. Número desconocido. Estoy por no cogerlo. Pero caigo.

—¿Sofía Fernández?

—Sí, soy yo.

Hay un silencio limpio de voces, un lejano cantar de pájaros al fondo, unos labios al otro lado que o esperan o no se deciden a hablar. Lo hacen en pocos segundos.

—La reconozco, sí. Su timbre de voz es inconfundible. Y su tono. La he visto tantas veces.

La voz es elegante, modulada, segura. Una mujer de edad que mantiene un metal agradable y fuerte. Diría que una señora bien. A ver quién y qué quiere.

—Muchas gracias. Dígame.

—Soy la viuda Van der Bruck.

—¿Perdón? —pregunto más por asombro o escepticismo, porque la he escuchado perfectamente.

—Van der Bruck de HS, creo que nos conoce…

Sorpresa. Desconcierto.

La Vieja Dama. En persona y voz mortal.

Algo se me mueve dentro, como si el corazón se quisiera recolocar. Es nada menos que la inaccesible reina de la siderurgia europea, la mujer más rica del continente, la señora de pulso firme que defendió e hizo crecer las empresas de su marido y las trajo a España, donde dicen que estaban sus orígenes. Ella misma se vino a vivir aquí. Combatió, derrotó prejuicios y abrió caminos. Una

holandesa en España. Fue la primera mujer en presidir el consejo de administración de un *holding* internacional en Europa, HS, Holland Steel.

Me quedé con ganas de verla cuando fuimos a la fundación. Ahora es ella la que se presenta. Y no es difícil explicar la razón.

Llama para saber qué estamos investigando, por qué hemos ido a husmear en sus archivos. Tiene mi teléfono porque tanto Mateo como yo le dejamos nuestros números al archivero loco.

—Vaya, señora Van der Bruck, qué honor. Aunque creo saber por qué me llama.

—No, señorita. No tiene usted la menor idea.

Corta. Con voluntad de hacerlo. Pero su tono no es áspero. Más maternal que militar. Así y todo, me provoca un pellizco incómodo, molesto.

—Pues usted me dirá. Aunque le anticipo que si es por algo que he hecho o pueda estar haciendo —pauso, espero, no dice nada, continúo—, no tiene nada que ver con usted, ni de lejos, señora. Estoy retirándome ya del periodismo.

Ríe con franqueza, como si hubiera escuchado un chiste o una ocurrencia.

—No, Sofía. No es nada de lo que usted pueda imaginar. Y, créame, sé muy bien en qué anda usted. Desde hace tiempo.

Me sigue. Vale. Eso engorda mi vanidad. Vamos bien.

—Me halaga que alguien como usted me admire…

—¿Por qué como yo?

Modero el tono.

Sé amable. Si puedes, hasta afectuosa.

—Me sorprende que me diga eso, señora Van der Bruck. Con lo que usted ha sido y ha hecho por las mujeres cuando no se podía y, sobre todo, no se debía. ¿Cómo no voy a sentirme orgullosa de despertar admiración en alguien como usted? ¿Sabe las veces que he intentado entrevistarla?

—Exactamente cuatro. La última, hace dos años —habla con seguridad. Creo que respondería de la misma forma a cualquier cosa

que le preguntase. Y añade—. Todos tenemos alguna razón para ser admirados o para que nos odien. Todos. También usted.

La discreta y huidiza Vieja Dama resulta ser admiradora. Ya podía haberme hecho caso antes. ¿Qué será eso que no imagino que quiere de mí?

—Entiendo que me sigue desde hace tiempo…

—Mucho, sí.

—Pues insisto en sentirme halagada. Pero estoy segura de que usted quiere de mí algo más que conocerme.

Vuelve a reír.

—Tenía muchas ganas de hablar con usted, aunque nos hemos encontrado en alguna ocasión sin que usted lo supiera. Hace tiempo.

—¿Ah, sí?

Ya me introduce una chispa de intriga. Sabe jugar. Buena negociadora, entiendo. No sé qué actitud adoptar. Quizá dejarme llevar sea lo más inteligente. Tengo que admitir que aún estoy descolocada, no me he repuesto de la sorpresa.

—Le compré un vestidito a la hija de una amiga en aquella tienda del centro comercial.

¿Tanto tiempo? Reconstruyo mentalmente el instante en que una mujer con el rostro de la viuda, treinta años más joven, entra en la tienda. No consigo recordarlo. Pero ella debe tener una memoria prodigiosa para ser capaz de reconocer en la presentadora de televisión a aquella joven que despachaba ropa de niños en Madrid.

—Entonces todavía no era ni la mujer de Marius. Del ingeniero Van der Bruck.

Y ya estaba en España, o visitaba nuestro país. Me empieza a poseer una especie de inquietud por el juego, una intriga hacia la que no estoy segura de querer viajar.

—¿Y vivía usted en Madrid?

—Así es.

—¿Y cómo es capaz usted de asociar a aquella chica que trabajaba en esa tienda con la mujer que luego conoció y empezó a admirar a través de la televisión?

—No he tenido que asociarla; sé que se trata de la misma persona, de la misma mujer, de Sofía Fernández, hija de Eduardo, natural de Sierraplana, y de Aurora, nacida en Perú; en Iquitos para ser más exactos.

Me descoloca. Ya sabe de mi madre algo más que yo. ¿Qué quiere esta mujer?

—¿Cómo sabe dónde nació mi madre?

—Lo sé.

Ya no quiero jugar más.

—Muy bien, pues dígame lo que quiera, señora, y yo le diré si puedo o no ayudarla.

—Puedes tutearme como estoy haciendo yo, Sofía. Y llamarme por mi nombre de pila.

¿Cuál era? Siempre ha sido la viuda Van der Bruck en los medios. Repaso rápido en la memoria, nombres que se suceden impresos en los carretes de una máquina tragaperras: Hilda, Helga, Heeee… ¡Helen!

—Helen, ¿no?

Escucho perfectamente cómo inspira intensa y profundamente, cómo se toma su tiempo, cómo permite que un silencio atento se haga con la conversación, la tuerza hasta acallarla. Escucho de fondo los pájaros que no han dejado de trinar en ningún momento.

—Para ti, Elena —dice su nombre despacio, modulando como quien abre un estuche que escondiera un secreto de siglos.

Lo veo inmediatamente. De súbito, un latigazo intenso restalla en mis tripas.

Elena.

Siento en ese instante que las piernas se hacen líquidas. Me tengo que sentar. Dejo caer mi cuerpo desmembrado sobre la cama aferrada a un teléfono que emite una verdad imposible.

Elena.

No. No es la mía, no es mi Elena. Esta mujer está jugando conmigo. No puedo ni debo creerla.

Elena.

Su nombre me ha penetrado como una flecha con el veneno de una certeza que me descompone. ¿Por qué?

—¿Elena?

Y no sé si estoy buscando a mi torturada enamorada, a la niña de mis ensoñaciones y mis cartas, o solo trato de confirmar que he entendido bien el nombre.

—Elena, de soltera… No, espera.

Me deja suspendida, en una furia de ansiedad atroz. Me incorporo nerviosa, alteradísima. Escucho al otro lado un leve chasquido de papeles.

Y su voz de nuevo, ¿o es otra voz?

—Tantas veces nos hemos preguntado qué haríamos por amor y tantas nos decíamos que cualquier cosa. Ahora es el momento de hacer lo más difícil, que es amar y esperar —casi recita—. Vivir sin dejar de pensar que algún día volveremos a encontrarnos…

—… Y levantar todo lo que habíamos empezado a construir —concluyo ya rendida.

Lo sé de memoria. La última carta de Quintín a Elena. Así termina.

Ya no puedo hablar. Tiemblo atormentada por una fiebre fulminante. Soy la escritora a quien se aparece de repente su personaje, la amante que halla una mañana la nota del amado que creía muerto. Se hace carne lo imposible.

—Esta vez no, amor mío. Esta vez ni todos los demonios que desate mi madre, que lo hará, van a derribar esto tan bonito que tú y yo estamos construyendo —sigue leyendo, el metal de su voz se quiebra, pero no lo suficiente para detenerla—. Aunque el mundo no lo entienda. Nada me importa. Solo tú me calmas.

De nuevo silencio. Las dos sabemos ya ante quién estamos. Y añade:

—Pero lo hizo, lo derribó. Fue ella, como ya debes saber, querida Sofía. Mi madre arruinó aquello.

No sé nada. No puedo, no soy, no estoy. Ahora no. Extraigo de la tormenta perfecta que me posee el vigor para responder. Balbucear,

más bien.

—No… No… no es posible. No eres Elena, mi Elena…

Me ha buscado, ha estado siempre, me visitó en la tienda, me siguió desde el principio. Creí estar reconstruyendo a Elena y es ella quien me seguía a mí. La certeza levanta un farallón de preguntas, de dudas, de sospechas.

—Sí, Sofía, soy yo. —Vuelve a respirar hondo, yo estoy sin habla—. Pero no soy tu Elena. Aquella niña quedó allí. Rota, desolada. Cansada de esperar. Tu Elena decidió viajar sola y se cambió de amores y de nombre. Pero tú fuiste siempre mi Sofía, mi pequeña niña desconocida. Y quiero verte. Verte antes de que los secretos de mi vida, la herida de amor que ya conoces y nunca se cerró, se vayan conmigo, porque no me queda mucho.

Dios santo. Rompo a llorar con lágrimas que brotan de un lugar escondido, de un interior que desconozco y que me une a ella con la fibra poderosa de los lazos de una sangre que no es común pero sí próxima.

—No me está tomando el pelo, ¿verdad?

Silencio al otro lado. Me parece escuchar su respiración contenida.

—Fui a ver a Quintín a Perú, y ya sabes lo que pasó. No volvimos a encontrarnos nunca más, pero lo amé siempre. Años después sucedió algo que cambió las cosas, que me lo trajo de nuevo, y ya no volví a soltarlo. Desde otra vida, por supuesto. Pero en la certeza de que algo de él permanecería para siempre. Y quiero contártelo antes de irme, Sofía. Porque lo que me queda de él… —Vuelve a respirar hondo para seguir hablando. Como si le costara de verdad, como si lo que fuera a decir pesara más que las propias palabras—. Lo que me queda de él eres tú.

Una tenaza caliente me cierra la garganta, y solo las lágrimas hablan en silencio. Se amontonan desordenadas las emociones y las preguntas, y la masa informe se atasca en algún lugar entre el corazón y el paladar.

Elena.

—¿Sigues ahí? —pregunta a lo lejos.

Cierro los ojos para despertar del sueño o para refugiarme en la ensoñación. En algún rincón de la distancia, en el presente, la figura de la niña hermosa y enamorada, de pelo de fuego y ojos de mar, me observa y espera. Nunca estuvo tan viva ni la vi tan cerca. Sonríe, me habla. Puedo hasta sentir el perfume a heno fresco y yerbabuena de su ropa elegante y limpia.

—Sí, Elena, sí. Aquí estoy.

Es mi corazón el que habla desordenado, fuera de control. Las palabras no me brotan de la garganta ni de la boca.

—¿Cuándo puedo verte?

—Cuando quieras. Si te llamo es porque ya veo que llega el momento.

—¿Dónde estás?

—Frente al mar que hoy tienes ante ti. Muy cerca de la playa. De nuestra secreta playa de las acacias.

Sesenta y seis

Un camino de tierra conduce a la casa del acantilado. Se yergue inmensa y solitaria coronando una de las entradas de la ría de Beón. Solo se ve desde el mar. Una enorme cristalera medio oculta entre la vegetación es su seña de identidad más perceptible. Había oído hablar de ella, pero nunca la vi. Hasta hoy.

El portón automático es engullido por uno de los muros en cuanto me detengo frente a él.

Un hombre encorbatado me indica que deje el coche bajo el porche de la entrada principal. Me abre la puerta ceremonioso.

—Muy buenos días, señora Fernández. Bienvenida a Villa Quintín. Sígame, por favor.

Soy un mar de nervios cuando atravieso tras él el umbral del palacete. Huele dulce, como a jazmín y un lejano aroma de lavanda. La decoración del recibidor es sobria, no exhibe riqueza o poder.

—Espere en la sala, por favor.

Sigo la indicación del hombre y recalo en un cuarto amplio, de paredes estucadas de color albero. Un enorme Tàpies la preside. Lo contemplo admirada desde la distancia que marca el sillón de cuero frente a él.

—Está puesto a propósito, para disfrutarlo exactamente desde ahí.

Elena Fernández-Jovellanos, la viuda Van der Bruck, se conserva mucho mejor de lo que había imaginado. Me sonríe con un brillo intenso en los ojos, con la alegría de un reencuentro sinceramente celebrado, mientras me tiende una mano que yo tomo tratando de ser delicada, pese a mi intenso deseo de aferrarla como se aferra un

sueño imposible que se escapa. Las dos nos acercamos en busca del abrazo. Huele a primavera, a mermelada dulce, a madre y a refugio. No es una anciana de noventa y ocho años con la que me encuentro, es el asidero desde el que me dispongo a contemplar mis secretos: las preguntas que me he hecho toda mi vida. Es la encarnación de alguien que he empezado a amar como a nadie en el mundo. Quien he comenzado a ser en mis propias ensoñaciones.

El abrazo es vigoroso. Me sorprende la fuerza de esta mujer pequeña y huesuda. Nos mantenemos así un largo tiempo, como dos amantes que se hubieran reencontrado tras años de ausencia.

«Mi niña», la oigo sollozar. No lo puedo creer. Me separo de ella. La examino. Es algo más baja que yo. Delgada. Tiene el pelo corto, de un blanco azulado que resulta gratísimo a la vista. Sus ojos son el mar que imaginé. El rostro no es arrugado. Descienden por él lágrimas que enjugo con el mío. Las dos lloramos.

—Tenía tantas ganas de verte, Sofía. Ahora ya me puedo morir tranquila.

Todo me parece excesivo, más intenso de lo soportable. ¿Qué está pasando realmente? En verdad, ¿quiénes somos? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

La siento como mía porque su historia de amor se convirtió en mi obsesión, en el sentido de mi vida, porque la he perseguido hasta lo imposible, porque la he imaginado y he sido ella como nunca hice con nadie más. Ni siquiera mi padre.

—Eres igual que él, Sofía. Igual. Y con mucho de tu abuelo, muchísimo.

Ella se parece a la viuda cuya imagen lleva años en los medios. Conservaba de ella una vieja imagen de juventud. Mantiene a su edad la viveza inteligente de sus ojos inquietos y la proporción de un rostro que no ha dejado de ser hermoso. A sus noventa y ocho.

—Ven conmigo, querida.

Tira con suavidad de mi mano, que toma de nuevo con firmeza. Tiene la piel salpicada de lentigos como las manos de mi abuela. Me recuerda a ella.

En un lado de la enorme escalera principal hay un tubo acristalado que encamisa un ascensor. «Ya no puedo con las escaleras, querida». En la segunda planta salimos a una amplia y magníficamente dotada biblioteca. Me detengo a admirarla. Rectangular, de paredes altísimas, acoge también decenas de cuadros, algunos de autor perfectamente reconocible. ¿Eso es un Sorolla? Sí, y aquel retrato es de los Madrazo. Y hay efigies medievales, y tablas antiguas. Es un museo vivo y privado.

—Algunas obras no deberían estar aquí, pero mientras nadie las reclame… Marius, mi último marido, era un coleccionista capaz de pagar cualquier precio por cualquier cuadro. Y era el mecenas más generoso del mundo.

Atravesamos la biblioteca y llegamos a una estancia más estrecha, decorada con papeles pintados de tonos verdosos, con un ventanal al fondo que proyecta en el salón imágenes luminosas del bosque cercano.

Me llama la atención un canapé, una cheslón de porte majestuoso que apunta maneras de antigüedad. Hay muchos objetos con ese aire. También modernos, de diseño contemporáneo, como una estantería esférica que ocupa insolente un espacio imposible, frente a dos sillones añejísimos sobre los que se cierne una lámpara en arco que nace un par de metros atrás. En las paredes cuelgan cuadros cuyos marcos siguen anticipando valor de ley en los lienzos.

Ni el arte ni la decoración han sido nunca mis fuertes, pero es inevitable conmoverse ante semejante exposición de caos armónico. Huele dulce, a madera e incienso.

Elena me señala un hermoso confidente, antiguo, tapizado de vistosísimos azules y amarillos, con respaldo abalaustrado, y me invita a sentarme en uno de los lados.

Las dos nos hemos serenado. Aún de pie, teatral, me explica:

—Donde estás se han acomodado las posaderas del mismísimo Churchill o hasta de la reina Isabel de Inglaterra.

Sin aguardar mi reacción, me ofrece un té o un café.

—Lo que vayas a tomar tú, te acompaño.

—Yo le doy al agua con gas —me confiesa mientras toma ella asiento en el otro lado y se sitúa frente a mí—. A mi edad, cualquier alteración lo dispara todo… hay que ser cuidadosa.

Estamos tan próximas que casi puedo percibir los latidos de su corazón. Su expresión es dulce y amorosa. Destila una elegancia casi sobrenatural.

Miro el reloj, doce y tres minutos. Un café. Con leche y sin azúcar.

—Arturo, por favor —llama ella sin alzar la voz.

El hombre que me recibió al llegar se acerca sin prisa. Hay oficio sin sumisión en su actitud. Muy profesional. Volvemos a mirarnos sin palabras cuando lo despacha.

Intuyo que estoy ante la mujer más importante de mi vida, y no sé quién soy yo para ella. «Lo que me queda de él», me dijo por teléfono. ¿Qué tengo yo que ver con Quintín?

—¿Por dónde empezamos? —pregunta, y sin tiempo para la respuesta, añade—: Háblame de Sierraplana. Hace mucho que no vengo por aquí y nadie me cuenta nada.

—Sigue casi igual. El palacio es un hotel de lujo…

—Lo sé. —Amplía la sonrisa—. Es lo único que sé, el destino de mi viejo hogar. Porque me encargué de trazarlo, naturalmente.

—Yo llevaba mucho tiempo sin ir y he descubierto que en realidad era mi sitio, que nunca me fui del todo pese a que mi padre me obligó a salir de allí.

—Quizá lo hizo por tu bien.

Dudo si contarle la verdad, si explicarle que una disputa de familia me obligó a cambiar mi vida a un mundo incierto, desconocido y solitario. Lo descarto. Me pesa la ansiedad por saber qué tengo yo que ver con su pasado y con Quintín.

—Me dejó sola.

—¿Estás segura de que te dejó completamente sola?

—Claro que no, estaban Paqui y la abuela, pero mi padre me dejó huérfana voluntariamente.

No quiero hablar de mí, sino de ella, de Quintín, de lo que ha sugerido que nos une a ambos.

Arturo deposita sobre la mesa que tengo frente a mí una taza de café y entrega en su mano a Elena el agua con gas. Da un sorbo.

—No estés tan segura, Sofía.

¿De qué? ¿Del abandono? ¿De la soledad? ¿Del desamparo?

—¿Por qué lo dices, Elena?

—Dime qué te descubrieron las cartas, qué encontraste en ellas.

Acepto. Como en las buenas entrevistas, rodear puede ser una estrategia plausible para llegar al objetivo.

—Amor, dolor, lágrimas, el sueño imposible de dos seres luminosos que terminó con un crimen y un adiós. Una historia en la que mi padre fue protagonista y que por ello estoy convencida de que afecta de alguna forma a mi propia vida. Aunque solo sea porque forzó su ausencia y la llegada de mi madre. Y la mía luego. Estamos unidas en esa misma historia.

—Mucho más de lo que crees. —Me mira muy fijamente; sus ojos de agua clara se concentran decididos a captar cada vibración que emita mi cuerpo, cada latido de mi corazón. Estamos tan cerca que estoy segura de que puede percibir mis emociones. Como yo las suyas.

—Como sabes muy bien ya, porque está en los archivos de la compañía que fuisteis a ver tu amigo Mateo y tú, Quintín trabajó con nosotros durante un tiempo. Fue el más feliz de mi vida, créeme. Había conseguido vencer las reservas de papá y mamá hasta el punto de aceptarlo en la familia tras una reunión en la que mi padre convocó a las fuerzas vivas del pueblo. Lo hizo cuando mi madre pasaba una de sus largas temporadas de ausencia en Escocia, al abrigo de su familia y con la cercanía de los *wee dram* de güisqui de su tierra. A la vuelta montó en cólera y, aunque en apariencia aceptó la situación, empezó a urdir el plan que terminaría acabando con todo.

»Antes hubo otra ruptura, el primer adiós, que está en las cartas y que me separó de mis padres como nunca pude imaginar. Mamá lo

tomó como un tiempo de dolor que pasaría, estrictamente necesario para no romper las inquebrantables normas sociales. Pero a mi padre mi dolor le afectó mucho. Yo amaba de verdad a Quintín, y aunque me esforcé por sacarlo de mi vida, me fue imposible. Descendí durante semanas, meses, creo recordar, a una melancolía que no había manera de apaciguar. Hasta que ya no pude más y decidí buscarle. No fue fácil, porque él en principio no quiso volver.

Sin dejar de mirarme, vuelve a dar un sorbo de su agua con gas. Lleva suavemente el vaso a su regazo.

—Pero un día fue a por mí. Se plantó frente a mi ventana, no sé por cuánto tiempo, y todo empezó de nuevo. Con más fuerza, con más ganas. Al principio de un modo discreto, hasta que un día convencí a mi padre para celebrar la más extraña reunión de fuerzas vivas que jamás vio Sierraplana. Y lo aceptó en casa. Para júbilo y sorpresa de esta anciana, que vio su vida remontar de nuevo con una ilusión indescriptible.

Interrumpe el relato. Mira hacia el techo. Se humedece su mar claro. Regresa a mí.

—Todo acabó cuando mi madre se inventó un desfalco y luego un robo y le regaló el destino el crimen del Paso de la Mula que cayó sobre él.

Vuelve a respirar profundamente.

—«Volveremos a encontrarnos», me decía en la última carta que me envió. Pero sabía que estábamos condenados a no hacerlo. Cuando todo se rompió, cuando mi madre, que espero no descanse en paz, engañó a todos señalándolo como criminal, los dos supimos que lo que teníamos que hacer por amor era guardar nuestra memoria sin ambición de repetir lo que ya no iba a ser. Me hizo saber que estaba en Perú, fui a verle y puse en sus manos y en las de tu padre aquella explotación minera. No sé, quizá fue la culpa, acaso una forma de conservarlo cerca, un modo de negarnos el olvido. No era posible volver a amarse, pero tal vez podríamos compartir algo que nos recordara para siempre aquella historia de amor, transformándola en dulce añoranza de un tiempo feliz.

»¿Sabes? A veces los recuerdos dulces son más reales, tienen más vida que la propia existencia palpable. Yo regresé, me hice cargo de las empresas de mi padre. Y, poco a poco, fui enterrando aquel recuerdo y la historia de mi infancia. Me olvidé de Perú y casi de Quintín, descuidé lo que allí dejé sembrado y terminé mudando de piel para poder seguir viviendo. Hasta llegué a casarme con un francés notable, el pobre Lamartine, tan buena gente como despoblado de talento. A su muerte conocí a Marius, nos casamos, nos fuimos a Ámsterdam y conseguí que su empresa comprara el grupo que había sido de la familia. Me tocó a su muerte reorganizarlo todo y regresé a España. Ya no volví a ser Elena Fernández-Jovellanos…

—… Sino la viuda Van der Bruck.

Asiente sonriendo con la mirada. No ha perdido la atención a mi expresión, a cualquier gesto.

—Ven —me vuelve a pedir mientras se levanta—, quiero enseñarte algo.

Sigo sus pasos, que son lentos pero con una firmeza impropia de su edad. No utiliza bastón. Al fondo de la sala arranca una escalera desde la que iniciamos el descenso hacia un piso inferior. Hay una claridad vegetal y un sonido de agua corriente al fondo de la escalera. Inesperadamente, recibo la sacudida de un aroma familiar, una poderosísima evocación de infancia que un sonido preciso e inconfundible me aclara antes de darme tiempo a descubrirlo.

Caballos. Los escalones desembocan en un amplio patio que da a media docena de cuadras alineadas en la pared del fondo. Hay un ejemplar enorme, un tordo vinoso de aspecto imponente amarrado a una argolla en el extremo de la pared.

—Es Marcus, el caballo que alguna vez sigo montando.

Se me desata otra tormenta en algún lugar impreciso de la caja torácica. El corazón está perdido y desubicado. Huele a caballo y heno, a papá y al recuerdo de sus paseos y enseñanzas. Estoy aquí y ahora con Elena y también en algún tiempo con mi padre, y con ella de joven, y con ambos atendiendo a los animales.

La viuda me lee el corazón

—Mira dentro de su ojo, Sofía. ¿Qué ves? —Me acerco a él con la poca serenidad que soy capaz de imponerme—. Tu padre me enseñó a buscar la respuesta a sus misterios en lo profundo de su *corpora nigra.* Hasta tú misma puedes verte ahí.

El animal no muestra recelo alguno. Respiro hondo y me concentro como me enseñó él que había que hacer ante los caballos. Veo mi rostro en su ojo atento y detenido. Veo a Elena mucho antes de ser Van der Bruck, reflejada en una oscuridad serena pero elocuente. Calma, sosiego, atención. El pulso me ha descendido hasta casi la quietud absoluta. Vuelve la cercanía con el animal a producir el efecto que tantas veces viví junto a mi padre.

La escucho detrás de mí.

—Procuré siempre tener caballos. Tu padre me enseñó a quererlos y a tratarlos como había que hacerlo. Tú no volviste a montar, ¿verdad?

—En Madrid los caballos están escondidos.

—Cuando murió Quintín, a principios de los años setenta, tu padre me llamó para contármelo. Y me comunicó, de paso, que había tenido una hija. Y que él, pese a sacarle treinta años y haberla conocido desde niña, tenía intención de casarse con ella.

—¿Con la hija de Quintín?

Me giro para mirarla de frente. Asiente. Vuelve a pausar el relato, consciente ya del pesado filo de lo que acaba de soltar. No digo nada. No respondo. No puedo. Estoy sin voz, incapaz de digerir lo que no hace falta que me aclare.

«Eres lo que me queda de él», me dijo. Soy la hija de su hija, la nieta de Quintín.

—Y le pedí que, si fuera posible, regresara con ella a España. Me hizo caso solo a medias. Pero responde a tu pregunta. Ya sabes dónde entras tú en escena.

Sesenta y siete

—¿Recuerdas el día que te dije que tenía la extraña sensación de que todo esto estaba escribiéndose sin que nuestra voluntad fuera tenida en cuenta? Pues no me equivoqué: lo escribió Elena Fernández-Jovellanos. Ella ha dirigido mi vida y se encargó de darle cuerda a todo este afán en que nos hemos sumergido en los últimos meses.

Me dirijo a Mateo, pero estamos alrededor de la mesa redonda de La Librería, la del ventanal de los grandes encuentros, Julia, Félix, Daniel, Esther, Paco y Lola. Hemos quedado hoy sábado, horas después del encuentro con Elena, porque no podía guardarme todo eso, tantas noticias, toda esa tormenta que se me había desatado dentro, para mí sola. Les puse el caramelo de que tenía que hacerles una revelación importantísima sobre las cartas y el secreto que acababa de descubrir. No faltó ninguno. Ni un minuto de retraso.

Enmudecen al escuchar las primeras palabras. Se miran entre ellos.

Abre el interrogatorio Daniel. Intuyo en su expresión algún grado de reproche por no haberle anticipado nada.

—¿Vive aún?

—Y aquí cerca, en la casa de la entrada de la ría.

—Eso es de HS. De los Van der Bruck —cae de repente Mateo—. No jodas, Sofía. No me digas que la viuda es nuestra Elena.

—La misma, amigo mío.

Les hablo de la llamada, de mi sorpresa, del encuentro en su casa. De su amorosa disposición, de su relato. Y de lo que conecta directamente la historia de las cartas con la mía propia.

—Mi madre, Aurorita, era la hija de Quintín. Yo soy su nieta. Por eso la trajo aquí, por eso nací en este lugar. Y por eso salí de este pueblo también. Porque mi vida ha sido en realidad la voluntad de Elena Fernández-Jovellanos. Ella la ha escrito y gobernado. Quiso dar a Aurora una vida mejor que la que mi padre podría haberle ofrecido. Él peleaba por mantener a flote el negocio que ella les regaló.

»Tras la muerte de su amigo, de Quintín, Elena le pidió que la trajera. Desde entonces ha estado monitorizando mi vida, pagándolo todo, atendiendo a lo que pudiera necesitar. Ausente mi madre, Elena se convirtió en una maternal mecenas desconocida y lejana. La gran dama que yo admiré y traté de entrevistar era en realidad mi benefactora. Entiendo perfectamente que no quisiera encontrarse conmigo. El dinero que Paqui creyó que enviaba mi padre venía de Elena. Mi educación, mi infancia sin privaciones, la seguridad del mundo que iba creando tenían detrás a aquella mujer de misterio y poder. Ella, y no la disputa que forzó mi padre para evitar tener que dar explicaciones, fue lo que me sacó de aquí. Se disfrazó de pelea de familia, pero esa fue la verdadera razón. Y fue Elena también quien pagó mis estudios, y movió la voluntad de quienes me dieron trabajo, y encauzó una carrera profesional que, al menos algo es mío, conseguí hacer exitosa… con el ya conocido estrépito final de fracaso.

»Ella ha escrito mi vida, y yo, ilusa de mí, la he vivido creyéndome libre.

—Y has sido libre —afirma Daniel, mientras asienten los demás—. ¿O alguna vez has sentido que alguien condicionaba tus decisiones?

Le miro sorprendida.

—Claro, Daniel. Cuando me tuve que ir de aquí, por ejemplo.

—Con dieciséis años, cariño… —y se ruboriza cuando ante los demás se le escapa llamarme así—, Sofía —rectifica de inmediato—, sin un criterio formado sobre lo que podías o debías hacer.

—Yo creo que sí lo tenía —tercia Mateo— y que Elena tomó por ella una decisión que condicionó su vida.

—Que le permitió mejorarla, creo yo —afirma Félix.

—Podían haberle consultado —insiste Mateo.

Por un instante me abstraigo y contemplo cómo polemizan a mi alrededor, cómo parecen dispuestos a pronunciarse sobre mi vida y mis asuntos. Me agrada que haya gente que de verdad se interese por mí de esta forma. Amortigua la desolación que me provoca la idea de que he sido un personaje en manos de quien yo creí que lo era para mí. Me obsesionaba la historia de Elena y resulta que Elena ha escrito la mía. A mis amigos les importa, debaten sobre ello, se pronuncian.

—Pues a mí me parece muy bien que haya alguien en el mundo que te ayude cuando lo necesitas —confirma Julia—. Como un ángel de la guarda.

—Cuando cree ella que lo necesitas —precisa Mateo—, y eso no es lo mismo.

Me mira Julia con la ternura con que sabe hacer hablar a sus ojos.

—¿Tú cómo te sientes, Sofía?

—No lo sé. No puedo quejarme de la vida que he tenido, y en rigor nunca nadie me ha puesto una pistola en el pecho para decidir por dónde tenía que ir. Pero tampoco puedo evitar el desasosiego de pensar que no he sido siempre completamente libre, la incomodidad de confirmar que alguien ha manejado los hilos de mi vida sin que yo me enterara. ¿Acaso nos gusta ser marioneta de alguien aunque sea para vivir mejor?

—Pues, qué quieres que te diga, Sofía —afirma Lola—, a mí me parece muy bien que alguien se haya ocupado de ti sin decírtelo.

—Yo creo que la diferencia está en haberlo sabido o no.

Paco entra en escena, cambiándonos a todos el paso.

—Si tú vives libre y feliz y hay alguien que lo sigue y empuja en la dirección de que así sea, me parece muy bien. Renunciar a eso es poner en cuestión el músculo de la solidaridad y el amor. Todos necesitamos ayuda alguna vez, la pidamos o no. Y la damos cuando podemos, ¿o no?

—Pero una cosa es eso, amigo, y otra muy distinta —le responde Mateo— que seas el personaje de alguien ajeno que ha decidido convertirte en objeto de sus emociones y deseos. Porque entiendo que la viuda, Elena, vamos, se convirtió en tu ángel de la guarda solo para mantener el recuerdo y la imagen de Quintín… su sangre, por precisar.

Así es. Puedo entender mi vida como la construcción de un personaje de cuento, como el objeto de un relato literario, pero real, como una especie de *Grandes esperanzas* en femenino. Miro a Esther, que lleva un tiempo dando vueltas sobre la mesa a uno de sus anillos.

—¿Quién escribe nuestro destino? —entra al fin—. ¿Nosotros? ¿Dios? ¿Alguien por encima o a nuestro lado? ¿Hasta dónde y cómo somos libres? ¿No decís los escritores —mira a Mateo, me mira a mí— que los personajes que imagináis cobran vida propia a poco que te descuides?

—Siempre —afirma él.

—Pues eso. Si un personaje de ficción tiene margen, aunque se mueva dentro de nuestra propia voluntad, ¿no lo tendremos nosotros, más aún, viviendo en el espacio de realidad en que estamos? ¿Qué más da quién escriba el destino?

—No se pueden creer esas cosas, Esther —le rebate Mateo—. Ni destino ni hostias. Somos nosotros los que organizamos y ordenamos nuestra vida. Claro que pedimos ayuda, claro que la damos cuando se necesita, pero el fundamento de nuestra existencia es la libertad. Y eso empieza en nuestra capacidad de decisión, en lo que hacemos y por qué lo hacemos.

—¿Y los demás? —se pregunta Julia—. ¿Es que no condicionan lo que somos, lo que pensamos de nosotros mismos, nuestros actos? ¿Es que hay alguien que pueda vivir completamente solo, desatendiendo el mundo en el que está, la cultura a la que pertenece?

—Este —suelta de pronto Lola señalando a Mateo—. Por cierto, Sofía, ¿no podría invitarnos la señora a conocer su casa? Es que

tengo muchísimas ganas de verla por dentro… y sus caballos.

Paqui tampoco supo nada de lo que hizo Elena, ni Dosio, que recibió las cartas y el encargo de que me las hiciera llegar para seguir su pista y honrar la memoria de Quintín.

Ella está convencida de que no hay reproche posible. Lo que hizo conmigo fue lo que hubiera hecho con la hija que nunca tuvo con Quintín. Eso soy para ella.

Recuerdo sus últimas palabras antes de despedirnos aquella tarde:

—Yo no pude elegir mi destino. Mi madre lo hizo por mí. Me negó el amor. La libertad de vivirlo, de desencantarme tal vez, quién sabe. Pero de elegir. Maquinó a nuestras espaldas y nos obligó a Quintín y a mí a separarnos sin que hubiera ninguna otra opción. Él se vio obligado a huir. Yo, a perderlo. Tú eras lo único que me quedaba de él. Su memoria. ¿Qué harías por amor? Yo he querido recordarle siempre en su hija, que se fue antes de tiempo. Y en su nieta, que hoy vive y será capaz de hacerla permanecer entre todos nosotros para siempre. Pero, sobre todo, he querido hacer justicia: que tú tuvieras la libertad, el poder de elegir, que yo no tuve nunca. Me propuse que no te faltase de nada, y que tuvieses los medios para estudiar, ser y amar a quien quisieras. Viendo lo que has alcanzado, y que hayas tenido el valor de decidir dejarlo todo para regresar aquí, creo que lo he conseguido.

* * *

Nunca abrí la carta de la notaría que me llegó pocos días después de su muerte.

La sigo guardando para cuando alguien reclame derechos o una herencia que sé que al menos en parte quiso Elena que fuera para mí.

Yo no. Ya no.

Tengo lo que quería en el lugar al que pertenezco.

Solo me queda algo pendiente, y ya me había puesto a ello antes de que se me desvelaran todos los secretos: honrar la memoria de mi padre y de mi abuelo; mostrar lo que tuvieron sus vidas de hermosas e irrepetibles, desprendiéndome de prejuicios y de rencores; dejar testimonio de la historia de amor de Elena Fernández-Jovellanos y Quintín Canales, el padre de mi madre, Aurorita; de la inocencia de Quintín respecto del crimen del que se le acusó, y del deseo de una mujer misteriosa y enorme de que la historia de amor de su vida durara para siempre.

Regresé a mis orígenes con la única intención de serenarme y respirar. No quería escribir. En realidad, no sabía lo que quería. La vida es lo que te sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes. Se lo escribió Lennon a su hijo en una canción hermosísima. Así empecé *El refugio.*

Todo se me dio la vuelta. Y me encontré, mejor dicho, encontré a alguien, a mí misma, que yo no sabía que era. En realidad, fueron las cartas de amor las que lo cambiaron todo. A su alrededor se ha tejido una historia real infinitamente más hermosa que la ensoñación con que ajusté cuentas con mi pasado en mi novela.

La forma de preservar un amor es hacer que dure para siempre. Contar la historia para que jamás se olvide.

La he firmado con el nombre de un viejo compañero de fatigas, pero es mi historia.

Aquí la acabas de terminar.

O, quién sabe, empezar a imaginarla de nuevo. Todos somos siempre personajes.

Agradecimientos

Hay en esta obra un coro de voces y personajes en los que se entremezclan la realidad y la ficción. Como en toda nuestra vida. El decorado es real, aunque se ha falseado la mayoría de los nombres de lugares para dejar algo en secreto. La Librería existe y es un corazón vivo que se expande en el Oriente del Principado de Asturias. Gracias a Esteban, su propietario, y a Nacho y el resto de amigos de tertulias y debates, por su inspiración y enseñanzas.

Gracias, por supuesto, a Sandra, por acompañarme y aconsejarme en este viaje. Sabe como nadie ordenar las maletas.

Sin Mercedes Castro, sus anotaciones y consejos, esto no existiría tal cual está en tus manos.

Gracias también a Fernando Paz y el equipo de Contraluz, que demuestran confianza, criterio y oficio cada vez que se enfrentan con el autor a la dificilísima revisión de su obra. Siempre ganan, porque siempre saben.

Desde luego, gracias infinitas a Daniela Forero y Palmira Márquez, que ponen su talento desde Dos Passos al servicio de la Literatura y el alivio de los autores.

Pido disculpas a mis vecinos y amigos de los lugares que transita la novela si he revelado algún secreto, pero he querido con esta evocación rendir homenaje a los escenarios del lugar del mundo al que pertenezco.

No quiero, por último, dejar de citar la inmensa capacidad de inspiración literaria y artística que ejerce y ejercerá siempre la actriz y escritora Ana Lucas, mi hija.

Edición en formato digital: octubre de 2026

© Juan Ramón Lucas, 2026
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-85-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

- I. El regreso
  - Uno
  - Dos
  - Tres
  - Cuatro
  - Cinco
  - Seis
  - Siete
  - Ocho
  - Nueve
  - Diez
  - Once
  - Doce
- II. El pasado
  - Trece
  - Catorce
  - Quince
  - Dieciséis
  - Diecisiete
  - Dieciocho
  - Diecinueve
  - Veinte
  - Veintiuno
  - Veintidós
  - Veintitrés
  - Veinticuatro
  - Veinticinco
  - Veintiséis
  - Veintisiete
  - Veintiocho
  - Veintinueve
  - Treinta

Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
III. El misterio
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos
Sesenta y tres
Sesenta y cuatro
Sesenta y cinco

Sesenta y seis
Sesenta y siete
Agradecimientos
Créditos